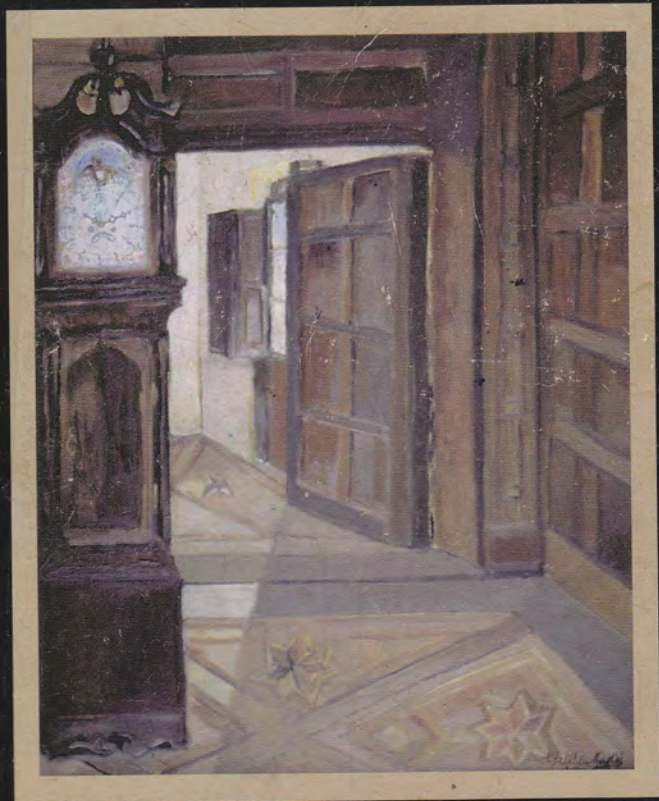


Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis

Ernesto S. Sinatra



Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires - 9

Sinatra, Ernesto S.

Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis. - 1° ed. - Buenos Aires:
Colegio Epistemológico Experimental, 2004.

382 p. ; 21x14 cm.- (Cuadernos del ICBA ; 9)

ISBN 987-20978-2-8

1. Psicoanálisis I. Título

CDD 150.195

CUADERNOS DEL ICBA N° 9

Publicación del Instituto Clínico de Buenos Aires

Miembro de la Red Internacional del Instituto del Campo Freudiano

Director de la Colección: Ernesto Salvador Sinatra

Secretaría Editorial: Roxana Cozza y Mónica Lax

Director responsable de la publicación: Leonardo Gorostiza

Imagen de tapa: *El momento de la entrada*, Cecilia Najles

1° edición, julio de 2004, Cuadernos del ICBA

ISBN 987-20978-2-8

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11723

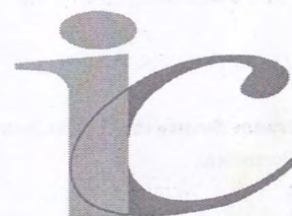
Impreso en Buenos Aires, Argentina

Diseño e impresión: ROLTA, Ecuador 334 - C1214ACD

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

INSTITUTO DEL CAMPO FREUDIANO

Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires - 9



INSTITUTO CLINICO
de BUENOS AIRES

enseñanza e investigación en psicoanálisis

LAS ENTREVISTAS PRELIMINARES Y LA ENTRADA EN ANÁLISIS

Ernesto S. Sinatra

Curso dictado por Ernesto Salvador Sinatra en el ciclo lectivo de 2002.
Docente Invitado: Leonardo Gorostiza.

Equipo de desgrabación y corrección: Roxana Cozza; Cecilia Curone Acosta; Mónica Lax; Adriana Marchi; Nélida Medina; Silvia Mizrahi; Carolina Pesino; María Martha Scorticati.

Versión revisada por el autor.

PREFACIO

Este libro se inscribe en la serie de los Cuadernos del ICBA. Se constituye así en un hito más en las producciones escritas del Instituto del Campo Freudiano dedicadas a hacer saber sobre las enseñanzas que en él se dispensan.

Su título se corresponde con el del Curso que he dictado en el año 2002, "Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis", en el cual desarrollé los ejes de la orientación lacaniana en la compleja cuestión de los inicios de los análisis. Su desarrollo puede leerse como un comentario a la contundente aseveración de Jacques Lacan: *No hay entrada en análisis sin entrevistas preliminares*.

La articulación práctica de la teoría del Sujeto-supuesto-Saber es presentada desde sus antecedentes freudianos hasta su puesta a prueba en los casos que analizo en este texto, algunos de ellos presentados por los participantes del curso.

Al releerlo, creo que sus páginas logran recrear, además, el clima de activa participación de los asistentes al mencionado Curso. A ellos les está especialmente dedicado este libro, aunque no menos a cada lector que decida recorrer este trayecto.

Mi agradecimiento especial para Leonardo Gorostiza, Director del Instituto del Campo Freudiano, por su participación en una de las clases de este Curso, para Roxana Cozza y Mónica Lax por su esmero en el trabajo editorial realizado, como así también para cada una de las integrantes del equipo que las acompañó en dicha tarea: Cecilia Curone Acosta, Adriana Marchi, Nélica Medina, Silvia Mizrahi, Carolina Pesino y María Martha Scorticati, todas ellas, además, entusiastas participantes de ese Curso.

E.S.S.

I

"SÓLO UNA"

Vamos a comenzar nuestro curso sobre las entrevistas prelimi-
~~nares~~ y la entrada en análisis. Quiero comenzar con dos citas que
~~han~~ de situar parte del marco con el cual vamos a trabajar este año.
La primera, que corresponde a un texto de Freud, dice así:

*"Si intentamos aprender en los libros, el noble juego del ajedrez, no tardare-
mos en advertir que sólo las aperturas y los finales pueden ser objeto de
una exposición sistemática exhaustiva a la que se sustrae, en cambio,
totalmente, la infinita variedad de las jugadas siguientes a la apertura.
Sólo el estudio de partidas celebradas entre maestros del ajedrez puede
cegar esta laguna. Pues bien: las reglas que podemos señalar para la prác-
tica del tratamiento psicoanalítico están sujetas a idéntica limitación".¹*

La cuestión planteada por Freud es simple: como en una caja
~~negra~~, a la entrada y a la salida podemos dar cuenta de los proce-
~~dimientos~~ que se van produciendo; mientras que lo que acontece
~~en~~ el medio es muy difícil encontrarle alguna regularidad. Sólo
~~algunos~~ maestros han dado cuenta de la lógica que sustenta los
procesos que allí tienen lugar -nosotros diríamos: en el consulto-
rio, entre analista y analizante. Intentaremos servirnos de sus en-
señanzas.

La segunda cita que ha sido y es señera para mí es la siguiente:

*"Todos saben, muchos lo ignoran, la insistencia que pongo ante quienes
me piden consejo sobre las entrevistas preliminares en el análisis eso tiene
una función, para el analista por supuesto esencial. No hay entrada posi-*

¹ Freud, S.: "La iniciación del tratamiento" (1913), *Obras Completas*, Tomo II, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1981, pág. 1661.

ble en análisis sin entrevistas preliminares".²

Esta frase es asertiva. Es categórica: "no hay entrada en análisis sin entrevistas preliminares". Vamos a escribirlo así:

$$E a \Rightarrow E p$$

He introducido un símbolo lógico, el de la implicación ($\Rightarrow$) para escribir que la entrada en análisis requiere -dándole allí un valor prominente- de las entrevistas preliminares. De esta forma se ubica una condición necesaria para el lanzamiento del dispositivo analítico. Esto pareciera ser una obviedad pero si ustedes conversan con colegas de otras orientaciones, constatarán que no es una verdad que vaya de suyo que la entrada en análisis esté determinada por las entrevistas preliminares y que sigan su lógica.

Sin embargo, desde nuestra orientación lacaniana, tenemos este enunciado asertivo que localiza como condición de la entrada en análisis las entrevistas preliminares. ¿Qué quiere decir esto?

En primer lugar que la entrada en análisis no es un procedimiento automático que se pueda regular anticipadamente de un modo automático, o sea: no se trata de determinado número de entrevistas fijas que darían cuenta en su resolución, a partir de una secuencia pre-programada, de una entrada en análisis.

Es decir, que hay algo más que ha de suceder para que la entrada en análisis se produzca, a partir de las entrevistas preliminares.

En ese *algo más* está el hueso, la clave, el resorte mismo de la causa. Vamos a ver cómo podemos ceñirla hasta localizarla.

Si digo que las entrevistas preliminares son condición de entrada y que algo más tiene que suceder se puede desprender, lógicamente, que las entrevistas preliminares aparecen ya como cierto dispositivo que habría de permitir la entrada. Ese dispositivo habrá de construir las condiciones de analizabilidad. Para Jacques Lacan las entrevistas preliminares cumplen una función absolutamente precisa: evaluar las condiciones de posibilidad de una persona de soportar la apuesta analítica. Hay no sólo el dispositivo,

² Lacan, J.: Seminario 19, "El saber del psicoanalista", 1971.

las entrevistas preliminares, sino que ellas están en relación de subordinación respecto al dispositivo para el cual y al cual ellas habrán de servir: el análisis.

Estoy hablando, entonces, del valor instrumental de las entrevistas preliminares. ¿A qué nos referimos al hablar de "criterios de analizabilidad"?

Respuesta:

-A la diferencia de estructura, es decir, a una cuestión diagnóstica, a una evaluación clínica.

Respuesta:

-A la posición del sujeto.

E.S.: Muy bien. Se trata de la localización subjetiva. El texto de referencia que va a atravesar todo este curso, es un libro que pertenece a Jacques-Alain Miller, *Introducción al método psicoanalítico*.³

Con las respuestas que ustedes me han brindado tenemos dos de los elementos centrales para situar los "criterios de analizabilidad": la evaluación clínica y la localización subjetiva. Faltaría uno más, que es consecuencia de los dos anteriores: la apertura a lo inconsciente.

Intervención:

-Yo había escuchado que no hay una sola entrada en análisis sino que en un análisis hay varias entradas.

Si se utiliza la palabra *apertura*, es porque tiene que haber un cierre: ¿cómo se pueden relacionar "las entradas" en análisis con la apertura y los cierres del inconsciente a lo largo de un análisis?

E.S.: Esa es una pregunta suscitada a partir del Seminario de Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis en el que hay una manera de conceptualizar al inconsciente -especialmente en relación con la transferencia- por fenómenos de escansión, apertura y cierre, a partir de un valor secuencial y temporal; Lacan piensa el in-

³ Miller, J.-A.: *Introducción al método psicoanalítico*, Eolia Paidós, Buenos Aires, 1997.

consciente como una bomba pulsátil que se abre y se cierra.

Según su apreciación, se podría decir –tomando esto a la letra– que habría en un análisis sucesivas aperturas y cierres. Y si esto fuera así, ¿tendríamos entonces que concluir en que habría sucesivas entradas en análisis? Si así fuera –si hubieran sucesivas entradas en análisis– esto implicaría que habrían sucesivas salidas, las que –por la misma lógica previa– habrían sido motivadas por sucesivos cierres del inconsciente. Pero entonces, ¿podríamos hablar con rigor de *entradas* en análisis, así, en plural? Lo verificaremos en el trayecto de este curso.

Vamos a trabajar ahora –lo que voy a llamar– un intento de formalización para las entrevistas preliminares. Partiré para ello del comentario de un enunciado de J.-A. Miller, en el libro antes mencionado, en el que hace referencia a los estándares en el dispositivo analítico, es decir, a las reglas normativas de la práctica; y dirá que, desde la orientación lacaniana, no tenemos *patterns*, no tenemos patrones de conducta; tenemos *principios* que debemos formalizar. A lo largo de este curso vamos a poner a prueba nuestra formalización y verificar esta aseveración a partir de casos clínicos.

¿Cuál es la hipótesis de base? Una hipótesis no sólo tiene una demostración, una tesis, sino que tiene postulados, y vamos a trabajar con esta estructura geométrica de la lógica a partir de una hipótesis y cuatro postulados.

Para comenzar, nuestra hipótesis de base:

“Existe discontinuidad entre las entrevistas preliminares y la entrada en análisis”.

Ven que están los mismos términos que he escrito previamente en la pizarra:

$$E a \Rightarrow E p$$

Es decir, la implicancia lo es de la entrada en análisis respecto de las entrevistas preliminares, las cuales según Lacan, son su condición.

Todo esto vamos a probarlo, no vamos a dar por válida ninguna de estas afirmaciones, incluso más allá de que provengan de la

máxima autoridad epistémica para nosotros: es decir, vamos a “bombardear” las citas de autoridad, para probar si resisten –si se corresponden efectivamente con lo que acontece en la experiencia analítica. Ya que si no hay una eficacia práctica de los conceptos, si no responden las formalizaciones a la experiencia, si no permiten localizar, de alguna manera, el campo de la experiencia, no tiene ningún valor para nosotros el despliegue conceptual. Es decir, que no tiene ningún sentido emplear términos por más floridos que sean, o por más que tengan una dialéctica bella –o conmovedora por las resonancias que evoca– si no se corresponden con la experiencia real. No se trata de estética, sino de la ética de un funcionamiento de los conceptos que permitan orientarnos en las variaciones de la experiencia psicoanalítica.

Podríamos escribir, inclusive, esta hipótesis de base colocando ahora entre “entrevistas preliminares” y “entrada en análisis” en lugar del símbolo lógico de la implicación –como estaba escrito– una doble barra.

$$E a // E p$$

Ahora escribamos la fórmula completa que dice:

“La entrada en análisis implica las entrevistas preliminares”. y, agregando un punto que indica un valor de conjunción: “la entrada en análisis implica una discontinuidad –marcada, precisamente, por esa doble barra– con las entrevistas preliminares”:

$$(E a \Rightarrow E p) . (E a // E p)$$

Con los cuatro postulados que siguen, vamos a comenzar a localizar hacia dónde apunto con esta hipótesis.

Primer postulado:

La entrada en análisis constituye un umbral que debe ser franqueado desde las entrevistas preliminares por el entrevistado.

El umbral designa el punto de atravesamiento, un objetivo por alcanzar.

Segundo postulado:

La discontinuidad de la secuencia de las entrevistas preliminares y la entrada en análisis es consecuencia de un corte realizado por el analista, al interpretar la demanda del propuesto analizante.

Ustedes se dan cuenta que el *propuesto analizante* significa que no se es analizante en las entrevistas preliminares. "Analizante" es una categoría que indica una función, pero para obtener esa función, habrá que trabajar. Curiosamente, e invirtiendo las famosas leyes del mercado, acá, el que trabaja, paga.

Tercer postulado:

El corte efectuado -marcado en la pizarra por las dos líneas que indican la discontinuidad- implica la puesta en juego de una categoría: la de decisión, la que requiere de un consentimiento (o rechazo respecto del saber).

Por lo tanto, no sólo que este procedimiento no es algo mecánico, sino que para traspasar el umbral hay que estar preocupado por algo que hace al saber, al producido en las entrevistas, a partir de una *decisión*.

Esto es lo contrario de un procedimiento automático; la decisión es el punto más alto de implicación subjetiva.

¿Por qué? Porque, ni más ni menos, lleva a constituir la categoría de sujeto en torno de la responsabilidad y de la elección; dando -de esta manera- lugar al siguiente postulado, consecuencia directa del anterior:

Cuarto postulado:

Tal decisión produce al sujeto -ésa es, en rigor, la verdadera localización subjetiva- coordinado al emplazamiento del saber, el que dará lugar a la efectuación del inconsciente por la vía del síntoma.

Como sabrán apreciar, lo que este postulado plantea, en principio, es casi todo el desarrollo de un análisis.

Pero vayamos por partes: *tal decisión respecto del saber produce al sujeto, produce un sujeto; ergo, no hay un sujeto anticipadamente*

encarnado en el entrevistado -por más que sea una persona de carne y hueso la que siempre llega a la cita. Cuando nos referimos al sujeto, estamos indicando una operación de suposición que se deberá poner en juego para que haya análisis.

El entrevistado habrá conquistado ese nombre (*sujeto*), pero para ello deberá perder algo.

Al dar lugar al inconsciente, el que llegue sabrá que no sólo hay mucho que no sepa de sí, sino que además sabrá que hay un saber que opera *sin que él lo sepa*; y que ese saber tiene consecuencias en el cuerpo, en sus pensamientos y en su relación con los otros. Curiosamente, este sujeto no es una operación producida por la persona sino, más bien, a expensas de ella; y que el sujeto -cuando demuestre estar coordinado al inconsciente, lo hará a partir de los traspiés que ha de dar el que habla en un análisis.

Parafraseando un dicho popular, podríamos decir: *la persona propone, el sujeto dispone*.

Hoy voy a intentar demostrar esta hipótesis y sus postulados, a partir de una viñeta clínica a la que llamaré "Sólo una".

Un hombre joven solicita una entrevista por teléfono de un modo singular. En un tono cortés y atildado, me pide que lo reciba por un problema muy específico que él vendría a plantearme. A continuación, impone una condición: sólo aceptaría venir a verme si yo cumpla con su exigencia. ¿Cuál es?: que sea "sólo una". Él pretende "sólo una" entrevista.

¿Qué hacer frente a ese pedido?, ¿cómo responder de un modo satisfactorio? Por mi parte, luego de un momento de vacilación, acepté sus condiciones y lo cité para el día siguiente.

Debo decir que mi decisión fue una apuesta, más allá de mis propias consideraciones acerca de lo verdadero y de lo falso; pero no menos de cierta inquietud que se apoderó de mí al prometer algo que, si todo salía bien, sería imposible cumplir; ya que para que el dispositivo analítico funcione se necesita, como sabemos, más de una sesión y más de una entrevista.

Nuestro entrevistado se presentó puntualmente, expresándose con meticulosidad, intentando que no se filtrasen dudas en sus cuidadosos razonamientos. Se esforzaba para que no existieran equívocos en lo que él quería decir, para ser más preciso aún, en lo

que él había venido a preguntarme.

Pues, como él mismo lo dijo: "sólo se trata de una pregunta". De una pregunta que él venía a hacerme y que yo debía contestar - en esa única entrevista.

Su circunloquio intensificaba la intriga que había en su presentación, bordeaba el tema, preparando la formulación de su pregunta, minuciosamente.

A todo esto, desde mi función como practicante, me encontraba -por un lado- con la dificultad de cómo no responder puntualmente a una demanda y -por otro- inmerso en la intriga que este hombre iba creando respecto de cuál era la pregunta que venía a formularme. Efectivamente, se dan cuenta de que -al menos en este punto- la barra de la división que conviene a la posición del entrevistado, estaba más bien del lado del psicoanalista: es decir, del mío.

Esta presentación tan meticulosa que este hombre realizaba, permitía anticipar una *evaluación clínica*, perfilando la estructura que -según veo- algunos de ustedes ya están susurrando: neurosis obsesiva.

Finalmente, se develó la incógnita: "el problema -dijo- transcurre en el campo del amor" (la intriga se intensificaba); pero después de un prolongado silencio, agregó, conclusivo: "ella no quiere tener sexo conmigo; ¿podría usted decirme por qué?"

Ésa era la pregunta y la causa de su presencia en mi consultorio. Como ustedes se darán cuenta, no sólo él tenía un problema; ya que en tanto practicante del psicoanálisis, a mi vez, no lo tenía menos. Él no sabía por qué razón su novia se negaba a mantener relaciones sexuales con él, y él demandaba a un analista una respuesta.

Previamente, él ya había consultado con otro analista, de cierto renombre, que pertenece a una institución -también muy conocida- referida a la Asociación Psicoanalítica Internacional; en aquella oportunidad, él había obtenido una respuesta inmediata: "bueno hombre, pero ¡usted la eligió!".

La respuesta que obtuvo nuestro entrevistado es interesante, porque indica la responsabilidad que el sujeto tiene respecto de aquello que lo aqueja; es decir, que por su intermedio se intenta cuestionar el lugar de "bella alma" que alguien sostiene en la queja

que formula.

Pero a pesar de esta consideración -podríamos decir, verdadera- la respuesta no había servido para nada en este caso; y lo demostraremos por un detalle clínico: este hombre no es histérico, es obsesivo; esta intervención no logró conmover el sistema de sus conocimientos previos, de sus representaciones conscientes -es decir, que no pudo *dividirlo*: situarlo en posición analizante.

Y de lo que se tratará en este curso, será de prestar atención a los detalles, a los pequeños detalles -*divinos*, como prefería decirlo Jacques-Alain Miller, en su curso de la orientación lacaniana- aquellos que nos auxiliarán para situarnos, desde las entrevistas preliminares, en pos de constituir nuestra orientación en la dirección de la cura.

Por lo pronto, nuestro entrevistado llegó a mi consulta cargando con ese saber como un saber muerto que así caracterizaba: "me dijo eso, sí tiene razón. Ese no es mi problema."

A esa altura de la entrevista, el desconcierto mío tenía bastantes razones para ir en aumento. Ustedes recuerdan los problemas que traía esta presentación: se requería de un analista de forma inmediata -en una entrevista- que le diera como respuesta un saber sobre una tercera persona, con la cual el entrevistado no podía tener relaciones sexuales; así formulado ¡es un disparate!; la formulación planteada en estos términos es realmente delirante: a condición de entenderlo en el sentido que Freud lo hacía, sin confundir estructuras clínicas, al referirse al delirio de la obsesión en el caso del Hombre de las Ratas. Es decir, existen formaciones delirantes que no requieren de una estructura psicótica para manifestarse. Es otro elemento para tener en cuenta en nuestras entrevistas preliminares.

Como se aprecia, en ese momento mi desconcierto estaba perfectamente situado; había que desacomodarlo para poder intervenir. Era complicado, ya que por más que la formulación que este hombre hacía (si lo pensamos desde un punto de vista "técnico") era una demanda de saber dirigida al Otro (y ésta es, precisamente, una de las condiciones de localización de la transferencia, un modo de cifrar el algoritmo del Sujeto-supuesto-Saber ⁴) había algo

⁴ A partir de aquí, SSS será apócope de Sujeto-supuesto-Saber.

más en juego. Desde cierto punto de vista, se trataría de una simple demanda dirigida al Otro, efectuada a partir de un sufrimiento; ahora, ¿cómo responder a esa insólita pregunta, a la encrucijada, al atolladero, que indicaba su simple formulación?

Por otro lado, él ya me había proporcionado una clave a la que, como analista, era necesario que recurriera: “no me diga lo que ya sé, porque no me sirve para nada, porque eso ya me lo dijo el otro”; tal la enunciación de -lo que ahora podemos interpretar como- su advertencia al analista.

En este ejemplo, con este detalle, se aprecia una cuestión crucial: comprueban ustedes cómo el valor de verdad verdadero de un enunciado puede ser absolutamente ineficaz, cómo puede pasar -absolutamente- de largo al formularse de modo interpretativo. Con lo cual, ya estamos sensibilizándonos respecto del valor que la verdad tiene en el análisis; estamos prestos a comprobar el modo en el que un analista puede perder la brújula si se encomienda a la verdad como amo absoluto.

“Dígame, ¿por qué mi novia no quiere tener relaciones sexuales conmigo?": esta pregunta que -como psicoanalista- me era, verdaderamente, dirigida, es una pregunta que transportaba un verdadero sufrimiento para quien la enunciaba; clara en su formulación, obvia por su planteo... pero a pesar de todo eso, yo no podía -ni sabía- cómo contestarla.

Por supuesto, me imaginaba -mientras escribía esta viñeta- algo que podrían ustedes estar pensando; por ejemplo: ¿no decía Lacan que no hay que ‘responder a la demanda’ sino ‘interpretarla’? Sí, ese es el saber referencial de los libros que acude a nuestra memoria; inclusive, puede ocurrir esta irrupción en el momento preciso que estén analizando, y -entonces- pensar: “no, no tengo que responder a la demanda”.

Planteada así, ¿cuál es el valor de esta frase? ¿Sería ella orientadora de la dirección de la cura, permitiría organizar la táctica interpretativa por medio de aplicar la teoría al caso; o -por el contrario- se trataría, más bien, de una exigencia superyoica que precipitaría a la inhibición, a la parálisis, a la neutralización de la acción analítica?

En los practicantes noveles, en los jóvenes principiantes, es aún

más frecuente que en el resto de los practicantes el hecho de quedar sometidos a esta presión, a la exigencia superyoica del Sujeto-supuesto-Saber-de-los-textos; a esta figura de goce del Otro que opera en algunos momentos de vacilación, en los que el practicante no sabe qué hacer en ese preciso momento: “¿qué debo escuchar?” “¿Es eso que acaba de decir ese analizante, a lo que se refería Lacan cuando escribía en el Seminario 20: “Que se diga queda olvidado tras lo que se dice en lo que se escucha?” O bien, “¿debo anotar?” “No, no hay que anotar sino escuchar a la letra, leer lo que el analizante ha escrito”. “Pero, ¿cómo hago para anotar y escuchar lo que el analizante dice al mismo tiempo?” Y así siguen manifestándose las imposiciones del superyó epistémico del SSS encarnado en el pensamiento...

Por eso, a veces es fácil burlarse de la técnica y de sus patrocinadores analíticos, pero es un gran error: Lacan en algunas ocasiones lo hacía, pero nosotros no somos Lacan (disculpen la obviedad, pero a veces, por ciertos efectos producidos, parecería necesario recordarlo).

Lacan, si bien podía tener un estilo que -en determinado momento- parecía caer casi despiadadamente sobre las desviaciones de los pos-freudianos (de hecho, así era), más allá de su persona, se trataba de una cuestión de estilo. Lacan empleaba una perspectiva barroca en sus argumentaciones y en sus alocuciones, incluso hacía uso de la burla como una categoría de la retórica.

Él siempre estuvo atento a lo siguiente: si hay reglas que configuran un proceder, ha de ser por algo; ergo -y, contrariamente a lo que puede ser considerado *a priori*- las reglas que conforman el estándar de la IPA⁵ sirven para algo. Pero ahora, otra pregunta: ¿para qué creen ustedes que sirve el estándar del tiempo fijo de cada sesión -antiguamente de 50', aunque luego, en muchos casos, se redujo a 40' y luego a 30'-; las entrevistas pautadas a partir de un número pre-establecido; el momento prescrito para efectuar una interpretación, hasta reglas para interpretar?, ¿para qué sirve todo esto?

La instauración de un encuadre da cierto grado de seguridad. El *setting*, nombre anglo-sajón del encuadre -a partir de su función

⁵ Asociación Psicoanalítica Internacional.

automática- puede tranquilizar, calmar la angustia de una persona que está frente a otra sin nada que le diga, previamente, qué es lo que tiene que hacer. Son ciertas reglas que -de alguna manera- van pautando el tiempo y el espacio de un modo organizado, y que permiten apaciguar -vamos a decirlo de este modo- la relación al Otro.

Rápidamente se pueden filtrar en el encuentro analítico -como en cualquier otro- dos sentimientos que dan cuenta de la ambivalencia freudiana: el amor y el odio (en verdad, deberíamos incorporar una tercera pasión situada por Freud: la indiferencia). ¿Cómo sé que no voy a amar a quien tengo frente a mí y recién veo por vez primera, o que no lo voy a odiar? ¿Y si no me gusta? Esto sucede. La cuestión es cómo responder. El encuadre tiene un valor preciso de localización, no sólo para el analizante, sino -quizás, fundamentalmente- para el analista: situar a la "pareja" analizante-analista en el encuadre para garantizar, de algún modo, el decurso del análisis. Nuestra orientación lacaniana -que no se satisface de la seguridad del *setting*, del encuadre-, en un punto tiene más problemas, ya que no goza de los parámetros, los reaseguros, las normas y procedimientos que estarían allí más a mano, para que uno, en última instancia "sepa qué tiene que hacer con el paciente"; y esto dicho así con todas las comillas del caso.

Nuestro verdadero problema como practicantes del psicoanálisis, es práctico y consiste en buscar los medios para -voy a decirlo con una frase técnica pero no de la técnica analítica- para "tomar la ocasión por los cabellos". Ocasión, yendo a la mitología, que por más calva que la pinten, hay que intentar tomarla por los cabellos para realizar el acto aconsejable en cada ocasión. Del acto, una vez más, no tenemos el confort de una garantía previa que anticipe que si hacemos "eso" o lo "otro", ha de estar bien hecho. Entonces, ¿cuál es nuestro problema? Es, por ejemplo, ¿cómo hacer de la más inteligente e iluminadora cita de Sigmund Freud, de Jacques Lacan, de J.-A. Miller... un saber instrumental que opere -apto para cada ocasión- respetando la singularidad del caso? Ese es nuestro problema de base: se trata de saber hacer ahí, en la experiencia analítica, con eso; porque con "saber" Freud, Lacan, Miller, a pie juntillas y de memoria, no alcanza. Lo más factible es que cuando uno re-

cuerde una cita, por el contrario, ésta aparezca como una exigencia de carácter superyoico.

Curiosa forma de recuerdo la que estamos planteando: olvidar los textos. Esto sería recomendable para saber hacer con ellos, sería una fórmula de un pretendido acto logrado en el dispositivo analítico: olvidar los textos para saber hacer con ellos. Porque si uno está pensando en "qué diría el Otro respecto de lo que tengo que hacer ahora", esto anonada a cualquiera. Si eso, en cambio, está implementado de un modo preciso en el hacer, ya no es el saber sino es el "saber hacer con eso" lo que opera. Ello implica la máxima forma de compenetración topológica entre teoría y práctica: la teoría incorporada en el acto mismo; la práctica es la teoría en su aplicación en el momento de establecer un corte de sesión o de entrevista, de ubicar una interpretación o de realizar un acto, el que se reconocerá siempre por sus efectos.

"Olvidar los textos para saber qué hacer con ellos", aquí les resonará, tal vez, una frase empleada en la última enseñanza de Lacan para dar cuenta del síntoma.

La articulación entre teoría y práctica va a atravesar todo este curso porque, en última instancia, vamos a demostrar que es el psicoanálisis como síntoma lo que se pretende obtener por cada practicante. "El psicoanálisis como síntoma" no se debe leer: los síntomas del psicoanalista; no se trata de promover la angustia del practicante confrontado, en un momento de su práctica, al recuerdo angustiante de las citas -en la manifestación superyoica del Otro, a la que antes hicimos referencia; no es eso lo que se intenta promover. El psicoanálisis como síntoma obtenido por el analizante al final del recorrido en su propio análisis: de eso se trata, de un saber hacer allí -en cada dirección de la cura- como practicante del psicoanálisis, un saber hacer allí con eso (es lo que podemos considerar: el saldo práctico de un análisis).

El psicoanálisis como síntoma también toma el valor de indicar que aquél que llegó a ese lugar desde la posición de analizante y tomó el relevo de psicoanalista (como analizado) lleva el psicoanálisis como un resto incurable, fecundo pero incurable: en esta orientación es su síntoma el psicoanálisis.

Intervención:

-Aquello que me parece que hace obstáculo, además del texto, a veces son las indicaciones en el control.

Es complicado porque uno lleva el caso y hay señalamientos. Después aparece, a veces, en el analista la idea: "¡Uy! Tengo que estar atento a eso".

E.S.: Verdaderamente, está muy bien situado el problema: cuando el analista-control se transforma en una figura del superyó, analizar ha de ser imposible. Ya no es solamente la cita de los textos la que intimida, sino la palabra del supervisor que está allí, en la oreja, o como mirada -según el valor de goce que para cada uno tenga. Seguramente, muchas veces tiene que ver con la posición misma del supervisor, pero también con la posición subjetiva del practicante, el que a veces toma una indicación como una orden o una marcación, como un "habrás de hacer eso". Toda palabra puede ser investida de un valor de significante amo, todo depende del lugar que el Otro encarna para uno y la posición que uno tenga respecto del Otro; pero es cierto que hay cierto estilo de supervisión que es interpretativo-correctivo.

Cuando el supervisor interviene marcando "esto no, tendría que haber dicho esto otro", el "paciente" -en el que se ha transformado el supervisado- llega al encuentro con su propio paciente en la siguiente sesión y espera que vuelva a ocurrir el momento para -ahora sí- insertar la interpretación y hacer lo que "debería" haber hecho. El problema es que, esa ocasión, casi nunca llega. Se pueden comprobar, entonces, forzamientos increíbles realizados para intentar volver al tema: "¿pero usted no estaba hablando, acaso, sobre aquello que le hizo a su hermano cuando tenía cuatro años?", "No, yo no estaba hablando de eso", dirá el entrevistado. Ciertamente el valor que puede tomar el Otro para uno, es determinante de la relación -también transferencial- a establecer entre el practicante y el analista control.

Pero quiero agregar que -creo- hay algo ahí que, estructuralmente, no funciona muy bien en la supervisión (o el control). Tenemos dos palabras para ella y ninguna de las dos nos "gusta"; no nos gusta *control*, no nos gusta *supervisión*.

El *control*, si uno lo saca de la persona -en el sentido de "controlar a alguien"- y lo desplaza hacia el acto analítico, suena mejor: "control del acto analítico" está bien, ya que el practicante controla, precisamente, a partir del lapsus de su acto -tal como enseña Lacan.

Pero el término de "supervisión" es más problemático, ya que en la *super-visión* aparece la función de la mirada indexada, de un modo tal que -podríamos agregar- anonada. Pero más allá del "buen" término por emplear, mi hipótesis es que la dificultad para hallar el significante apropiado para nominar la función da cuenta de una dificultad estructural -en el control, la supervisión o como la llamemos.

Intervención:

-Recordaba algo que escuché en las Jornadas de la Escuela de Orientación Lacaniana del año 2001. La cuestión era cómo hacer de la sorpresa -que puede llegar a producir un analizante en el practicante- un acontecimiento. Me parece que ahí lo que queda como operador no son ni los textos, ni el control, ni la norma sino que es el operador *deseo del analista* el que puede producir esta sorpresa.

E.S.: La cuestión de cómo transformar una sorpresa en un acontecimiento es, verdaderamente, todo el problema; es lo que uno intenta siempre. Freud lo decía respecto de la transferencia, de un modo muy interesante. Aquello que descubrió que era un obstáculo verdadero -porque él había tomado la dimensión imaginaria de la función de la transferencia, al comprobar el empaste que se daba en los pacientes a partir de la ambivalencia de sus sentimientos-, al obstáculo de los afectos, del desplazamiento afectivo, él lo transformó en otra cosa. Freud inventó la transferencia al tratar un obstáculo que le producía sorpresas en la dirección de las curas: ¿cómo hacer de ese obstáculo un instrumento? Tanto fue así que lo transformó en uno de los pilares mismos del análisis. Ese ha sido el acontecimiento freudiano con la transferencia: haber realizado de un problema concreto en la práctica del psicoanálisis un concepto fundamental sobre el que pivotea el trabajo mismo del análisis. El acontecimiento de Freud fue preparado ante cada sorpresa que

tuvo cuando se confrontó con personas que se llamaban histéricas, aquellas que contrariaban con sus conversiones corporales (hasta de un modo absoluto) los mapas de la neurofisiología de la época.⁶

Volvamos a la viñeta clínica, porque estamos en el punto de la entrevista en el cual se requería de una decisión del analista, frente al carácter sostenido e insistente de una pregunta por parte del entrevistado.

Él decía que había aceptado acudir esa única vez y que no era solamente la única sino que era la última.

*Vine-
to
clínica*
Era preciso responderle de alguna manera. Tenemos la urgencia de la prisa establecida, no por los tiempos lógicos, sino por la urgencia del empuje de un tiempo que se acababa para alguien que viene a la consulta. Freud tenía un recurso cuando un análisis no funcionaba, lo improvisó con el "Hombre de los Lobos" diciéndole "en tal fecha finalizamos el tratamiento". Pero, en este caso, esa imposición, mucho más breve y compactada, venía del otro lado; acá es un entrevistado que dice "sólo una". ¿Cuál fue mi respuesta? Manifesté mi sorpresa, no intenté ocultarla y luego -con un gesto de interés-, lo animé a que continuara hablando. Así lo hizo y podemos -ahora sí- anticipar la ruptura de este enigma: finalmente, la ocasión fue propicia para el psicoanálisis.

Todos sus padecimientos parecían girar en torno de esa novia que había devenido su síntoma, él sólo hablaba de ella, sólo estaba preocupado por ella, ella era verdaderamente la causa de su angustia, de su malestar, de su resentimiento, hasta de las variaciones cotidianas de su humor (ven cómo podemos leer ahora, más claramente, la formulación -quizás difícil de Lacan- de que una mujer puede ser el síntoma de un hombre).

A pesar de considerarse, como él mismo lo definía, "un consagrado batallador sexual" y de tener acceso -también es textual- a "casi todas las mujeres", ella, su propia novia, rehusaba acostarse con él.

Pero en ese momento produjo una nueva interrogación: ella lo humilla y él quiere saber por qué lo hace; como verán, hay aquí

⁶ Valga como ejemplo el "síndrome del corset", conversión que estaba delimitada en el cuerpo por lo que sería el perímetro de tal prenda, desafiando al saber médico de la época.

algo nuevo, estamos avanzando en la entrevista -aunque sea "a paso de tortuga" - respecto de la posición en juego. Ya hay, presentándose, una interpretación realizada por el entrevistado acerca de su padecimiento: el Otro -en este caso una mujer, su novia-, lo humilla; además él supone que ella se satisface en ello, pero él no sabe por qué. En verdad, no está completamente seguro de su satisfacción. Cuando lo interrogo sobre este punto dice: "me parece que a ella le gusta humillarme, pero no podría asegurarlo".

Vemos despejarse en este punto que no hay un indicador de certeza respecto de una pretendida suposición de goce del Otro, descartando con ello un elemento diferencial para la psicosis. En verdad, es por eso que lo interrogué en ese punto, para descartar que no se tratara de una convicción delirante (ella gozaría de él, humillándolo), bajo el signo de la certeza que indicaría perplejidad. En el caso presente, él sabía que ella lo humillaba y suponía que a ella eso le gustaba, creía que era un gusto de ella, pero de eso no estaba seguro.

No es para nada lo mismo la *suposición* de saber que la *certeza* del goce, y en esta diferencia transitamos la diferencia estructural clínica entre la neurosis y las psicosis.

Pregunta:

-¿Le preguntó por qué él decía que lo humillaba y a qué llamaba "humillación"?

E.S.: Por empezar es preciso resaltar que hemos avanzado respecto del momento anterior, allí el entrevistado suelta un término más, el que condensa un preciso valor de satisfacción: "humilla". Más allá de que en este punto y en este momento el entrevistado no sepa qué quiere decir con lo que dice, la localización de un significante es muy importante, sobre todo cuando indica una condición de satisfacción.

La función de la interrogación es esencial en las entrevistas preliminares, por eso es preciso situar para qué sirve y en nombre de qué se interroga.

Se trata de dar lugar a que la persona que habla evidencie una sensibilidad respecto a la lengua que él habita -y, muy especial-

La función de la interrogación.

mente, a la lengua que lo habita: es decir, sin su "intención". Desde el inicio la interrogación tiene una función de evaluación clínica pero además se trata de que el entrevistado vaya localizando el valor de significación que le otorga a sus síntomas. También, mientras transcurren las entrevistas, la interrogación va haciendo lo suyo respecto de la localización de la transferencia: sitúa al sujeto en su función de representación, mientras se dirige al analista la suposición del saber necesaria para dar inicio al análisis. Las buenas preguntas orientan la dirección de las entrevistas.

Pero una advertencia: lo que se desprende del uso de la función interrogativa en las entrevistas es que no es en nombre del gusto personal del analista por la significación que él hace uso de ella. La importancia del lenguaje en el análisis fue desarrollada por Lacan en los años 50 cuando efectuó el pasaje de todo el dispositivo freudiano por la retórica y la lingüística -especialmente, a partir de Ferdinand de Saussure y de Roman Jakobson. No es que lo hacía por erudición o por cierta inclinación por -lo que en ese momento se daba en llamar- el estructuralismo; más allá de un gusto singular de Lacan, él toma rigurosamente en serio que es el lenguaje el único elemento del que disponemos para operar en el análisis.

Entonces, volvamos a la pregunta que dio origen a ubicar de la importancia de la función de interrogación. Efectivamente: sí pregunté qué era para él "humilla", a qué se refería con eso contrariando, de ese modo, la obviedad que otorga el sentido común; para comenzar a establecer una asimetría entre la relación analítica y el discurso corriente; ya que ¿cómo se hace, de otro modo, cuando alguien llega al consultorio para hacerle saber, sin explicárselo, que el análisis es otra cosa que un dispositivo de charla en el que una persona habla y otra contesta y donde las reglas de la cortesía están en juego?, ¿cómo se hace para hacer saber, sin explicitárselo al entrevistado, que en el análisis se trata de otra cosa que del discurso común, el de la calle? Ese es un problema.

Intervención:

-Para saber con qué referente se está manejando quién habla.

E.S.: El tema del referente es un problema crucial para la lin-

gística y no menos para el psicoanálisis. Se trata de no dar por ~~sentado~~ lo que "eso" quiere decir. Uno puede tener muchas ~~figuras~~ ~~iones~~ de un término que tiene una resonancia afectiva, semántica tan fuerte como "humillación". Ustedes se dan cuenta de que la sensibilidad fantasmática de cada cual, puede hacer perder a cualquiera. Ahí tenemos entonces la función que la interrogación cumple en principio localizar, quién habla y quién escucha. El practicante del psicoanálisis es, en la función analítica, el receptor de la demanda del Otro, y es instituido en ese lugar-Otro por aquél que nos habla.

A partir de desplegar procedimientos retóricos de la lingüística Lacan adjudica al analista el "poder discrecional del oyente" y comprobamos aquí una aparente paradoja, ya que por un lado se trata de una función que el analista debe emplear y -al mismo tiempo- Lacan subraya que se trata de un poder.

El poder discrecional del oyente

Aclarémoslo, si bien desde cierta perspectiva tal poder discrecional del oyente consiste en la función que permite localizar al sujeto en el dispositivo, desde otra perspectiva sería aquello de lo que el analista debería privarse, ya que, como ejercicio de un poder el analista-oyente tendría la clave universal del sentido, y ¿qué más "natural" que el que escucha, al determinar el valor de significación de lo emitido por aquél que habla, intervenga desde ese poder para imponer su parecer? Pero el término que modula el poder del oyente es el término que le sigue: *discrecional*, con el que se limita el poder, reduciéndolo a una función. Lo discreto de la escucha, pero también la discreción analítica enmarcan la función lenguajera en el dispositivo.

Pero en la experiencia analítica el riesgo siempre está, y el sintagma empleado recuerda el problema: ¿cómo se hace para no usar el poder del oyente instituyéndose en el lugar del Otro? ¿Cómo hacer para no colocarse en el lugar del Otro que decide respecto a la significación de quien habla?

El sentido común, en ese sentido, es nuestro peor consejero. Por eso la interrogación permite abrir la obviedad supuesta en los enunciados formulados, y, al mismo tiempo, conduce a estar atento a los pequeños detalles que puedan dar indicadores diagnósticos, o de localización fantasmática -como vamos a ver, y que están

II

HACER DE LO MISMO OTRA COSA

comentario de "Sobre Psicoterapia"
y de "La iniciación del tratamiento"

Vamos a continuar. Tal vez la clase anterior hubo cierta precipitación hacia el final en tanto no disponíamos de mucho tiempo para las intervenciones. Si hay algo que quieran retomar, podemos volver a la clase anterior.

Pregunta:

«La pregunta es sobre la viñeta clínica que comentó la clase pasada. A mí me interesó su primera intervención, su desconcierto y aquello que llamó "sorpresa". ¿Cómo calculó -si es que lo hizo- esa intervención? ¿Podría precisar "la sorpresa"?

E.S.: La primera intervención, en verdad, fue la telefónica. ¿Es esa a la que usted se refería?

Intervención:

«No, a la siguiente.

E.S.: Bien, la cuestión es cómo hacer de lo mismo, otra cosa. Me parece que allí se ubica la dificultad de manejarse con los semblantes. Creo que lo que usted señala es el efecto de sorpresa (y cierto desconcierto) que me produjo una intervención del entrevistado: como se aprecia en ese momento la división quedó del lado del practicante. Advertido de ello, aproveché la sorpresa para evidenciarla aún más; yo estaba afectado por eso, pero me di cuenta de que esa dificultad podía emplearse para dirigir, precisamente, el mensaje a su destinatario (y así producir la división en el lugar adecuado). Por eso se me ocurrió la fórmula que ahora -me parece- podría definir desde cierta perspectiva el semblante: *cómo hacer de lo mismo otra cosa.*

Intervención:

-En relación a esta serie a la que se había arribado la clase pasada entre "novia" y "padre", cuando tomé nota puse "no había (*no vía*) padre", y pensé que ése era el efecto de significación que el analista pretendía. Me quedé impactado. La pregunta es si usted había tenido la intención de decir "*nohabíapadre*" o si fue una lectura mía.

E.S.: En primer lugar, cuando lo dije, no pensaba en atribuirle una significación. En todo caso, lo que hacía era ubicar dos elementos que aparecían en el discurso, para evidenciar, justamente, su valor significativo y permitir que el efecto de significación volviera del entrevistado (sin poder, por mi parte, decidir cuál significación convendría). Esto es fundamental: no se trataba del predominio de la significación o del intento de ubicar esa significación de la falta de padre. Ciertamente, yo había notado la homofonía. Pero hay que recordar, que no había sido así dicho por el entrevistado. Yo había recortado dos elementos que eran centrales en el deslizamiento que se producía en la metonimia propia del discurso (ustedes recuerdan la alternancia novia-padre). Evidentemente, al decirlo así, se podría escuchar "no había padre", lo que desde el campo de la significación introduciría un problema. Hay una equivocidad, inclusive en la formulación "no había padre", ya que lo que había era la presencia del padre (tal vez excesiva para este hombre) cuando lo que tenía que aparecer era una mujer a partir del significativo "novia". Quiero aquí remarcar que el privilegio no está dado a la significación, ya que esa intervención mía tiende a producir efectos de significación -de hecho, lo hizo y creo haber dado cuenta de ello. Pero a lo que se apuntaba era a localizar los significantes que organizaban el discurso en ese momento.

Intervención:

-No recuerdo cuál era el S_1 , pero el S_2 era "humilla". Estuve pensando que hay un desplazamiento que se había ido dando entre el lugar de la novia que humilla a un padre que humilla.

E.S.: Sí, así es. De "sólo una-humilla" hemos pasado a "novia-

padre"; en este combinatoria de los dos pares de significantes articulados puede leerse que la humillación afecta ahora tanto a "novia" como a "padre" (de la misma manera que el "sólo una" afectaba a "humilla"). Ahí estaba, en verdad, la causa de -vamos a decirlo así- los lapsus provocados en las entrevistas -de "novia" a "padre"-; porque cuando quería decir una aparecía el otro y viceversa. Eso explica la causa de la metonimia. El "humilla" tiene el lastre de la satisfacción en juego que marcaba precisamente ese momento preciso de las entrevistas hacia la entrada en análisis.

Intervención:

-En realidad tiene que ver con lo que plantearon antes. En lugar de pensar "no había padre", yo pensaba que quizás él entra preguntando por qué la novia no quería tener relaciones con él. Me preguntaba si aquello que se puede entre-leer en novia-padre, o lo que él está queriendo decir es que la elección de su objeto es *no vi al padre*. ¿Es la fijación al padre la que hace que él vaya a elegir una persona que lo humilla?

E.S.: Hay algo que es muy poderoso y es la atracción que ejercen sobre nosotros las significaciones. La asociación libre tiene la fortaleza de permitir hacer existir el análisis, en ese sentido lo que ustedes proponen ahora es que podríamos leerlo, ya no como "no había padre" sino como "no vi al padre". Sí, incluso prosiguiendo con el juego significativo hasta podríamos decir: "vía del padre".

Es cierto que el decir "no" estaba en juego, pero, a pesar de que eso consueña y podría ser coherente y hasta consistente con lo que ocurrió después, sería algo arriesgado plantearlo así. Arriesgado en el sentido en el que hay un *plus* agregado por parte nuestra, se trata de una elucubración de saber que no está del lado del entrevistado.

Retroactivamente, podemos decir que la elección para este hombre de esta "sólo una" novia, con estas características -que compartía el peso de la humillación como rasgo determinante que suponía debía soportar por parte del Otro- implicaba haber elegido a esa mujer como le gustaría al padre, con los rasgos, precisamente -cosa que cae en las entrevistas- que le gustaban al padre de una

mujer.

Intervención:

-Lo planteo porque usted había contado que él dice que nunca tuvo relaciones con esta señorita y se puso a llorar cuando le dice "sólo un abrazo". Hay algo que yo escuchaba que se repetía: *un abrazo, una relación sexual*; la humillación de *un padre*, la humillación por parte de *una señora*...

E.S.: Hay dos aspectos aunque opuestos, complementarios, de las maniobras para tomar en cuenta. Primero: el cálculo. Segundo: la contingencia. En la experiencia analítica hay un grado de cálculo respecto de la interpretación; pero, además, la interpretación misma consiste en una contingencia, se trata de una apuesta a que eso que se ha calculado, funcione; pero no hay un saber previo respecto de qué efecto va a producir en el otro, no se puede predecir el éxito de una interpretación, por más cálculo que se haya efectuado.

Intervención:

-No es algo que se sabía desde antes...

E.S.: Quiero rescatar el "yo no sabía", pues es preciso en este punto dejar vacío el lugar del saber para el practicante del psicoanálisis -lo que no quiere decir promover la ignorancia. Lacan -autorizándose en Nicolás de Cusa- hablaba de la *docta ignorancia*, de una ignorancia sabia: lo que es un oxímoron, una paradoja, es una contradicción *in adjectio*. Pero, justamente, la *docta ignorancia* es la que permite dejar todo el saber referencial de los libros que tiene el practicante del psicoanálisis en la biblioteca -o en el bolsillo- y dejarse tomar por la ocasión.

También hay otra maniobra que cabe y que se espera del practicante: la elucubración de saber del caso, una vez que se haya producido como *casus*, es decir, una vez que esa experiencia analítica haya *caído* (tal como parece indicarlo la raíz latina *casus*): una vez que se ha desprendido de la transferencia, allí sí se puede pasar a la escena del testimonio, a la de la presentación del caso.

Entonces sí podemos interpretar la trama en el contexto analíti-

co tal como se habrá producido, y ubicar los significantes que el analizante logró desprender (o, en el caso de un fracaso terapéutico, los que no consintió en desprender).

Pero se trata de respetar, de resguardar el vacío de saber como condición de la intervención analítica y -muy especialmente- desde las entrevistas preliminares: el analista no debe saber, sino dar lugar al despliegue del saber inconsciente.

En esta clase voy a ser casi anacrónico. Quiero presentarles a ustedes un texto freudiano de 1913, "Sobre la iniciación del tratamiento. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis",⁹ el que tiene una serie de joyitas, de perlas. Hay cuestiones que me han sorprendido al volver a leerlas; es interesante cómo uno le da cierto valor de museo a ciertos textos -y a Freud mismo- y considera que eso ya es letra muerta. Sin embargo, su lectura siempre puede ser recreada a partir de nuevas lecturas con objetivos precisos y delimitados. Así veremos cómo es Freud mismo quien nos sorprenderá.

Ustedes recordarán que, en este texto, Freud comienza comparando al psicoanálisis con el noble juego del ajedrez, del cual decía que sólo los inicios y el final de las partidas pueden ser formalizados: lo que sucede en el medio no encuentra formalización posible, sólo puede serlo cómo se entra en el juego y cómo se resuelven. Freud agrega que lo mismo vale para el psicoanálisis y no nos ahorrará detalles para precisar su clínica, por el contrario habrá de explicitar cada uno de ellos.

Veremos la consonancia de lo que ha escrito aquí Freud con la clínica que en nuestra orientación lacaniana ha distinguido Jacques Lacan y continúa haciéndolo, J.-A. Miller. Justamente, hay un curso de este último que se denomina "Los divinos detalles"¹⁰ donde da cuenta de la función clínica esencial del detalle: encontrar aquel rasgo diferencial, distintivo, casi imperceptible, que puede aparecer en una cura y que, al atraparlo, puede dar, *a posteriori*, un valor decisivo para el caso.

⁹ Freud, S.: "Sobre la iniciación del tratamiento. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis" (1913), *Obras completas*, Vol XII, Amorrortu, Buenos Aires, 1994.

¹⁰ Miller, J.-A.: "Los divinos detalles", (1989).

Freud, en este texto, va a intentar dar un catálogo con consejos, lo cual anuncia desde el subtítulo: "Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis".

"Únicamente el ahincado estudio de partidas en que se midieron grandes maestros puede colmar las lagunas de la enseñanza. A parecidas limitaciones están sujetas las reglas (...) para el ejercicio del tratamiento psicoanalítico.

En este trabajo intentaré compilar, para uso del analista práctico, algunas de tales reglas sobre la iniciación de la cura. Entre ellas habrá estipulaciones que podrán parecer triviales, y en efecto lo son".¹¹

Freud apela, por un lado, a la universalidad de la regla, por otro, a ciertas trivialidades. Pero, entonces, ¿para qué lo dice si eso se supone que ya se sabe?

Se ha leído este texto como un catálogo universal de lo que sería cómo manejarse en un análisis. Freud los plantea como "consejos" y no como normas incondicionalmente obligatorias.

"La extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos (...) se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica..."¹²

Vean ustedes la diferencia que hay entre la manera en que Freud presenta estas reglas y el valor que se les ha atribuido en la Asociación Psicoanalítica Internacional. Si bien para Freud se trata de reglas que pueden regular la práctica... no pueden ser mecanizadas: es decir, que la regulan... pero no demasiado; y valdrán para cada ocasión.

Lo que se conoce como los *patterns* del *setting* para la IPA –es decir, las reglas (*patterns*) que fijan el dispositivo (*setting*, traducido por "encuadre")– son un modo de estandarización de la práctica analítica en el nombre de la *mecanización de la técnica*. Comprobaremos cómo no se trata de ello en la enseñanza freudiana.

¹¹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 125.

¹² *Ídem* anterior.

"Hace ya años, en otro lugar, expuse las indicaciones más importantes para la selección de los pacientes. Por eso no las repito aquí..."¹³

Ubico aquí un problema. Seguí el derrotero marcado por Freud para saber cuáles eran las indicaciones más importantes para la selección de los pacientes y fui a un texto que es de 1905 y se llama "Sobre psicoterapia".¹⁴

Este texto es aún más substancioso en las precisiones que ofrece. Comienza interrogando a quién vamos a admitir en el dispositivo analítico. ¿A todos? No. A todos, no. El universal del paciente, como tal, no entra en el análisis freudiano tampoco. No todos los pacientes tendrán acceso al diván freudiano y no porque todos los que quisieran analizarse no hubieran entrado en Viena o en su consultorio, sino porque Freud decía que había contraindicaciones. Esto es, precisamente, lo que puede leerse en este texto de Freud: las indicaciones y las contraindicaciones del tratamiento analítico.

Voy ahora a referirme a algunas de las contraindicaciones que me han parecido interesantes para ver cuáles se verifican aún en la actualidad.

Primera condición:

"No debemos atender tan sólo a la enfermedad, sino también al valor individual del sujeto, y habremos de rechazar a aquellos enfermos que no posean un cierto nivel cultural y condiciones de carácter en las que podamos confiar hasta cierto punto".¹⁵

Uno podría pensar, hasta este punto, que Freud está diciendo algo respecto de un hombre civilizado, un hombre que tuviera una relación con el saber más o menos estabilizada. Pero continúa de este modo:

"No debe olvidarse que también hay hombres sanos carentes de todo valor,

¹³ *Ídem* anterior.

¹⁴ Freud, S.: "Sobre psicoterapia" (1905), *Obras completas*, Vol. I, Biblioteca Nueva Madrid, 1981.

¹⁵ Freud, S.: "Sobre psicoterapia", *op. cit.*, pág. 1011.

y que siempre nos inclinamos demasiado a atribuir su inferioridad a la enfermedad en cuanto hallamos en ellos algún signo de neurosis".¹⁶

¿Ven la sutil diferencia que está haciendo acá Freud? Cuando venía diciendo que hay que rechazar pacientes que no tengan cierto nivel cultural agrega que también hay gente que no tiene el valor; y no necesariamente por ser neurótica: no por ser enfermos serán carentes de valor. Por otro lado, se desprende de ello que hay gente que es perfectamente sana y carece, sin embargo, de valor.

Es muy fuerte la aseveración freudiana, uno tiende a pensar -vamos a decirlo así- en un "pan-terapismo": extender la psicoterapia al universal, creer que todo tiene que ver con la neurosis y alguien podría ser brillante si no fuera porque es neurótico. Freud dice aquí que hay hombres perfectamente normales que carecen absolutamente de valor, y también que la neurosis no implica, necesariamente, la degeneración: puede haber degenerados que no sean neuróticos sino perfectamente sanos. Es interesante cómo usa Freud el concepto de *degeneración* aquí. Nosotros podríamos decir: "a los degenerados no les vamos a dar el análisis, pero sí a los neuróticos".

Lo que Freud parecía requerir de las personas es lo que nosotros concebíamos, en un principio, como el hecho de tener ciertos rasgos de cultura, de erudición; pero, en verdad, apreciamos ahora otra cosa: puede haber gente que no sea neurótica y que no tenga ningún valor, a esta gente Freud los llama *degenerados* y se niega a analizarlos.

Pregunta:

-¿No sería posible pensar que Freud allí dice "culto" al hecho de querer saber algo de lo que le pasa o de la propia persona?

E.S.: Se podría desprender que hay algo de eso en juego, pero ya vamos a ver cómo. En principio es interesante la condición que pone Freud: degenerados, no; neuróticos, sí. No nos lancemos rá-

¹⁶ Ídem anterior.

pidamente a pensar el "degenerado" desde el trauma infantil neurótico. No es eso. El "degenerado" aquí -vamos a tomar la hipótesis de la intervención- es aquél que no querría saber y no aquél que no dispondría de algún saber "de los libros".

Vamos a tomarlo como una hipótesis provisional, forzando un poco los dichos freudianos: el "degenerado" sería el que no querría saber demasiado qué le pasa en la vida, es aquél que gusta de pasar por la vida sin interrogarse mucho respecto de lo que hace. Vamos a llamar a ese "nuestro degenerado freudiano".

Intervención:

-Cuando Freud planteaba el tema del hombre que "no tiene valor". ¿Qué es valor? ¿Qué se entiende por tener valores? Uno lo puede inferir por todo lo que exige un tratamiento. Quizás eso se podría discutir.

Intervención:

-Aparentemente, se refiere a las personas que no quieren saber.

E.S.: Está claro que hemos hecho una interpretación al adjudicarle -por la propuesta que habían ustedes realizado- el valor de "no querer saber" al "no tener valor". Pero esto es una interpretación que hemos realizado del texto porque no hay más elementos. Freud habla de los *dégénéré* -utiliza el vocablo francés.

Pero dice también, que hay gente que en la vida no tiene valor. Hay que tomarlo, en principio, como un juicio de valor de Freud. Y es muy fuerte.

Intervención:

-Lo que es discutible es cómo puede saber si esas personas son sanas o no, si no llegaron a su consultorio.

E.S.: Es verdad. Pero yendo más allá de esas disquisiciones -sobre el valor de no tener valor y sobre los sanos- que Freud diga que puede haber gente sana que no tenga ningún valor -y eso no tiene nada que ver con la neurosis- esto supone que el psicoanálisis tiene un límite. Y más todavía: aún cuando las personas sin valor

lleguen al análisis, no se podrá hacer nada: habrán de seguir sin valor. Podríamos pensar en los desarrollos posteriores de Lacan sobre rehusar el análisis a los canallas y a aquellas personas que tienen una falla ética.

Sobre este punto voy a presentar, en otra clase, una viñeta clínica en relación con una dificultad importante en las entrevistas preliminares en un caso de difícil evaluación diagnóstica y, en ese momento, podremos retomar qué "valor" tenía o no esa persona.

Luego hay otra indicación:

"Tampoco es aplicable a personas que, al someterse a tratamiento, no lo hagan espontáneamente, sino por imposición de sus familiares".¹⁷

¿Esto tiene actualidad hoy? Sí. Es el caso de los familiares, amigos, cónyuges, los que llevan hasta la puerta del consultorio, a veces "empujando" a ciertas personas -no sólo a los niños- aplicándoles, en caso de abstenerse de concurrir, una dolorosa sanción: imponerles la pérdida -generalmente temporaria- del amor del "acompañante" (en el caso de que sea valorado por el "empujado"), sanción que en ocasiones puede llegar hasta el abandono; o en casos menos dramáticos, no darles más chocolate los fines de semana. Crimen y castigo.

Otra condición:

"La psicosis y los estados de confusión mental y de melancolía profunda (podríamos decir tóxica) contraindican así la aplicación del psicoanálisis..."

Este es un principio que se ha generalizado, que se repite y que ya está aquí en 1905. Freud dice: "psicóticos, abstenerse". Pero, hay que ver cómo termina la frase:

...por lo menos tal y como hoy se practica".¹⁸

Un siglo después, ¿no sería tiempo de revisar este aserto freu-

¹⁷ Ídem anterior.

¹⁸ Ídem anterior.

diano? Por supuesto, ya lo hizo -50 años atrás- Jacques Lacan. Aquí está el hilo a partir del cual se puede ir más allá del mismo Freud, respecto del alcance -que él había indicado- en la eficacia de la práctica psicoanalítica: ni las confusiones mentales, ni las melancolías profundas ni las psicosis.

Y luego dirá, aún más:

"De todos modos, no creo imposible que una vez adecuadamente modificado el método analítico quede superada esta contraindicación y pueda crear una psicoterapia de la psicosis".¹⁹

¿Qué me dicen? Está explicitado por Freud. Es un párrafo que yo no recordaba y -menos aún- recordara que se transmitiera. Aquí está ubicada una condición de superación de su propio principio. Ya ahí donde habrá de entrar Lacan para ir más allá de Freud.

Luego hay un aserto que, con la traducción de Amorrortu que es más "maligna" en este punto que la de López Ballesteros, dice directamente:

"...los ancianos ya no son educables".²⁰

Literal. Llamaría a esta condición: "Los viejos son trapos" tomando el viejo lema -"viejos son los trapos"- que decía un adulto como reprimenda cuando un niño llamaba "viejo" a un mayor de edad. Y acá viene todo el peso freudiano de la cronología:

"La edad de los enfermos desempeña también un papel en su selección para el tratamiento analítico, pues, en primer lugar, las personas próximas a los cincuenta años suelen carecer de la plasticidad de los procesos anímicos, con la cual cuenta la terapia..."²¹

Esto no es nada ya que luego habrá otras aseveraciones acerca de la disposición cronológica. La cuestión -por supuesto, hay muchas chicas acá que no las incluye- es que a los 35 años habría que

¹⁹ Ídem anterior.

²⁰ Freud, S.: "Sobre psicoterapia", Vol. VII, Amorrortu editores, pág. 253.

²¹ Freud, S.: "Sobre psicoterapia", Vol. I, Biblioteca Nueva, pág. 1011.

comenzar a abstenerse de analizarse porque la plasticidad de los procesos anímicos se ha comenzado a esclerosar.

Con respecto a los "viejos" plantea:

"...la acumulación de material psíquico prolongaría excesivamente el análisis".²²

Vean ustedes cuál es la idea de Freud: le han pasado tantas cosas a los viejos que -si siguieran analizándose- tendrían que seguir contando qué les ha ocurrido y, en paralelo, las ocurrencias sobre los acontecimientos cotidianos. Por lo tanto, ¡un análisis nunca finalizaría!, ya que habría una relación asintótica entre la duración de los sucesos cotidianos más la de los acontecimientos pasados en relación con la duración del análisis: parecería que se podrían llegar a tocar ambos planos y confluir en un momento de concluir, cuando, en verdad, *vida y análisis* serían como dos paralelas en el infinito, sin tocarse jamás.

Conclusión: los viejos son trapos, no serían analizables para Freud no sólo por el esclerosamiento libidinal, sino por la acumulación de material psíquico para narrar.

Más adelante, defendiendo -quizás- los intereses de su hija, dice que los niños son analizables:

"El límite opuesto, sólo individualmente puede determinarse; los individuos muy jóvenes, impúberes aún, son a veces, muy asequibles a la influencia analítica".²³

Intervención:

-Lo cual estaría en contradicción con "culto" porque un niño no es culto y, sin embargo, hay pruebas de que los niños son analizables.

E.S.: Otra contraindicación. Voy a llamar al próximo punto "Afuera los síntomas sociales".

"No se acudirá tampoco al psicoanálisis cuando se trate de la rápida

supresión de fenómenos amenazadores; por ejemplo, en una anorexia histérica".²⁴

E.S.: En nuestra época la anorexia se ha transformado en un síntoma social, pero en la época de Freud ya había indicadores clínicos, no sólo de ataques histéricos, sino de múltiples trastornos de la corporeidad, los que no eran sin relación con el rechazo médico de las afecciones histéricas. La anorexia no es un invento del siglo XX, ni del XXI; ya a fines del XIX aparecían con toda su fuerza, pero Freud dice aquí respecto de analizarla: abstenerse de ello.

Ahora, debemos recordar que Freud se dirigía a médicos, intentando "venderles" su dispositivo, por lo tanto, luego de hablar de las contraindicaciones se dedicó a situar ciertas indicaciones. Ya que, hasta ese momento, si uno se queda con: *viejos, ¡afuera!; psicóticos, ¡afuera!; degenerados, ¡menos aún!; hombres de poca monta, ¡tampoco son bienvenidos!; los que portan síntomas sociales, ¡abstenerse...!* ¿Qué nos queda?

"Ante esta serie de contraindicaciones pensaréis quizás que el campo de aplicación del psicoanálisis es extraordinariamente limitado. Quedan, no obstante, formas y casos patológicos más que suficientes en los que contrastar nuestra terapia..."

Curiosamente, la serie que despliega es muy breve, y la misma finaliza con cierta satisfacción "marketinera" en una nueva referencia al valor moral e intelectual, aparente garantía de éxito terapéutico:

...todas las formas crónicas de histeria, el amplio sector de los estados obsesivos, las abulias y otras perturbaciones análogas.

Consignaremos, por último, con satisfacción que la eficacia y la rapidez de nuestra terapia crecen en razón directa del valor individual del sujeto y de su nivel moral e intelectual".²⁵

Ahora vamos a pasar a otro texto, "Sobre la iniciación del trata-

²² Ídem anterior.

²³ Ídem anterior.

²⁴ Ídem anterior.

²⁵ Freud, S.: "Sobre psicoterapia", Vol. I, Biblioteca Nueva, pp. 1011/2.

miento...", en el que Freud se dedica a la iniciación de los análisis. Esta cita oficiará de marco:

"El tratamiento psicoanalítico tiene que sobreponerse a todas las consideraciones porque la neurosis y sus resistencias son desconsideradas".²⁶

Veán ustedes el imperativo fuerte que hay en esta frase freudiana, ya que ¿en nombre de qué el analista entra en función?, lo hace en nombre de no respetar "*todas las consideraciones*": las del sentido común, las de la convivencia normal, las de las reglas establecidas por las buenas costumbres; el deseo del analista interviene en nombre de que "*la neurosis y sus resistencias son desconsideradas*".

Seguramente, en algunas ocasiones el analista puede parecer poco apto para "entender" el sufrimiento del paciente; ya sea siendo poco proclive a responder a una demanda puntual y reiterada, o sin tener la suficiente "empatía" como para sentir el dolor que aquél estaría sintiendo; hasta mostrarse impasible y desconsiderado en su trato... En fin, falto de "consideraciones" hacia el paciente. La cuestión aquí es hasta qué punto este accionar responde a los gustos particulares del analista –es decir, a su capricho, a su "forma de ser"– o si, por el contrario, ese accionar del practicante que contraría la expectativa del sentido común, obedece a una función a la cual se hallaría sujetado para contrariar la causa de la neurosis. El manejo de los semblantes se nutre de esta última respuesta.

Es en esta vía que "*sobreponerse a todas las consideraciones*" es una manera muy apropiada de formular el principio lacaniano de la *posición inhumana* del psicoanalista. Aquí se ubica la causa de esa posición: la neurosis y sus resistencias son más inhumanas que la desconsideración del analista a las reglas de la *politess*. Por eso, esa frase de Freud me pareció notable.

Continuemos con el texto. Freud nunca habló de *entrevistas preliminares* pero sí habló de un sondeo, de un *ensayo de prueba*. Habría que interrogarse por qué inventó eso. ¿De dónde lo sacó? Veán la manera clara, diáfana, precisa y rigurosa en la que lo expresa:

²⁶ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 137.

"...con los enfermos, de quienes sé poco, he tomado la costumbre de aceptarlos primero sólo provisionalmente, por una semana o dos. Si uno interrumpe dentro de ese lapso, le ahorra al enfermo la impresión penosa de un intento de curación infortunado; uno sólo ha emprendido un sondeo a fin de tomar conocimiento del caso y decidir si es apto para el psicoanálisis".²⁷

¿No les parece una manera muy bella de decirlo? "Porque sé poco" y "porque no quiero prometerle algo que no podría cumplir".

En la primera clase habíamos localizado nuestra hipótesis de base: *existe discontinuidad entre las entrevistas preliminares y la entrada en análisis*, conjuntamente con los postulados que han de orientar este curso.

El tercer postulado que les propuse establecía que:

El corte efectuado entre las entrevistas preliminares y la entrada en análisis implica la puesta en juego de la categoría de decisión, consentimiento o rechazo respecto del saber.

Y aquí Freud mismo, desde el inicio, relaciona al *ensayo de prueba* con la categoría de *decisión*, con la decisión de aceptar o no al candidato en análisis.

Más adelante veremos –cuando ubiquemos el dispositivo que arma J.-A. Miller en *Introducción al método psicoanalítico*– que uno de los tres principios es la *evaluación clínica* (que en ese texto se tradujo por *avaluación clínica*, neologismo con el que se quiso combinar el término *evaluación* con el *aval* que el analista ofrece con su decisión diagnóstica).

Freud advierte acerca de la rigurosidad que requieren los primeros encuentros con el paciente: no se trata en ellos de un mero trámite, ni de una conducta social que habría que establecer. Comprobaremos, más adelante, hasta qué punto Lacan retorna a Freud a la letra cuando afirma que las entrevistas preliminares son *decisivas*. Mientras tanto continuemos con el texto:

"...para el psicoanalista el error es mucho más funesto que para el llamado

²⁷ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 126.

«psiquiatra clínico». Este último (...) corre sólo el riesgo de un error teórico y su diagnóstico no posee más que un interés académico. El psicoanalista, empero, en el caso desfavorable ha cometido un yerro práctico, se ha hecho culpable de un gasto inútil y ha desacreditado su procedimiento terapéutico".²⁸

Y agrega:

"Si el enfermo no padece de histeria ni de neurosis obsesiva, sino de parafrenia, él no podrá mantener su promesa de curación..."²⁹

Recuerden toda la disquisición que hacía Freud con Bleuler respecto a cómo llamar a esa afección: ¿esquizofrenia o parafrenia? Freud se decide por el término "parafrenia".

Si se trataba de una psicosis, el psicoanalista "no podrá mantener su promesa de curación". Recordemos que lo primero que había dicho Freud es que los psicóticos, hasta tanto no se modificase el método analítico, eran inanalizables.

Jacques Lacan irá más lejos y dirá -a partir de constataciones clínicas precisas- que intervenir en las entrevistas preliminares sin saber qué se hace podría provocar en una psicosis no desencadenada (o estabilizada rudimentariamente) un desencadenamiento.

Comprobamos así que el valor del uso del dispositivo por parte del practicante del psicoanálisis no es simplemente técnico sino que es ético.

Por ello, también vemos surgir, escamoteándose entre las recetas técnicas, una sombra que no es otra que la del superyó. La técnica sirve para ocultar con su regularidad automática (o para ser más benévolos, para disimular por el tiempo que sea posible) la función ética que comanda a la práctica analítica, es decir, la decisión: indicador permanente para el practicante del acto analítico tanto en sus realizaciones como en sus omisiones.

Pero no se trata sólo de un problema para aquellos que hacen uso de la técnica analítica, se trata de cómo hacer para que una norma -decíamos la última vez- no se transforme para alguien en un

²⁸ Ídem anterior.

²⁹ Ídem anterior.

S₁ superyoico, y no estar advertido de que tal uso inconsciente de la norma puede inmovilizar al practicante, anonadarlo.

A pesar de haber ubicado el ensayo de puesta a prueba como una condición necesaria, Freud dirá que tampoco ello es garantía suficiente:

"Por desdicha, no estoy en condiciones de afirmar que ese ensayo posibilita de manera regular una decisión segura; sólo es una buena cautela más".³⁰

De alguna forma, eso vale también para las entrevistas preliminares, ya que no hay ninguna garantía de que con darse el tiempo del espacio intersticial que las entrevistas vienen a procurar respecto del análisis (el que actúa como un supuesto-realizarse en el porvenir), tampoco es seguro que se acceda a la buena puerta. Podemos decir que las entrevistas preliminares son una condición necesaria para el análisis, pero no suficiente. Vamos a ver luego cómo podemos retomar estos argumentos desde la enseñanza de J. Lacan.

Freud no le está dando una categoría de dispositivo al ensayo de puesta a prueba; dice cómo trabaja y está dando, en cierto modo, consejos. Les decía antes, a propósito de la viñeta clínica, que conviene que el lugar del analista esté amparado en la docta ignorancia, y así es como Freud empieza: "en tanto no sé quién llega, me doy el tiempo para saber a quién recibo". Simplemente. Y esto debe valer para cada caso.

Es un llamado a dejar caer las joyas de la infatuación, es decir, los desbordes narcisistas del gusto.

Es interesante marcar que, una contraindicación que da Freud del ensayo de puesta a prueba, hace alguna diferencia con la apreciación de Lacan al respecto:

"Prolongadas entrevistas previas antes de comenzar el tratamiento analítico, hacerlo preceder por una terapia de otro tipo, así como un conocimiento anterior entre el médico y la persona por analizar, traen nítidas consecuencias desfavorables para las que es preciso estar preparado".³¹

³⁰ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", op. cit., pág. 126/7.

³¹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", op. cit., pág. 127.

¿Qué es lo que está pensando? ¿Por qué están contraindicadas las prolongadas entrevistas previas, el hacer preceder el análisis por una terapia de otro tipo o el conocimiento entre el médico y la persona a analizar? Un factor común que hace que diga "no" es la actitud transferencial. Quizás haya que diferenciar aquí la transferencia en la era freudiana y en la era actual, ya que ¿qué transferencia habría con el psicoanálisis en la era de Freud? En principio, prácticamente ninguna, inexistente. Acá Freud está ubicando la transferencia con la persona del analista y está pensando en una función imaginaria: respecto de lo que habría de transferirse en el analista –así lo dirá después– por parte del entrevistado, sobre todo, si lo conoce. Desde esta óptica –freudiana– estaría desaconsejado analizar a alguien que se conoce, salvo que no hubiera ninguna otra alternativa. Bien lo sabía Freud, porque si no dijera eso, incurriría en una contradicción *in adjectio*: como es sabido, Freud ha llegado a analizar no sólo a conocidos y a ciertos amigos, sino –y especialmente– a su propia hija Anna.

Es decir que, mientras se pueda, sea otro quien analice al que se conoce previamente. Pero si ello no fuera posible, agregará Freud, que ese analista sepa que perderá esa amistad; es más, que sepa que deberá resignarla por el psicoanálisis.

Uno podría seguir en esta dirección y forzar aún más la pregunta: y si se analiza a la propia hija, ¿qué se pierde? Tal vez Freud se las vería en figurillas para responder a esa pregunta; pero nosotros, amparados en lo que ha trascendido de la vida de Anna, podríamos inferir algo más... pero serían sólo conjeturas que intentarían responder –desde las suposiciones acerca de la inhibición sexual de Anna, por ejemplo– por las consecuencias de un análisis de una hija con su padre.

Pero me parece que aquí, además, está ubicado cómo han cambiado los tiempos. En primer lugar, se sabe que previamente a que alguien llegue al consultorio, ese alguien porta ya consigo (en muchos casos, incluso sin saberlo) una transferencia a ciertos S_1 del psicoanálisis: hay una transferencia a Freud, a Lacan, a Klein, a Dolto –o a quien dedique cada uno su preferencia, es decir, su amor; porque se trata de eso, de amor.

Intervención:

...o puede tratarse de una institución.

E.S.: Puede tratarse de la transferencia a una institución psicoanalítica o –incluso– al país en el que estas instituciones se desarrollen. Pero es importante saber que hay algo más a considerar en la transferencia que, simplemente, un "depósito" imaginario efectuado sobre la persona del analista; existe un pivote que va más allá de los fenómenos imaginarios que la transferencia suscita al que Lacan llamó SSS y J.-A. Miller el *pivote transfenoménico de la cura* (es decir, aquello que soporta la eficacia simbólica de la transferencia).

La función simbólica de la transferencia entendida como SSS no está, necesariamente, ubicada en el analista. Cuando desarrollemos este algoritmo veremos que el analista ha de ser *cualquiera* –necesariamente y por estructura, en el momento previo a la consolidación del dispositivo–, un significante cualquiera. Y será el segundo significante, con el cual habrá de hacer par, el significante de la transferencia que le sea dirigido.

Por lo tanto, la "proximidad" transferencial es, para Freud, una posible contraindicación del análisis. Con la aclaración posterior que si no se puede hacer nada para evitar dicha proximidad... adelante. Reiteremos que, según su planteo, es necesario que el analista sepa que habrá de soportar una pérdida, la decisión de analizar a alguien no es gratuita, implica –por ejemplo– prescindir de su amistad. Por más que se lo intente, algo quedará afectado y ya no será nunca lo mismo que antes; por la consolidación misma de la transferencia, cuando ésta se efectúa se pone a hacer lo suyo, conduciendo –por ejemplo– a que el analista pase a ser "otra cosa" –voy a así decirlo– que lo que era para esa persona que consulta. Ustedes sabrán apreciar en este "otra cosa" el valor de objeto que habrá de soportar el analista para el analizante durante la cura. Vamos a desarrollarlo posteriormente.

El analista, si acepta a estas personas en tratamiento (los conocidos, los amigos, los familiares):

"...ha de prepararse para que la empresa (...) le cueste aquella amistad".³²

³² *Idem* anterior.

Para agregar a continuación:

"Y debe admitir ese sacrificio si no puede recurrir a un subrogante digno de confianza".³³

Pero esta cuestión habla, también, de la historia del movimiento psicoanalítico; no olvidemos las dificultades que Freud mismo tuvo que atravesar, no sólo para crear su institución, sino -y especialmente- para hacer el psicoanálisis; digámoslo de este modo: el problema de los "subrogantes dignos de confianza" es el problema de la formación de los analistas.

Freud prosigue con un tema ríspido: podría suponerse que la confianza alcanzaría para emprender un análisis; si fuera así médicos, conocedores y eruditos, gente culta y civilizada, los "admiradores" -conocedores de la doctrina psicoanalítica- tendrían ventajas para analizarse. Estos casos, reunidos a partir de la confianza en el dispositivo, los que no sólo no estarían contraindicados, sino todo lo contrario, con ello ¿estarían "vacunados"? Freud dirá:

"La confianza, inclusive, manifestada frente al psicoanálisis por esta gente, es casi inútil".³⁴

¿Por qué? Porque aparecerán las *resistencias*. Ustedes saben que la *resistencia* entre nosotros los lacanianos, es un término que está bastante "devaluado". Dedicuémosle un breve desarrollo. A partir de esta última cita -en la que el término explícitamente no aparece- interroguemos a qué denomina Freud "resistencia", porque de tanto devaluarlo quizás nos olvidamos qué es lo que Freud quería ubicar con ese concepto. Aquí lo dice con toda claridad y podemos rescatar el valor crucial que tiene este concepto en la elaboración freudiana: por causa de las resistencias la confianza más esclarecida puede advenir desconfianza radical; a decir verdad, que alguien confíe absolutamente en el psicoanálisis (por ejemplo, por haberse informado previamente de sus ventajas) o que desconfíe de él totalmente es, a los fines de analizarse, casi lo mismo. Pero,

¿por qué? Pues porque confianza o desconfianza apenas cuentan frente a las resistencias internas que mantienen anclada la neurosis.

Intervención:

-En el caso que comentaste la otra vez está clarísimo: ahí no tenía nada que ver con lo que él estaba diciendo desde su yo.

E.S.: En la terminología freudiana, las resistencias tienen una relación directamente proporcional con la causa de la neurosis, con su etiología: a mayores resistencias mayor proximidad respecto de lo reprimido y cuando el paciente se aproxime a ese punto de lo reprimido surgirán las resistencias por más culto, aficionado al psicoanálisis o erudito que fuere. En cuestiones de resistencia, no tiene importancia lo que "yo" piense, ya que "yo" allí es -más que nunca- pensado por "ello": por eso lo que "yo" piense del psicoanálisis sucumbe frente al peso de la neurosis. Comprobamos que la resistencia, en esta conceptualización freudiana, es un efecto de la etiología neurótica: sólo se quiere saber mientras no se hallen afectadas las condiciones de goce, no es fácil querer saber. Es necesario *valor* en un análisis para no retroceder cuando lo que causó a la defensa se halla próximo a emerger, cuando la "verdad del goce ignorado" atraviesa la represión.

Pero llegados a este punto, ¿no nos va apareciendo como un nombre de lo que antes mencionábamos como el "poco valor de la persona"? Es decir, "no quiero saber nada de eso" es también la manera con la que J.-A. Miller -extrayéndolo del cuadrángulo que trabaja Lacan en los Seminarios "El acto psicoanalítico"³⁵ y "La lógica del fantasma"³⁶- ubica la posición inaugural de la subjetividad en la alienación: "No quiero saber nada de eso" es una buena manera que Miller precisa para leer la operación de alienación, operación a la que el psicoanálisis, desde las entrevistas preliminares, intenta contrariar.

¿Cómo hacer para que alguien "quiera saber algo de eso"? Con

³³ Ídem anterior.

³⁴ Ídem anterior.

³⁵ Lacan, J.: Seminario 15, "El acto psicoanalítico", 1967/8.

³⁶ Lacan, J.: Seminario 14, "La lógica del fantasma", 1966/7.

la particularidad de que ese "eso", ¿qué es? Es el núcleo más íntimo del ser de cada cuál donde se están, precisamente, concentrando esas paradójicas condiciones de satisfacción que producen el sufrimiento y los síntomas.

Pregunta:

-¿"Resistencia" es casi equivalente a condición de goce?

E.S.: Veamos, "resistencia", ¿qué relación tiene con condición de goce?

Intervención:

-Yo lo pensaba como inercia psíquica.

E.S.: Bien, podríamos decir que la resistencia apunta a poner a raya un saber del sujeto acerca de sus condiciones de goce; ya que cuando el deseo del analista apunta al hueso del "ello" -a lo reprimido, a lo más firmemente resguardado del saber- no puede no toparse con resistencias. Un paso más y se trata de lo más difícil de remover en un análisis. ¿La llamamos inercia psíquica? ¿La llamamos condiciones de satisfacción? Dentro de la terminología freudiana o lacaniana: ¿la llamamos fantasía inconsciente o fantasma? Se trata de las paradójicas condiciones de goce de cada uno que dan cuenta de sufrimientos, inhibiciones, síntomas y angustias.

La *resistencia* es el elemento operativo que, bajo transferencia, Freud localiza como el indicador, la lucecita roja que dice: "aquí, *ello* resiste", aquí hay algo resistido, rechazado y -si hablamos de la neurosis- hay un índice de lo reprimido. Y lo reprimido indica una fijación pulsional que da cuenta, al mismo tiempo, de una fantasía inconsciente. Las resistencias suelen proteger lo que falta, lo que debe permanecer velado para la defensa. Por eso ¿qué actitud suelen tomar ciertos pacientes para resguardar lo que debería faltar, para continuar conservando la imagen de sí que tiene cada uno? Por ejemplo, resistirse bajo el modo de la protesta, del indignado rechazo: "eso no es", "de ninguna manera", "yo no dije eso", "no, lo que yo quise decir es..." Se trata de todas esas formas ma-

nifestas que, en última instancia, implican un rechazo del inconsciente (el que está, en el mejor de los casos, articulado en forma neurótica bajo el mecanismo de la represión).

Por eso, advierte Freud, si alguien está muy confiado y viene para decirles "sí, yo creo mucho en el psicoanálisis...", ¡desconfíen! Podríamos decir: "en el análisis resiste -es decir, no quiere saber-hasta el más pintado". Y creo que esto es para tener en cuenta, especialmente, cuando uno recibe a analistas, a colegas en tratamiento.

También se desprende de lo dicho que es necesario rescatar -en las entrevistas preliminares, sobre todo- el recurso de la obviación: no aceptar el guiño cómplice que supone que uno sabe lo que el otro dice, por el contrario rechazar la jerga que uno podría compartir con ese otro (tal vez, en otro contexto). Es decir "no", a la jerga. Es lo mismo cuando uno recibe a alguien, por ejemplo, a un psicólogo clínico que esté tomado -podríamos decir, por supuesto, sin ninguna referencia a las drogas: impregnado- por los DSM por su práctica hospitalaria, y dice para presentarse "soy un TOC"³⁷ (risas); parece increíble pero hay gente que ha llegado a decir eso. O alguien que llega diciendo -inclusive, alguien de nuestra orientación- "soy un obsesivo y tengo determinados rasgos..." y empieza a explicitarlos uno a uno; pero además -y en consonancia con el lugar que ocupa en esa misma obsesión por la que intenta ser reconocido- se presenta colocándose fuera de la escena del mundo, en "el palco" y contando como "otro" la propia enfermedad.

Intervención:

"Hace poco, en una primera entrevista, un paciente, dijo: "fui tratado como paranoico". Le pregunté qué era esto y dijo: "me traté con una médica que atendía la especialidad de ataques de pánico". Él se rotulaba y se ubicaba ahí. Yo traté de decirle que no sabía de qué me estaba hablando con esto de "paranoico".

E.S.: Esta intervención de "no sabía de qué me estaba hablando con paranoico" es acertada, más allá de que el practicante supiera lo

trastorno obsesivo compulsivo.

que "panicoso" puede querer decir. Esto es importante; ya que ahí está desplegándose a partir de una simple interrogación la función del semblante –como decíamos antes–, haciendo aparecer de lo mismo, otra cosa. Porque puede ser que, efectivamente, yo no sepa qué quiere decir "panicoso"; pero también puede ser que yo sepa qué quiere decir "panicoso" y lo pregunte igual, precisamente, para evitar una complicidad de entrada que podría indicar una complacencia posterior, en lo que mencionábamos antes como la tarea principal que ha de mantener el practicante del psicoanálisis: no tener demasiadas contemplaciones en determinadas cuestiones, lo cual nos reintroduce al *antihumanismo lacaniano*.

A continuación, Freud se refiere a las variables de tiempo y dinero, que hoy pueden parecernos realmente "extraordinarias"; por ejemplo: que alguien se analice seis veces por día, un paseo en los campos vieneses seis veces en el día, seis paseos. Eso es extraño. Pero, efectivamente, más complicado para nosotros –para pensar en la articulación tiempo –dinero– es seis veces por semana (risas). ¿Quién podría aguantar seis veces por semana? Pero, hay análisis que requieren de ese tiempo. Freud, al mismo tiempo, dice respecto del dinero que convendría cobrar; y cobrar, más vale caro para que se aprecie, verdaderamente, el valor del querer saber, el valor del análisis.

"Trabajo con mis pacientes cotidianamente, con excepción del domingo y los días festivos; (...) seis veces por semana".³⁸

Y aquí viene lo que nos hace sonreír:

"En casos benignos, (...) bastan tres sesiones por semana".³⁹

Así que, ya saben. Esta indicación fue tomada al principio como regla por la IPA.⁴⁰ No seis... pero, sí, cuatro y luego tres sesiones a la semana. Y acá se comienza a establecer un estándar a partir de un simple consejo. Hay que entender cómo se va esclerosando una

doctrina a partir de ciertos consejos que se elevan a la categoría de *antagmas* fijos, es decir, de órdenes. "Cinco veces a la semana –habría que añadir– hasta que los tiempos resistan". Porque hoy ya se han comenzado a modificar esos criterios –al menos desde la APA⁴¹ y APdeBA.⁴²

Ahora, ¿cuáles eran las razones que daba Freud para la frecuencia de seis veces a la semana?

"...un trabajo menos frecuente corre el riesgo de no estar acompasado con el vivenciar real del paciente, y que así la cura pierda contacto con el presente y sea esforzada por caminos laterales".⁴³

Y acá habla de los obsesivos de una manera muy interesante: *"los que no rompen el hielo"*, aquellos que requieren de largo tiempo antes de comenzar. Plantea que quizás a esa persona haya que darle más tiempo de sesión hasta que llegue "a romper el hielo" ya que podría necesitar mucho tiempo para hacerlo; dice que, inclusive, hay que darles más de una hora.

En el mismo texto Freud introduce otro tema en relación al tiempo:

"He aquí alguna pregunta desagradable para el médico, que el enfermo le dirige al comienzo mismo: ¿Cuánto durará el tratamiento?"⁴⁴

Veamos en el 2002: ¿sigue siendo o no, hoy, una pregunta molesta?

Intervención:

–También preguntan: "¿me voy a curar?"

E.S.: "¿Me voy a curar?", preguntan ya, en la primera entrevista.

Efectivamente, la pregunta por la curación y la pregunta por la

³⁸ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 129.

³⁹ *Ídem* anterior.

⁴⁰ Asociación Psicoanalítica Internacional.

⁴¹ Asociación Psicoanalítica Argentina.

⁴² Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

⁴³ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 129.

⁴⁴ *Ídem* anterior.

duración del tratamiento aparecen como un obstáculo. Ahora, ¿cómo responder? Es interesante cómo Freud encuentra su manera utilizando una fábula de Esopo:

"...uno tendría que conocer el paso del caminante antes de estimar la duración de su peregrinaje".⁴⁵

Es una excelente manera de decirlo:

-¿Cuánto durará este trayecto?

-No sé cuánto durará el camino en tanto no sé cuál es tu paso.

Intervención:

-Pero tampoco cuando conozca el paso va a saber...

E.S.: Una de las tantas maneras que tiene Freud de formular la regla analítica es, justamente, comparar al análisis con un camino y explicitar que en ese camino no sólo el analizante habrá de tener un paso que desconocemos sino que, además, habrá detenciones, desviaciones, tomará trayectos equivocados. Hay en Freud toda una aplicación de esta metáfora del camino que es más que interesante porque ubica las resistencias de yo, del ello y del superyó, localiza los desvíos transferenciales...

-¿Cuándo voy a llegar?

-No sé, pues no sé -ni sabes- por qué ruta has de ir; ni que ruta nos convendrá tomar; si habremos de cambiar de ruta no bien iniciado el camino... o más adelante; si la ruta estará empantanada...

Ustedes ven que hay muchas figuraciones que permiten sortear el obstáculo que representa esta pregunta de imposible respuesta. En verdad, más allá de la bella metáfora que podemos emplear, hay un punto que es indecible: eso no se puede saber. Para transitar, ciertamente, hay que caminar y ahí se acaba la metáfora. "¡Camina!" Esa es la invitación freudiana.

"...la pregunta por la duración del tratamiento es de respuesta casi imposible".⁴⁶

⁴⁵ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 130.

⁴⁶ *Ídem* anterior.

Podríamos hasta sacarle el "casi".

Más adelante Freud retoma los pedidos de ciertos colegas:

"Un colega de mi amistad (...) me escribió cierta vez: «Lo que nos hace falta es un tratamiento breve, cómodo, ambulatorio, de las neurosis obsesivas»".⁴⁷

Estamos en el año 1913. Freud parece referirse a los problemas que habría de tener, por ejemplo, con Fenichel, Rank y Ferenczi, sobre todo cuando estos dos últimos y Jones cuestionaron la duración de los análisis. Querían terapia psicoanalítica más rápida, más corta y más eficaz. Planteaban algo así como: "ubiquemos algo que podría ser el centro, que no tengamos que pasar por la molestia de las fantasías inconscientes que en cada caso, implican la niñez, los traumas singulares, recorrer todo eso... ¡Puff!"

Todo eso, no. ¿Qué hay allí? La búsqueda de una respuesta universal que pudiera valer para todos los casos por igual.

Para Rank, ese universal estuvo localizado en el trauma del nacimiento. Es el trauma de haber sido expulsado del antro materno. Con eso Rank intentó reducir el psicoanálisis a una psicoterapia breve haciendo que todos pasen por localizar esa cuestión y luego... ¡curados! Los síntomas y las fantasías se reducirían a eso: todo centrado en torno del trauma del nacimiento.

Podríamos intentar aplicar este proceder rankiano en las entrevistas. Por ejemplo, tomando en cuenta la indicación freudiana, ¿cómo hacer un tratamiento *breve* de la obsesión a quienes, "para romper el hielo", sería necesario casi "romperles la cabeza" (risas)? Porque se trata de una cabeza -como decía Lacan- que no se rompe: los obsesivos son irrompibles; para histerizarlos, para poder encontrar una inconsistencia, para descompletar sus dichos, se necesita tiempo. ¡Cuántas entrevistas preliminares habrán de fracasar en ese mismo punto!

Entonces, *breve*, ya es un problema. Si -como decía Freud- hay que dar más tiempo para que el entrevistado "rompa el hielo", las seis sesiones por día pueden resultar insuficientes para un obsesivo (a decir verdad, serán necesarias precisas maniobras analíticas

anterior.

para que el sujeto obsesivo sea localizado en las entrevistas); por ello lo de *breve*, olvidémoslo.

En segundo lugar, Freud afirma *cómodo*: ¿cómo se puede instalar la comodidad en el tratamiento de la obsesión, ya no en un tratamiento en general? La tensión que hay cuando el analista entra, de alguna manera, en los intersticios de los dichos del analizante para poder descompletarlos, o para encontrar la ocasión de que el entrevistado obsesivo pueda escuchar algo que no sea un reflejo de la propia coraza en la que se está mirando mientras habla... no puede resultarle al entrevistado algo *cómodo*. Nada cómodo puede estar cuando un sujeto obsesivo se encuentra -hemos visto el caso en la viñeta que presenté- diciendo algo que no pensaba que iba a decir; diciendo otra cosa de la que quería decir o, exactamente, lo que no quería decir. En ese caso, el entrevistado, lo que no quería era que apareciera "novia" cuando decía "padre" y eso es, justamente, lo que apareció. Entonces, rápidamente, la tendencia en esa incomodidad es a decir desde: "no lo dije", "no lo quise decir", "se me escapó", "quise decir otra cosa"; hasta el exabrupto más radical: "¡Discúlpeme! Pero eso no es".

Hay algo muy interesante que le escuché decir a E. Laurent respecto del uso de la negación en la neurosis obsesiva: nunca forzar a que el sujeto consienta en su denegación, a que "confiese" que ha denegado; ya bastante tiene con dejar aparecer el signo de lo reprimido bajo la forma del "no", para que encima el analista intente forzarlo a que confiese que su "no" es, en verdad, "sí" (es el caso de "No se trata de mi madre..." en el ejemplo freudiano).⁴⁸ Y es en este caso: "no se trata de mi novia, es mi padre" o "no se trata de mi padre, es mi novia" -según los dos lapsus que analizamos.

Nunca se trata de arrancar por la fuerza una confesión: "Usted dijo eso y eso quiere decir esto y entonces...", ya bastante tiene el sujeto con el forzamiento de la denegación, monumento conmemorativo de lo reprimido. Ese "no se trata de mi novia" ya es un avance sobre lo reprimido. Es una manera de aceptar -pero negar al mismo tiempo- la manifestación de lo reprimido.

Con relación a lo *ambulatorio* del tratamiento de las neurosis

obsesivas, no sé muy bien a qué se referirá, aunque supongo que es lo contrario de...

Intervención:

-Que se lo interne...

Intervención:

-Lo pensaba como fuera del *setting* del consultorio: se puede salir, caminar y hablar con el paciente. Y creo que Freud lo hacía.

E.S.: Está bien: podemos leer *ambulatorio* como opuesto a una internación, pero también como no necesariamente circunscrito a las cuatro paredes del consultorio. Por ejemplo, un análisis podría llevarse a cabo en las calles de la ciudad, o en los bares; ustedes saben que hay analistas, inclusive aquí, que brindan sesiones en los bares y no porque no tengan consultorio -al menos eso dicen ellos. Ciertamente, eso sería una solución al problema de los alquileres... (Risas) Establecer una metodología analítica peripatética, según el emplazamiento socrático en la polis, ayudaría bastante en esta época a los gastos de los practicantes del psicoanálisis...

La ironía freudiana me parece fantástica: cuando le piden algún tratamiento para la obsesión *breve, cómodo y ambulatorio*, dice:

"No pude proveer a ello, me dio vergüenza y procuré disculparme con la puntualización de que también los médicos internistas se darían por contentos con una terapia de la tuberculosis o del carcinoma que reuniera esas ventajas".⁴⁹

Creo que es una excelente frase como para continuar en nuestra próxima clase.

9 de abril de 2002

⁴⁸ Freud, S.: "La negación" (1925).

⁴⁹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pp. 130/1.

III

EL VALOR DEL DINERO

Hoy vamos a hablar del valor del dinero en las entrevistas preliminares y en el análisis. Trabajaré el texto de Freud "Sobre la iniciación del tratamiento...", los problemas que el mismo plantea y las soluciones que ofrece, para comenzar a verificar qué semejanzas y diferencias tenemos entre las soluciones freudianas y las lacanianas y cuáles de los problemas planteados en dicho texto tienen relación con nuestra actualidad. Apoyaremos el desarrollo con algunas viñetas clínicas.

Freud explica que el proceso analítico sigue su propio camino más allá de lo que uno quisiera y en eso, el analista es impotente. ¿Cómo define Freud al poder del analista? Se los voy a leer porque es una frase -verdaderamente irónica- que vale la pena para ubicar el límite que pone Freud a lo que se podría esperar del ejercicio del poder por parte del analista, en caso de que él decidiera dirigir la cura desde el bastión de su yo, es decir, desde la personalidad fuerte del analista. Dice así:

"...ese proceso una vez iniciado, el analítico, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban ni su dirección, ni la secuencia de los puntos que acometerá. Al poder del analista le ocurre casi lo mismo que a la potencia del varón. El más potente de los hombres, puede sí, concebir un hijo completo, mas no puede engendrar en el organismo femenino una cabeza sola, un brazo o una pierna; ni siquiera puede ordenar el sexo del niño. Es que él sólo inicia un proceso en extremo enmarañado y determinado por antiguos sucesos, que termina -en el plano biológico- con la separación del ser humano hijo respecto de la madre. (...) También la neurosis de un ser humano posee los caracteres de un organismo; sus fenómenos parciales no son independientes unos de otros..."⁵⁰

⁵⁰ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", Vol. XII, Amorrotu Editores, pág. 132.

Ustedes se dan cuenta de la imagen monstruosa que Freud ha creado para ubicar un límite al poder del analista, en caso de que éste pretendiera dirigir, no ya la cura, sino la secuencia de los acontecimientos que se proseguirían en un análisis, si pretendiera anticiparlos. Esta marcación nos confronta con un punto de inconsistencia respecto de la supuesta temporalidad cronológica con la cual se podrían resolver los síntomas, inhibiciones y angustias.

Y para quienes pudieran creer que aquí se trata de un recetario que habría que seguir a pie juntillas, Freud se encarga -una vez más- de colocar otro límite al poder analítico, afirmando que el análisis habrá de tropezar si el analista quisiera curar a alguien sin importarle la función de la transferencia. Recordemos que Freud concebía la transferencia en ese momento como una reedición de las series psíquicas del sujeto desplazándose sobre la persona del analista; es decir, la traslación a la escena analítica de las imágenes las figuras parentales, lo que sería, en términos lacanianos, la función imaginaria de la transferencia activada por la repetición.

Freud dice:

*"Todo aquel que quiera hacer lo más independiente posible de sus condiciones sugestivas (esto es, de sus condiciones de transferencia) el éxito terapéutico, obrará cuerdamente renunciando también a los indicios de influencia electiva de que el médico dispone"*⁵¹.

Es decir, que no hay posibilidad de efectuar una cura que no sea bajo transferencia y la transferencia hay que sostenerla, soportarla. Y ésta es una de las dificultades más grandes que comienzan a aparecer en el practicante desde las entrevistas preliminares.

Pero, "¡Yo no le dije eso! -decía un analista practicante a su analista-control-, fue el paciente el que tomó mi palabra y dijo que yo le dije algo que nunca dije. Él salió de una entrevista y volvió a la siguiente enojado conmigo, diciendo que yo le había aconsejado que se reencontrara con su novia, cuando que yo no dije nada de eso". Comprueben ustedes el poder que se le adjudica a una palabra -supuestamente- dicha por el analista: el paciente va y actúa

conforme a lo que escuchó (de lo que el analista le dijo); es decir, que el paciente se autoriza en su analista para actuar, tomando una intervención como una indicación de una acción. Comprobamos que se trata de lo siguiente: ¿cómo va a ser recibido por el analista, por el entrevistado, lo dicho por el analista, pero también lo no dicho, el silencio frente a una pregunta inquisidora, por ejemplo? Según sea el lugar que el analista ocupe para ese paciente en ese preciso momento, eso decidirá el valor de significación adjudicado a una interpretación, indicación o al silencio del analista. Sea cual fuera la respuesta, hay un punto infranqueable: nunca podrá anticiparse con certeza ese saber, sólo podrá conjeturarse, calcularse, la respuesta que dará cada analizante -paciente, entrevistado- a una intervención del analista. Porque, ¿cómo se asegura la comunicación en un análisis?, ya que no se trata de una cuestión del discurso-de-curso-corriente, como decía Lacan, no es una conversación ni son sus términos los que regulan los dichos en la sesión analítica. Se trata de otra cosa, y la transferencia toma aquí un papel decisivo.

Freud ubica un párrafo muy preciso para intentar aleccionar al entrevistado -futuro paciente- a entender que no se trata de un diálogo como los otros, que el análisis es otra cosa que un discurso corriente, cotidiano, entre dos personas. Freud se tomó el trabajo de advertir sobre este punto, ya que la cultura de la transferencia psicoanalítica no estaba instaurada en los cafetines de Viena (como sí es supuesta estar establecida hasta en los bares de la Argentina, por ejemplo). Efectivamente, ese trabajo había que hacerlo.

Y él lo explicitaba con claridad: "Van a suceder aquí cosas que usted no esperaría que sucedieran -probablemente, yo tampoco- y que van a tener que ver con lo que se ponga aquí en juego". Esta es una de las maneras en que lo verbaliza.

Entonces, la indicación es: no se puede operar desde el poder de la transferencia, sería rebajarla, reducirla a la sugestión. Freud advierte que no se puede analizar sin ese obstáculo que aparece y que es la transferencia, y el problema es que ella viene con sus efectos imaginarios. Pero Freud ha dado un paso más pues vio en ella otra cosa que un impedimento: logró transformar lo que surge como un obstáculo decisivo en las curas en un instrumento

⁵¹ Freud, S.: "La iniciación del tratamiento", Vol. II, Editorial Biblioteca Nueva, pág. 1666.

operatorio fundamental para conducirlos. No se puede operar sin sostener la transferencia, pero tampoco se puede aprovechar el uso sugestivo de la transferencia al analizar para identificar al analista con la sede del saber. Por ejemplo, si fuera desde el lugar del padre desde el que una intervención es escuchada, el analista deberá estar advertido de ello y emplear esa "equivocación sobre la persona" para favorecer la dirección de la cura y no para sus fines de dominio sobre el paciente.

El manejo de la transferencia surge desde el inicio de las entrevistas como una dificultad para el analista, y es una de las cuestiones más espinosas de la experiencia analítica.

Luego Freud se va a dedicar al tema que yo he elegido para hoy: el valor del dinero. Comienza ubicando en este texto una doble vía para tratar cuestiones de dinero:

*"...el hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con la misma doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía."*⁵²

Pero, a continuación, Freud definirá al analista respecto de estas cuestiones, de la función que debe ocupar, de un modo muy particular: como un sinvergüenza.

*"Por su parte, el analista no está dispuesto a incurrir en iguales vicios..."*⁵³

Freud advierte al analista que no debe tener el falso pudor, el rechazo, la mojigatería, la hipocresía que tienen las personas que lo consultan; por ello agrega que el analista debe manejar el dinero de un modo que no redoble el mismo problema que el neurótico tiene con el manejo del mismo.

Ahora, voy a leer un párrafo que nos va a conducir directamente a las viñetas clínicas que quiero presentarles. Freud habla de la inconveniencia de los tratamientos gratuitos en un primer momento -él fundamenta muy claramente por qué no los aconseja. Luego dirá que quizás haya algunos casos que sí puedan serlo, pero no se

⁵² Ídem anterior.

⁵³ Freud, S.: "La iniciación del tratamiento", pág. 1667.

pueden elevar a una generalidad porque el análisis debe ser cobrado. El analista debe cobrar y hasta debe cobrar caro para hacer valer eso que ofrece, lo que por otro lado habría que ver si es el caso hoy.

¿Cómo se hace para que eso siga teniendo valor con toda esta cuestión distorsiva que hay en nuestros días y en nuestro país en relación con la circulación monetaria? ¿Cómo hacer para que este aserto freudiano siga teniendo absoluto interés actualmente? ¿Cómo hacer para que el análisis siga teniendo valor a pesar de que el valor general del circulante disminuya en la plaza financiera local?

En primer lugar, aclarando que "caro" apunta al caso singular. Se trata de que el analizante pague con lo que tiene de dinero, con lo que sea posible de pagar con dinero para él, lo que pone en juego desde el inicio una cuestión ética: ya que, por ejemplo, si alguien dice que puede pagar "poco" y el analista le dice que pague entonces lo máximo que pueda pagar, queda del lado del analizante la decisión del monto del pago, y en principio sólo él sabrá si lo que paga -es decir, lo que está dispuesto a ceder de dinero en el análisis- es lo que puede pagar. Ven ustedes que el dinero funciona de este modo no como un elemento de regulación automática regida por el mercado financiero según el tipo de cambio, por ejemplo, sino como una variable dependiente del trayecto libidinal de un análisis. Y digo libidinal porque el desarrollo de la transferencia no es ajeno a este problema del dinero, sino que -por el contrario- es en torno de la transferencia que el pago con dinero toma valor en el análisis. Por otro lado, es bueno recordar que el analizante no sólo paga con lo que tiene, sino que, según la definición que Lacan dio alguna vez del amor, también él paga con lo que no tiene.

"El tratamiento gratuito intensifica -pongo el acento en intensifica- enormemente algunas de las resistencias principales del neurótico; por ejemplo, en las mujeres jóvenes, la tentación integrada en la relación de transferencia, y en los hombres jóvenes, la rebeldía contra el deber de gratitud, rebeldía procedente del complejo del padre y que constituye uno de los más graves obstáculos a la influencia terapéutica. La ausencia de la compensación que supone el pago de los honorarios al médico se hace sentir penosa-

mente al enfermo; la relación entre ambos pierde todo carácter real y el paciente queda privado de uno de los motivos principales para atender a la terminación de la cura".⁵⁴

Claramente Freud dice que no es que se creen estas dificultades con los tratamientos gratuitos sino que se intensifican los puntos más resistentes de la neurosis en jóvenes hombres y mujeres. En jóvenes mujeres, en conexión con la tentación en la relación de transferencia; en los jóvenes hombres, en relación con la rebeldía procedente del complejo del padre.

Voy a traer dos viñetas para ubicar estas cuestiones en un hombre y en una mujer, para ver cómo el valor del dinero toma su lugar desde las entrevistas preliminares hacia la entrada en análisis.

Primero voy a hablarles de una mujer joven —como la propuesta por Freud— que llega a mi consulta expresando que viene porque se interesa por el psicoanálisis y porque estudia psicología. A esta viñeta clínica la llamaré "De la seducción al fraude". La joven hace un silencio, me mira y ante mi requisitoria añade que, en verdad, a ella no le pasa nada, que su niñez ha sido muy alegre mientras —también alegremente— indica que no está muy dispuesta a hablar y que además, no tiene dinero para pagar.

Primer comentario: uno se pregunta rápidamente qué hace allí alguien que dice que no le pasa nada, que está muy bien, que ha tenido una muy buena niñez y que, para "rematarla", no tiene dinero para pagar.

Pregunta que no quise formular en ese momento por su obviedad misma y porque eran las primeras palabras que alguien había pronunciado.

Ustedes observen que acá está el reverso de lo que uno podría pensar que es, no digamos ya el ideal, sino una "simple" demanda de análisis: no hay sufrimiento, no tiene dinero, no le pasa nada. ¿Qué hacer?

Esperé algunos minutos y —sonriendo— le pregunté si había algo más que ella quisiera decir, a lo que contestó con ligereza: "no".

⁵⁴ *Idem* anterior.

Mientras me levantaba le dije que con mucho gusto estaría dispuesto a escucharla cuando ella así lo quisiera, es decir, cuando tuviera ganas de hablar de lo que le pasaba y que para ello, por supuesto, —agregué— también tendrá que pagarme (todo esto fue dicho con una sonrisa).

Entonces así, como se diría, muy "suelta de cuerpo" me preguntó por el precio. Le dije que eso lo consideraríamos oportunamente. Nos despedimos cordialmente, aunque se retiró algo sorprendida por lo que le había dicho.

Transcurrido cierto tiempo —y ante mi sorpresa— volvió a llamar. Habían pasado tres semanas y pidió una segunda entrevista para algo "muy específico" (así lo dijo telefónicamente). Accedí, ofreciéndole un horario —el que aceptó inmediatamente— y cuando llegó, entusiasmada, dijo que, efectivamente, se dio cuenta de algo que había olvidado y que eso fue lo que la hizo volver. Comentó que al bajar en el ascensor tuvo un recuerdo; dijo que no se dio cuenta cuando estaba frente a mí, sino justo al bajar.

Vemos producirse un olvido a la salida de la escena analítica: ella recordó algo que sabía desde siempre porque siempre había pensado en eso, pero que —precisamente— había olvidado frente al analista. Ella nunca se había analizado pero había pensado que, en caso de que lo hiciera sería el analista el que tendría que pagarle para que ella entregara sus secretos.

Ustedes ven que siempre se habla de cuestiones conceptuales que suenan complejas, como la "cesión del objeto", la "función agalmática del objeto"; bueno, aquí tenemos algo muy puntual donde se ubica el valor preferencial (diremos, *agalmático*) que tenían para esta mujer los secretos que atesoraba; ellos eran su tesoro y por eso, con justa razón, ella consideraba que era el analista el que tenía que pagar y no ella.

Está claro que si yo hubiera intervenido en cualquiera de estos puntos anteriormente —sobre todo en la primera entrevista—, la segunda no hubiera tenido lugar. Pero eso lo supe retroactivamente, es decir, una vez que ya estaba frente a mí en un segundo momento.

Luego de confesar este olvido, dijo que, al suspender yo tan bruscamente la entrevista, cuando me levanté invitándola a venir

en otra oportunidad se sorprendió, y que, ya en la calle, terminó de ubicar esa ocurrencia tan particular que ella ya sabía, pero que había olvidado.

Ahí se aprecia un *resto* con el cual alguien llega luego de una primera entrevista, ese resto funciona como causa de un segundo encuentro con un analista, se trata de una segunda oportunidad.

Y fue en esta segunda oportunidad donde algo comenzó a procesarse, algo que no estaba antes situado, sino tan sólo mostrándose: su posición de una de las *bellas almas* más absolutas que pudieran habitar el cielo hegeliano: ella era alguien que no tenía ningún lugar en el desorden del cual (ni siquiera) se quejaba porque, como decía, después de todo el problema era de los demás, no de ella, pues ella había tenido una infancia feliz, y ahora no tenía problemas.

Cuando ella plantea este recuerdo se sitúa la posibilidad de la analizabilidad, a partir del emplazamiento de lo que constituía hasta ese momento un manifiesto obstáculo para la entrada (y sobre todo para la llegada) al analista. Se aprecia el modo en el que estaban invertidos los términos de la demanda: ya no era solamente la cuestión del análisis gratuito –como lo decía Freud– era, más allá de eso, que el analista, además, debería pagar. No es sólo que ella no tendría que pagar sino que quien debería hacerlo sería el analista.

En esta segunda entrevista, continuó contando algunos datos de su actualidad donde comenzaba a ubicarse su posición de *bella alma*, aquella que se afirma en el mundo localizando al Otro como el causante de cada uno de sus males. Es decir que, a partir de esto, para seguir introduciendo las categorías de J.-A. Miller, tendríamos ya un indicio de *localización subjetiva* en la que su posición aparece al desnudo: "Yo soy –podríamos decir, como enunciado de su enunciación– la que, en contra de toda prescripción analítica, cobraré para hablar en un análisis". Esta es la posición de excepción con la que esta mujer entra al dispositivo.

Es interesante que, al mismo tiempo, se ubica una sutil manera de dirigirse al Otro por la vía de la seducción, porque ella venía a ofrecer un producto que consideraba absolutamente *agalmático*, ella venía –casi condescendentemente– a traer sus tesoros como primicias. Aquí podríamos escribir lo siguiente:

S₁ —————> seducción

Esa vez solamente intervine señalando ciertos lapsus y actos de término erróneo, para verificar su disposición inconsciente. A la salida, al final de esa segunda entrevista reitera que no tiene dinero, pero –agrega– que ha traído "algo para pagar". Deja el dinero en el escritorio, se sonríe y se dirige hacia la puerta. Le solicito que me lo entregue en la mano, con un gesto, se sorprende, lo hace y la invito a llamarme cuando ella lo considere oportuno. Esta vez no esperó tres semanas para llamar sino una. Luego de varios meses, se suceden las entrevistas, mientras comienza a ubicarse una cuestión precisa respecto del dinero y se despliega una fantasía muy clara de prostitución, que hacía pantalla a su entrada en análisis. Una fantasía de prostitución que estaba emparentada con esta otra fantasía no sexual, en relación con lo que ella consideraba, debería hacer el analista, respecto de lo que ella tendría para dar: pagarle.

Fue, finalmente, un sueño el que me condujo a darle entrada en análisis. El sueño –una pesadilla– era muy simple, despojado y preciso: era ella quien le pagaba a los espectadores –mientras estaba en un escenario– para que ellos la aplaudieran. Ella estaba allí hablando frente a una audiencia; todo bien, salvo por un detalle que la llevaba al paroxismo de la angustia: en el escenario había un cuerpo extraño y minúsculo con el que tropezaba, era una astilla. Tropezaba sin clavarse esa astilla pero con la sensación de que todo ese espectáculo que ella había ofrecido "no era nada más que un fraude".

Permítanme que lo escriba así:

seducción
fraude

La *seducción* es el significativo amo con el que esta mujer se presenta. Debajo de la barra he escrito *fraude* por la sencilla razón de que eso es lo que se desprendió al final de las entrevistas: de la seducción al fraude.

La primera división entre significantes aparece entre seducción

y fraude; la seducción ocultaba la división de este sujeto en torno del fraude. Con esta puesta en función del sujeto a partir del significante localicé - y sancioné- la entrada en análisis a partir del significante de la transferencia: *fraude*.

De esta forma estoy anticipando conceptos que después vamos a trabajar desde la enseñanza de J. Lacan.

Por ejemplo, ya hemos hablado de la instalación del SSS, vamos a hablar también del *algoritmo de la transferencia*. Pero ahora, en lugar de desarrollar primero estos conceptos, invierto el camino de acceso y comienzo por ubicarlos en un caso: localizamos en "fraude" la manera de presentación en el análisis y de entrada para este sujeto.

Ahora, podrían ustedes decirme: ¿cómo estoy tan seguro? No lo estaba en ese momento, pero sí sabía sobre el efecto producido por ese sueño; a partir del fraude algo se había desestabilizado en la modulación inocente de sus dichos; algo había cambiado a partir de ese sueño y la había confrontado con una verdad oscura. De ese modo tambaleaba esa mujer cuyo poder de seducción -dicho así por ella- era "la herramienta fundamental" con la que se había manejado en su vida. Veremos a continuación, el modo por el cual en la primera sesión retornaría el fraude.

Pero permítanme antes una precisión acerca de la entrada en análisis, de ella podemos decir que no es una entelequia, que no es una categoría existencial, ni un proceso o una categoría metafísica. La entrada en análisis se basa en los postulados que se desprenden de un aserto: existe discontinuidad entre las entrevistas preliminares y la entrada en análisis. Es decir, que algo tiene que pasar para que la entrada en análisis se produzca, siempre es así.

La entrada en análisis implica una decisión que habrá de ser sancionada por el analista con el consentimiento del entrevistado. Nunca es un procedimiento automático. Se pone en acto, en el momento en el que se efectiviza, por parte del analista. Eso nunca acontece sin el consentimiento del entrevistado propuesto analizando quien, en el momento en el que da el "sí", al acceder a su primera sesión, se ofrece a la experiencia analítica para intentar saber de verdad qué destino ha elegido para su vida.

Entonces, volviendo a la viñeta clínica, les decía que en la pri-

mera sesión retornó el fraude articulado metonímicamente con una extraña fantasía sexual, fantasía que esta mujer enunció de un modo decididamente seductor, no bien se echó en el diván.

Sus primeras palabras fueron: "no sé si decirlo, pero lo primero que se me ocurrió fue que usted me iba a penetrar por mi cabeza, sentado allí atrás".

Al escuchar esas primeras palabras, las que nunca hubiera esperado, por supuesto, debo decir que me sorprendí. Sin saber en principio qué decir (o qué no decir), empleé -nuevamente- el semblante de asombro luego de percatarme de algo, en verdad muy simple. Le dije, en aquel momento, lo siguiente: "*pero, entonces, la condición de lo que usted dice es ¡tener un agujero en la cabeza!*" Esto que puede parecerles extraño -de hecho lo era- permitió situar algo que resultó ser trascendental para este caso y que atravesó toda la cura de esta mujer: una notoria inhibición intelectual que la afectaba y de la que hasta ese momento ella no tenía ni la menor idea; la que tomó valor sintomático a partir de ese momento. La *sorpresa* evidenciada por el analista, al contrariar la oferta de *seducción* permitió que el síntoma tomara su lugar bajo transferencia a partir del *fraude*.

En verdad, lo que produjo la chispa analítica fue el dicho interpretativo que siguió a la sorpresa; es a partir de ese punto que se desprendió el fraude para mostrar, a continuación, su articulación con la inhibición: la oferta del goce sexual ofrecido en la maniobra seductora mostraba el lugar de otro goce, el de la función intelectual inhibida.

Podría escribirlo así ahora:

fraude —————> inhibición

"Fraude" -del que habíamos dicho que es el significante de la transferencia, el que dio cuenta de su entrada en análisis- se conecta con un padecimiento que hasta entonces no lo era: la inhibición intelectual. Se aprecia la división de este sujeto entre estos dos significantes: *fraude* // *inhibición intelectual* y el modo por el cual éste último adquiere un valor de significante amo a partir del despliegue que, desde ese momento, habrá de producirse. Para esta mu-

jer, toda su vida había sido ordenada, organizada, para no saber absolutamente nada de todo aquello que tuviera que ver con su rendimiento intelectual.

Sólo en un momento más avanzado de su análisis se habría localizado un deseo paterno que "trabajaba" sobre la inhibición intelectual: él siempre habría querido "ser un intelectual".

Pero, en el momento de la primera interpretación es necesario aclarar que el analista no sabía absolutamente nada de ello, y lo curioso es que la analizante tampoco. Ustedes ven como aquí se va en contra de la lógica cotidiana, la lógica del sentido común: ¿cómo puede alguien padecer de algo que no sabe? ¿O estamos creando algo ficticiamente? También tenemos derecho a preguntarnos eso: "¿no será que usted le está imbuyendo el fraude, la inhibición intelectual?" Vale preguntarse acerca de estas cuestiones para poder dar cuenta de por qué no es así.

Pregunta:

—No entendí bien cómo pensaste la interpretación, ya que si el tema de la inhibición intelectual no había aparecido hasta ese momento, ¿fue casualidad que surgiera el tema del agujero en la cabeza?

E.S.: En verdad, no habría que decir casualidad, ya que fue la contingencia de la intervención que tocó lo que allí ya estaba cifrado; en ese sentido, por supuesto que yo no lo sabía, no sabía que había una inhibición ahí, ni que a partir de ese momento iba a tomar forma de síntoma; tampoco sabía que esta mujer —como diría años más tarde— se la había pasado seduciendo hombres para no leer libros.

Pregunta:

—Pero, ¿cómo se te ocurre esa interpretación?

E.S.: ¿Cómo se me ocurre? Tal vez tenga que comenzar respondiendo que no lo sé; hilando más fino diría que por una cuestión lógica, ya que esa interpretación es "formal", no tiene ningún sentido, es absolutamente formal. Hay un obstáculo respecto de esa

formulación sostenida por el sujeto del enunciado: para penetrar hace falta lo penetrante y lo que ha de ser penetrado, y para eso hace falta mínimamente un objeto que penetre y algún agujero; en este caso, ¿cuál era el orificio?

Intervención:

—Podría ser algo no dicho pero latente sobre el tema intelectual, porque yo lo asocié también, cuando vos dijiste lo del agujero en la cabeza, con lo intelectual, cuando vos hiciste esa interpretación.

E.S.: Yo no disponía de ningún dato —o quizás sí y no lo sabía—, me refiero a que no había un sentido oculto del que yo dispusiera. Mi interpretación provoca en el analizante un efecto de sentido, pero en sí misma ella no transporta ninguna significación, simplemente marca una imposibilidad de realizar lo que esa frase prometía. No es que yo estaba pensando que había algo de lo intelectual ahí para poner en juego; sólo he apuntado a que faltaba un elemento. Y el elemento que faltaba era, precisamente, la falta: esta mujer no podía contar con la falta, no sabía hacer con el vacío, estaba demasiado llena esa cabeza en torno de otras cuestiones muy bien organizadas alrededor de los hombres, donde era ese agujero central lo que quedaba siempre fuera de la cuestión.

Pero tampoco yo lo sabía, por eso pido que reduzcan la frase sacándole, despojándole las significaciones porque no las tiene. Las significaciones son producidas *a posteriori* de la interpretación por la analizante y es eso lo que pone en juego la función del síntoma, en relación a esta dificultad con su entendimiento.

Ella había entendido tres carreras universitarias y había dejado las tres, pero nunca le había dado la menor importancia a eso, ni siquiera era un problema en su vida, para ella no se trataba de una dificultad con sus entendederas sino de una forma de emplear el ocio. Por eso el síntoma toma su lugar aquí, bajo transferencia, a partir de una contingencia y tomando a la ocasión por los cabellos. Yo no sabía que a partir de esa interpretación se iba a ubicar un síntoma. Tampoco sabía que le iba a dar entrada en análisis y que el sueño ése iba a aparecer; se trata de cuestiones que se van ubicando, no es nada mágico.

que -podríamos decirlo casi como un acertijo- tanto participaba de la relación de objeto como del goce autoerótico. Efectivamente, este hombre iba a una casa de masajes para obtener una satisfacción muy precisa: elegía a una mujer -que frecuentemente era la misma- para hacerse masturbar.

Esta condición de goce tomó una forma compulsiva: no podía dejar de hacerlo a pesar de un intenso sufrimiento que comenzó a manifestarse bajo la forma de la culpabilidad (sin embargo, es de remarcar que ese sentimiento acudía siempre a la salida de ese lugar, nunca antes).

Comencé a interrogar ese hábito hasta que surgió que lo tenía desde que había dejado de acudir a su terapeuta; es decir, que había cambiado las caricias de la terapeuta por unas caricias más localizadas, digamos. Hagamos notar que cuando lo interrogué él no lo sabía, él no se había dado cuenta que ese hábito había comenzado a partir de haber dejado de acudir a su terapeuta. Luego, con cierta vergüenza diría que esta mujer en verdad lo seducía; para aclarar, acto seguido, que eso no quería decir que ella hubiera querido algo con él, pero él pensaba que ella se comportaba con él de un modo seductor.

Ahora ustedes comprueban algunas cosas que pueden provocar ciertas psicoterapias: que alguien salga de allí como el hombre de los sesos frescos sin saber qué hacer con el goce que lo abrumba (y que no fue tratado). Pero este hombre, en lugar de ir a comer sesos frescos -luego de una intervención fallida de la terapeuta- salió de ese consultorio para, precisamente, literalizar una metáfora: se fue a hacerse *acariciar*.

Lo que se ponía aquí en juego era el goce autoerótico, en verdad una forma privilegiada del goce autoerótico que participa en una forma mixta de la relación de objeto por la elección de este *partenaire* sexual.

Pero apreciemos ahora cómo el dinero tomó, bruscamente, un lugar determinante en esa primera parte del análisis.

Continuando con su relato sobre las casas de masajes manifestó que tenía una emoción muy intensa en la preparación de toda esa situación: desde que pensaba en ello cuando estaba en la oficina, hasta tomar el diario y emprender la lectura, luego su excitación

hasta concertar el encuentro por teléfono...

Pero en ese momento del análisis se le agregaba la culpabilidad al salir y era eso lo que le preocupaba.

Por eso, este hábito placentero adquirió un valor sintomático bajo transferencia. Es decir, que sin haber "tocado" absolutamente ninguna significación, sin haber orientado las intervenciones por la vía del sentido, determinados fenómenos placenteros confesados repentinamente en un análisis tomaron un valor de sufrimiento para una persona.

Estas consideraciones ubican la responsabilidad del analista; Freud lo decía con claridad al hablar de "neurosis de transferencia": la llamaba una neurosis artificial en la que no sólo se recordaban situaciones supuestamente vividas con terceros -en términos freudianos- sino que además, esos síntomas se reeditaban bajo transferencia -habitualmente de un modo que puede ser complicado para el "usuario".

Ustedes piensen que este hombre hasta ese momento estaba feliz, era absolutamente feliz. Por un lado tenía a su mujer en la casa y por el otro, tenía una "mano" puesta en los masajes; lo que permitía que la degradación de la vida erótica apareciera dividida pero sin demasiados problemas, precisamente por esa misma división: la escena del hogar, la dama del hogar por un lado y la masajista, en verdad, la mano de la masajista por el otro podían coexistir sin ningún tipo de problema. Es en el análisis que surge el problema.

Un día llegó a su sesión visiblemente emocionado, informándome que no veía el momento de llegar y -así como al pasar, mientras se echaba en el diván- comentó haber gastado el dinero que le quedaba, pues no había podido dejar de pagar sus masajes pidiendo el dinero prestado. Para continuar, casi sin intervalos, narrando una dificultad laboral que había tenido y que se relacionaba con su padre. En ese preciso momento interrumpí, no bien iniciada la sesión y -por ende- su emocionado relato. Se sorprendió mientras afirmaba que él quería quedarse y que para eso pagaba, se enojó, se dio vuelta y comenzó a golpear en el diván mientras decía: "yo pago acá, yo vengo acá para que usted me escuche y, en tanto pago, usted me debe escuchar". Ahí comenzó una perorata en relación al

Por ejemplo, en este caso se percibe claramente que la *localización del sujeto* es la que produce la *apertura de lo inconsciente*. Estoy utilizando aquí dos categorías que han sido empleadas por J.-A. Miller para dar cuenta de la función de las entrevistas preliminares.

Decíamos que la vía de la seducción cubría, ocultaba el fraude, mientras esta mujer ofrecía una bella imagen de sí completa, a todo aquél que quisiera contemplarla para seguir, entretanto, gozando de la inhibición. Al respecto, hay una frase de Lacan que para mí tiene un peso clínico verdaderamente notable, que pertenece al Seminario 10, "La angustia", y define a la inhibición de un modo claro, preciso y clínico como *un síntoma puesto en el museo*; es decir, es un síntoma que no es un síntoma porque está ahí congelado, está en espera de que alguien lo lea; es como sucedía con los jeroglíficos egipcios que esperaban por Champollion -podríamos así decir- para ser descifrados. Si la inhibición no se dirige al analista para ser interrogado el núcleo de goce que causa la perturbación, no hay nada que hacer al respecto.

Vamos a ver ahora qué pasa en los hombres con el valor del dinero. Es el caso de un hombre joven que llega al psicoanálisis atravesando una crisis vocacional. Ya había emprendido anteriormente un tratamiento con una mujer, una terapeuta "muy agradable, de la cual recibía caricias" según sus palabras.

Lo interrogo, por supuesto, sobre estas caricias. Me dice: "no, hablaba figurativamente". Entonces pregunto por qué se había ido, ya que es lo primero que este hombre dijo. Comenta que las dificultades por las que había llegado a ese tratamiento continuaban, a pesar de ese buen trato, de esa buena relación que tenía con aquella mujer, su terapeuta.

Eso fue lo que lo condujo a ir a ver un analista: sus dificultades continuaban, aunque tampoco iba con muchas expectativas, por lo que -en verdad, como decía- solamente tenía un problema vocacional.

Comienzo a interrogar a este respecto y aparece lo siguiente: es un hombre exitoso, con mucho dinero -hace énfasis en esto- quien sigue la profesión de su padre, con quien trabaja, padre al que dice

admirar y al que también, agrega, se halla dispuesto a superar.

A continuación se define, no sólo como un hombre con dinero y éxito sino además como "una buena persona con todos". Por supuesto, el analista no es quién para cuestionar lo que se dice en este punto, sobre todo cuando el juicio emitido es un juicio moral; pero el curso de las entrevistas permitió a este hombre no sólo volver sobre sus dichos, sino que le permitió encontrar un detalle que, para decirlo con sus palabras, le complicó la vida.

Pues un día, después de varias entrevistas, se da cuenta de que, en verdad, todo lo que había hecho en su vida profesional, inclusive desde que había comenzado a estudiar estaba organizado en torno de un punto muy preciso: esperar el dinero de su padre, la empresa y la herencia que de él recibiría. Le pregunté cuál sería la condición para obtener eso, respondió -luego de hesitar- que la muerte del padre era tal condición, cosa que primero dijo alegremente pero, cuando se escuchó decir lo que había dicho, se sorprendió verdaderamente ya que para lograr su propósito la condición era -nada más ni nada menos- la muerte de su padre, de su propio padre. Un hombre que creía ser una buena persona con todos, que lo afirmaba como si tuviera un don, de repente vio producirse una fractura entre sus dichos. En ese momento, luego de varias asociaciones que se produjeron, llegó a la conclusión de que, en verdad, ya no sabía quién era él mismo. A partir de este punto se hallaba ubicado el camino hacia el síntoma de entrada en análisis (verificaremos cómo la modalización de los dichos produce la localización subjetiva): cómo él era un hombre que se llevaba bien con todo el mundo y que, al mismo tiempo, como buena persona que era con todos, con su mujer tenía una "excelente comunicación" -así definía su relación con su esposa.

Pero, en el umbral del análisis produjo una confesión que lo empujó del lado de adentro: en verdad, si bien decía amar "perdidamente" a su mujer, no lograba gozar de ella tanto como él quisiera. Sus relaciones sexuales no eran satisfactorias.

Luego de algunas sesiones dijo tener algo para contar, algo de lo que no había hablado antes; se trataba de una confesión de lo que él llamó "un hábito": acudía a casas de masajes ofrecidas por los clasificados de los diarios de los que obtenía una satisfacción

tiempo de la sesión y al dinero -esas dos variables que amenazan frecuentemente transformarse en una tormenta, en el espacio transferencial de los consultorios. Visiblemente ofuscado, se levantó y se fue protestando, quejándose de cómo podía ser que había estado cinco minutos si él había pagado por una sesión entera...

En la siguiente sesión llegó para desplegar una crítica y una queja decidida sobre su analista; que lo que habría hecho era -verdaderamente- un catálogo de lo que no se debería hacer: el malestar que él debía sobrellevar, argumentando sobre el tiempo breve de las sesiones y su costo, para proseguir con acusaciones respecto de mi persona por el trato que tenía con él. No interrumpí su queja, lo dejé hablar, estaba muy enojado, hasta que en un momento sólo intervine para resaltar tres términos con los que me había designado: *injusto*, *implacable* y *decidido a abandonarlo*. Justamente, estos términos eran los que él había empleado para referirse a la actitud de su padre hacia él. Simplemente mencioné esos tres términos con un sesgo interrogativo. Sorprendido, dijo no querer depender ni de su padre ni de mí y que -además, para comprobar que él puede solo- había decidido terminar con su análisis.

A esta altura, en cuanto analista uno puede pensar: ¿para qué dije lo que dije? Pero, al mismo tiempo, uno podría preguntarse: pero, ¿qué fue lo que dije? ¿Qué había sucedido? Esta puesta en función -en términos freudianos- de una reedición transferencial de la *imago* paterna -para ubicar esta transferencia imaginaria, desde la lectura de Lacan- había sido localizada a partir de tres significantes que nombraban la relación que él suponía tener con el padre y que designaban, en verdad, aquello que el padre era para él: injusto, implacable y el que lo abandonaba.

Frente al incremento del malestar y de la queja -y dado que no quería depender ni de su padre ni de mí- había decidido no seguir su análisis, mientras aclaraba que no se trataba ni de una huida ni de un desafío: quería continuar solo.

Ahora, nuevamente, ¿cómo intervenir en un momento tan delicado, cuando, como analista tenía el saber suficiente -que me había sido ofrecido vía la negación- para deducir que sí se trataba de un desafío y de una huida? ¿Había que decirse, a pesar de que él se

había encargado de enfatizar que no era una huida y no era un desafío? ¿Qué hacer?

Por lo pronto, sabía que no tenía que -como quien dice- echar más leña al fuego (como apreciarán, no es una frase técnica, pero me parece que nos permite ubicar en la magnitud real del problema); se trataba de actuar con prudencia. Pero en ese momento no tenía ni la menor idea sobre qué era conveniente, posible, hacer.

Él mismo, frente a esta "situación catártica", como la llamaría después, produjo un silencio para después decir que tenía mucho rencor, que no sabía por qué, mientras insistía en que debía arreglárselas "solo".

Mi intervención completó su frase: "tengo que arreglármelas solo" agregando, interrogativamente: "¿con el rencor?" Finalicé en ese punto la sesión, pagó un dinero que debía y dijo que suspendía su análisis, que él ya lo había calculado así y que ya no podía echarse atrás. Sólo le respondí con una sonrisa gentil, acogedora verdaderamente, diciéndole que lo esperaba en su próxima sesión. Se quedó mirándome fijamente, dijo que no, produjo un silencio y -a continuación- se largó a llorar desconsoladamente. Lo invité a sentarse, esperé que se calmara, luego de algunos segundos de un llanto verdaderamente conmovedor se levantó. Le pregunté si creía que se podría tranquilizar hasta el día de su próxima sesión, me contestó que debía hacerlo así.

En la siguiente sesión hablaría de lo que lo hizo llorar. Al darse cuenta de lo emocionado que estaba recordó el verdadero rencor que siempre había tenido contra su padre y lo insoportable que siempre fue eso para él. Se precisó de un tramo más en el análisis para ubicar cómo el rencor se volvería contra sí mismo. Surgió de allí otro recuerdo central escondido detrás de la indiferencia: el amor por su padre; amor que siempre había sentido y que nunca había expresado verdaderamente sino -como él decía- "de mentirillas".

Se comprueba que al intervenir el analista sobre una "emoción", ésta se muestra ligada con un goce particular (excitación), luego se desprende de ese mismo lugar, precisamente, otro afecto: el rencor que emerge coordinado con un fantasma de asesinato, causa de la angustia del sujeto.

Es de destacar, en este caso, el modo en que el dinero muestra su procedencia del goce fálico -podríamos hasta decir, del Nombre del Padre.

A esta altura, quiero presentarles una frase que considero apropiada a este tramo del análisis de este hombre, frase con la que culmina Freud su texto "Sobre la iniciación del tratamiento...":

*"Para las clases medias, el gasto en dinero que el psicoanálisis importa es sólo en apariencia desmedido".*⁵⁵

Veremos si esto se aplica o no hoy:

*"Prescindamos por entero de que salud y productividad, por un lado, y un moderado desembolso monetario, por el otro son absolutamente inconmensurables: si computamos en total los incesantes costos de sanatorios y tratamiento médico, y les contraponemos el incremento de la productividad y de la capacidad de procurarse el sustento que resultan de una cura analítica exitosa, es lícito decir que los enfermos han hecho un buen negocio".*⁵⁶

Y remata de la siguiente forma:

*"No hay en la vida nada más costoso que la enfermedad y la estupidez".*⁵⁷

Pregunta:

-Respecto a lo que traías de Freud en el texto "Sobre la iniciación del tratamiento...", ¿cómo podríamos pensar el giro que él hace años después, cuando habla del psicoanálisis en "Nuevos caminos de la terapia analítica" con respecto a las clases populares? Él piensa que el tratamiento debería ser gratuito y que el Estado debería garantizarlo o algo de este orden. ¿Cómo se podría pensar esto también en relación al psicoanálisis en las instituciones, que en nuestro país, es algo que, desde hace cincuenta años tiene una penetración importante?

⁵⁵ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 134.

⁵⁶ *Ídem* anterior.

⁵⁷ *Ídem* anterior.

E.S.: Ciertamente, Freud respondía a la cuestión del empleo del dinero a partir de problemas institucionales muy precisos, ya que ciertos discípulos (Adler, entre ellos) intentaban hacer que el psicoanálisis fuera aplicado -como él decía- a las clases populares. Freud soportaba fuertes presiones del ala comunista (representado especialmente por integrantes del psicoanálisis vienés), pero él pensaba -como decíamos anteriormente- que el psicoanálisis debe ser pagado lo mejor posible; que existe una relación entre el valor en dinero que se le otorga al análisis y el valor del análisis en sí mismo. Por esas presiones Freud tiende, más adelante, a ser un poco más benévolo, un poco más laxo, menos taxativo y considerar la posibilidad de extender el psicoanálisis a las clases populares. Porque en el texto que nos ocupa, si bien desaconseja un tratamiento gratuito, también dice que en algunas ocasiones puede funcionar.

Nosotros podemos hoy preguntarnos: ¿cómo hacer para que eso funcione? Ya que tal problema es un antecedente de la práctica del psicoanálisis en los hospitales públicos -en el sentido de cómo pensar el tratamiento gratuito. Preguntar si "¿ustedes creen que eso puede funcionar o no?" implicaría poner en juego la *doxa*, la opinión; pero para nosotros no se trata de eso, ya que la cuestión amerita ser considerada en cada caso, se trata de saber si un tratamiento funciona o no cada vez. Se trata del problema del psicoanálisis aplicado a las instituciones asistenciales.

De hecho, y como bien sabemos, hay casos en los que un tratamiento analítico funciona en forma gratuita y otros en que no, y no es necesario un hospital para plantear esas cuestiones. No es infrecuente que si alguien atiende a una cierta cantidad de personas atiende gratuitamente al menos a alguna de ellas, por distintas circunstancias que hacen a ese tratamiento en sí. Puede tratarse de una situación transitoria o de un caso excepcional y esto no significa que eso haya de ser para siempre así. Pero sí puede haber una intervención analítica respecto de una imposibilidad que implique que, por determinado tiempo, un análisis funcione así. Y digo "así" porque no sé si llamarlo gratuito porque ya este término implica cierta desvalorización de lo que se procesa en un análisis. Puede ser que no se pague durante determinado tiempo con dinero. Esto

Es de destacar, en este caso, el modo en que el dinero muestra su procedencia del goce fálico -podríamos hasta decir, del Nombre del Padre.

A esta altura, quiero presentarles una frase que considero apropiada a este tramo del análisis de este hombre, frase con la que culmina Freud su texto "Sobre la iniciación del tratamiento...":

*"Para las clases medias, el gasto en dinero que el psicoanálisis importa es sólo en apariencia desmedido".*⁵⁵

Veremos si esto se aplica o no hoy:

*"Prescindamos por entero de que salud y productividad, por un lado, y un moderado desembolso monetario, por el otro son absolutamente inconmensurables: si computamos en total los incesantes costos de sanatorios y tratamiento médico, y les contraponemos el incremento de la productividad y de la capacidad de procurarse el sustento que resultan de una cura analítica exitosa, es lícito decir que los enfermos han hecho un buen negocio".*⁵⁶

Y remata de la siguiente forma:

*"No hay en la vida nada más costoso que la enfermedad y la estupidez".*⁵⁷

Pregunta:

-Respecto a lo que traías de Freud en el texto "Sobre la iniciación del tratamiento...", ¿cómo podríamos pensar el giro que él hace años después, cuando habla del psicoanálisis en "Nuevos caminos de la terapia analítica" con respecto a las clases populares? Él piensa que el tratamiento debería ser gratuito y que el Estado debería garantizarlo o algo de este orden. ¿Cómo se podría pensar esto también en relación al psicoanálisis en las instituciones, que en nuestro país, es algo que, desde hace cincuenta años tiene una penetración importante?

⁵⁵ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 134.

⁵⁶ *Ídem* anterior.

⁵⁷ *Ídem* anterior.

E.S.: Ciertamente, Freud respondía a la cuestión del empleo del dinero a partir de problemas institucionales muy precisos, ya que ciertos discípulos (Adler, entre ellos) intentaban hacer que el psicoanálisis fuera aplicado -como él decía- a las clases populares. Freud soportaba fuertes presiones del ala comunista (representado especialmente por integrantes del psicoanálisis vienés), pero él pensaba -como decíamos anteriormente- que el psicoanálisis debe ser pagado lo mejor posible; que existe una relación entre el valor en dinero que se le otorga al análisis y el valor del análisis en sí mismo. Por esas presiones Freud tiende, más adelante, a ser un poco más benévolo, un poco más laxo, menos taxativo y considerar la posibilidad de extender el psicoanálisis a las clases populares. Porque en el texto que nos ocupa, si bien desaconseja un tratamiento gratuito, también dice que en algunas ocasiones puede funcionar.

Nosotros podemos hoy preguntarnos: ¿cómo hacer para que eso funcione? Ya que tal problema es un antecedente de la práctica del psicoanálisis en los hospitales públicos -en el sentido de cómo pensar el tratamiento gratuito. Preguntar si "¿ustedes creen que eso puede funcionar o no?" implicaría poner en juego la *doxa*, la opinión; pero para nosotros no se trata de eso, ya que la cuestión amerita ser considerada en cada caso, se trata de saber si un tratamiento funciona o no cada vez. Se trata del problema del psicoanálisis aplicado a las instituciones asistenciales.

De hecho, y como bien sabemos, hay casos en los que un tratamiento analítico funciona en forma gratuita y otros en que no, y no es necesario un hospital para plantear esas cuestiones. No es infrecuente que si alguien atiende a una cierta cantidad de personas atiende gratuitamente al menos a alguna de ellas, por distintas circunstancias que hacen a ese tratamiento en sí. Puede tratarse de una situación transitoria o de un caso excepcional y esto no significa que eso haya de ser para siempre así. Pero sí puede haber una intervención analítica respecto de una imposibilidad que implique que, por determinado tiempo, un análisis funcione así. Y digo "así" porque no sé si llamarlo gratuito porque ya este término implica cierta desvalorización de lo que se procesa en un análisis. Puede ser que no se pague durante determinado tiempo con dinero. Esto

lleva a preguntarse por el valor del dinero en el análisis, que es lo que intentaba trabajar a partir de estas viñetas.

El dinero, no sólo es dinero, no es sólo moneda circulante, es algo que a veces se oculta de la vista del analista, que se larga con vergüenza sobre un escritorio, que se prefiere no dar para ir a una casa de masajes, es algo que se muestra que se tiene en exceso; es decir que el dinero es un acumulador de goce sobre el cual, en cada ocasión, hay que localizar el valor que tiene. Por eso es muy difícil generalizar (también) en esto, pero sí podemos afirmar que el dinero, respecto del pago de los honorarios de un análisis, es una variable que depende de ese análisis. Sería la única manera de generalización que podríamos efectuar, pero que deja la cuestión para decidir en cada caso: "¿cuáles son sus honorarios?"

"Vamos a hablarlo personalmente" y no se trata de un cálculo en relación a "cuánto dinero puedo sacarle a éste". Alguien podría plantear: "pero entonces, ustedes, los analistas, son pícaros con el manejo del dinero; en tanto el precio no está reglamentado ustedes cobran lo que quieren según la cara del que les consulta". Esto puede ser dicho por cualquier crítico de la eficacia del psicoanálisis, no es necesario que provenga de los Estados Unidos.

La cuestión es cómo hacer del dinero una variable para tratar en cada análisis. Y esto vale para cada caso, es algo que no se puede tomar en sí mismo a partir de un valor fijo establecido, pues eso sería neutralizar una variable ya que -no lo olvidemos- el dinero es un valor que anula todas las significaciones en tanto y en cuanto se trata de la significación absoluta que ofrece el mercado para intercambiar por cualquier mercancía. En este sentido el dinero es en sí mismo un valor puro que al aplicarse en el mercado da la medida de los intercambios, es el patrón de la economía que ese mercado sustenta. Es ésta su función simbólica, pero existe otra función que precisamos relevar desde el psicoanálisis: su función real.

Ya que considerar al dinero desde el valor de circulación monetaria, como puro valor de cambio, incluso como patrón del valor de cambio puede hacer olvidar su valor de goce, es decir, su función libidinal (o económica, en términos freudianos). Por ejemplo, el dinero se invierte, se ofrece, se presta, se pide, pero también se

pierde, se regala, se acumula; al respecto es bien sabido que el ser alborotivo ha sido un rasgo con el que Freud caracterizó al neurótico obsesivo: él guarda lo suyo, no está dispuesto a ceder fácilmente su objeto, el goce autoerótico que domina su relación con el otro lo rige -también- en cuestiones de dinero.

Las entrevistas preliminares también sirven para detectar, en muchos casos, a partir del empleo del dinero que hace el entrevistado cuál es su relación con el goce pulsional. Posteriormente, el análisis podrá ratificar o rectificar dichas conjeturas.

Pregunta:

-La pregunta que te quería hacer puede llegar a parecer que es una pregunta por la técnica pero mi intención no es esa. Las viñetas fueron más allá de la entrada, estrictamente. Vos hablaste de decisión del analista y consentimiento del paciente, ¿cómo situar la enunciación del pasaje a diván con la interpretación ya que es la interpretación la que produce una rectificación subjetiva, puesta en forma del sujeto? Por otro lado, hablabas de que ahí no hay cálculo, no siempre hay cálculo en el acto pero, ¿qué hay de cálculo en esa decisión del pasaje a diván que implicaría una entrada en análisis? Puede llegar a parecer de la técnica pero en realidad mi intención es ir más allá y situar la interpretación y esa sanción que no sé si es en la interpretación misma o es posterior.

E.S.: En primer lugar, hay que verlo en cada una de estas dos viñetas. Se podría hacer un ejercicio y ubicar el punto en que fue sancionada la entrada y a partir de qué. No es igual en los dos casos, ¿verdad?

Es después de un sueño, en el primer caso, donde aparece claro para la persona que habla, exactamente el lugar que tiene en el desorden del cual se queda: "está ahí toda mi audiencia, pero ahora soy yo quien tiene que pagarle... y además, hay algo con lo que tropiezo que me muestra que todo eso que he puesto en escena, no ha sido más que un fraude". Es decir que, en primer lugar, hay ahí una interpretación que no es del analista: es el sueño el que interpreta al sujeto, constituyéndolo. Lo interesante en el primer caso es que es el sueño mismo el que interpreta al sujeto, pero que

-además, y esto es fundamental- es el sujeto el que consiente a esa interpretación, es el sujeto quien sabe recibir, tomar el guante del desafío que el sueño mismo, con su interpretación, promueve, y no es nada simple: hay que estar dispuesto a aceptar ese desafío. Esta mujer consintió en aceptarlo, porque podía haber quedado en un lamento melancólico: "soy solamente un fraude, no quiero saber más nada y me voy". En este caso, es ese el punto en el que sancioné la entrada en análisis. En el otro caso es algo diferente.

Intervención:

-Lo que por ahí se podría encontrar como rasgo común en ambos es que la división subjetiva está allí, en esta interpretación que ella misma se hace del sueño y, en el otro caso en el "ya no sé quién soy, ya no soy ese que creía ser, tan buena persona". Me parece que en ambos se encuentra eso.

E.S.: Sí, pero permítanme una digresión. Ustedes habrán notado que para situar el momento en el que surge el sujeto, empleé el término de *localización subjetiva* y no el de *rectificación subjetiva*. Les daré mis razones: la rectificación subjetiva da cuenta de una modificación en la posición del sujeto a partir de que la relación con el deseo se ha desplazado: es el término empleado por Lacan en los años cincuenta a partir del caso Dora; mientras que la localización subjetiva, diría, es un término tan robusto como el anterior pero más modesto, pues indica que el sujeto ha sido localizado en el dispositivo, que se ha emplazado en el sitio analítico poniendo el énfasis en dicho emplazamiento más que en la modificación de la relación del sujeto con su deseo. "Localización subjetiva" es el concepto empleado por Miller en su *Introducción al método*...

Desde esta perspectiva podríamos decir que la *localización* es una maniobra a conseguir en las entrevistas preliminares previa a la *rectificación*, incluso como condición de esta última.

Porque, extremando el caso del empleo de los conceptos en su función ideal, se podrían eternizar las entrevistas preliminares en busca de LA *rectificación subjetiva* como si fuera una substancia preciosa, un elixir que crecería en los consultorios analíticos. Me parece que la localización subjetiva es un término más modesto para

comenzar las entrevistas; de él podríamos decir que se realiza cuando alguien se encuentra concernido en lo que dice respecto del sufrimiento que lo causa -sería una manera simple de decirlo.

Ven, en las dos frases de las viñetas esas personas -de pronto- están en el lugar de lo que dicen y padecen ahora las consecuencias de esta localización, ése es el efecto sujeto, no es una entelequia, un ángel que vuela por el consultorio que hay que atrapar o una hoja de un libro de Lacan que se escapó. No, se trata precisamente de esa operación que se encuentra en la modalización misma de los dichos del entrevistado donde cae en la cuenta de eso que él era, sin saberlo, en lo que hacía, lo cual no requiere, necesariamente, haber superado eso. El primer paso es ese, no se trata de rectificarlo; primero se lo localiza como problema, luego vendría la rectificación. Por eso, me parece que el término de localización subjetiva es más prudente, más modesto que el de rectificación subjetiva a condición de aclarar la conexión -incluso lógica y temporal- que existe entre ambos.

Intervención:

-La rectificación subjetiva, ¿está más relacionada con el alma bella? Uno cuenta, se queja y no se implica y se produce una rectificación en el momento en que uno se implica. Yo creo que de ahí viene el concepto de rectificación.

E.S.: Sí, muy bien, y en los dos casos que hemos seguido podríamos decir que sí hubo ese trayecto. Esa persona que decía "mi vida es un espectáculo que yo doy y por el que me tienen que pagar", efectivamente, el sueño la muestra al revés, si bien aún subida al escenario, pero siendo ella la que tiene que pagar a sus espectadores para que sostengan la escena y -además- tropieze con una astilla. Ahí hay, efectivamente, un cambio. Están los mismos elementos pero con un signo contrario. Hay algo que se rectifica, pero casi al mismo tiempo -o mejor, inmediatamente antes que ello ocurra (y es esto lo que me parece que Miller quiere situar sobre todo)- la condición de la entrada es que se localice el sujeto, no a la persona, sino al sujeto como efecto mismo de esta división. Vamos a decirlo así: ya no es la bella mujer que habla, es un sujeto

que surge cuando el fraude la sorprende, fraude que la hace hablar, interpretada ella por el sueño. O en el otro caso ya no es la buena persona con todos la que está frente a nosotros explayándose según el sentido común y una retórica preciosa, sino que es exacta y puntualmente ese hombre que ya no sabe más quién es, porque había dedicado su vida a algo contrario a lo que él decía ser: ahí se manifiesta el sujeto, en su división más *pathemática*.⁵⁸ Pero si bien esto toca al ser, tampoco se trata de una cuestión que iría hacia la ontología metafísica, no se requiere un tomo de Heidegger para entenderlo; pero sí es una problemática que hace verdaderamente a la ontología subjetiva: el ser está ahí puesto entre paréntesis y es lo que está afectado por esta división.

23 de abril de 2002

⁵⁸ Es decir, afectado por su *pathos*.

pulsional. Y para que ello acontezca se debe producir, como decían antes, la localización subjetiva y las formaciones del inconsciente; pero es preciso saber que no es suficiente solamente con que ellas se produzcan, sino que también debe darse el tiempo para que el sujeto surja y se reconozca en ese producto, para que afirme y dé lugar al inconsciente como existencia. "Yo no sabía que eso que me pasaba tenía un valor de verdad de goce para mí", podría haber dicho años después esta paciente, en el caso de que hubiera continuado su análisis y hubiera podido llegar a la elucubración de saber sobre aquel padecimiento que había tenido y que -en realidad- había sido un acontecimiento buscado por ella sin saberlo.

Pero cuando se quiere forzar el saber, ¿qué aparece?: el goce del síntoma, que es la verdadera causa de la resistencia. El término de resistencia hay que tenerlo en cuenta -si bien ha sido devaluado en algunas lecturas de la enseñanza de Lacan-, tal vez de él acá podamos encontrar su valor preciso.

¿Qué localiza Freud cuando habla de la resistencia en este texto? Está hablando de la causa que hace al goce del síntoma. ¿Con qué resiste aquí esta mujer? Con el ataque histérico, con el goce del síntoma mismo. Muestra ese goce que no se puede decir, que no ha sido procesado, que ha sido salvajemente interpretado. No era el momento de la interpretación y menos con un saber tomado "de prestado" del otro.

Esto nos debería advertir, sobre todo, en el empleo del saber en el psicoanálisis con niños: cuando un analista, por ejemplo, toma prestada la palabra de los padres para intentar introducir algún saber y producir algún efecto en el sujeto niño; se trata al "niño" como un discapacitado que no pudiera dar cuenta del saber por vía de la construcción.

Podemos, entonces, ubicar a la resistencia como el nombre de la causa del no saber, articulada con el goce del síntoma.

Ya para finalizar el texto, Freud se refiere al motor del psicoanálisis:

"El motor más directo de la terapia es el padecer del paciente y el deseo, que ahí se engendra, de sanar"⁷⁴

⁷⁴ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", op. cit., pág. 143.

Se trata de un sufrimiento, por parte de quien consulta, articulado con un anhelo de curarse; Freud aquí habla de un deseo de curarse. Sabemos que no es un término que nos guste demasiado desde la enseñanza de Lacan, pero hay que tomarlo en el contexto semántico en el que aparece. Porque el *furor curandis* ya es advertido por el mismo Freud como un problema cuando aparece del lado del analista. El paciente puede tener el objetivo central de su curación, de sanar. Que alguien quiera curarse es lo más lícito que hay que nos manifieste su sufrimiento cuando llega y, al mismo tiempo, afirme querer curarse de eso...! En verdad, sin que eso pase, no hay análisis posible; el problema es cuando el analista centra su deseo en la compulsión a curar al paciente.

Pregunta:

-Acerca del término "curar": ¿no hay un deseo de curar en Freud?

E.S.: En este texto, una vez recorrido, podemos ser categóricos: no. Porque Freud aquí dice que "el motor más directo de la terapia es el padecer del paciente y el deseo que ahí se engendra de sanar". Acá, el deseo de sanar lo localiza claramente del lado del paciente como condición ineludible para que haya tratamiento; ciertamente, en otros textos podremos, seguramente, hablar en forma afirmativa de un deseo de curar de Freud. Para eso hemos leído a Lacan. Pero en este momento quiero ubicar las coordenadas lógicas por las que va avanzando Freud, paso por paso, para situar las verdaderas dificultades que hay para efectivizar el inicio del tratamiento. Acá el motor del tratamiento es un sufrimiento, pero ese sufrimiento y el deseo de curar, así como la inteligencia del paciente o el interés intelectual que demuestre, no evitarán que haya resistencias al análisis.

14 de mayo de 2002

cir, en nombre del goce de la propia imagen (que es la manera lacaniana de nombrar al narcisismo freudiano); goce de la propia imagen que esta época actual ha entronizado. Valga para demostrarlo una publicidad que data de un año atrás: mostraba a una mujer al lado de un lavarropas, con una cara de satisfacción notable -de beatitud, diríamos mejor. Arriba de su cabeza tenía una aureola y más arriba aún, el nombre de la marca con un guiño separador en el medio: SAN-YO. Es realmente notable, es un signo de la época moderna. Es el culto del goce de la propia imagen.

Ahora, ¿cómo hace el practicante del psicoanálisis para prescindir de la investidura del goce de la propia imagen al analizar? Freud dice que para analizar a alguien tiene que saber aprovecharse de las series psíquicas del paciente. Pero ahí se produce lo que Freud llamaba el obstáculo y al mismo tiempo la solución. Cuando uno creía quedar instalado en el lugar del que sabe qué es lo que le conviene al paciente y hablar desde el lugar del poder que le invade la transferencia, se va a encontrar, rápidamente, con los problemas. Este goce del narcisismo es lo que ya aparece como contraindicado por Freud mismo en este texto. El analista no puede de ninguna manera, en nombre de la empatía que ofrece y logra, ubicarse como medida de todas las cosas, como el que sabría decir qué está bien y qué está mal. La medida del goce de uno mismo no puede ser dimensión de la medida del goce y de la satisfacción del otro. Ustedes vean la complejidad ética que implica el análisis.

La última parte de este texto es la interrogación sobre la función del saber en el análisis. Freud se pregunta si alcanza con transmitir el saber a alguien para que se cure. Recordarán que uno de los casos de las viñetas clínicas trabajados demostraba que no: alguien que sabía demasiado de sí mismo y -0justamente por esto- no sabía nada de la causa de su sufrimiento. Pero prefería seguir no sabiendo, es decir, mostrando ese saber de sí mismo, autosuficiente. Por eso uno, a veces, con toda la modestia del mundo, puede hacer el semblante de ignorancia más adecuado y preguntar: "pero, entonces, ¿qué es lo que a usted lo trae aquí?" Porque si alguien sabe tanto de sí y hace una enunciación tan completa del saber que lo aqueja sobre sí mismo, ¿por qué vendría a consultarnos? Esta forma de presentación nos da en muchos casos un diagnóstico de evaluación clínica. La neurosis obsesiva es muy pro-

clive a esta forma de presentarse: el problema es cómo hacer para implicar a alguien, para localizarlo, para que acepte que aunque cree saberlo "todo", hay algo que determina ese "todo del saber" que él ignora por completo y que además causa sus más íntimos padecimientos.

Freud habla sobre el límite al saber y da un ejemplo extraordinario de la vanidad del saber. Escuchen este ejemplo sobre una mujer que había vivido una situación homosexual en su adolescencia con un valor traumático muy intenso y que había querido olvidar. El analista, en nombre de una información que un tercero le había proporcionado, le comunicó a la paciente lo que sería la causa de lo reprimido, es decir, *El saber*:

"Todas las veces que le repetía el relato proporcionado por la madre de la paciente, ella reaccionaba con un ataque histérico, tras el cual la comunicación quedaba olvidada de nuevo".⁷³

Hay un saber que no se sabe y que además resiste a ser sabido. Por eso, el tiempo del análisis implica la apertura necesaria a establecerse entre el instante de ver -que es cuando alguien manifiesta sus síntomas, sus sufrimientos-, el tiempo de comprender y el instante de concluir. Todo el momento de comprender, lapso en el que transcurre un análisis, implica la apertura realizada para que alguien pueda tener una relación de sensibilidad con los contenidos inconscientes en los que está comprometido subjetivamente de verdad, es decir, con la verdad de su satisfacción.

Esa mujer había tenido una satisfacción homosexual, pero tenía todo el derecho de no saber nada de eso durante todo el tiempo en el que se procesara ese recuerdo (es decir, en el trayecto de su análisis). Pero cuando ese recuerdo fue traído violentamente como "saber de" y por un tercero, se entiende que no produzca ningún efecto de verdad. En este punto se ubica claramente la disfunción entre el valor de verdad y el valor del goce.

Es necesaria la introducción del tiempo de comprender para que haya análisis, en verdad, es el análisis mismo este tiempo de comprender, el verdadero "biombo" entre la realidad y el goce

⁷³ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 142.

respecto a cuándo hay que interpretar?

*"No antes de que se haya establecido en el paciente una transferencia operativa, un rapport en regla".*⁷⁰

La posición aquí de Freud sería, el analista que debe esperar la transferencia para interpretar. Freud dice algo.

*"La primera meta del tratamiento sigue siendo allegarlo a éste y a la persona del médico. Para ello no hace falta más que darle tiempo".*⁷¹

Pero "allegarlo", ¿en qué consiste? ¿A qué se refiere Freud con esta indicación? A que el paciente enhebre al analista en una imago de aquellas personas de quienes estuvo acostumbrado a recibir amor.

Este es el lugar que Freud intentaba tomar en la transferencia: el lugar del padre que ama. Una de las críticas -y no de las menores- que ha formulado Lacan a la posición transferencial de Freud es que él gustaba de ubicarse en el lugar del padre, que él hablaba e interpretaba desde ese lugar. Es una de las críticas al deseo de Freud que realiza Lacan y que J.-A. Miller ha puntualizado con mucha claridad.

Freud buscaba, desde el inicio, fomentar esta transferencia positiva. Pero hay un problema: aprovecharse del poder de la transferencia. Así Lacan se pregunta en "La dirección de la cura y los principios de su poder":

*"¿Aceptaré aprovecharse de ese error sobre la persona? (...) La moral del análisis no lo contradice, a condición de que interprete ese efecto, a falta de lo cual el análisis se quedaría en una sugestión grosera".*⁷²

El analista puede aprovechar el valor sugestivo de la transferencia que fomentaría la posibilidad de la transferencia positiva

para que el entrevistado confíe en él, sólo si después no deja de interpretar ese efecto sugestivo que la transferencia conlleva. En última instancia, la función de la interpretación va en contra del poder sugestivo de la transferencia en la lectura de Lacan. Si bien Freud dice que hay que usar el valor sugestivo de la transferencia positiva y hacerla recaer sobre la persona del analista, Lacan agrega, que si se hace eso, después hay que interpretar esos efectos. Esto quiere decir que el analista no debe creer que él es ese lugar de donde proviene el poder de sugestión que la transferencia vehiculiza. El analista puede tomar prestado ese valor que otorga ese lugar para hacer avanzar el análisis pero no en función del investimento de ese poder sino de la autoridad que esa transferencia habrá de poner en juego. Por eso Lacan dice en "La dirección de la cura..." que el analista podrá aprovecharse de ese error sobre su persona.

Freud decía algo muy simpático: "¿cómo puede ser que mujeres bellas se enamoraran de alguien que no hablaba en mucho tiempo y además es viejito y feo, como yo? No voy a creer que es por los atractivos que yo emano. Debe haber algo, me di cuenta en determinado momento, que iba más allá de mí y yo me apoderaba de ese poder". Ven cómo hay en Freud una captación del poder de la sugestión como trama necesaria para hacer avanzar el análisis. La cuestión es que el analista no se la crea y no se quede ubicado en ese lugar. Freud aquí nos advierte de ese problema. Si bien, por un lado nos dice que hay que ubicarse en ese lugar, del padre o de la madre -acá habla en general de los seres que han amado al paciente- también dirá luego que esto conlleva un problema, ya que podría efectivizar una posición moralizante sobre el paciente y adoctrinarlo. Esa es una tentación y un riesgo también del análisis que aquí Freud puntualiza. Por eso si se piensa el análisis como una cuestión interpersonal no hay ninguna salida, ya que la única vía posible sería la identificación.

¿Se entiende ahora por qué Lacan habría de hacer una crítica rigurosa al final del análisis propuesto por la IPA a partir de la identificación con la persona del analista? Cuando se produce la identificación con la persona lo que se está poniendo en juego son todos estos mecanismos que intervienen en nombre del yo, es de-

⁷⁰ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 138.

⁷¹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 136.

⁷² Lacan, J.: "La dirección de la cura y los principios de su poder", *Escritos 1, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1975*, pág. 571.

nombre de otro analista a una persona para que con ella se trate, ésa es la función de la derivación. Pero cuando se trata -por ejemplo- de medicar a alguien realizamos una inter-consulta (aunque el término tampoco me resulta demasiado preciso): es decir, no lo "derivamos" sino que le damos el nombre de otro profesional no para derivárselo sino para que se haga cargo de esa función para poder continuar su análisis. Es interesante observar, por ejemplo en los controles, que cuando los pacientes son difíciles se dice "se lo derivé a un psiquiatra", vemos aquí un lapsus que denuncia una tendencia a sacarse el problema de encima, a "derivarlo". En verdad, en los casos en los que hay un nivel de angustia elevada o se requiere alguna medicación lo que se realiza es una interconsulta y no una derivación.

Para finalizar este texto, Freud comenta acerca de algunas conductas que encontró en sus pacientes, tales como decir algunas frases antes que empiece la sesión o después que les anunció su finalización:

*"Así dividen su tratamiento en un tramo oficial, en cuyo transcurso se comportan las más de las veces muy inhibidos, y un tramo 'cordial' en el que realmente hablan con libertad y comunican toda clase de cosas, sin computarlas ellos como parte del tratamiento..."*⁶⁹

¿Esto tiene actualidad? Sí, ¿no es verdad? ¿Cómo se hace para "recuperar" ese material? ¿Cómo hacer entrar en el discurso algo que alguien quiere hacer salir de él? La buena manera es la interpretación: que el analista interprete, en ese momento, lo que está sucediendo con ese sujeto.

Estamos siguiendo las líneas del texto porque, justamente en ese punto, Freud se pregunta cuándo debemos empezar a hacer comunicaciones al analizado. ¿Cuándo comencemos a interpretar? En relación al "síndrome del biombo" tenemos una excelente ocasión. Alguien utiliza su función: no dice cuando tiene que decir y dice cuando se supone que no tiene que decir. La entrada y la salida de la sesión es algo a estudiar con mucho detenimiento porque hay singularidades que se expresan a partir de detalles, que se relevan,

⁶⁹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 140.

por ejemplo, en la manera en la que alguien llega al analista. Hay gente que llega y no bien llega se sumerge en el diván; otra gente que necesita un ceremonial como el plegado de la ropa; otros, por ejemplo, que precisan darse vuelta y asegurarse de que el analista esté siempre en el mismo lugar, o mirar al analista incluso luego de haberse recostado; se puede observar también la forma de recostarse en el diván o de sentarse. Hay toda una fenomenología a la que vale estar atento, porque ahí se pueden producir pequeños detalles que pueden dar la clave de la posición subjetiva de alguien.

Respecto de lo referido por Freud, es obvio que algo hay que decir de eso que sucede, de la hiancia que se coloca en ese aislamiento entre A y B, en el biombo que alguien coloca para situar determinados dichos por fuera del análisis (aunque al mismo tiempo por dentro del mismo). Quizás valga una simple interrupción cuando alguien dice algo esencial mientras pretende seguir hablando como si nada, o cuando quedan situados "tramos" en el decir que dividen la sesión en dos: tal vez sea preciso, simplemente, un gesto indicativo del analista para situar esa estrategia defensiva.

Por eso no se trata de técnica. Cuando Lacan habla en "La dirección de la cura y los principios de su poder" de la táctica de la interpretación, ubica cierta libertad para el analista para optar de qué manera realizar la intervención, se trata del estilo singular del analista. No hay un código prefijado por el cual habría que hacer de tal o cual manera, ya que nada garantiza su eficacia anticipadamente, sino retroactivamente, por sus consecuencias. Por sus efectos se sabe si tal intervención resultó o no. A veces, hay que dejar varias sesiones para-saber si una intervención fue afortunada; otras veces, rápidamente, se sabe que una intervención ha sido más que desafortunada provocando, por ejemplo, una salida de análisis o una interrupción de las entrevistas; o en casos más leves, la ausencia a la siguiente entrevista y/o sesión.

¿Cuál es el medidor de la intervención? ¿Cómo se sabe si uno se ajustó a la estrategia transferencial que estaba allí en juego y al mismo tiempo a la maniobra táctica que requería la interpretación? Se sabe *a posteriori*, no hay ninguna garantía previa, pero hay una orientación: la transferencia es una orientación.

Ahora, ¿cuál es la indicación fundamental que aquí da Freud

cen al algoritmo del SSS, matema al que vamos a arribar más adelante en este curso.

Intervenciones:

-Cuando vos preguntabas si un análisis podía funcionar si una persona homosexual no lo cuenta durante un año, ¿qué localización tiene ese sujeto con respecto a su sexualidad?

-Una paciente, por muchos meses, no había dicho que la habían violado. Cuando el analista le preguntó por qué esperó tanto tiempo para contar este episodio, ella comenta que había tenido un análisis anterior en el que el analista se había detenido mucho en eso y ella quería dejar ese dato para que el analista actual no se enganchara con esa escena.

E.S.: Cuando alguien llega a un análisis puede suceder que no sea la primera vez que consulta; por eso es imprescindible, en las entrevistas preliminares, la función de la interrogación y -sobre todo- la interrogación respecto del saber alcanzado en los análisis anteriores. Así, también, es de suma importancia ubicar cuál ha sido el punto exacto en el que alguien supone que ha dejado su último análisis.

Ahí se requiere una construcción por parte del entrevistado para que dé cuenta de lo que él supone que allí sucedió y hasta dónde arribó, sin esperarse nunca un relato sistemático sino una suerte de "autodiagnóstico".

Por eso alguien puede tener las mejores razones -como en este caso que ustedes acaban de plantear- para no contarle a un analista sobre determinado suceso porque éste podría quedar seducido por el acontecimiento mismo e insistir en eso. Porque, podríamos preguntarnos, ¿hasta qué punto la interrogación implica una curiosidad del analista -vamos a decirlo así-, curiosidad determinada por el gusto del practicante del psicoanálisis, o -por el contrario- la interrogación apunta a poner sobre la mesa las condiciones de satisfacción de aquél que viene a consultarnos?

Por esto mismo, la experiencia analítica no es técnica sino ética, porque está en juego la persona misma del analista. ¿Hasta qué

punto ese suceso era decisivo para el sujeto o era el analista el que construía ese suceso como decisivo para su vida? ¿Se trataba de un prejuicio del analista o de un prejuicio del analizante? ¿O era una convergencia de ambos? ¿O ni lo uno ni lo otro? Se dan cuenta que son cuestiones muy delicadas que solamente pueden ubicarse en el decurso, quizá ni siquiera de esas entrevistas, sino en el trayecto de ese análisis, cuando vaya ubicándose si ese suceso era simplemente un suceso o estaba construido a partir de un fantasma.

Freud narra un caso interesante, el que bien vale en nuestra actualidad:

"Cierta vez traté a un alto funcionario que por el juramento de su cargo debía callar ciertas cosas como secretos de estado..."

Freud aceptó. Y agrega:

...fracasé con él a raíz de esa limitación".⁶⁷

Freud advierte en este caso que haber aceptado desde el principio que hubiera algo que no se podía tocar, resultó absolutamente contraproducente para el análisis. Por supuesto, se espera que las formaciones del inconsciente puedan horadar esos secretos, pero hay que entender que ellas habrán de aparecer cuando las condiciones de la transferencia se hayan producido.

En otro pasaje del texto, Freud se pregunta qué pasa cuando alguien requiere de una terapia alternativa en el curso del análisis:

"Si en el curso del análisis el paciente necesita pasajeramente de otra terapia, clínica o especializada, es mucho más adecuado acudir a un colega no analista que prestarle uno mismo esta otra asistencia..."⁶⁸

Es el tema de las interconsultas para administrar medicación o para efectuar internaciones: muchas veces, en estos casos, se habla de "derivación", término sintomático al ser empleado en este contexto semántico, ya que la derivación implica que alguien pasa un

⁶⁷ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 137.

⁶⁸ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 138.

alguien evidencia conductas minuciosas.

Freud advierte sobre otro problema: cierta gente resiste al psicoanálisis con secretos. Lo que antes decíamos es que uno siempre tiene derecho de acumular ese secreto (y otros) sin ofrecerlo(s) durante un tiempo, inclusive en el análisis. Pero, ¿cuál es el destino de esos secretos? Freud dice que a veces a la gente le gusta contarle a los amigos lo que, efectivamente, no habla en el análisis, pero suele contarles a otros aquello en lo que está localizado su sufrimiento, a otro con el cual tiene una relación de proximidad y de reciprocidad que soporta que el secreto le sea volcado; es decir, a alguien confiable. Sepamos leer aquí que el analista debe llegar a ser confiable para el analizante, debe llegar a serlo no implica que lo sea desde el inicio del tratamiento (menos aún desde las entrevistas preliminares). El analista deberá ganarse la confianza del analizante.

Las amistades, en su función íntima, tienen este soporte, la reciprocidad del eje imaginario a-a' ofrece esa confianza por la que el otro puede ser el depositario de los secretos de uno. Es una manera de concebir la amistad: la creencia de que el Otro, de verdad, puede albergar con dignidad eso que a mí me pase sin burlarse de ello, sin despreciarlo y entendiéndome: este es el principio de la comunicación humana. En ese sentido el analista es inhumano. Exige que, a pesar de no tener esa relación de reciprocidad, a él se le ofrezcan esos preciados secretos que cada uno alberga, pero no lo hace en nombre de su gusto por los secretos ajenos, por escudriñar en la intimidad de las gentes, lo hace en nombre de intentar develar la causa última de inhibiciones, síntomas y angustias.

Se ha llamado "lateralización de la transferencia" lo que suele suceder en los casos en los que se enquista este procedimiento de guardar, durante mucho tiempo, un secreto que es esencial para la cura de alguien.

Por ejemplo, durante cierto tiempo, alguien puede ocultarle al analista un acontecimiento de infidelidad social, o incluso su homosexualidad, y no me refiero aquí a un episodio homosexual sino a una práctica homosexual regular. Esta "lateralización de la transferencia" implica que eso es comulgado -usando el término "comulgado" con toda intención- en otra persona. Ahora, esta condi-

ción de satisfacción que aparece en un saber depositado en otro y rehusado al analista, ¿puede hacer que el análisis funcione? ¿Puede funcionar un análisis en el cual alguien, durante un año -por ejemplo- no confiese el centro de lo que son sus condiciones de satisfacción respecto del *partenaire* sexuado?

Pregunta:

-Las formaciones del inconsciente, ¿no están para eso?

E.S.: Sí, para eso están las formaciones del inconsciente, para localizar al sujeto. La cuestión es que la localización del sujeto requiere no sólo que haya sujeto en las formaciones del inconsciente sino que haya quien se reconozca en esas formaciones.

No hay que apresurarse, hay que intentar ubicar el valor de los conceptos. Hemos visto casos en los cuales alguien se pasa por alto sus lapsus y los rechaza absolutamente: ¿es o no es una formación del inconsciente? Sí y no, pero a los efectos del análisis -que es lo que nos interesa- no lo es. Si no existe la sanción de aquello que aparece como equívoco o como producción del inconsciente y el consentimiento del *parlêtre* a esto, no hay formación del inconsciente en sentido estricto. Una formación del inconsciente existe cuando -disculpen la obviedad- existe el sujeto del inconsciente, y para que exista este sujeto es condición necesaria que haya formaciones del inconsciente, pero no es suficiente con el fenómeno de su manifestación. Es decir, hace falta un trabajo de la transferencia para que el saber que surja pueda aprovecharse. Entonces, no podemos generalizar una interpretación cuando alguien oculta un secreto y lo lateraliza transferencialmente durante mucho tiempo. Uno puede pensar: "sus razones habrá de tener". También es necesario preguntarse qué pasó ahí con el análisis que, durante un año, no fueron tocadas sus condiciones de satisfacción; pero también es preciso destacar que ese secreto puede ser el bien más preciado de alguien y también que ese alguien no esté dispuesto a "soltarlo" así como así. Lleva un tiempo de análisis que el analista "cualquiera" deje de ser "cualquiera" para ser "mi" analista; esto es fundamental.

Estoy introduciendo con esto las cuestiones complejas que ha-

Freud plantea en este texto algunas cuestiones al respecto. Por ejemplo: lo que él desaconseja es que el analista espere que haya, por parte de quienes hablen, un relato sistemático de sus padeceres.

Contrariamente a la rigidez técnica que los pos-freudianos han transmitido de Freud, él agrega en una nota a pie de página:

*"En ocasiones uno se topa con personas que se comportan como si ellas mismas se hubieran impuesto esa regla. Otras pecan contra ella desde el comienzo mismo..."*⁶⁵

Es decir, hay distintas modalidades: alguien que apenas se echa al diván y comienza a asociar libremente, o el caso contrario del que "pasa" por los temas -recorriéndolos como si fueran estaciones desde un tren- y si no tiene tema para hablar, no habla. Aquí, en este texto, Freud formula precisiones que incluyen singularidades, diversos modos de los individuos de responder a la demanda de asociación libre. Por ejemplo, interpretará más adelante la resistencia que oponen hombres y mujeres a la asociación, evidenciando lo poco de libre que hay en el que asocia. Generalmente las mujeres, dirá Freud, que dicen que no se les ocurre nada es porque -él aquí da una interpretación muy precisa en base a un fantasma que se actualiza transferencialmente- son mujeres que por el contenido de su biografía están preparadas para una agresión sexual. En el caso de los hombres, estarían tomados por una homosexualidad reprimida hiperintensa. Comprobemos que Freud ya adjudica un sentido fantasmático a la resistencia de ciertos pacientes a responder a la asociación libre. El riesgo que se corre es el de generalizar: si alguien calla y es hombre, se corre el riesgo de interpretar en todos los casos lo que Freud llama el "complejo del padre", la posición pasiva frente al padre que daría cuenta de un Edipo invertido y, por tanto, de una homosexualidad reprimida hiperintensa; y si fuera mujer, se trataría siempre de que hay una escena de seducción y/o -por ende- una escena de violación en el horizonte; pero no siempre es así.

La cuestión es cómo estos enunciados freudianos se han trans-

formado en reglas y se han aplicado por parte de los practicantes del psicoanálisis como interpretaciones automáticas, fijas. Por eso me parece que es muy valiosa la conversación que se produjo aquí cuando de entrada comenzaron a hablar del valor de la regla y alguien intervino para ubicar la objeción singular a la misma. Este es todo el problema de las interpretaciones codificadas, empleadas como enunciados sintagmáticos cristalizados que podrían lanzarse valiéndolo para todos por igual:

siempre que A, entonces B

(A $\Rightarrow$ B)

Luego, Freud dará una precisión del diagnóstico diferencial en relación a la obsesión:

*"...que un joven y espiritual filósofo con actitudes estéticas exquisitas se apresura a enderezarse la raya del pantalón antes de acostarse para la primera sesión (...) revela haber sido antaño un coprófilo de extremo refinamiento, como cabía esperar del posterior esteta..."*⁶⁶

Freud descubre, posteriormente, por el análisis de este hombre que el cuidado minucioso del pantalón -en el momento de echarse en el diván en su primera sesión- era una defensa secundaria contra aquel goce coprófilo que se había fijado en este sujeto desde su neurosis infantil. Menciona también el de una joven que en su primera sesión empieza tirando del ruedo de su falda hasta exponer sus tobillos -recuerden las faldas que se usaban en aquella época- revelando así aquello que el posterior análisis descubrirá: su orgullo narcisista por su belleza corporal y sus inclinaciones exhibicionistas; y, consecuentemente, un fantasma exhibicionista en esta mujer. Vemos cómo los detalles tienen en Freud un carácter definitorio y, por ende, está siempre presente el riesgo de tipificarlos como si valieran para todos. El da el ejemplo de un caso y ese caso es elevado automáticamente al rango de paradigma: luego, se interpretan mecánicamente tendencias coprófilas cuando

⁶⁶ Freud, S.: "Sobre la iniciación..." , *op. cit.*, pág. 139.

⁶⁵ Ídem anterior.

inconsistencia misma implica la necesidad de su aplicación. Sin eso -y este es el fundamento verdadero del psicoanálisis- no hay manera de hacer avanzar la cura. Freud en eso es categórico, lo dice con una frase francesa que, para nosotros, tiene otras evocaciones: "no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos"; si se quiere hacer la tortilla del psicoanálisis, hay que comenzar por romper los huevos. La primera cuestión que Freud descubre es que es imposible no infringir la ley de la asociación libre: decirlo "todo", no se puede.

Pero Freud es muy sagaz: luego de encontrar esta imposibilidad estructural plantea que hay gente, por ejemplo, que tiende a contar cosas que le pasan, que son importantes para su vida, pero no quiere revelar los nombres de las personas que están involucradas, como terceros, en esos acontecimientos. Freud es taxativo: "de ninguna manera hay que aceptar eso". ¿Por qué se le ocurre esto? ¿Porque tuvo algún delirio napoleónico? ¿Se trataba de una cuestión trasnochada de amo vienés? ¿O es por alguna razón psicoanalítica? Cuando alguien tiene la tendencia a descartar nombres involucrados en acontecimientos, va recortando lazos asociativos que conducen hacia otras tramas, que involucran sectores de su historia personal. Freud está pensando lo dicho como una trama discursiva formada por representaciones y si hay algunas que se omiten, adrede, ocurrirá lo mismo, a su vez, con aquellas a las que están conectadas asociativamente. Si el analizante no dijera algo que recuerda en relación con un nombre estaría, al mismo tiempo, recortando otras representaciones que darían cuenta de su posición subjetiva.

Freud está pensando los dichos que se producen en un análisis como un conjunto, como elementos tributarios unos de otros por redes de conexiones y sustituciones. Piensen en los sueños freudianos, en la complicada y delicada función de los sueños, donde la remisión de las representaciones por vía de los recuerdos son determinantes. Freud dice aquí:

"...los nombres reservados impiden el acceso a toda clase de importantes vínculos..."⁶³

⁶³ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 136.

Intervención:

-Estaba pensando en una dificultad técnica que se me presenta con la neurosis obsesiva en su intento de tratar de decirlo "todo", aunque no en forma exclusiva, ya que hay historias que también son muy detallistas en sus relatos. Pero en la neurosis obsesiva se producen, a veces, desde la intervención de quien conduce la cura, algunos recortes. De lo contrario, sería prácticamente imposible hacer pasar al analizante, más allá del relato que hizo al llegar. Hay un punto en el que la regla fundamental, tal como está enunciada, podría, en algunas oportunidades, entorpecer lo que verdaderamente lleva adelante el análisis.

E.S.: Ciertamente, el modo en el que se enuncia la regla incide en la modalidad de respuesta del analizante, pero esta respuesta siempre estará determinada por su posición subjetiva, la que -a su vez- será modalizada por la estructura clínica.

Pero sigamos con el planteo freudiano: si alguien sustrae un nombre en el análisis constituye una infracción a la asociación libre. En principio Freud dice -taxativamente- "no", no podemos permitirlo; pero ahora, ¿siempre es "no"? Hay que dejar enunciada esta pregunta a la que el mismo Freud responde formulando una excepción al taxativo "no" del universal:

"...es posible dejar que los nombres se reserven hasta que el analizado se familiarice más con el médico y el procedimiento..."⁶⁴

Este señalamiento implica, al mismo tiempo, hacerse a la situación analítica no sólo para el analizante sino también para el analista. Hacerse a la situación analítica con ese analizante es también saber escuchar los puntos donde hay, no sólo ausencias por olvidos, sino ausencias por recuerdos bien presentes -lo que llamamos "secretos"- que alguien prefiere no decir. Estas son todas las complicaciones que hacen al análisis y a las sutilezas a tomar en cuenta. Ahora, justamente, lo que en esta intervención se introducía, es la cuestión diagnóstica: histéricos y obsesivos no responden de la misma manera a la enunciación de la regla fundamental.

⁶⁴ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 135.

estas reglas mínimas de entrada.

Intervenciones:

-Me parece que hay una cuestión estructural de la neurosis que va más allá de tener o no una idea de qué es el psicoanálisis. Hoy muchas veces lo que se demanda es, justamente, "la solución", más que ponerse a hablar. Me parece que también se trata de una cuestión de estructura de la neurosis.

-No sólo en una institución, también a veces en el consultorio aparece un paciente en la primera entrevista y cuenta una serie de cuestiones y dice: "dígame por qué me pasa esto". Para mucha gente es así, busca una respuesta al modo de la medicina.

-A veces, cuando se reciben derivaciones médicas de pacientes que tienen enfermedades orgánicas o psicósomáticas, es muy importante dar esa regla, porque el paciente viene esperando que uno le dé respuestas.

E.S.: Estoy de acuerdo con esta última línea de la argumentación porque me lleva al siguiente punto: ¿qué actualidad tiene esto hoy? El rechazo al saber inconsciente es estructural. Vamos a ver si hacer saber esta regla fundamental resuelve los problemas, si algunos, si todos... Por lo pronto, queda planteado.

Intervención:

-Más allá de la enunciación, lo que tiene que quedar claro es el funcionamiento: tiene que existir la asociación libre. Es importante que el analista tenga claro el funcionamiento del análisis; siendo así, siempre encuentra la forma adecuada para cada paciente.

E.S.: El rechazo del saber inconsciente no solamente es una cuestión de hace un siglo atrás sino que tiene plena actualidad. El rechazo a saber vale para todos, tiene una función universal: nadie quiere saber, de verdad, aquello que le pasa. La última formulación de J. Lacan respecto del síntoma como modo de gozar, no hace más que ubicar la dificultad más grande que hay en el psicoanálisis: que en el mismo lugar en el cual se padece, genuinamente,

se obtiene alguna satisfacción; y se trata de una satisfacción que el sujeto paga con inhibiciones, síntomas y angustia. Esa es la paradoja más complicada que hay respecto de la experiencia analítica misma y, sobre todo, de la dirección de la cura. Si bien ya no es la época de Freud, vemos que las resistencias al psicoanálisis no son sino las resistencias a querer saber sobre "eso que me pasa".

El punto al que quería arribar en este momento es que cuando la regla fundamental se ha logrado enunciar surge un problema. Ante la enunciación: "diga todo lo que se le ocurre" -vamos a ubicarlo en su mínima expresión-, alguien puede responder: "no tengo nada para decir". Ese "alguien" viene a hacer faltar, agujerear, ese "todo poder" del universal de la regla.

Freud se encontró con ese problema al que respondió: "eso es imposible", recurriendo a un método que podemos llamar de "sensibilidad paranoide". ¿Cómo podía Freud saber que a esa persona que dice que no se le ocurre nada, sí se le ocurre algo? A esto hay que agregarle los efectos producidos: que la persona que lo dijo comienza a vacilar y finalmente admite que algo pasó por su cabeza. Freud plantea, entonces, que no puede no haber pensamientos aunque no se haya prestado la debida atención sobre ellos. Y esos pensamientos pueden tomar la forma de imágenes, ocurrencias y atravesar como relámpago aquello que alguien está diciendo. En ese punto preciso Freud insta a sus pacientes a aceptar lo que aparece y a ponerse a trabajar sobre ello.

Estructuralmente, entonces, el cumplimiento de la regla fundamental es imposible: nadie puede decir "todo" lo que se le ocurre. En primer lugar, porque cuando uno cree que no se le ocurre nada y lo dice, al mismo tiempo está pensando en otra cosa o lo atraviesa cualquier otro pensamiento. En segundo lugar, cuando alguien está queriendo decir "todo" -para cumplir exactamente con lo que se le demandó- se le ocurre otra cosa más. Podemos plantear, con respecto a este tema, una referencia a la fábula de Aquiles y la tortuga: siempre va a ir un paso adelante el pensamiento que el decir.

La infracción a la regla fundamental es estructural. Es una regla que está formulada para no ser cumplida.

Pero, a pesar de que no funcione como un todo completo, su

de la histeria que venía a hacer síntoma en el cuerpo mismo de la neurofisiología. La objeción singular debe tener siempre lugar en el psicoanálisis.

De hecho Freud dice aquí en su texto:

"Por otra parte obro bien al presentarlos como unos 'consejos' y no pretenderlos incondicionalmente obligatorios".⁶¹

No se trata de un procedimiento universal que debe ser así en todos los casos y siempre de la misma manera. Freud en ningún momento dice que hay que hacerlo del mismo modo cómo él lo hacía, por eso él habla de "consejos para la iniciación del tratamiento". Sin embargo, es inflexible en un punto: en un solo caso habla de una regla fundamental y de la consecuencia necesaria para el funcionamiento del análisis que es la asociación libre.

Pregunta:

-Entonces, ¿pueden haber variadas maneras de enunciarlas?

E.S.: Sí, por supuesto. Pero más allá de ello, mi opinión al respecto -porque no creo que esto pueda dictaminarse desde un punto de vista doctrinario- es que Lacan hizo otra cosa con su fuerte aseveración: "no hay entrada en análisis sin entrevistas preliminares". Eso es decisivo pues no implica solamente una discontinuidad entre las entrevistas preliminares y la entrada en análisis sino, al mismo tiempo, que las entrevistas preliminares son una condición necesaria. En este texto, Freud tiene que introducir lo que él llama "la regla fundamental" desde el primer momento porque ¿cómo hacer para hacerle saber a quien llega, que no tiene un saber previo sobre el psicoanálisis que eso no será una conversación como cualquier otra?

"Una cosa todavía antes que usted comience. En un aspecto su relato tiene que diferenciarse de una conversación ordinaria (...) aquí debe proceder de otro modo".⁶²

⁶¹ Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 125.

⁶² Freud, S.: "Sobre la iniciación...", *op. cit.*, pág. 135.

Freud no contaba con la transferencia al psicoanálisis con la que contamos ahora por la cual podría no enunciarse la regla fundamental y suponerla ya sabida por el propuesto analizando. Esto puede suceder porque actualmente hay una transferencia con Freud, con Lacan, con Miller y con muchos otros porque hay analistas instalados en la ciudad; hoy la transferencia es, primero, con el psicoanálisis y nada de esto ocurría en la época freudiana. ¿Cómo se garantizaba que alguien pudiera estar algo orientado, que supiera a qué atenerse en un análisis, dispositivo extraño que constituye un nuevo lazo entre dos personas que no se conocen y que, a pesar de ello, pondrán en juego las cosas más íntimas de uno de ellos? Haciéndole saber, en primer lugar, que no va a ser el analista el que sabe sino que hay un saber que se le atribuye a quien llega y además se espera que hable para que ese saber se manifieste. En segundo lugar, se explicita la regla fundamental propiamente dicha -la que, por cierto, tiene distintas formas de ser enunciada.

Freud -y ésta sí es una regla que vale para todos- dice: "diga, pues, todo cuanto se le pase por la mente".

Si ustedes siguen el texto lo dice apenas llega alguien para que entienda de qué se trata. A partir de Lacan, que establece la diferencia estructural entre entrevistas preliminares y entrada en análisis, se entiende, retroactivamente, que el momento de la enunciación de la regla fundamental es en la entrada del análisis.

Pregunta:

-En los casos en que no existe esta transferencia previa hacia el psicoanálisis, ¿estaría justificado enunciar desde el comienzo la regla fundamental?

E.S.: Estoy tratando de hacer una lectura de la historia del movimiento psicoanalítico para entender este texto. Acá en 1913, en tanto no había un saber transferencial en relación con el psicoanálisis, Freud tenía que crearlo.

-Lo preguntaba porque yo trabajo en instituciones donde llegan pacientes de niveles sociales o culturales bajos que, aún en la actualidad, no saben qué es un psicoanálisis o una terapia y quería saber si considerabas que en estos casos estaba justificado plantear

distintas en las entrevistas preliminares: uno pregunta e inquiriere sobre lo que el otro sabe. En un análisis esto cambia.

-Sería antipsicoanalítico formular que, para todos los pacientes, hay que decir la regla fundamental en tal momento; hay que tener en cuenta, sujeto por sujeto, lo que se le va a decir.

E.S.: Es interesante, en las dos primeras intervenciones ustedes están planteando el funcionamiento universal de la regla, mientras que en la última se refieren al pedido de respeto por la singularidad.

Efectivamente, son las dos caras de la regla: su aplicación universal, su cara más destacada pero también su otra cara, la más oscura y renegada, la que precisa su limitación al confrontarse con lo singular de cada caso.

Intervenciones:

-En realidad, no nos contradecimos: la exacta formulación depende de cada sujeto.

-Me parece que una cosa es "enunciar la regla fundamental" y otra cosa es que a eso se responda con la asociación libre, o sea, me parece que a la asociación libre se llega después de un tiempo, no es fácil asociar libremente.

-Es correcto lo que ella dice porque en general uno puede decir: "cuénteme todo lo que usted quiera y además todo lo que usted diga es importante; por lo tanto, también puede hablarme de los sueños, de las cosas que le pasan". No lo restringimos sino que lo abrimos.

-Con respecto a esta inversión que hace Freud en relación con el saber médico, él pone más el saber en el otro. En la regla fundamental, estaría implícito.

E.S.: Es interesante la polémica porque permite recrear, si seguimos las líneas de la lectura, los problemas precisos en la práctica.

ca analítica que se le presentan a Freud. No bien existe una regla, habría en principio dos maneras de leerla: desde el analista o desde el paciente, ya que se podría llamar regla fundamental o regla de la asociación libre según del lado de quien se enuncie. Del lado del analista se enuncia la regla fundamental, pero vale para el paciente en tanto llamado a la asociación libre, ya que la regla fundamental es, precisamente, la que intenta provocar dicha disposición en el analizante.

Este debate que han armado ustedes, es fundamental. Porque, ¿cuál es la relación a establecer entre lo universal y lo singular? Esta es, verdaderamente, la dificultad que se presenta en la práctica respecto del empleo de las reglas en el psicoanálisis. ¿Cómo se hace que valga para todos respetando la singularidad de cada uno? Este es un problema ético que se le presentó a Freud desde su encuentro con las históricas.

Gracias a ese encuentro le fue posible descubrir luego el inconsciente y con ello hacer existir el psicoanálisis. Ha sido la histeria, con su obcecada resistencia al saber general de la medicina en nombre de su padecimiento singular, la que le dijo "no" al saber médico.

Así surgió el psicoanálisis, con un "no" al saber médico en su pretendida universalidad, saber médico que se regía en cuestiones mentales, siguiendo precisos mapas de la neurofisiología de aquel fin de siglo. Ya he mencionado el síndrome del *corset*,⁶⁰ afección que empezó a producirse a fines del siglo XIX cuando había epidemias de anestias, parestias, conversiones histéricas que no respondían a los trazados de la sensibilidad, marcados por las leyes neurofisiológicas vigentes: por el contrario, había un cuerpo que no se regía por las leyes diseñadas para el cuerpo orgánico. El acontecimiento corporal de la histeria, con sus parálisis, con sus anestias, fue aquello que Freud escuchó, luego de la mirada receptiva de un psiquiatra atento como Charcot, quien afirmaba respecto de las históricas que recibía en La Salpêtrière: "sólo soy un fotógrafo, afirmo lo que veo". Tenemos allí la primera forma de resistir al saber médico tradicional que quería dominar a la histeria.

El acontecimiento freudiano implica dar lugar a la singularidad

⁶⁰ Clase I de este libro, nota 6.

este modo cómo logró invertir las condiciones de la demanda: "no soy yo el que sabe, de antemano, sino usted". Fue la inscripción de una verdad inamovible: en el saber psicoanalítico hay un tratamiento de saber distinto del discurso médico.

Para adentrarnos en estas espinosas cuestiones que se suscitan en el encuentro entre analista y paciente, citaremos a continuación párrafos de un texto freudiano, célebre por los supuestos consejos ofrecidos a los analistas, "Sobre la iniciación del tratamiento..." , que comienza de este modo:

"Quien pretenda aprender por los libros el noble juego del ajedrez, pronto advertirá que sólo las aperturas y los finales consienten una exposición sistemática y exhaustiva, en tanto que la rehúsa la infinita variedad de las movidas que siguen a las de apertura. Únicamente el alineado estudio de partidas en que se midieron grandes maestros puede colmar las lagunas de la enseñanza. A parecidas limitaciones están sujetas las reglas que uno pueda dar para el ejercicio del tratamiento psicoanalítico.

*En este trabajo intentaré compilar, para uso del analista práctico, algunas de tales reglas sobre la iniciación de la cura. Entre ellas habrá estipulaciones que podrán parecer triviales, y en efecto lo son. Valga en su disculpa no ser sino unas reglas de juego que cobrarán significado desde la trama del plan de juego".*⁵⁹

Es la consabida paráfrasis del juego de ajedrez y el psicoanálisis, allí Freud plantea que en ambos puede hacerse una exposición sistemática de los inicios y finales pero que ello es imposible respecto de lo que acontece en el medio. Es en este punto en el que Freud introduce las reglas, exactamente en el punto de inconsistencia del trayecto analítico, cuando se refiere a eso que no puede ser formalizado. Es decir, que las reglas llevan en sí la marca de dicha imposibilidad: Freud las llama "limitaciones".

Estas consideraciones deberían desalentar a cualquier practicante respecto de una idealización de las reglas, ya que están limitadas por aquello que no puede simbolizarse de la experiencia analítica.

Podemos deducir que al señalar esta dificultad de formalización,

en verdad Freud se excusa desde el inicio del texto por una dificultad intrínseca al psicoanálisis: la inconsistencia de la experiencia analítica, la imposibilidad de simbolizar la totalidad del proceso analítico; algo pasa a las redes de la formalización, pero lo real de la experiencia se resiste a pasar por allí: siempre el "medio" será la metáfora que designe la imposible simbolización de la experiencia como un todo, como un todo formalizado en el sueño del matema ideal.

Precisamente en la falla de la simbolización de la experiencia surge, decíamos, la regla; es decir, un universal que intenta regular los acontecimientos que la experiencia analítica recoge en cada caso. Pero, en última instancia, esas reglas no pueden sino ser triviales y es por ello que Freud también debe disculparse.

Por ejemplo, nosotros sabemos de una regla esencial: la de la asociación libre, ella es la que Freud llamaba "fundamental", condición de posibilidad del análisis. Esa regla tiene, para nosotros, verdaderamente un valor universal, ya que consiste en el marco enunciativo que fija las funciones atributivas de ambas partes intervinientes. Le dirá el analista a su paciente: "Usted habla, dice todo lo que se le ocurre; yo escucho e intervengo cuando lo considere oportuno".

Pero, ¿cuando se emite esta regla? Aquí parecería haber un dilema: la regla fundamental, ¿se enuncia en el tratamiento de prueba o en la iniciación del tratamiento?

Intervención:

-Tengo entendido que la regla de la asociación libre se explicita en la entrada del tratamiento.

E.S.: En su lectura, efectivamente, la regla fundamental es para el inicio del análisis. ¿Hay acuerdo con eso?

Intervenciones:

-Creo que tiene que haber un corte entre las entrevistas preliminares y el análisis.

-Hay que diferenciar que las intervenciones del analista son

⁵⁹ Freud, S.: "Sobre la iniciación..." , *op. cit.*, pág.125.

IV

LA INICIACIÓN ANALÍTICA

Comentario de la iniciación del tratamiento.

¿Cómo recibir a un paciente la primera vez? ¿Qué decirle? Pero, especialmente, ¿qué no decirle? ¿Cómo hacer para ponerlo al trabajo rememorativo? O también: ¿de qué manera comienza un análisis? ¿Con qué "material" iniciar el tratamiento? ¿A partir de qué proponerle a un entrevistado que se eche en el diván? Y cuando ya se ha recostado, ¿hay que orientarlo con preguntas o explicaciones? ¿La regla fundamental debe ser administrada en todos los casos, sin excepción?

Estas preguntas suelen inquietar al novel practicante -aclarando que, en un punto, conviene que cada analista siempre lo sea- ya que según las respuestas que se apliquen será la dirección de la cura que se practique. Para plantear mejor el problema, podemos formular otras preguntas, complicando aún más a las anteriores: ¿cómo responderlas sin llegar a tal nivel de generalización que haga inoperante el trabajo singular? Es decir, ¿cómo responderlas sin reducir la experiencia analítica a una técnica?

Podríamos comenzar señalando una obviedad -que vale tanto para las entrevistas preliminares como para la entrada en análisis-: siempre es importante dejar al paciente elegir su relato y escoger el punto de partida, la dirección del inicio será la que elija el entrevistado. Esto es sólo un indicio de respuesta.

Pero para situar mejor el problema del encuentro con el psicoanalista y el de los inicios de los análisis, situémonos en la Viena freudiana. Allí, el modelo con el que alguien llegaba a la consulta no podía ser otro que el modelo médico: expectativa de revisión seguida de medicación. "Doctor, deme la pastilla": se buscaba el alivio sintomático. Freud inventó un truco, adelantándose a lo que le iban a demandar él ofrecía, pidiendo: "antes que yo pueda decirle algo, cuénteme lo que usted sabe sobre usted mismo". Es de

V

LAS BANDERAS DEL KAMISAKE. UNA EVALUACIÓN CLÍNICA

El deseo del analista

*Ética. Un caso clínico
confinado al consultorio*

A través de un caso clínico que voy a presentar hoy y que he dado en llamar "Las banderas del *kamisaque*", vamos a transitar uno de los caminos más espinosos y difíciles, tal vez, en el tratamiento analítico: la clínica con sujetos perversos. No es frecuente que el verdadero perverso llegue al análisis, pero veamos qué problemas se presentan cuando lo hace.

Hace ya varios años había dedicado un capítulo de un libro⁷³ a un caso clínico que conduje, un caso verdaderamente difícil. Se trataba de un hombre que un día llegó a mi consulta con fuertes evidencias de haber sido golpeado, aunque no menos inquieto y malhumorado.

Su modo de presentación fue: "yo soy el que encarna las fuerzas del mal". Con precisión, logró condensar en una sola frase su dolor más íntimo pero también lo que se ubicaría en el curso de las entrevistas como su más preciada condición de satisfacción.

Después de tal confesión -y cuando ya parecía encontrarse aliado- se incorporó violentamente y acercándose de un modo amenazante agregó: "ayudarme a no morir es, desde este preciso momento, su misión". ¿Qué hacer frente a esta presentación amenazante de alguien que se dirige al analista, para demandarle algo que no es cualquier cosa-: ayudarlo a no morir, mientras le adjudica al analista esa misión? Además, podríamos preguntarnos, si la formulación inviste al analista o no lo hace de una suposición a saber.

Intervención:

-¿No lo inviste de un saber sobre la muerte?

Quatra, E.: "El hombre que encarnaba las fuerzas del mal", *¿Por qué los hombres como son?*, Atuel, Buenos Aires, 1993.

el vos, en ese momento, sentiste angustia.

E.S.: Respondimos a la primera intervención diciendo que la suposición de saber queda entre paréntesis, porque no hay tal suposición sino una exigencia; y no en relación al saber, sino al "saber hacer". Además, se podría transformar casi en paradigmática esta formulación de las dificultades en las relaciones transferenciales que se establecen con los sujetos perversos. Rápidamente queda del lado del analista la barra del sujeto y, generalmente, esto como bien dicen- suele provocar angustia. En este caso diría que, más que angustia, quedó de mi lado un interrogante y una extrema precaución por cómo intervenir. Fue inquietante esta manera de dirigirse a mí y de levantarse, pero -como ya verán- esto no es sino el principio de lo que se avecinaría.

El motivo de consulta era por demás razonable: quería seguir viviendo pero no estaba seguro de poder hacerlo. Al interrogarlo, dice que en verdad, no puede dejar de hacer ciertas "cosas" -así las llama- que le acarrean cada vez más dificultades en su vida cotidiana. Cuando pregunto sobre esas ciertas "cosas", comienza a aparecer un pacto con la muerte respecto de las sustancias tóxicas que empleaba hasta el extremo de frecuentes sobredosis.

Cuando se refirió a las mujeres que enamoraba -era un pertinaz seductor- quedó en evidencia cómo generaba en ellas angustia amenazándolas salvajemente hasta el colmo de sus resistencias. Pero además, se ofrecía para ser golpeado brutalmente una y otra vez hasta límites en los que su vida dependía del azar y de su vigor físico, más allá de los cálculos que le interesaba hacer respecto de este pacto con la muerte.

Afirmaba que la función del alcohol era darle el coraje que necesitaba y, por ese motivo, no podía dejar de beber. Tampoco podía abandonar las drogas que consumía, sobre todo la cocaína que, habitualmente, combinaba en lo que llamaba sus "drinks": alcohol potenciado con cocaína y anfetaminas.

Luego de esta frase, de esta presentación hecha con extrema crudeza, surgió un discurso totalmente elíptico, difícil de cernir y pleno de alusiones al tiempo que esperaba, siempre de mí, una complicidad respecto de los términos que él empleaba. Complici-

E.S.: En principio sí, podríamos decir que lo invertiría con la suposición de un saber hacer para evitar la muerte; pero formula da casi como un imperativo -incluso podemos hasta extraer el "casi". Era un imperativo que, al mismo tiempo, me adjudicaba una misión; en verdad era otra cosa que una suposición; por esta vía vamos a ubicar las coordenadas que quiero intentar transmitirles con las dificultades del caso.

Pregunta:

-Él dice primero: "yo soy la fuerza que encarna el mal". Luego agrega: "ayúdeme a no morir". O sea: "ayúdeme a que siga viviendo el mal", ¿o estaría diciendo "mátame el mal"?

E.S.: Debo decir que en ese momento no pensé en nada de eso, y creo que convendría no pensar en eso porque uno podría quedar tomado en una trampa lógica, en paradojas retóricas que, de hecho, estaban incluidas en la misma formulación. Es cierto que si uno piensa que ayuda a vivir a alguien que encarna las fuerzas del mal está haciendo vivir al mal. En principio, tenemos que aliviar nos un poco en tanto no somos exorcistas, no pertenecemos a una congregación religiosa que tendríamos que extraer el mal -y si no lo hiciéramos sería un pecado. No es esa nuestra función.

Intervención:

-Me parece que la complicación de esa formulación es que hay un traspaso de la responsabilidad; la división, el peso, queda del lado del analista. Recordaba una formulación de un perverso, muy similar a esta: "disculpá la mochila que te pongo, pero tu tarea es ésta conmigo". Me parece que lo complicado en ese punto es que la responsabilidad y la división, quedan del lado del analista. Estos, en parte, la dificultad que tiene el trabajo con un perverso.

Intervención:

-Me parece que el pedido es que el analista sea instrumento.

Pregunta:

-Él pone la angustia en el analista, te divide. La pregunta sería

dad de sentido que, naturalmente, rehusé. Le formulé, entonces, sucesivas preguntas demostrando mi ignorancia acerca de ciertos sintagmas fijos con los que pretendía sostener el diálogo; curiosamente –o no tanto–, la mayoría de ellos eran extraídos de la cultura analítica. Debo decir que este hombre había transitado por no menos de quince divanes en su vida. Al ubicarme en esta posición de rehusar la complicidad de la comprensión debió comenzar a hablar, no sin reticencias, de lo que él llamaba su “consumición”; esta palabra tendría el valor de significante amo en su discurso y se hallaría *a posteriori* ligado con una secuencia que habría de circunscribir sus condiciones de goce respecto de las mujeres.

En este punto es necesario que resalte lo siguiente: un algoritmo central para nosotros en este curso saben ustedes que es el SSS; encontramos aquí otra vía de acceso a él. Curiosamente, como ya hemos dicho, es la interrogación la que tiene una función esencial en las entrevistas preliminares.

Es algo muy habitual en el discurso común que cuando alguien se refiere a uno dé por entendidas cuestiones que pueden, realmente, ser sobreentendidas; pero no es así en el análisis, pues si lo hiciera de ese modo el analista dejaría pasar determinadas frases que *supone saber* qué quieren decir: es lo contrario de la localización del SSS. La interrogación del analista cuando rehusa la complacencia respecto de saber exactamente lo que quiere decir el entrevistado con lo que dice, tiende a facilitar que pueda producirse el elemento que posibilita que haya análisis. Algo muy simple como la interrogación implica, al mismo tiempo, una puesta en cuestionamiento de las supuestas certezas de quién llega a la consulta. Por ejemplo, un entrevistado podría decir: “Lo que me pasa a mí es esto porque soy aquello” y el analista preguntaría: “¿Por qué dice eso? ¿De dónde saca usted eso?”, para que comience a argumentar sobre aquello que a uno le podría sonar, efectivamente, verosímil. No se trata de verosimilitud, se trata de cuestionar las hipótesis que alguien trae como entrevistado al análisis y al mismo tiempo, por supuesto, la puesta en forma de esas mismas hipótesis.

En este caso particular, la interrogación fue fundamental ya que si no hubiera empezado por ahí no creo que habría habido posibilidad alguna de sostener ninguna entrevista preliminar; recuerden

ustedes que este hombre estaba habituado al tránsito de diván en diván, a la “cultura” analítica y a su jergonofasia; este hombre hablaba como “un lacaniano”, repetía frases que había leído y/o escuchado.

Decía que cuando lo interrogué acerca de qué quería decir con “hábitos extraños” contó un episodio: luego de una decepción amorosa con una mujer se dirigió a una discoteca y armó un escándalo, una gresca con una desconocida. Al interrogarlo dio sus razones: había entrado totalmente alcoholizado (había pasado por un bar previamente donde, además había inhalado cocaína); en ese momento vio a una mujer en la barra que tenía un birrete militar y sin pensarlo– la increpó, pidiéndole explicaciones de por qué usaba eso. Ella respondió al desafío sin ambages: sin mediar palabra lo golpeó con dureza contando –además– con la colaboración de otros hombres quienes, al ver lo que estaba pasando, consideraron injusto que una mujer pudiera ser golpeada por un hombre, entonces, sin importarles que el que sangraba en el piso era el hombre y no la mujer– continuaron la golpiza hasta lastimarlo seriamente.

Conclusión: alcoholizado, drogado, golpeado salvajemente fue –además– encarcelado. Días después de esta acción pasional, retornó a ese lugar para buscar a “esa figura” –como él la llamaba– para disculparse, pero no la encontró.

Del relato de lo sucedido se desprende con absoluta claridad que él sabía perfectamente dónde se metía, con quién y qué es lo que podía sucederle.

Poco tiempo antes había tenido otro “accidente” –tal como él lo nombra–: había salido a la calle de noche y un colectivo lo había atropellado. Pretendió detener allí su relato, como quien contara algo natural; pero ante mi insistencia en la interrogación, evidenciando que no entendía, finalmente aclaró algo que había omitido en su primera narración y que explicaba este accidente. Ya molesto por las preguntas, agregó: “sí, en verdad fui yo el que atropellé al colectivo”. Curiosamente nunca hablaba del colectivo sino del colectivo, incluso decía que desafió a ese colectivo a que se detuviera frente a su presencia: él transitaba por una calle oscura y se metió caminando unos veinte metros antes del cruce posible, de

golpe, en la línea de ese colectivo (es de destacar que el colectivo no venía muy rápido sino, tal vez no hubiera existido este caso que ahora les presento). Durante algunos segundos, como si supiera quién se dirigía, le lanzó al "colectivo" toda clase de injurias incluyendo -lo que podríamos llamar de un modo gentil- *una oferta de retorno al seno materno*, insulto que -como veremos- le agradaba especialmente profirir.

Habría en esta acción algo muy familiar en juego que sólo posteriormente se develaría. La pericia del conductor logró salvarle la vida pero no evitar la colisión; así como al pasar, también se refirió -riéndose- a "la sorpresa" y a la "cara de angustia" de aquél quien -además- tuvo que llevarlo a un hospital, ya que tenía contusiones varias y no se sabía si se había roto una costilla.

A partir de ese momento se sucedieron una serie de entrevistas que duraron aproximadamente un año. En la entrevista siguiente a la que narró el "accidente", comenzaron a aparecer sutiles señales de que él estaba en lo que decía, cuando la función de la interrogación parecía concernirlo; pero inmediatamente después de que entraba en discurso, se salía; cuando parecía que estaba ahí, que en relación a lo dicho asumía una responsabilidad y una representación (de que eso que decía era él mismo, sus circunstancias, los efectos de sus actos), justo en ese momento y de una manera notable daba vuelta la página y pasaba a otra cosa, desresponsabilizándose nuevamente.

Con mucha dificultad comenzó a traer recuerdos infantiles, había siempre de un modo elíptico, metonímico, pasando de un tema a otro; en estos tramos de sus entrevistas recordaría la frialdad que le adjudicaba a su madre -la que contrastaba con la excitación que él decía sentir cuando ella se desvestía, completamente delante suyo, excitación para la cual "no tenía palabras, era algo sublime"; así lo describía. Por un lado, la frialdad de la madre; por otro, la excitación producida al ver su cuerpo desnudo.

Cuando contaba cinco años se instaló en él una respuesta frente a esa dicotomía. Era una injuria dirigida a su madre que él había pronunciado involuntariamente: "puta", a pesar de que ella no escuchaba. En el momento en que se desvestía él, silenciosamente casi, hacía un gesto mudo mientras "pronunciaba" las cuatro letras

de la palabra.

Vemos aquí el lugar que va tomando la voz para este hombre; curiosamente, años después, habrá de decir como al pasar, que el de la injuria, ése era el oficio de su madre. Desde que su padre los había abandonado cuando él tenía tres años, su madre desempeñaba la prostitución en una habitación contigua a la de él. Lo único que refiere -también como al pasar-, es que para él había cierta inquietud cuando los escuchaba pero nunca entendió lo que sucedía, aunque a pesar de ello, agregó: "yo siempre supe".

La frase se sostiene de una lógica contundente: no entendía lo que pasaba pero, *aún así* "yo siempre supe"; apreciamos el mecanismo de la renegación tal como ha sido capturado en la estructura de una frase: *no sabía, pero sabía*. Al mismo tiempo se puede ver que no hay dos escenas, no hay un antecedente y un consecuente; es en el mismo lugar en el que no entendía lo que pasaba que, justo allí, "sabía".

Pregunta:

-¿Es ésa la resignificación del hecho de los cuatro-cinco años?

E.S.: Está bien la pregunta; por cierto, hay datos de la historia infantil, pero ¿qué pasó con ellos?. Comprobamos que esto se parece mucho a una elaboración del saber neurótico hasta un punto preciso, el de la desmentida, y dicha formulación es decisiva; podemos decirlo de este modo: la supuesta represión ha sido desmentida por una renegación. La frase: "yo no entendía lo que pasaba en el cuarto de al lado, pero yo lo sabía muy bien" es un indicador de la estructura de la renegación en este sujeto.

Pregunta:

-¿La renegación de la represión?

E.S.: No, la renegación en el lugar de la represión. La renegación para Freud es el mecanismo de defensa que da cuenta de la estructura perversa (traducida también como "desmentida" en la edición de Amorrotu). En este caso vemos cómo puede deducirse un mecanismo -y de allí una estructura clínica- a partir de un dicho;

aclarando que, por supuesto, no alcanza el dicho para situar una estructura, se requieren otros indicadores y cierta redundancia en la posición de enunciación para efectuar una apreciación diagnóstica. En la segunda parte del texto *Introducción al método...*, J.-A. Miller trabaja la relación que sostiene alguien con sus dichos y la llama "modalización subjetiva".⁷⁶ No solamente se refiere a cuáles son los dichos emitidos por alguien, sino qué relación tiene uno con esos dichos y qué posición toma cada cuál, como sujeto, frente a esos dichos. Por eso quería ofrecerles este ejemplo cuyo valor crucial está en relación al "pero" de la enunciación: es un dicho que vale por un decir, es un enunciado que está en el punto más próximo de la enunciación.

Retomando el caso, él llamaba a los ruidos de la habitación con figura: "los ruidos del mal". El hombre que decía encarnar las figuras del mal escuchaba los ruidos del mal en la habitación contigua. Lo que recuerda, además, es que a partir de los cinco años apareció un mecanismo ceremonial, una respuesta automática: cada vez que escuchaba "los ruidos del mal", respondía con el significativo "puta". Era una manera de acallarlos.

Todos estos elementos comienzan a entramarse, hay una combinatoria significativa que comienza a disponerse según ciertos ordenamiento y pueden ubicar ciertos elementos de la historia de esta persona, los que tienen una importancia decisiva para el caso.

Comprobaremos el destino de este principio de historización pero ya comienza a quedar claro que la relación posterior que este hombre tuvo con las mujeres quedó absolutamente marcada por ese recuerdo infantil, por esas dos escenas entre los dos cuartos.

Se comprueba una verdadera paradoja que evidencia el psicoanálisis de la estructura de la subjetividad: cómo -desde el lugar de un tormento y una humillación indignante padecida por un niño indefenso de cinco años- un individuo habría de extraer un preciso goce con las mujeres.

Luego de un prolongado número de entrevistas fue posible aclarar una secuencia de goce que circunscribía la lógica que organiza los encuentros de este hombre con las mujeres. En ellos el amor

⁷⁶ Miller, J.-A.: "Diagnóstico psicoanalítico y localización subjetiva", *Introducción al método...*, op. cit.

el goce aparecen entrelazados de un modo particular que anotare-

- 1) Seducción
- 2) Enamoramiento
- 3) Desprecio
- 4) Coerción
- 5) Terror
- 6) Arrepentimiento
- 7) Entrega
- 8) Humillación

La lógica que voy ahora a desplegar permitirá detectar ocho momentos que se repiten, invariablemente, de un modo secuenciado. Es de destacar que jamás se altera el carácter ordinal; ya que podría ser que se prescindiera de algún(os) paso(s), pero se mantiene siempre la jerarquía de la secuencia; y en caso de producirse una interrupción, el sujeto retorna al punto de partida y prosigue con los mismos pasos, una y otra vez. Esta secuencia se verifica en toda una serie de casos, ya que este hombre presentó una abundante casuística sobre su relación con las mujeres.

1) *Seducción*: es el juego del encuentro en el que cae fascinado por el amor que dice sentir por una mujer. Al mismo tiempo, la voz de su *partenaire* adquiere una importancia decisiva en el despliegue que él realiza para cortejarla. Posteriormente se comprobaría que la clave de la conquista consistía en el retorno de su propia voz mientras le hablaba.

2) *Enamoramiento*: captura del *partenaire* y posterior idealización. absolutamente claro que la mujer es investida de la figuración de la dama del amor cortés: endiosada, adviene inaccesible a pesar de estar allí, a mano; le dedica poesías, le recita fragmentos del discurso amoroso de R. Barthes que "inventaba" para ella, etcéte-

3) *Desprecio*: el brillo que sostenía a su amada cae repentinamente en su lugar adviene la burla y la degradación. Degradación esencialmente articulada a través de injurias, las que tanto nombran aquella parte femenina denotada en el retorno al seno materno,

como así mismo el ser rebajado de la mujer que otrora le había permitido cifrar el goce de su madre.

Ustedes ven que, hasta aquí, podemos preguntarnos si se trata necesariamente de una perversión, porque en principio, ¿qué razones las provoca esta presentación? Sí, efectivamente, se trata de un rasgo de la sexualidad masculina que Freud ubicó como paradigmática de un tipo de elección de objeto del hombre, que la degradación del objeto amoroso. Efectivamente, la crueldad del obsesivo se parece mucho a esto, entonces: ¿cómo y dónde ubicamos el rasgo diferencial?

Ven cómo los fenómenos nos orientan, pero si no tenemos un principio con el que a la vez interpretar esos fenómenos podemos caer en una descripción de evaluación clínica validada sólo a partir de fenómenos -que es lo que hacen los manuales del DSM que rigen a la clínica psiquiátrica hoy en día.

Vamos a ver cómo hay algunos elementos y fenómenos que, al ser considerados desde el punto de vista estructural lograrán orientarnos en el diagnóstico.

4) *Coerción*: luego del *desprecio* lo que surge es un verdadero "trabajo de pinzas" (así lo llamaba) emprendido sobre su víctima exigiéndole lo imposible, ya no sólo la insulta sino que hace algo más. Comprobaremos ahora que este punto de *coerción* localiza una diferencia que va a poder precisar el diagnóstico de estructura.

Este trabajo de cercado sobre su presa llevaba siempre a situaciones en las cuales él le exigía a una mujer que hiciera algo que ella no podía, provocándole estados de desesperación y angustia incontrolables (ya vamos a ver los extremos a los que llegaba). Como se comprueba -incluso por los términos elegidos en el relato- ha transformado a su *partenaire* en una víctima (la llamada "presa"), la que es cercada y luego cazada.

En el tramado de las escenas, en su preparación, pero no menos en el cálculo que efectúa sobre sus conductas de cercado se pueden comenzar a ubicar algunas diferencias con la fenomenología de la obsesión -aunque en sí mismo el obsesivo puede llegar a participar de algunos de estos rasgos. En este caso se presenta una secuencia organizada cuya reiteración es condición absolutamente indispensable para la realización de su goce. Estamos intentando tomar

elementos que nos permitan realizar el diagnóstico diferencial entre las dos estructuras: neurosis y perversión.

5) *Terror*: a las injurias verbales y a los pedidos desmedidos adición ahora, invariablemente, llamadas telefónicas en las que utiliza cualquier recurso para intimidarla; llamadas realizadas -por supuesto- a cualquier hora de la noche, de la madrugada, de la tarde, del día. Generalmente estas llamadas las realiza cuando se encuentra alcoholizado y bajo los efectos de la cocaína; es curioso como surge aquí un "saber hacer", el saber encontrar el punto donde siempre llega a la angustia del *partenaire*, instrumentando sus técnicas según las particularidades de cada mujer, es decir, siguiendo sus puntos débiles. Es por eso que se suele decir que el perverso es un cazafantasmas -y no en el sentido de la televisión, del cine, las películas o la serie, sino en el del atrapa-fantasmas de cada uno, de apuntar justo al punto de goce del otro. Se entiende mejor por qué J.-A. Miller ha dicho que el verdadero perverso puede querer dedicarse al psicoanálisis para satisfacer su pulsión *voyeurista*, pero también para rectificar el goce de los demás.

Ahora, en este quinto punto del *terror* que provoca en el *partenaire*, las respuestas que aquí obtiene son variadas ya que, como se dice, hoy mujeres y mujeres" y los cálculos no siempre salen bien.

Algunas veces la mujer logra desprenderse de él en ese momento, aunque nunca de una manera fácil, ya que cuando comenzó la relación él se aseguró de que ella estuviera bien aferrada al anuelo del goce; él había sabido tocar primero con la seducción y luego con el enamoramiento un rasgo de goce del otro (es que siempre el amor vehiculiza un goce que recubre y al mismo tiempo evidencia está en cada cual saber ubicar ese punto de goce, pero sobre todo qué hacer con eso). Otras veces, la mujer logra salir con la ayuda de la fuerza pública o de otro hombre -a veces de algún familiar, algún amigo o varios hombres que acuden en defensa de la víctima, en ocasiones con severas palizas incluidas. Pero como él sabe donde pega -y no sólo dónde es pegado- es frecuente que su *partenaire* quede enganchada como un pez en el anzuelo hasta el punto siguiente.

Ven ustedes todas las condiciones que debe tener una mujer para soportar esta serie de ocho puntos. En verdad, queda absolu-

tamente claro que el héroe no es el sujeto, el hombre, sino la mujer en caso de que logre sostener, atravesar y salir airoso de estos ocho puntos (risas).

6) *Arrepentimiento*: si él ha logrado conducir a la mujer hasta este punto, ella comienza a sentirse no sólo angustiada sino desesperada, sin saber qué hacer, pidiéndole por favor que termine con eso, diciendo -por ejemplo- que ella lo quiere, que no siga suponiendo que sale con otro. Porque una de las historias más obvias es: "tendré otro hombre" cuando él sabe perfectamente que no lo hay. No en una duda obsesiva respecto de si pudiera haber o no otro hombre para esa mujer, no es el *otro hombre* de la obsesión el que se pone en juego: él sabe perfectamente que no hay otro hombre -a decir verdad, y si lo hay no le importa, es más, hasta busca que ese otro hombre aparezca y si es posible le pegue.

Pero llegado a este punto, lo que comienza a surgir en él es una profunda tristeza. De repente, cuando llega a este punto se arrepiente y -con una lucidez inusitada hasta ese momento- es como si se "curara" de este uso perverso del goce. Dice que no puede entender cómo hizo eso, que todo ha sido como una pesadilla de la que él ha sido testigo pero no protagonista, que no era él, que estaba fuera de sí y que quiere redimirse. Una vez más, dice haber sido poseído por las "fuerzas del mal" -y atención, ya que esto no lo dirá una vez, sino cada vez que alcance en el relato este punto del encuentro.

Pregunta:

-En relación a la culpa: a veces parecería que del lado de la perversión no la hay y a veces hay fenómenos que tienen estatuto parecido a la culpa y, sin embargo, se diferencian de la culpa neurótica.

E.S.: No sé si se puede generalizar pero, en principio, no podría decir que no hay culpa en el sujeto perverso, ya que si la hay. Lo que sucede es que aparece en muchos casos desplazada y en los lugares en los que uno supone que tendría que estar, no hay ni el menor indicio de ella. Por ejemplo, en este punto del arrepentimiento: ahí vendría con la culpa "adosada", pero hay que enten-

der que esto forma parte de toda una secuencia, y en los pasos anteriores en los que lo mínimo que tendría que haber habido es culpa (en el desprecio, en la coerción, en el provocar el terror), ésta no aparecía. Aparece cuando el suceso que ha protagonizado ya pasó y a partir de una especie de auto-imputación, pero ofrecida al analista: "¿Cómo pude hacer eso!", "¿Dónde estaba?", "¿Quién era yo para hacer eso?" Allí aparece ya una disculpa, la puesta en forma de la culpa en el horizonte de su resolución. Pero también podemos interrogarnos hasta qué punto se trata de una aceptación de la culpa en vías de su resolución responsable o de un ardid con el lenguaje.

7) *Entrega*: es el momento en el cual él intenta retornar a ella disculpándose hasta las lágrimas y ofreciéndole invariablemente un regalo muy valioso. Curiosamente, siempre este regalo es más de lo que él puede pagar, él da allí más de lo que él tiene, siempre se endeuda al entregarlo.

8) *Humillación*: frente a las continuas y reiteradas negaciones por parte de su *partenaire* de aceptar semejante "paquete", finalmente es él mismo el que termina -en este último paso- ofreciéndose como un ser "abyecto y miserable" (estos son sus términos, indicadores de culpa en retardo) al par que suplica de todos los modos imaginables el perdón. Generalmente llega -literalmente- a echarse a los pies de esta mujer, de cada mujer, llorando a los gritos y abrazándola desesperadamente. Es la escena en la que conmueve y -sobre todo- apunta a producir lástima en ella.

Hay una particularidad, un detalle que tiene para nosotros valor indicial de estructura: en esta entrega no le interesa para nada la participación efectiva de su "víctima", es decir, el consentimiento o la reprobación de ella. Él solo despliega este juego escénico más allá que ella le diga que sí o que no. Lo importante es realizar este paso del juego amoroso.

Aquí podríamos tener un elemento de diagnóstico diferencial y discutir: ¿no es eso un ceremonial?, ¿no se parecería en su estructura también a la obsesión? Sí, es parecido pero es diferente. En primer lugar, no se trata de un riguroso ceremonial en varios pasos para defenderse contra el goce: por el contrario el ceremonial -en caso de que pudiéramos emplear ese término- es la puesta en esce-

na del goce perverso.

Además, toda la direccionalidad hacia el amor del otro es sólo aparente, la demanda hacia la mujer invocando su amor y suplicando su perdón no esconde sino indiferencia. Se trata de un sentimiento absolutamente vaciado, no sólo de sentido, sino de significación amorosa: ahí también se manifiesta el valor de goce del montaje de la escena "delante" del amor.

Sus palabras lo ilustran mejor, ya que él buscaba a "una amada eterna" pero al rato de haber finalizado el *affaire* caía inmediatamente el peso del *partenaire* y se hallaba liberado para ir en busca de otra mujer, sin aflicción alguna.

Por eso en el último paso, que la mujer dijera sí o no, no importaba. Si ella le decía que sí, que lo perdonaba, él podía permanecer un rato y aceptar -rato que eran 15 minutos (risas), en el mejor de los casos, un día o dos-; pero enseguida volvía nuevamente desde el desprecio y montaba todo de nuevo.

Generalmente, como se imaginan, eran las mujeres las que interrumpían el circuito. Pasaban del paso tercero hasta el cuarto -o incluso el quinto- pero no era frecuente que llegaran al *arrepentimiento*, aunque también es cierto que se solía encontrar con mujeres histéricas dispuestas a condescender desde su fantasma al goce de un hombre perverso.

No sólo con este material se armó la teoría del trauma freudiano (con la escena de seducción y/o de violación), también es frecuente encontrar estragos en mujeres histéricas que llegan habiendo sido despedazadas -en casos extremos sin ninguna metaforización- por sujetos perversos.

Como se desprende de su relato, al intentar cumplir con estos pasos, podían ocurrirle una serie de accidentes. Por ejemplo, la escena montada con la mujer con birrete nos muestra un cortocircuito. ¿Cómo se inicia? ¿En qué momento, de los ocho mencionados, entra en la escena la "mujer con birrete"? En el tercero; ella entra directamente con el *desprecio*, prosigue el cuarto momento con la *coerción* que intenta imponerle para que deponga su actitud en el quinto, por un minuto, llega a producir el terror necesario para que "la mujer del birrete" huya y lo golpee, iniciando esa gresca descomunal hasta detenerse en el *arrepentimiento*, que es el

sexto momento, ya que -recordemos- él retorna para intentar disculparse con esa "figura" aunque no logra hallarla. Es muy preciso el término "figura" que él emplea, para ubicar que hay algo que va más allá de cada una de las personas a las que él se refiere: hay una forma que da cuenta de esta "figura" y es "eso" lo que se repite allí. Es en este sentido que la secuencia llega, en este episodio, donde el tercero al sexto momento.

Cuando ya suponía -luego de un año de entrevistas- que él había situado bajo transferencia este circuito que cifraba su condición de satisfacción, y cuando estaba a un paso de responsabilizarlo, de reconocerse en el mismo, este hombre adoptó una nueva estrategia que se adhirió por la transferencia a la persona del analista. Se los diré con una frase: "se la agarró con el analista", lo que era de esperar. Vamos a ver bajo qué forma.

A los llamados telefónicos que dirigía a las mujeres para finalmente amenazarlas, añadió -al mismo tiempo- pedidos de ayuda al analista formulados por ese mismo medio. Al mismo tiempo que amenazaba a las mujeres -estamos entre la *coerción* y el *terror*- se sentía embargado por un malestar que lo impulsaba a llamar por teléfono al analista para pedirle ayuda "para no hacerlo más".

Ven aquí lo complicado que es mantener una posición humanitaria (en el sentido en el que Lacan habla de la "posición inhumana" que cabe al analista). Tomar una posición psicoterapéutica y querer cuidar a la persona para que no se dañe, ni dañe a los demás hubiera sido en este caso tan encomiable como inútil.

En éste, como en muchos casos, el actuar de un modo terapéutico buscando el "bien" de un sujeto (el que, como aquí se aprecia no quiere su bien sino tan sólo gozar) suele conducir al *acting out* y/o al pasaje al acto.

Porque, además, cuidarlo implica des-responsabilizarlo, y el problema verdadero es cómo responsabilizar al *pariêtre* por sus actos. Es un problema mayor que hay en el análisis, pero no menos en las entrevistas, problema que se acrecienta en la dirección de la cura con el sujeto perverso.

Pero, entonces, ¿cómo parar esas llamadas: un "ayúdeme porque no pude dejar de hacer eso"? Él pide que le diga qué es lo que debe hacer aunque -paradójicamente- él sabe que no podría dejar de

de hacer lo que hace. Más allá del humanismo, ¿cómo responder?

Este empleo del lenguaje devela, decíamos, su faz de medio de goce: él dice: "ayúdeme" y alguien puede estar tentado de ayudar lo para que no haga "eso" otra vez, pero él sabe, se sabe, que "eso" que él hace no podrá dejar de hacerlo, porque ésa es la voluntad de goce en la que él se sostiene. Además, él obtiene goce no sólo al hacerlo sino al decirlo; en verdad, al hacerlo lo dice, al decirlo lo hace: este dicho, en su cotización de goce, adquiere un valor performativo.

¿Conocen ustedes la fábula del escorpión y la rana? El escorpión, montado sobre la rana para cruzar el arroyo en la tormenta y siendo su única salida estar arriba de ella, no puede dejar de clavarle el veneno, es decir, no puede dejar de hacer aquello que su voluntad de goce le demanda. La rana moribunda pregunta: "Pero, ¿por qué lo haces?" Y el escorpión responde: "Está en mi naturaleza", es decir, "es mi condición de goce", traduciríamos nosotros: Me parece que esta fábula es una excelente metáfora del problema de la voluntad de goce en la perversión, al par que sitúa la relación del sujeto perverso con la muerte. Este empuje criminal apunta verdaderamente al corazón del ser; no se trata aquí del coqueletivo obsesivo con la muerte, no es que él se atormenta pensando en la muerte mientras es un "muerto vivo" ... al deseo. Acá se trata de ir a rozar lo real de la muerte, a intentarlo una y otra vez, por ejemplo, amenazando al otro para intentar hacerlo gozar y ofrecerlo como instrumento del goce del otro, hasta podríamos decir -irónicamente- como instrumento "colectivo" del goce (recuerden la cena en la cual este hombre atropella al colectivo, no personalizó en el colectivo, la embestida decía, era con el colectivo).

Nuevamente, el interrogante es qué hacer frente a estas llamadas cuando el centro de la cuestión era entender que no me llamaba para que lo ayudara, sino para hacerme gozar. ¿Comienzan a darse cuenta que la secuencia que está localizada allí intenta, ahora, ubicarme a mí en esta posición de víctima del goce?

¿Cuál fue mi respuesta? Intentaba -como podía, con lo que me ocurría en el momento- hacer parar esas llamadas en su perversidad, porque siempre tal como él las planteaba, eran al límite de la angustia (del otro); ya que, en verdad, lo suyo era des-

peración, o mejor aún, empuje urgente al otro de respuesta; la angustia estaba del otro lado, era transmitida efectivamente a su interlocutor al que localizaba en el lugar de rana, es decir de víctima del sacrificio. Por mi parte, intentaba hacer pasar esas llamadas al espacio analítico: "hablaremos de eso esta mañana" y cortaba, por más serio que pudiera ser el sentido de lo que decía. Para entonces yo sabía que esas llamadas no eran un pedido de ayuda sino una manifestación de la voluntad de goce.

Aquí se demuestra que el problema que se presentaba no era técnico sino ético: no se trataba de una simple condición de sujeción a una regla para cuadrar una interpretación, sino de que el analista sabía que se trataba de tomar posición, de que podía estar en riesgo la vida del entrevistado o la de su "víctima" (esto último es lo que parecía más probable); pero también sabía que tenía la chance de que alguna palabra, alguna intervención pudiera interceder para separarlo del goce que lo habitaba, de esa voluntad de goce con la que se consumía. Esa era la suposición en la que yo me sostenía para responder; pero comprobamos que no fue suficiente. Pude responder adecuadamente durante algún tiempo hasta que, casi imperceptiblemente, en una de esas llamadas me deslizo una amenaza (que al principio era encubierta): notoriamente alcoholizado exigía en ese momento de mí una entrevista, justo en ese mismo momento, sin dilaciones (debo decirles que eran las tres y media de la mañana de un domingo). El desafío y la burla eran manifiestos; continuó diciendo que yo tendría que demostrarle -y de una buena vez- qué tan buen analista era. Es más, debería mostrarle cuál era mi clase de hombre (así fue dicho por él: "a ver cuál es su clase de hombre") ya que sólo así él podría comprobar si realmente su analista se encontraba en condiciones de tratarlo comprueben ustedes la situación en la que puede quedar ubicado un practicante del psicoanálisis al intentar cumplir con su función. Agregó que tenía el dinero suficiente para pagarme, que no era un problema de dinero y que -en realidad- siempre lo había tenido, aún cuando -ahí confiesa- había fingido no disponer de suficientes recursos económicos. Terminaría la frase diciendo que, además, era mi obligación atenderlo.

Esta llamada permitió constatar su astucia, su voluntad de goce,

de hacer lo que hace. Más allá del humanismo, ¿cómo responder?

Este empleo del lenguaje devela, decíamos, su faz de medio de goce: él dice: "ayúdeme" y alguien puede estar tentado de ayudar lo para que no haga "eso" otra vez, pero él sabe, se sabe, que "eso" que él hace no podrá dejar de hacerlo, porque ésa es la voluntad de goce en la que él se sostiene. Además, él obtiene goce no sólo al hacerlo sino al decirlo; en verdad, al hacerlo lo dice, al decirlo lo hace: este dicho, en su cotización de goce, adquiere un valor performativo.

¿Conocen ustedes la fábula del escorpión y la rana? El escorpión, montado sobre la rana para cruzar el arroyo en la tormenta y siendo su única salida estar arriba de ella, no puede dejar de clavarle el veneno, es decir, no puede dejar de hacer aquello que su voluntad de goce le demanda. La rana moribunda pregunta: "Pero, ¿por qué lo haces?" Y el escorpión responde: "Está en mi naturaleza", es decir, "es mi condición de goce", traduciríamos nosotros. Me parece que esta fábula es una excelente metáfora del problema de la voluntad de goce en la perversión, al par que sitúa la relación del sujeto perverso con la muerte. Este empuje criminal apunta verdaderamente al corazón del ser; no se trata aquí del coquelet obsesivo con la muerte, no es que él se atormenta pensando en la muerte mientras es un "muerto vivo" ... al deseo. Acá se trata de ir a rozar lo real de la muerte, a intentarlo una y otra vez, por ejemplo, amenazando al otro para intentar hacerlo gozar y ofrecerlo como instrumento del goce del otro, hasta podríamos decir -irónicamente- como instrumento "colectivo" del goce (recuerden la cena en la cual este hombre atropella al colectivo, no personalizó en el colectivo, la embestida decía, era con el colectivo).

Nuevamente, el interrogante es qué hacer frente a estas llamadas cuando el centro de la cuestión era entender que no me llamaba para que lo ayudara, sino para hacerme gozar. ¿Comienzan a darse cuenta que la secuencia que está localizada allí intenta, ahora, ubicarme a mí en esta posición de víctima del goce?

¿Cuál fue mi respuesta? Intentaba -como podía, con lo que me ocurría en el momento- hacer parar esas llamadas en su perversidad, porque siempre tal como él las planteaba, eran al límite de la angustia (del otro); ya que, en verdad, lo suyo era des-

peración, o mejor aún, empuje urgente al otro de respuesta; la angustia estaba del otro lado, era transmitida efectivamente a su interlocutor al que localizaba en el lugar de rana, es decir de víctima del sacrificio. Por mi parte, intentaba hacer pasar esas llamadas al espacio analítico: "hablaremos de eso esta mañana" y cortaba, por más serio que pudiera ser el sentido de lo que decía. Para entonces yo sabía que esas llamadas no eran un pedido de ayuda sino una manifestación de la voluntad de goce.

Aquí se demuestra que el problema que se presentaba no era técnico sino ético: no se trataba de una simple condición de sujeción a una regla para cuadrar una interpretación, sino de que el analista sabía que se trataba de tomar posición, de que podía estar en riesgo la vida del entrevistado o la de su "víctima" (esto último es lo que parecía más probable); pero también sabía que tenía la chance de que alguna palabra, alguna intervención pudiera interceder para separarlo del goce que lo habitaba, de esa voluntad de goce con la que se consumía. Esa era la suposición en la que yo me sostenía para responder; pero comprobamos que no fue suficiente. Pude responder adecuadamente durante algún tiempo hasta que, casi imperceptiblemente, en una de esas llamadas me deslizo una amenaza (que al principio era encubierta): notoriamente alcoholizado exigía en ese momento de mí una entrevista, justo en ese mismo momento, sin dilaciones (debo decirles que eran las tres y media de la mañana de un domingo). El desafío y la burla eran manifiestos; continuó diciendo que yo tendría que demostrarle -y de una buena vez- qué tan buen analista era. Es más, debería mostrarle cuál era mi clase de hombre (así fue dicho por él: "a ver cuál es su clase de hombre") ya que sólo así él podría comprobar si realmente su analista se encontraba en condiciones de tratarlo comprueben ustedes la situación en la que puede quedar ubicado un practicante del psicoanálisis al intentar cumplir con su función. Agregó que tenía el dinero suficiente para pagarme, que no era un problema de dinero y que -en realidad- siempre lo había tenido, aún cuando -ahí confiesa- había fingido no disponer de suficientes recursos económicos. Terminaría la frase diciendo que, además, era mi obligación atenderlo.

Esta llamada permitió constatar su astucia, su voluntad de goce,

pero también su decidida voluntad de hacer fracasar al Otro. Esta es una voluntad que suele manifestarse así, con claridad en las maniobras del sujeto perverso. Se desprende, además, el uso que había implementado de una deuda de análisis: él había dicho no tener dinero, y me había pedido por favor que le tuviera paciencia, que me iba a pagar, que no podía en ese momento. Luego, en el teléfono dice: "Mentira, tenía para pagarle y la usé en otra cosa" y -haciendo uso de la deuda que el había contraído- me sugiere haberlo retenido por otra causa diferente de la de analizarlo. Él por su parte -en referencia a la pregunta que hacían antes sobre la culpabilidad- no se siente culpable por haber usado el dinero que le debía al analista. Además, agregaría en ese momento: "habría que ver qué es lo que usted hacía allí y para qué quería usted seguir analizándome si yo no le pagaba". Ustedes ven que esto es lo contrario de la culpabilidad, más bien la falta aparece nuevamente del lado del Otro. Al mismo tiempo me recordaba su maldad, lo que llamaba sus "malas artes". Mientras hacía esto llegó a desafiar me de un modo explícito: yo tenía que curarlo a él para convencerlo de la conveniencia de analizarse conmigo. Se aprecia cómo está totalmente subvertidos los términos analíticos, cómo la dialéctica que está planteada no es la de culpabilidad, la de la represión, la de la relación a la suposición de saber en el Otro.

En ese punto decidí interrumpir esa satisfacción diciéndole exactamente esta frase: "En estas condiciones suspendo sus entrevistas", y le corté. Esa noche no volvió a llamar.

Durante ese último tiempo las llamadas habían sido insistentes: no era una llamada, podían ser cuatro o cinco y se sucedían hasta que, por mi parte, encontraba una palabra que podía limitar el goce de la mostración. Su estrategia era perseverar: si estaba el contestador, dejaba el mensaje y continuaba con los llamados (hasta que había que desconectar el teléfono). Es de notar que cuando uno desconecta el teléfono sí que queda en las manos del otro porque uno puede quedar allí escuchando el teléfono que suena sin saber si en verdad suena o no. Entonces, en este punto, la división puede quedar realmente del lado del analista. Fue una situación muy complicada, ya que la pregunta es: "¿cómo responder?" No hay ninguna fórmula, porque -debo decir- que había probado

casi de todo: incluso primero había pensado en desconectar el teléfono, hasta que me di cuenta que de esa manera la voz del teléfono me hacía gozar.

Ergo, yo no podía permanecer en el lugar en el que me estaba colocando porque entonces sí que no lo podría analizar.

Retornó a su siguiente entrevista, ya que él escuchó que la frase pronunciada no era una expulsión sino una advertencia -"en estas condiciones..." - que dejaba lugar allí, a cierto equívoco: ¿cuáles eran esas "condiciones"? ¿Eran las condiciones de goce de él?, ¿las condiciones de la llamada?, ¿las condiciones de que me siga llamando por la noche a mi casa por teléfono?, ¿cuáles eran las condiciones?

Pregunta:

-¿Por qué las seguimos llamando entrevistas y no análisis?

Intervención:

-¿No fue acaso porque en el preciso momento en el que estaba por responsabilizarse fue que empezó con estas maniobras?

E.S.: Es exactamente eso lo que yo estaba buscando en estas entrevistas preliminares: la puerta de entrada al análisis y me pareció que en este caso la puerta de entrada podía ser esa -luego de haber ubicado la secuencia- que situaría la responsabilización del sujeto (al menos un atisbo de ello respecto de eso que él hacía, que él les hacía y les hacía hacer a sus *partenaires*). Pero cuando estaba por acontecer, por situarse el significante de la transferencia con el cual darle entrada en análisis, la transferencia perversa hizo lo suyo.

Intervención:

-En ese sentido se confirma que el perverso no puede analizar-

E.S.: No podemos generalizar, por lo pronto lo que yo estoy tratando de hacer es ubicar un caso problemático con un sujeto perverso respecto de las entrevistas preliminares. Después, arribamos a ciertas conclusiones pero no podemos, a partir un caso,

llegar a una generalización que valga para todos los sujetos perversos. Estoy intentando transmitir ciertas dificultades que pueden presentarse en las entrevistas preliminares para decidir analizar a una persona con determinadas características.

Pero está claro que no había sancionado la entrada en análisis hasta ese momento. Jamás la hubiera sancionado por lo mismo que han dicho recién, estaba en busca del umbral porque la evaluación clínica -el diagnóstico de estructura- hacía tiempo que la tenía. Destaco que -en el inicio de las entrevistas- había considerado el diagnóstico diferencial respecto de la psicosis.

Pregunta:

-¿Llevó mucho tiempo establecer ese diagnóstico de perversión?

E.S.: Llevó algunos meses para verificarlo pero después hubo más meses para ver cómo implicar al sujeto en su goce perverso -es decir, si había alguna posibilidad de que pudiera responsabilizarse y estuviera dispuesto a tratar esa satisfacción que atentaba contra el otro, pero, especialmente, empleando al otro contra sí mismo. Pues la posición masoquista de este hombre, el goce masoquista que obtenía en sus encuentros era absolutamente claro, inclusive comenzaba a vislumbrarse en las relaciones sexuales con las mujeres una distribución contractual del goce, pero de esto no llegó a hablar, de eso no quería hablar demasiado. Dio a entender que se hacía golpear por las mujeres de una manera muy específica: parecía que lo hacía atado en ciertas condiciones, con ciertos implementos que sugería hacía emplear a su verduga, aunque él era el amo verdadero de la escena porque, al parecer, estaba totalmente pautada. Pero -insisto- no habló demasiado de ello.

Volvió luego del llamado que comenté pero esta vez, alcoholizado, lo que -hasta ese momento- nunca había hecho. De ese modo instauraba una paradoja en el dispositivo: yo sabía que él quería ser echado, expulsado por mí como una escoria, como un ser abyecto -¿se acuerdan que era una de las palabras con las que se definía? El quería ser expulsado, yo tenía que decirle que se fuera: éste era el dilema al que yo tenía que responder en ese momento, porque de acuerdo a cierto precepto -que se podría tomar en su

valor general- el analista se tendría que resistir a aceptar a alguien drogado o alcoholizado en la sesión; convendría que le dijera que lo esperaría cuando estuviera en abstinencia. Pero en este caso había algo muy singular, y era la condición de satisfacción que se ponía en juego. Decirle que se fuera era convalidar esa realización de goce, porque todas sus maniobras apuntaban a eso, a hacer gozar al Otro ya que ahí sería el analista el que gozaría expulsándolo y él entonces quedaría ubicado en el lugar de objeto arrojado del Otro.

¿Se dan cuenta del dilema? Además, siguiendo la secuencia anterior, ese avance delimita una nueva torsión -ahora bajo transferencia- para (volver a) realizar exactamente allí su posición de goce: mostrarle al analista hasta qué punto está dispuesto a servir de las substancias tóxicas para poner en juego un nuevo movimiento de su "plan de goce"; es decir, ¿quería *coaccionar*, infundir terror a su analista o quería hacer valer el *arrepentimiento* por lo que había hecho en la madrugada anterior?

Pregunta:

-¿Comentó cómo salía de los otros análisis que había atravesado?

E.S.: Fueron análisis en los que había pasado exactamente lo mismo que con las mujeres, las había llevado a ese punto -porque sus terapeutas eran casi siempre mujeres...

Pregunta:

-¿El le había ofrecido más plata?

E.S.: Sí, pero ese ofrecimiento de más plata así como su humillación (aparente) eran una coartada, porque en verdad decía: "ahora puedo pagarle", "venga ahora (a las tres y media de la madrugada del domingo), deme la sesión y voy a pagarle lo que sea", "demuéstreme que usted puede venir".

¿Cuál fue mi respuesta? Frente a mi sorpresa -no sólo la de él- lo admití. Fue una entrevista muy difícil porque comenzó a desplegar su maldad y el rencor desafiante, mientras quedaba muy clara la

imposición del alcohol sobre él, la coacción que en él ejercía y cómo con eso quedaba fuera de la enunciación. Lo único que quería asegurarse es de hacerme saber que él estaba allí, pero no menos que él no quería saber nada de nada y que se trataba de verificar si yo podía soportarlo. Esa era la formulación, la enunciación que se desprendía de sus dichos.

Hasta que en un momento dado dio un paso más que precisó su posición. Luego de citarlo para el mismo día (apostando a que volvería abstenerse o por lo menos que cediera en algo la toxicidad), retornó mostrando su goce exquisito: manifestó que lo que en verdad quería era que yo "me quedara seco" esperándolo "hasta la muerte".

Comprueban ustedes los refinamientos de la voluntad de goce perversa; por el contrario, suelen precisarse años para llegar a la construcción, a la cristalización del fantasma neurótico. En este caso surge la voluntad de goce directamente en la frase; es el significativo mismo la marca del goce "sí, sí, quiero que usted espere allí, espere hasta la muerte".

En ese momento decidí suspender la entrevista y citarlo para el día siguiente; quedó aturdido, se levantó de golpe; parecía salir de un estado onírico profundo.

En la siguiente, pudo ubicar el modo con el que la función del alcohol lo ayudaba a realizar un preciso fantasma de vampirización; la elaboración parecía haberse relanzado.

Pero una vez aislado la totalidad del circuito en el que dicho sujeto condensaba su satisfacción -y precisamente cuando parecía hallarse en posición de reconocerse en él a partir del significativo 'consumición' (que ligaba la coacción ejercida sobre el otro, al sufrimiento de su existencia con las ingestas tóxicas)- el entrevistado adoptó un último recurso: intentar coaccionar a una mujer que lo había abandonado por su crueldad -una vez más- para que ella retornara a él por la mediación de un niño al que había aleccionado muy precisamente para 'engatusarla'. Además esa mujer era estéril y él sabía el impacto que ejercería sobre ella usando este recurso.

Fue en ese momento cuando decidí suspender las entrevistas, haciéndole saber a esa persona las razones por las que no le daría entrada en análisis: él pretendía una y otra vez rechazar su respon-

abilidad respecto de los actos que realizaba en su vida, utilizando cualquier recurso para lograrlo. Desde la posición analítica no podía -ni debía- convalidar esa falla ética.

Consumir o ser consumido, tal el *vel* con el que se desplegaba en este sujeto un fantasma de vampirismo.

Por este sesgo no era infrecuente que al ofrecerse como instrumento de goce del Otro, él pasara a transformarse en el Otro propiamente dicho. Por lo cual, querer ser el Otro y dejar que el otro, su semejante, finalmente se sacrificara por él, denuncia por este sesgo su canallada: un "bien apetecible", también del perverso.

Al final, es decir, luego que le fue comunicada la interrupción de las entrevistas entregó la 'verdad' de su nombre de goce, cifrado a partir de un lapsus: "*yo soy las banderas del kami-sake*", *el problema es cómo entregar ese producto a otro*".

Se aprecia el modo perverso con el que este hombre sostenía un ángular ideal de "curación": efectuar una precisa transferencia de goce al Otro (traspasar las banderas del *kamikaze*, devenido *kamisake*). O -dicho de otra manera-: la voluntad de intoxicar al Otro con lo mortífero del goce.

Me parece que este caso permite localizar el modo exacto por el cual el goce es el envés silencioso del Ideal; y el perverso, un 'cruzado' que se dedica a intentar hacer existir al Otro infiltrándole goce, en una maniobra diferente de la estrategia neurótica en la que el sujeto pretende hacer existir al Otro, por ejemplo, por el haber.

Queda demostrado en este caso de entrevistas preliminares cómo el *saber* puede resultar inadecuado para la dirección de una cura, sino -y especialmente- un medio de goce. No se preocupen, en caso de que se lo olvidaran, siempre habrá un sujeto perverso para recordárselos.

28 de mayo de 2002

* Solía llamar "saques" a su consumo de cocaína.

libidinal o pulsional, es la realidad sexual del inconsciente.

Estos dos modos de la transferencia -el epistémico y el libidinal- se dialectizan en el dispositivo analítico. Por ejemplo, decíamos que cuando el analista calla, el analizante suele adjudicarle intenciones (muchas veces, malas intenciones) y es claro que hay allí algo más que un saber que se querría adquirir del analista (lo que daría la vertiente epistémica de la transferencia).

El silencio adquiere valor libidinal: el analizante comienza a su-
poner cosas que el analista (le) hace mientras calla, o incluso el
analista puede quedar reducido a una voz o una mirada que goza.
En este punto, ya no se trata del analista investido como un repre-
sentante significativo, sino que allí es la vertiente libidinal la que
inviste al analista con el objeto de goce del sujeto. En esa perspec-
tiva el analista adquiere un valor especial que se ubica más allá del
significante, dándole un brillo extra a su función...

Intervención:

-El *agalma*.

E.S.: En efecto, con este objeto vemos confluir las dos vertien-
tes de la transferencia en su valor epistémico y libidinal. El *agalma*,
objeto valioso revestido de saber desencadena el análisis a partir
del significativo de la transferencia.

Como se aprecia, y contrariamente al aforismo popular, pode-
mos decir que el saber ocupa un lugar.

11 de junio de 2002

VI EL SABER OCUPA LUGAR

Respondiendo a un pedido que me formularon a la salida de la oficina anterior vamos a retomar el caso presentado -del cual, como acuerdan, trabajamos una serie de entrevistas preliminares y las dificultades que se presentaron, no solamente con la evaluación clínica, sino también con la dirección de la cura.

Luego apuntaremos a localizar la cuestión del SSS. Comenzaremos recogiendo algunas preguntas.

Pregunta:

Cuando el paciente llega pidiéndole -más bien, imponiéndole-: "quedeme a no morir", ¿podríamos pensar que ese supuesto pedido de ayuda era, en realidad, el sexto punto o sexto paso, el del arrepentimiento? ¿No se trataba de cumplir ese paso?

L.S.: Arrepentimiento, ¿respecto de qué?

Supuestamente, de lo que había hecho anteriormente.

Pregunta:

Usted relataba que en una de las llamadas telefónicas, supuestamente también le pedía ayuda pero que, en ese momento, comenzó a darse cuenta de que no estaba pidiendo ayuda. ¿No se le ocurrió a pensar eso ya desde la primera entrevista?

Pregunta:

Respecto al tema que va a tomar hoy, el del SSS, cuando empezamos a plantear el caso hizo una diferencia entre lo que es la suposición de saber al analista y esa exigencia de saber que, usted entra en el punto que traía este sujeto. Me pareció entender que en entrevistas preliminares hay una maniobra a hacer respecto al

tema del saber. Planteó, además la función de la interrogación, las preguntas que iba haciendo, como una manera de abrir o de cuestionar las hipótesis que trae el paciente y allí se produjo como un pasaje. La pregunta es: ¿habría que producir siempre ese pasaje? ¿Esa sería la maniobra, entre la suposición de saber que trae el paciente al analista y suponerle el saber al paciente? O sea, con las preguntas que uno como analista le hace al paciente respecto de sus hipótesis, ¿hace ese pasaje? Y, además, ¿se trata de eso en este concepto del SSS?

Pregunta:

-A partir de la interrupción que usted plantea en relación con el tratamiento de este paciente, ¿qué se pudo haber jugado desde el lugar del analista? Si bien el analista no escucha desde la propia subjetividad al paciente, él seguía viniendo y se podría haber continuado. Pero hay un punto donde se interrumpe, en donde usted interrumpe. Entonces, ¿qué pasa con el analista en relación con pacientes con estas características?

Pregunta:

-Estaba pensando en los pasos. Entre el paso cinco y el seis, hay un cambio muy importante: de infundir terror a estar totalmente arrepentido. Recuerdo que era una situación con una chica del barrio en la que hubo golpes, después recibió una paliza y estuvo en la cárcel; algo ahí hizo un viraje. Me preguntaba si esto no había influido transferencialmente cuando aterrorizaba; y justo eso dice: "En estas condiciones no sigo".

E.S.: "En estas condiciones no sigo", ¿formulado por quién?

-Por usted: "no sigo la charla telefónica en estas condiciones"

E.S.: Bien, comencemos a localizar algunas cuestiones. Es interesante el planteo acerca de que el sexto paso, como usted propone, quizás se podría leer -retrospectivamente- en la llegada de esta persona al consultorio del analista. Sí, es cierto que la posición de llegada es de arrepentimiento.

Intervención:

-Estaba golpeado.

E.S.: Llegó golpeado. Había atravesado la situación con la muerte del "birrete militar". Además, en algún momento dijo -no solamente- "encarno las fuerzas del mal" sino también: "soy el lobo que esconde debajo de su piel las fuerzas del mal" (eran sus modos de decirlo en los momentos de exaltación maniaca). Allí sí se puede ubicar lo que el analista no podía saber, pues sólo después de un año y algunos meses de entrevistas tenemos la construcción de cómo saber decantado. Pero ahora vamos a interrogarnos para qué sirve este saber. Bien vale la pregunta: ¿cuál es la operatividad del saber en el análisis y, sobre todo, en ciertas estructuras? Y, además, ¿de qué saber se trata? ¿Y saber de quién?

Estas son las cuestiones que este caso permite localizar. En ese sentido podemos decir que, retroactivamente, el sexto paso -el del arrepentimiento- se cumplió en aquella escena en la que él había ido a buscar a esa mujer para disculparse con ella, aunque no la encontró. Podríamos decir que en el lugar de esa mujer que no encontró, llegó al analista.

Me parece muy pertinente su comentario, pues tenemos en esta última parte -como también lo señalaba la otra intervención- un corte entre el quinto y el sexto paso. En realidad, se podrían definir dos cortes, dos pasos que en su escansión localizan bien la lógica de este caso.

Sedución	}	amor-deseo
Enamoramiento		
Desprecio	}	goce
Coerción		
Terror		
Arrepentimiento		
Entrega		
Humillación		

Los dos primeros momentos que presenta la lógica de este caso

nos permitieron situar la *seducción* y el *enamoramiento*, o sea, estos en el campo del amor y sus señuelos. Pero con el tercer paso abre el campo del goce: el *desprecio*, la *coerción* y el *terror* -a infundir al *partenaire*- toman la escena.

En verdad, podríamos interrogar si es posible situar una tercera parte que comenzaría con el sexto paso (arrepentimiento), y que parecería emerger allí una apertura donde -aparentemente- el sujeto formularía el deseo de ser otra persona (él lo manifiesta de esta manera cuando está tomado en ese sexto punto: "En verdad quisiera ser otra persona. Es lo que más deseo en el mundo"). Pero el lobo con piel de cordero goza -también- en el arrepentimiento también aquí es el goce lo más genuino de su postura.

Es interesante la localización de la secuencia. La lógica que el hombre despliega en el cumplimiento de sus condiciones de satisfacción es tan rigurosa que marca de modo ordinal la secuencia: *arrepentimiento*, luego *entrega* y posteriormente *humillación*.

Dejo para después la otra -interesante- intervención acerca de qué suposición de saber estaba en juego, cómo estaba implicado el analista y el entrevistado -supuesto analizante- en este saber, y la última intervención sobre qué pasa con el analista en esa intervención -ya que, podríamos preguntarnos: ¿había otra posibilidad de maniobrar? La intervención que interroga acerca de la interrupción del tratamiento y la que apunta al corte respecto de las llamadas telefónicas -"en estas condiciones no voy a continuar las entrevistas"- van en una misma línea. ¿Qué podemos decir de esos modos de intervención? Por lo pronto, que apuntaban, por parte del practicante del psicoanálisis a poner un límite a un goce; esa misma posición de goce que no amenazaba solamente con finalizar esa entrevista sino que, además, era absolutamente peligrosa para la vida de la persona que consultaba. En este sentido, llegados a este punto, quizás haya una modificación respecto de la posición de entrada, ¿qué les parece? Además, a esta altura, luego de la elaboración y el recorrido que hemos realizado, podemos formular esta pregunta: ¿era un pedido de ayuda al analista o no? ¿Era una demanda dirigida al Otro o no lo era?

Intervención:

-Yo creo que no; pero si no es eso, ¿qué es?

E.S.: Bien. Acá hay algo para decidir. Voy a leerles las frases que fueron el epígrafe de este caso, las extraje del texto *Introducción al método psicoanalítico*, de Jacques-Alain Miller, desde donde he partido. De esas tres frases, quizá haya que retomar ésta para ver si se aviene o no al caso:

"El verdadero perverso se ve cuando viene a pedir formación psicoanalítica porque quiere satisfacer su pulsión voyeurista y rectificar el goce de los otros".⁷⁸

En las últimas entrevistas lo que este hombre comenzó a decir que, en verdad, lo que él siempre había querido era ser psicoanalista, que esa había sido su vocación y que -además- se sentía absolutamente capacitado para serlo. Por eso esta frase de J.-A. Miller me evocó una dificultad precisa ya que, ¿cómo validar una práctica analítica a partir de una práctica perversa? Es inadmisible. Otra frase:

"El verdadero perverso vive para gozar y el goce para él es una justificación de su existencia".⁷⁹

Este hombre no hacía otra cosa que vivir para gozar. El goce era para él una justificación de su existencia.

Pero, entonces debemos interrogarnos: ¿él quería saber algo? Por eso, la cuestión que vamos a ubicar ahora es el valor del saber. En este caso, que parte -podemos llamarlo así- de una "enfermedad del saber", está claro que el saber declina en un "saber hacer". "Saber hacer" se dirigía al Otro para hacerlo gozar y para ofrecer como instrumento para que el Otro hiciese existir el goce en el terror, en la coerción, pero también volviéndolo sobre sí en la humillación, que viene luego de la entrega -y después aún del arrepentimiento. Aquí, el saber toma la siguiente forma: él sabe gozar el sabe hacer gozar. Eso, por supuesto, no tiene nada que ver

⁷⁸ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 27.
⁷⁹ *Ibidem* anterior.

-estoy de acuerdo con lo que decían- con un análisis. No se analiza a alguien para que sepa hacer gozar ni para gozar de eso ni para gozar del saber. Pero sí es cierto que había una demanda, quizá de un modo muy descarnado, que sostenía ese indicio de transferencia -no hay que olvidar que duró un año y algunos meses.

Este hombre, lo que en verdad quería y lo que quería saber, era cómo seguir viviendo tomado por esa impulsión.

En este punto, creo, está localizada la ética que hace a la posición del analista, ya que lo antedicho no significa que no haya que aceptar a un sujeto perverso cuando se detecta que lo es. Por el contrario, hay que dimensionar las consecuencias de tomarlo en análisis, hacia dónde eso puede dirigirse, y cuáles pueden ser -es necesario calcularlo, al menos- las consecuencias de analizar a ese sujeto (perverso).

Ahora bien, ¿qué le pasa al analista en un caso así? En efecto, le puede pasar cualquier cosa. Lo conveniente es que no le pase cualquier cosa y que pueda ser guiado por el deseo del analista y que más allá -como lo decía Lacan- de querer arrojar a alguien por la ventana o de estrecharlo entre sus brazos -más allá de eso- que prime el deseo de analizar.

En este caso, ustedes se dan cuenta, entre estas dos alternativas, ¿cuál es la que cabía más a la posición del analista como antes lo? No era, precisamente, la de estrecharlo entre sus brazos. La cuestión es en nombre de qué sostener la apuesta pero, también, poder ubicar el límite que implica decir que no, cuando el analista considera que es inviable, en ese momento y para esa persona, un análisis. Lo cual no es un juicio universal, vale para esa ocasión, con esa persona y en ese momento.

Hay que considerar -y esto es válido no solamente para los sujetos perversos- que muchas veces alguien se equivoca al tomar en análisis a una persona porque no era el momento de iniciar entonces un análisis; después, eso puede provocar al poco tiempo la interrupción. Pero casi siempre es necesario dejar una puerta abierta para que el psicoanálisis sea un dispositivo apto para que esa persona pueda recurrir en otro momento; inclusive, quizás no sea ese analista cualquiera, sino a otro.

La cuestión es cómo uno responde cuando está tomado por una

causa que va más allá de la singularidad del nombre propio de cada cual, es decir, del goce en la propia imagen. Esta es la cuestión más complicada en relación al analizar. Por eso la verdadera invención de J. Lacan es el analista como analizado, es decir, como el producto de un análisis. Él dice en un momento de su enseñanza que esa fue su verdadera invención.

Desde esta perspectiva, sí podemos pensar que había una demanda. Tal vez, no era una demanda de análisis pero sí, una demanda que tocaba la cuestión más dura respecto del analizar: el riesgo de vida cuando alguien está a un punto de saber que, siguiendo en la línea de sus condiciones de satisfacción, va directo a la muerte.

Como practicante, en este caso, me he autorizado para llevarlo hasta el punto que lo llevé, pero también para interrumpirlo en el punto en el que lo interrumpí. Consideré que no se podía continuar de ese modo, ya que de lo contrario sería validar una posición canalla. Recuerden ustedes cuando finalmente se emplaza bajo transferencia -no solamente la cuestión de los llamados telefónicos, sino- su decisión de sobornar a una mujer estéril empleando un hijo para exigirle que vuelva con él. En las entrevistas, él se burlaba de ella, del modo en el que pudo vulnerarla con ese recurso.

Cuando las entrevistas preliminares -o inclusive el análisis- se convierten (o tienen el riesgo de convertirse) en un campo de cultivo del goce; cuando no hay maniobra analítica que pueda limitarlo (y sea esto debido a la insistencia de la repetición del sujeto o al lapsus del actor analítico), en ese momento es necesario interrumpir allí. En este caso, suspendí las entrevistas.

Lo que se puede desprender de aquí es el valor ético que tiene la apuesta analítica. Lo que está en juego es nada más y nada menos que las consecuencias del deseo humano; aquello con lo que cada quien responde a ese empuje del deseo que son las condiciones privadas de satisfacción. En este caso, este hombre no atentaba sólo contra sí mismo sino, manifestamente, contra otros.

Entonces, ya tenemos situada la cuestión del saber como un problema. Hablamos del SSS, ¿por qué? No solamente porque Lacan habló de ello sino porque lo escribí. Se trata de una fórmula

-extraña desde el punto de vista de la retórica psicoanalítica, pero no ajena a su enseñanza. Es lo que se denomina -llamado así por Lacan- un algoritmo; es decir, un procedimiento automático de resolución que se usa en las matemáticas. Ustedes ven que hay ya algo extraño en esta formulación de Lacan. En primer lugar, por que cuando se suponía en *El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* que habría de hablar de la transferencia, del inconsciente, de la repetición y de la pulsión, ubica allí el SSS en relación con la transferencia. Cuando tenía que hablar de la transferencia, escribe una fórmula:

$$S_i \longrightarrow \frac{S_q}{s(S_i; S_j; \dots S_n)}$$

Lo primero que se aprecia en esta fórmula es que hay diversas formas de leerla, inclusive hasta distintas formas de escribirla, ya que Lacan va realizando sutiles variaciones a lo largo de su enseñanza. Elegí una.

Esta escritura nos remite puntualmente a otra escritura más simple que ni siquiera pertenece al campo analítico pero que fue tomada por Lacan para -por su intermedio- apropiarse de la letra freudiana.

Pregunta:

-¿El algoritmo *saussureano*?

E.S.: Exactamente, es el algoritmo *saussureano*; y lo que Lacan escribe:

$$\left(\frac{S'}{S} \right)$$

es una modificación del algoritmo *saussureano*; formulación que dio lugar a la metáfora: un significante sobre otro significante en una función de sustitución, un significante sustituyendo a otro.

Pero la fórmula elemental de Ferdinand de Saussure, ustedes ya la conocen, es el significante sobre el significado:

$$\left(\frac{S}{s} \right)$$

El algoritmo de la transferencia tiene una barra -como el algoritmo *saussureano*- y dos significantes indicados con letras en la parte superior y otros tres -también indicados con números y letras- en la parte inferior, con el agregado del signo *saussureano* del significado.

Intervención:

-Saussure escribía el significado arriba de la barra.

E.S.: Voy a responderles con una anécdota: llega una persona a la casa de Hegel y pregunta por él al ama de llaves, le dice: "¿está el doctor Hegel?" La respuesta del ama de llaves, muy de acuerdo con la posición filosófica de su señor, es: "Sí y no" (risas). La respuesta aquí es la misma: sí y no. ¿Por qué sí?

Porque efectivamente está escrito así en el *Curso de lingüística estructural*; pero no en principio porque el *Curso* no fue escrito por de Saussure sino por sus alumnos, y parece ser que él, en sus apuntes, escribía indiscriminadamente

$$\frac{S}{s} \text{ o } \frac{s}{S}$$

Digo esto pues tuve la ocasión de hablar y de trabajar, hace ya muchos años, con uno de sus alumnos quien me comentaba que de Saussure seguramente no hubiera estado muy satisfecho con su libro *Curso de lingüística estructural*; más aún, es probable que no hubiera autorizado su publicación -cosa que, sabemos, también pasó con muchas celebridades en diversos campos de la ciencia y del arte.

Volviendo a nuestra fórmula, partamos de la parte inferior. Des-
de un punto de vista lo que el algoritmo de la transferencia permite situar es lo que ocurre en un análisis ya que, ¿de qué se trata un análisis sino de localizar -luego que se suelten y después se depositen- los significantes amos de la historia, para desprender finalmente de ellos el goce que el analizado extraía de ellos?

Esos significantes amo se encadenan a lo largo de un análisis y su cifra se cuenta (para que el sujeto pueda comenzar a contar con ellos): $S_1, S_2, \dots$ hasta S_n ; ellos son los significantes de la identificación que alienaron al sujeto en el deseo del Otro -aunque tal vez convenga aclarar que lo que en verdad se desprende es el valor de goce adherido a esos significantes amo.

En realidad, parece difícil pero es muy simple, ya que estamos hablando de la eficacia misma de un análisis: desprenderse del sufrimiento que a partir de determinados acontecimientos padecidos fijó, sin saberlo, condiciones de satisfacción en determinado significantes. Pero, ¿cuál ha sido el sentido de tal ciframiento que produjo tal despliegue fantasmático? Una vez producido ese desprendimiento adviene la respuesta: al final de un análisis se podrá decir, retroactivamente, que el significado, el sentido, la significación de esos significantes amos -que en nuestro algoritmo resumimos esa "s" aplicada sobre los significantes en la cadena: $s(S_1; S_2; \dots S_n)$ - condensaban el sin-sentido más absoluto; que ese ciframiento no tenía otra causa que hacer gozar al *parlêtre*.

Entonces, alguien podría preguntar: "¿para qué un análisis? ¿Para qué sirve si uno -aunque más o menos- se las arreglaría para vivir dándole sentido a unos cuantos significantes que extrae del Otro? Y entonces, ¿para qué ser, finalmente, desposeídos de eso si a uno les sirven para vivir?" La respuesta es: porque el valor de goce que esos significantes acarrean se vuelve contra el propio sujeto.

Si nos trasladamos ahora a la parte superior de la fórmula, comprobaremos el modo por el cual ella sitúa lo que debe acontecer para que comiencen a producirse los efectos que acabamos de referir debajo de la barra.

Es decir, como primera cuestión debe haber un significante, un significante que no es cualquier palabra sino aquella que localice singularmente, en las entrevistas preliminares de qué se trata eso que aflige a quién consulta. En principio, ustedes ven que la formulación que acabo de enunciar es interrogativa. Es decir, primer movimiento: a alguien le pasa algo; segundo movimiento, no sabe lo que significa ese algo.

El tercer movimiento pone en juego una direccionalidad: se trata de remitirse a Otro que se supone que sí sabe.

Entonces, la condición de la puesta en forma del algoritmo de la transferencia es que haya un significante por el cual alguien se haga una pregunta, tal vez la más corriente pero también la más propia, aquella pregunta que más lo presente en su posición subjetiva, en su sufrimiento. De pronto, y en ese momento, ese significante ha devenido un síntoma. El síntoma es la respuesta enigmática a la pregunta "¿qué quiere decir esto que me pasa?" Esta interrogación a rescatar, destacar, localizar y trabajar en las entrevistas preliminares - debe implicar ya una división subjetiva; en la persona que la emite implica ya una división entre el saber y el no saber; entre el dolor y la suposición de que haya un saber que pueda calmarlo.

Desde este punto de vista, en la formulación mínima del SSS hay una suposición de sujeto dada por el significante que divide al individuo. El sujeto aparece ya como una suposición: alguien dividido a partir de un significante que le produce efectos en el cuerpo, en el pensamiento, y ya no sabe lo que ellos quieren decir. Porque hay un paso esencial: suponer que "esto que me pasa" quiere decir algo. Porque si esta suposición no está, "¿qué es eso?" no alcanza. No es suficiente con enunciar "me pasa algo"; tampoco con "yo sé que no estoy bien" (digo esto por la vocación lógica y humana de querer que -por ejemplo- "la pareja" de uno consulte a un analista). Muchas veces este empuje queda restringido a posiciones como "Sí, algo me pasa", pero falta la segunda parte de la formulación: suponer que eso quiere decir algo, y -además- suponer que por saber lo que ese algo querría decir el sujeto podría aliviarse. El tercer paso consiste en la consulta propiamente dicha: uno se dirige a un analista con su dolor porque supone que lo puede ayudar para encontrar el saber que le falta para aliviarse.

Como les decía, sólo estoy comentando la parte superior del algoritmo: $S_i \longrightarrow S_q$.

El primer significante (S_i) permite poner en forma el dolor subjetivo, cuyo destino es devenir un síntoma, pero no un síntoma cualquiera sino ése que consistirá en el significante bajo transferencia y que permitirá situar al sujeto en el análisis por la función de la representación: él será representado por ese significante.

El segundo significante (S_q) localiza, a su vez, al analista, a quien es dirigido -es decir, transferido- el significante de la transfe-

rencia. Al individuo su pregunta misma lo divide, lo que ya implica la subjetividad; pues en última instancia, ¿qué es el sujeto sino aquello que es dividido entre dos significantes? Posteriormente, Lacan escribirá el discurso del inconsciente o el discurso del amor sobre estas mismas coordenadas:

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

El sujeto dividido (\$\$) surge como efecto de esa remisión de un significante a otro ($S_1 \longrightarrow S_2$).

En verdad, esta formalización es más clara si la presentamos desde un acontecimiento analítico: el sujeto sólo existe como lo efectuado en un análisis; surge allí cuando, por ejemplo, a partir de la división entre dos significantes contradictorios que lo representan se pone en juego la puesta en discurso y comienza el trabajo analítico con el cuestionamiento de los significantes amos del goce. Recuerden, al respecto, la división subjetiva en el caso de nuestra tercera clase: ese hombre "una-buena-persona-con-todos" (S_1) que descubre que todo se organizaba en su vida en torno de "esperar-la-muerte-de-mi-padre" (S_2). El cruce de esos dos significantes produjo la chispa que permitió -en las entrevistas- localizar al sujeto en el análisis: es decir, *crear* a ese sujeto. Es lo que produce la puesta en forma del discurso analítico por la función de representación que designa al significante:

$$\left(\frac{S_1 \longrightarrow S_2}{\$} \right)$$

Les recomiendo como bibliografía unas conferencias que dio Miller en Buenos Aires volcadas en el libro de la Colección de la orientación lacaniana: *Acerca del Sujeto-supuesto-Saber*. Se trata de la primera conferencia, y en ella se ubican con mucha claridad algunas cuestiones que intento transmitirles. Hay otro artículo señero, también de J.-A. Miller, que tiene un título en italiano y está escrito en francés, es: "*Come iniziamo li analisi*", es decir, "¿Cómo iniciamos los análisis?", publicado en la *Revista de la Causa Freudiana* 29 titulada: "Los problemas de la percepción".

Entonces, esa división entre dos significantes construye al suje-

to del inconsciente en el dispositivo; el significante de la transferencia da cuenta de esa localización subjetiva en tanto ya realizada e indica una pregunta que le es dirigida al analista. Se trata de una incógnita; esa pregunta es de por sí una incógnita: S_1 es un significante enigmático (es decir: sintomático) que representa al sujeto. Entonces, si $S_1 \longrightarrow x$ (escritura que ofrecemos a la incógnita), ¿qué es x ? Es la interrogación a formular respecto del valor, de la causa sufriente que produce ese síntoma. S_1 -escrito arriba, el síntoma- implica una x ; esa x es una interrogación a leer por el sujeto: "¿qué quiere decir esto que me pasa?", es decir que así se abre la pregunta por la significación del síntoma. Ello nos conduce a reemplazar la incógnita (x) por la demanda de sentido (s): $\frac{S_1}{\$} \longrightarrow s$.

La x indicaba simplemente, como lo hace en lógica, una incógnita a resolver, un enigma formulado a partir de un problema. La diferencia es que, en lógica -cuando se hacen ejercicios lógicos- no está la inquietud que se produce cuando un síntoma insiste y éste es el problema que tenemos respecto de los lógicos (lo cual no quiere decir que los lógicos no tengan síntomas, pero no los escriben de esta manera).

Vemos cómo el SSS comienza a tomar cuerpo con esta condición necesaria: que haya un significante que implique una interrogación (que hemos escrito primero con una x): "¿qué quiere esto decir?" Pero llegados a este punto, podemos interrogarnos: "¿qué es una pregunta?" Van a disculpar la obviedad, pero tenemos que partir de esta manera para poder localizar la complejidad de este algoritmo.

Respuestas:

-Es una forma del discurso de dirigirse al Otro.

-De incluirlo en el discurso.

E.S.: Es una manera de dirigirse al Otro pero, ¿para qué?

Respuestas:

-Para que dé una respuesta.

-Para que dé un sentido.

E.S.: Es decir que ya hay, en toda pregunta, una demanda de saber, una demanda de sentido. Por eso la voz francesa localiza bien esta cuestión, al equivocar demanda con interrogación: "*Je vous demande*" quiere decir tanto: "le pregunto" como "le pido" y en la pregunta ya se indica la remisión al Otro, el pedido al Otro para que responda en términos de saber, para extraer de allí un sentido.

Nos hemos acercado al algoritmo descomponiéndolo; por ello -sirviéndonos de la lógica de la interrogación- hemos indicado, en principio, el enigma de sentido que el sujeto transporta con su representación bajo el significante, lo que ahora podemos escribir: S_1 .

Es en un segundo momento que nombramos a ese primer significante como el del sintoma y más específicamente aún -ya que estamos situando las condiciones de la entrada en análisis- como el significante de la transferencia. El emplatamiento de este significante de la transferencia encausa una interrogación, no cualquiera, sino aquella que empuja al sujeto *fuera de sí*, desplazando en ese mismo movimiento el valor de la incógnita, la interrogación, hacia otro significante -ya que hasta ahora teníamos un significante solo y la pregunta sobre (o sea, debajo) el sentido. Es decir, que se requiere otro significante para responder a la interrogación sobre el sentido del sintoma: $S_1 \xrightarrow{S} S$.

Es el analista el que podrá ubicarse, entonces, en ese lugar de destinatario, en principio como un significante -otro- cualquiera y en nuestra escritura, dicha S pasará luego a escribirse S_q , con la "q" de cualquiera.

Ahora, ¿por qué decimos "cualquiera"? En primer lugar, por ser la consecuencia de una remisión no es *ese* analista la causa de la misma sino que él es un efecto. Si bien en un sentido podríamos decir que es el psicoanálisis como tal -la transferencia con el psicoanálisis como tal- la verdadera causa de la remisión al Otro que produce el sujeto dividido, no decir que es el analista la causa de la demanda permite entender más la lógica de este complejo proceso. Por otro lado, no decir que es el analista la causa de la puesta en

forma de la transferencia permite entender que él toma "prestando" ese lugar del discurso analítico (acá diremos, del algoritmo de la transferencia).

Como ven, entender esta lógica permite no sólo diferenciar al psicoanálisis de los psicoanalistas sino, además, des-indexar la persona del analista al entender que se trata de una función que se encarna en una persona, es decir en principio, en un analista *cualquiera*; ya que todo analista (por más "nombre" o insignias que porte, por más reconocido en la ciudad que fuere) siempre es *cualquiera* hasta que se pone en marcha el dispositivo transferencial.

Este *cualquiera* despersonaliza a cada practicante, no en el sentido de la fenomenología psicótica, por supuesto, sino en el de privarlo del recurso a su persona, es decir, a sus fantasmas en el momento de analizar. El algoritmo sitúa la direccionalidad al analista como una consecuencia lógica del padecer; se trata de un pedido de Otro significante que pueda *satisfacer* la interrogación, es decir, brindar una respuesta que satisfaga. Desde esta perspectiva, el analista no es sino el significante que soporta la demanda de Otro significante.

En esta simple formulación están dadas las condiciones para que exista un análisis, aunque ya veremos en qué lugar habrá de situarse el analista para responder adecuadamente, pues es más que problemático identificarse con ese significante de la respuesta luego de ese primer momento de alojamiento.

El primer lugar en el que se sitúa, se espera y se busca al analista es en el de Otro significante. Tanto es así, que podríamos decir que el sujeto aparece dividido entre estos dos significantes: uno, el sintoma y el otro, el analista, ya que la pregunta del sintoma llama a la respuesta del analista; son dos en uno. El analista forma parte por esta remisión -cuando se coloca en el lugar adecuado- de "una parte" del saber supuesto-perdido por el paciente.

Ustedes ven que de aquí se desprende una dificultad específica del analizar, ya que desde el movimiento inicial del análisis el analista halla incluido en el sintoma del analizante; él queda adherido, comprometido en este proceso extraño que es un análisis. No en vano, primero Freud y luego Lacan designaron la libido que fija la transferencia como una entidad viscosa, una laminilla que se dirige

desde el analizante y se adhiere en el analista -bueno, no hace falta recordar películas de terror (*The Thing*, por ejemplo) para saber de la complejidad que implica practicar el psicoanálisis.

Intervención:

-Pensaba que toda esta estructura y esta lógica se puede dar en un sujeto que consulte a un analista pero, también podría utilizar esta misma lógica para consultar a un médico, a un cura, a un brujo...

E.S.: Exactamente. Lo que hasta aquí tenemos localizado podría -desde cierta perspectiva- ser válido para cualquier consulta en relación con una demanda de saber...

-Claro, a Otro.

Intervención:

-Pero, ¿cualquiera?

E.S.: En principio, "cualquiera" vale para todos: el *chamán*, el cura y también el analista. Desde la perspectiva de la suposición de saber que conduce al individuo a la demanda a uno de ellos, en esa perspectiva, todos (es decir, cada uno) son cualesquiera.

Pero dediquémonos al analista. Para empezar, es obvio que un analista forma parte de una serie y hasta que un sujeto no toma la decisión de analizarse con ése y no con otro, "ése" puede ser cualquiera (recuerden que estamos hablando de la instalación de la transferencia). Porque alguien podría decir: "no, mi analista no es cualquiera. Yo no tengo un analista cualquiera, tengo uno que es *el*", y estaríamos de acuerdo, pero la condición de posibilidad de que no sea cualquiera sino uno, singular, surge a partir de que pueda ser cualquiera de la serie, y sólo cuando se precipite la decisión -sólo a partir de ese momento- habrá sido uno y sólo uno.

Pero en un punto, quedará siempre reducido a ser "cualquiera" por los investimentos mismos del SSS. Al respecto, ¿ustedes se han interrogado acerca del valor que toma el analista para el analizante, ese "uno-no-cualquiera-tan-singular"? Por ejemplo, ¿no

se han sorprendido de las imputaciones que sobre él recaen? No es para colocarlo en el banquillo de las víctimas -ni mucho menos- pero sí para advertir la variedad de las atribuciones que causa la *lamelle* bajo transferencia. Por ello es interesante destacar el lugar que suele tener en un análisis el nombre del analista, o un rasgo de su forma de ser, algo que haya sido pescado por el analizante y que -muchas veces aún sin él saberlo- comandó su decisión de analizarse con ese analista y no con otro; frecuentemente se necesitarán bastantes giros en el análisis para desprender ese significativo y el goce que transfería. Además, según sea el lugar desde el cual es catectizado el analista, así serán recibidas sus intervenciones: ¡las cosas que se le hace decir al analista que nunca dijo! -dejemos para otra ocasión lo sorprendente de las cosas (llámense "interpretaciones descerrajadas") que sí dijo... (Risas)

El analizante dice: "usted me dijo que..." o "cuando usted me interpretó x...", y el practicante sabe que ni dijo eso, ni interpretó eso; o: "usted está pensando ahora, seguramente, que este hombre a mí no me conviene" mientras el analista, azorado, sabe que no pensó nada de eso, es más, no tuvo tiempo para pensar porque estaba siguiendo otra lógica.

Entonces, ¿qué hacer frente a esas imputaciones? Por lo pronto, saber que uno, en tanto analista, debe soportar ser *cualquiera* y dejarse, en principio al menos, tomar por cualquiera con que la transferencia lo invista: modo de acceder -en términos freudianos- a las "series psíquicas" del analizante, y para nosotros un modo privilegiado de acceder al goce que el significativo encarna (en el proceso identificatorio, por ejemplo).

Pero permitir esta docilidad del analista a la transferencia no es fácil ni sencillo, sobre todo cuando alguien -por ejemplo- pueda tener el gusto de la vindicación, de la disputa en nombre de la verdad, ya que entonces pensará (en el peor de los casos, dirá): "No, no, no. Yo no dije eso que usted dice que yo dije". Ustedes ya saben a dónde conduce eso: a una tensión transferencial que habrá de finalizar vaya uno a saber cómo. Pero soportar la operación analítica implica saber que el analista está en función más allá de "sí mismo", y que lo que se le adjudique no tiene que, necesariamente, ser un atributo de su persona.

Ven por qué Lacan ha insistido tanto con el análisis de los analistas. Localicémoslo: hay que desinvertirse del goce de la propia imagen, del narcisismo enclavado en el fantasma de cada uno. Entonces, ¿desde dónde se analiza? Lacan apunta a que no se lo haga desde aquello que cada uno tiene más a mano, es decir, su fantasma.

Intervención:

-No entendí lo del fantasma.

E.S.: Es cierto, he hecho un salto. Retiro por ahora el término. En su lugar, voy a colocar -metaforizando, o sea, sustituyendo- *condiciones de satisfacción*. Al analista no le está permitido analizar desde sus condiciones de satisfacción. Recuerden el caso que presenté ante ustedes. No estaba permitido para mí intervenir tan sólo en relación con mis gustos -o mis disgustos- y tampoco le estaba permitido al analista que yo encarnaba, aceptar, validar que ese hombre se dedicara al psicoanálisis para intentar hacer gozar a sus analizantes. Preguntaría: ¿hay analistas perversos? Por aquí la respuesta fue unánime: sí. Aquí tenemos las condiciones estructurales por las cuales un perverso puede no querer analizarse pero sí, ser analista (pero éste es ya otro sentido de la frase "el analista puede ser cualquiera").

El S_q del analista cualquiera es el referente del S_p del primer significante. El segundo significante, el S_q , recibe al primero y, de esta manera, recibe al sujeto que se produce, precisamente, en esta división. El analista, con su persona pero más allá de ella, aparece como representante de un significante de la subjetividad del analizante, como consecuencia de esta operación del algoritmo del SSS.

Lacan -pero no menos Freud- han insistido muchas veces subrayando la apuesta ética en la que consiste un análisis, destacando los riesgos que hay en involucrarse en la subjetividad de alguien, en formar parte de las series psíquicas de la vida del entrevistado. Incluso -en el texto ya mencionado sobre cómo se inician los análisis- Miller llega a identificar el algoritmo del SSS con el desencadenamiento de una psicosis, ¿por qué lo hace?

En primer lugar porque la remisión del primer significante al Otro *desencadena* una significación, una "significación de significación", así lo menciona Lacan. Podría formularse del siguiente modo: "no sé qué quiere decir eso que me pasa, pero sé que algo quiere decir y, además, estoy dispuesto a averiguarlo".

Con esto, están dadas las condiciones para que se desencadenen un análisis pero, también con esta condición podría desencadenarse una psicosis, si el analista no estuviera advertido de la estructura subjetiva de quien consulta.

Por esta razón, las entrevistas preliminares tienen el valor de detección de la estructura clínica, para ser prudentes en relación con lo que sea posible realizar en cada caso (y, sobre todo, con lo que no lo sea).

Porque cuando la significación se dispara, saben ustedes, entra en función de *automator*.

Cuando se está en el umbral de la entrada en análisis se llama *asociación libre* freudiana. Esta no es sino la consecuencia de la instalación del SSS como algoritmo de la transferencia: un significante que habrá de dirigirse a Otro para obtener alguna significación que pueda dar tratamiento a un padecimiento.

Ahora bien, el analista cualquiera, ¿cómo opera? ¿Cómo interviene? La respuesta, en principio, es simple: el analista interviene hablando pero también, interviene callando, con su silencio. Es necesario trabajar no sólo la función de la interrogación sino, además, la función del silencio. ¿Cuál es la función del silencio? ¿Qué es lo que produce el silencio del Otro?

Intervenciones:

-Un vacío.

-¿Una demanda sobre el propio sujeto?

-Una división subjetiva.

E.S.: Cuando alguien no responde, el silencio hace aparecer no sólo un vacío del otro lado, sino una suposición de una intención del Otro respecto de uno. No hace falta dirigirse a un analista para

entender esto. Por caso, cuando una mujer le habla a su *partenaire*, éste calla, y la mujer insiste: "Habla", "Rompe el silencio", "Contestame cuando te hablo, ¿por qué no me contestas?". Estas demandas son consecuencia de la falta de palabra del Otro; y si bien portan un sesgo gracioso, constituyen una condición estructural de la posición femenina, pero que va más allá: constituye la marca de la dependencia del *parlêtre* del lenguaje, de su alienación al Otro. Es en nombre del amor que se produce esta remisión al Otro, que se piden palabras de amor, el decir de amor.

"Habla", "Decime" es una fórmula que condensa muy claramente el malentendido del lenguaje (encarnado en la demanda femenina). Porque cuando el Otro calla, ¿qué pasa del lado del uno?, ¿cómo se interpreta ese silencio?

Intervenciones:

-Que el Otro sabe algo que no dice.

-Que quiere algo.

-¿Qué quiere el Otro de una?

E.S.: "*Che vuoi?*" es la fórmula lacaniana que sitúa la atribución de una intención al Otro por el solo hecho de hablar. Es la suposición: "el Otro quiere de mí algo", o -por ejemplo- "sabe algo que no me está diciendo", o "sabe algo de mí" (lo que puede ser aún más inquietante). Es muy claro cómo el silencio hace hablar...

No es sólo qué quiere el Otro, sino -más precisamente- ¿qué *me* quiere?, es decir qué quiere en mí, de mí, extraer.

Intervención:

-El silencio provoca.

E.S.: En efecto, el silencio causa el habla, llama al otro como representante del Otro Significante, el que -con su silencio, por su ausencia- causa que el uno hable.

Tenemos situado aquí -no ya en el escenario amoroso, sino en el analítico que comparte este rasgo con aquél- el fundamento de

la asociación libre. De un modo muy simple se puede decir que la causa de que el analizante hable es el silencio del analista; el silencio como causa del decir. Así como la causa para que haya análisis es -lo decía con Lacan, seguramente con cierta ironía- que el paciente vuelva a la sesión siguiente. Vean qué operación más sencilla: para que el Otro hable, el analista debe callar. Este silencio tiene un valor, no sólo operativo y funcional, sino un valor en dinero; al analista, además, se le paga...

Intervención:

-Para que se calle. Pensaba que para que el silencio del analista genere la suposición de una intención, tiene que estar, primero, instalada la transferencia porque si no es así, podría generar la suposición de que no sabe nada y que por eso se calla.

E.S.: Bien. En primer lugar, es posible amar a alguien por su silencio, pero si el silencio se eterniza, probablemente habrá problemas porque la demanda dirigida al Otro indica que cuanto más se calla, quizás más cosas importantes tenga para decir. Entonces, alguien podría decir: "a ese saber lo quiero ya".

En este sentido, vemos surgir singularidades: ya que algún otro(a) podría decir: "si alguien se calla en las entrevistas preliminares, para mí como analista es un estúpido. Yo me voy". Quizás sea así para esta persona, pero que el analista calle en las entrevistas preliminares tal vez sea fundamental para otra persona porque está acostumbrada a tener en su oreja una voz del Otro que repica una y otra vez, soltando siempre las mismas cosas, o tal vez esa misma persona tuvo una experiencia analítica anterior en la cual su analista no dejaba de hablar...

Hay algo de la *tyche*, de la contingencia que se pone en juego en las entrevistas. Por eso no podemos elevar así como así un caso a una función general de paradigma, sólo podremos aproximarnos cada vez a una respuesta, en el mejor de los casos, orientada.

Conclusión: en algunos casos el silencio del analista durante las entrevistas preliminares puede ser algo valioso, pero también puede resultar ser todo lo contrario. Entendemos por qué no hay

estándares y por qué los consejos suelen caer en saco roto.

Se trata de una disposición para aceptar ese vacío de saber con el que cada practicante habrá de confrontarse en el encuentro con aquél que llega a consultar. En principio, no está garantizado ningún efecto ni ninguna respuesta que fuera -de por sí- apta para constituir al analizante como tal, es decir, para permitir el pase de *entrevistado a analizante*.

Intervención:

-Respecto a lo del amor de transferencia. Me cuestiono en qué medida podemos hablar ya de amor de transferencia en las entrevistas preliminares.

E.S.: Precisamente, se trata en las entrevistas preliminares de poner en marcha el algoritmo del SSS, pues el amor de transferencia se entiende desde aquí. Ésta es la torsión lacaniana respecto de Freud: dejar el campo de los fenómenos y organizarlos a partir de un dispositivo simbólico con letras que van ubicando posiciones -las que, a su vez, darán cuenta de esos fenómenos que irán produciéndose. Los fenómenos imaginarios de la transferencia se van situando en relación con este algoritmo puesto a funcionar.

$S_1 \longrightarrow S_q$: tenemos aquí un significante remitido a Otro que provoca un efecto de significación por el cual se podrán disponer en serie los significantes de la historia de cada uno. Para que esto acontezca será condición investir a ese Otro como significante cualquiera, S_q , como uno entre todos los "cualquiera".

Pero volvamos ahora a la distinción del analista con el *chamán*, ya que la parte superior del algoritmo podría aplicarse igualmente al hechicero y su magia (o la recíproca, por otro lado es bien sabido que un analista también puede funcionar como *chamán*). En principio este dispositivo no nos garantiza que sea exclusivo del análisis, sino de la condición humana por su sujeción al goce lenguaje.

Pero tal vez podamos servirnos de la parte inferior del algoritmo para responder: $s (S_1; S_2; \dots S_n)$; ya que en ella se trata de lo específico del trabajo analítico, de la consecuencia singular que el psicoanálisis extrae del hecho universal del hablar.

Ya que, decíamos también, la parte inferior es la puesta en for-

ma del trabajo de análisis propiamente dicho: la localización y posterior caída de los significantes amos de la vida de cada sujeto de los que ha extraído una paradójica satisfacción. Y esto no es cualquier cosa, ya que por vía del saber se ha producido este desprendimiento que resuelve inhibiciones, síntomas y angustias.

Cuando alguien va al *chamán* o inclusive, al médico en busca de la pildora milagrosa o del psicofármaco de última generación, ¿qué busca?: "álivieme rápido de aquello que me pasa, alívime de eso de lo que nada quiero saber".

Al *chamán* se acude en estas mismas coordenadas: "déme el sentido de lo que me pasa, de por qué estoy aquí padeciendo así"

Hay un cortocircuito entre esta remisión al Otro de la sugestión sostenida por el médico o por el *chamán* y la interpretación analítica de la demanda (digo así, ya que la demanda analítica no escapa a la sugestión, la cuestión es cómo responder a ella).

En el análisis se responde a la demanda poniendo a trabajar un saber que no está ya adquirido, ni pertenece al analista, sino que habrá que producir y será el paciente el que -también paciente- deberá hacer existir a partir de su inconsciente.

Conclusión provisoria: si bien el analista como el *chamán* se aprovecha de la estructura lenguaje para operar, el objetivo es diferente. El analista apunta a causar un trabajo con el saber para que el analizante llegue a extraer de allí el goce enquistado en el significante responsabilizándose del mismo; él ha gozado de sus inhibiciones y síntomas, al par que la angustia era el indicador de que mismo goce. Se entiende más por qué la condición -humana- de la alienación al Otro se define por no querer saber.

Para concluir, quiero localizar algo que acontece en el *Seminario* 11. Encontramos allí dos definiciones de la transferencia -situadas por J.-A. Miller-: una de ellas es la del SSS, y la otra, ¿ustedes recuerdan cuál es?

Intervención:

-La puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente.

E.S.: De este modo diferencia Miller dos vertientes de la transferencia: una, su vertiente semántica, epistémica, es el SSS; la otra

libidinal o pulsional, es la realidad sexual del inconsciente.

Estos dos modos de la transferencia -el epistémico y el libidinal- se dialectizan en el dispositivo analítico. Por ejemplo, decían que cuando el analista calla, el analizante suele adjudicarle intenciones (muchas veces, malas intenciones) y es claro que hay allí algo más que un saber que se querría adquirir del analista (lo que daría la vertiente epistémica de la transferencia).

El silencio adquiere valor libidinal: el analizante comienza a poner cosas que el analista (le) hace mientras calla, o incluso el analista puede quedar reducido a una voz o una mirada que goma. En este punto, ya no se trata del analista investido como un representante significante, sino que allí es la vertiente libidinal la que invierte al analista con el objeto de goce del sujeto. En esa perspectiva el analista adquiere un valor especial que se ubica más allá del significante, dándole un brillo extra a su función...

Intervención:

-El agalma.

E.S.: En efecto, con este objeto vemos confluír las dos vertientes de la transferencia en su valor epistémico y libidinal. El agalma, objeto valioso revestido de saber desencadena el análisis a partir del significante de la transferencia.

Como se aprecia, y contrariamente al aforismo popular, podemos decir que el saber ocupa un lugar.

11 de junio de 2000

VII

EL FUNDAMENTO DE LAS ENTREVISTAS PRELIMINARES

Vamos a continuar con lo que hemos emprendido en la última clase y que va a tomarnos la segunda parte del año: la teoría del SSS o -más precisamente aún- *la teoría de la equivocación del SSS*.

Ya que con "equivocación del SSS" remito al título de un texto de J. Lacan de 1967, "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber"⁸⁰. Además recomendando la lectura de los puntos 1 y 3 del escrito "La dirección de la cura..."⁸¹ y del capítulo 3 -titulado "El seminario inexistente"- del curso de J.-A. Miller *La naturaleza de los semblantes*⁸², que incluye una versión de la teoría del SSS.

Comenzaremos a demostrar en esta clase que la contratransferencia es el envés conceptual de la equivocación del SSS. Es decir, voy a colocar al SSS y a la contratransferencia en tensión conceptual.

Quiero retomar, para comenzar con este desarrollo, el texto base de este curso⁸³ de J.-A. Miller para adentrarnos en el corazón mismo de las entrevistas preliminares y llegar, por esta vía, a toparnos con la contratransferencia.

Cuando Miller presenta su Seminario indica que la técnica en psicoanálisis implica, necesariamente, la ética. Hay allí una interpretación que hace J.-A. Miller -en nombre de J. Lacan- ya que no va de suyo que una técnica implique una ética (una técnica que consiste en un "saber hacer" no está, necesariamente, articulada con algo del orden de la ética, algo en torno al problema del "bien").

Lacan -para diferenciar al psicoanálisis de otras prácticas tera-

⁸⁰Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-saber", *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1991.

⁸¹Lacan, J.: "La dirección de la cura..." (1958), *op. cit.*

⁸²Miller, J.-A.: *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

⁸³Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, *op. cit.*

péuticas y ubicarlo del lado de la ética (pero no del de la moral) precisa que si el psicoanálisis se ubica del lado del bien es porque se trata de un "bien" muy particular: no es el bien para todos, no es el bien común sino el "bien decir", el que debe ser articulado a los dichos de cada cual, tanto en el analizante como en el analista.

Esta articulación entre técnica y ética, introduce la cuestión de la subjetividad en el campo analítico y pone en el banquillo de los acusados -especialmente- al analista. Pero, ¿acaso sería por ello el análisis una cuestión de intersubjetividad?

La vez pasada habíamos establecido que en el psicoanálisis no se trata de una práctica entre dos cuerpos o dos egos -y menciónados en posición de dominio de un ego respecto del otro- ni de dos personas en una relación de intersubjetividad, tal como ocurre en el discurso de curso corriente.

Introducimos este tema para interrogarnos respecto de algo muy preciso: ¿a quién pertenece el saber que se articula en un análisis? ¿Al analista, al analizante o ese saber es el del inconsciente? Entonces llevó a un nuevo problema: ¿qué estatuto tiene este saber? Tenemoslo presente porque vamos a volver al SSS por esta misma vía.

Lacan intentó escapar de la intersubjetividad por considerar que reducía el psicoanálisis a una situación de dos personas; su apuesta fue tomar la letra freudiana para demostrar que, en principio, el psicoanálisis cuenta al menos tres: lo simbólico, más allá de lo imaginario constituye una forma de decirlo.

Es en este punto que Lacan ubicó, en el escrito "La dirección de la cura...", el desvío de la *two bodies psychology*. La propuesta de Lacan ha sido, precisamente, ir en contra de la idea del psicoanálisis pensado como una psicología dedicada a explorar lo que ocurriría entre dos cuerpos, en un ida y vuelta.

Su fundamento es que, al plantearlo de ese modo, se introduce una distorsión por reducción en el lazo analítico que introduce -con la promoción de la intersubjetividad- a la alteridad como un problema sin solución desde la perspectiva transferencial. Veremos cómo el concepto de contratransferencia muestra el *impasse* cuando, efectivamente, se toma a la persona del analista como la placa sensible en torno de la cuál gira el análisis.

Lo primero que podríamos escribir es un principio que localiza a Miller en el fundamento mismo de la experiencia: en el psicoanálisis se trata de una ética que corresponde al *bien decir* porque en las cuestiones técnicas lo que está siempre en juego es la subjetividad. Es decir, que no se trata de un "saber hacer" aplicado mecánicamente. La categoría de sujeto -aclarará Miller- no es una categoría técnica y así nos advierte respecto de la intersubjetividad:

"No hay maneras lacanianas de hacer análisis que podrían importarse de prácticas que tengan como perspectiva al ego".⁸⁴

En esta frase Miller se refiere al "yo fuerte" que los psicoanalistas partidarios de la psicología del yo (como Krist, Lowenstein, Hartmann entre sus mentores) intentaban emplear como el elemento central que daría cuenta de un análisis: pacto a establecer entre las partes sanas del yo del paciente y el yo del analista.

Lo que a Miller le interesa -y es una preocupación actual- es qué se hace bajo el nombre del psicoanálisis y, especialmente, qué hicimos nosotros, dichos "lacanianos" en el Campo Freudiano. Se trata de interrogar los fundamentos de la experiencia analítica para verificar si cada practicante se atiene a ellos: ¿qué es lo que legitima lo que uno hace cuando analiza?

Miller sitúa aquí un problema que es estructural: en tanto lacanianos -por prescripción misma de Lacan- nuestra práctica está desregulada, carecemos de estándares, de patrones, que ofrecen la facilidad de un "saber hacer" técnico aplicable de un modo mecánico en todas las situaciones y de la misma manera. No hay un saber hacer previo que podría transmitirse de un modo automático -¿o lo hay y no lo sabíamos?

Pregunta:

-¿No se podría pensar que hay algunos estándares, pero "en negativo"? Me refiero a indicaciones de qué "no hacer". Por ejemplo: no responder a la demanda del paciente.

Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 13.

E.S.: Miller dice al respecto que no tenemos *patterns*, patrones de conducta, principios técnicos automáticos para ser aplicados, pero sí tenemos *principios*.

El principio sería la manera de articular lo técnico incorporándole al sujeto, es decir, incluyendo la dimensión de la responsabilidad subjetiva. La fría técnica que implicaría el empleo de *patterns*, de normas y de regulaciones tiene, desde la orientación lacaniana, una modificación. Hay principios que rigen la práctica pero que no constituyen reglas. El no responder a la demanda, ¿es una regla? Por lo pronto, tomada como una técnica ha llevado a confusiones y desvíos en la práctica al punto de que un practicante, para "ser lacaniano" no le respondía a su paciente cuando éste le preguntaba la hora de su próxima entrevista (risas).

Pregunta:

-¿Pero eso no sería un pedido en vez de una demanda?

E.S.: Esa es una interpretación. ¿Cuándo algo es una demanda y cuándo es un pedido? ¿Cuándo un pedido adquiere el valor de una demanda?

Intervención:

-La demanda es siempre de amor.

E.S.: Bien, son frases que solemos repetir y nuestro trabajo será tratar de desmontarlas, de desarmarlas para leer su lógica. En principio, plantear que la demanda es siempre demanda de amor es la condición de posibilidad de que haya análisis. Esta es la trama con la que vamos a trabajar y también lo que habrá de inscribirse en nuestro campo de demostración.

Intervención:

-Lacan habla de la vacilación de la neutralidad del analista: a veces, para alojar a un paciente histérico hay que hacer semblante y acoger, de alguna manera, la demanda del paciente; pero esto es algo calculado.

E.S.: Eso es lo que plantea Lacan en el texto "Subversión del sujeto..."⁸⁵ "la vacilación calculada de la neutralidad del analista" y que -tal vez- se podría tomar como un principio. Pero ¿indica necesariamente una regularidad en su aplicación? ¿Cuándo hacer una intervención? ¿Siempre o algunas veces? Ya que, con esa intervención, también se podría enloquecer a un analizante. Entonces, ¿los principios, ¿tienen un valor técnico o son una orientación respecto de la experiencia analítica?

Los principios van hacia los fundamentos y, dice Miller, deben ser formalizados. No tenemos técnicas, regulaciones, estándares. Tenemos matemáticas, que implican el intento de hacer una transmisión -lo más integral posible- de la experiencia analítica. Como vemos la clase anterior es, precisamente, el caso del SSS, algoritmo de la transferencia.

La formalización que conviene a esos principios habrá de ser ubicada a partir de matemáticas. Este es el ideal de transmisión de la enseñanza de Lacan, lo cual no ofrece una regla técnica que habría de localizar el *setting* -el encuadre- y que nos daría cuenta en sí mismo de lo que es un análisis. Además -como *ideal* de transmisión- indica que hay algo de la experiencia que no pasa por la máquina simbólica, que es imposible que pase al símbolo: hay un hueco, algo real que siempre escapará a la simbolización, que imposibilitará la reabsorción de lo real por lo simbólico ya que, en un punto, la formalización misma no es sino semblante.

El tiempo preestablecido de una sesión, por ejemplo, fue el elemento crucial que actuó como bomba disparadora de Lacan de la IPA. "Excomunió" es el nombre que utilizó Lacan para dar cuenta de cómo fue separado, en primer lugar de la lista de los didactas y, en segundo lugar expulsado de la Asociación.

La *excomunió* fue la interpretación que dio Lacan al modo de su expulsión de la institución (a la que por ese artilugio instauró como Iglesia) por no cumplir con las regulaciones automáticas de la práctica cifradas por la IPA (estándares). Lacan introdujo la variedad subjetiva en el *automaton* analítico -y ésta es la innovación en la experiencia que se impone al considerar a la técnica desde la

⁸⁵ Lacan, J.: "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano" (1960).

ética- y por ello, también como didacta se negó a seguir enseñando las técnicas ritualizadas.

Hoy en día -y especialmente luego de la enseñanza de Lacan incluso introducida en la IPA- es interesante reseñar las variaciones que ha sufrido la técnica. En principio es ostensible que (al menos, en general) ya no tiene la rigidez que tuviera 50 años atrás cuando Lacan escribió "La dirección de la cura..." o "El discurso de Roma".

Cuando Miller se refiere a los principios del psicoanálisis lacaniano -los menciona pero no los enuncia uno por uno ya que, de hacerlo, reduciría la categoría de "principio" a la de "estándar"- parafrasea el discurso del método de R. Descartes, para crear un "discurso del método analítico" en consonancia con aquél, guiado por un pensamiento claro y distinto. Si han seguido la lectura de este seminario de Miller han comprobado que ésta es, precisamente, su línea: orientarnos respecto de la letra freudiana de la enseñanza de J. Lacan, encarando tanto sus enigmas como sus matemas, sus complicaciones retóricas y su formalización.

El texto *Introducción al método...* comienza haciendo referencia a cómo recibimos a alguien:

*"Tenemos gusto por la novedad y, al mismo tiempo, una tendencia al aburrimiento..."*⁸⁶

Esto no sucede sólo cuando analizamos sino también cuando enseñamos; el aburrimiento, y vale el ejemplo, es -tal vez- el afecto menos *agalmático* para un enseñante, pero no lo es menos para aquél que recibe esa enseñanza, ése que se suele llamar "alumno", aunque también "participante".

El aburrimiento es "más de lo mismo"; y en este punto un enseñante que aburre se parece mucho a un analizante (ya que el que habla, como es sabido, queda siempre en posición analizante, en posición de demanda respecto del Otro). Y mientras el goce que está anclado en su fantasma singular lleva al analizante a decir lo mismo una y otra vez (aunque con distintos disfraces), también el

⁸⁶ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 16.

"enseñante puede caer en la misma "tentación": aquí *aburrimiento* es un efecto del accionar monótono del fantasma. Al respecto, no es infrecuente que el analizante se las ingenie en el análisis para no aburrir a su analista, ya que -llegado a un punto del trayecto analítico- él sabe de lo que su goce fantasmático ha sido capaz.

La novedad es la excepción, el aburrimiento suele ser la norma cuando el análisis tropieza con la estasis del goce.

Pero sigamos con el texto. Miller indica que el que llega ya tiene una primera evaluación clínica; él es el primero que evalúa su sintoma. El modo en que cada cual presenta su padecer habrá de orientar al analista desde la primera entrevista; pero debemos agregar que lo que es formulado así por el entrevistado requiere ser avalado por el analista, es decir, que desde el primer encuentro se produce un pedido de autorización del sintoma por parte de aquel que llega. Alguien llega con una hipótesis de enfermedad y se la plantea al analista esperando que él avale esa presentación, su hipótesis.

Localizar el sufrimiento particular, presentar el problema que alguien tiene en la vida y por lo cual consulta a un analista es la manera de hacer saber lo que no sabe de sí mostrándolo, paradójicamente, bajo la forma de una hipótesis que tiene respecto de lo que le pasa. A veces el entrevistado puede -incluso- tener una hipótesis de la causa de su "enfermedad" o de su sufrimiento, pero es evidente que no le alcanza con eso, de lo contrario, no estaría frente al analista en ese momento.

La direccionalidad hacia el analista para requerir un aval de su auto-evaluación clínica pone en forma el lugar que habrá de tener el acto analítico; ya que no hay acto analítico sin ese lugar vacío que el analista ofrece y que habrá de suplementarse con el pedido del entrevistado de avalar la propia evaluación clínica.

Miller hace una intervención muy dura y precisa al plantear que, a diferencia del psicoanálisis de la IPA, en la orientación lacaniana no hacemos distinción entre análisis terapéutico y didáctico. Si alguien consulta porque quiere ser analista, el analista no puede avanzar de por sí esa demanda. Esto es central: el analista no puede dar garantías de que, luego de un análisis, el candidato estará en condiciones de dedicarse al psicoanálisis: hay algo que se produce o

no se produce y no puede ser anticipado. Eso se llama: el deseo del analista. Se trata de lo opuesto a la garantía que ofrece el dispositivo de normas preestablecidas de la IPA, por el cual, con tantas horas de diván, se podrá pasar -en un análisis didáctico- de la función de candidato a la de didacta.

El Campo Freudiano no ofrece esa garantía, por lo tanto, el concepto mismo de psicoanalista aparece agujereado desde el principio en el Campo Freudiano: no ofrece garantías, no da seguridad a la demanda de quien llega. Se trata de algo que habrá que ser verificado y no puede ser tipificado, protocolarizado.

Precisamente, es el deseo del analista el invento de Lacan que permite entender no sólo que haya quienes deciden finalmente no analizar (o dejar de analizar, si lo estaban haciendo) a pesar de suponerlo decidido antes de iniciar sus análisis; sino algo considerado esotérico por algunos: que alguien que no pensaba dedicarse al psicoanálisis termine haciéndolo al finalizar su análisis personal. Esta consideración, más que *esotérica* es -bien considerada- *exotérica*, ya que alguien que no provendría de la fila de los candidatos a analistas, que habría sido exterior a ella (por ejemplo, por haber elegido una profesión determinada y ejercerla por determinado tiempo) un buen día decide como una consecuencia mayor de su análisis tomar el relevo del psicoanalista y dedicarse a analizar. Como ustedes aprecian, esta decisión, por más autorizada que esté en el análisis personal de un sujeto implica una cuestión problemática desde el punto de vista de la titulación académica; ya que los estados requieren garantías profesionales específicas, y el deseo -hasta que se sepa- no tiene credenciales universitarias.

Ven ustedes las dificultades que se aprecian ni bien se pone en marcha el dispositivo analítico: no se sabe en qué se transformará esa demanda de ser analista durante el análisis. El analista no posee un saber previo al respecto, sino que, verdaderamente, no se sabe el destino de esa demanda: el saber que se pone ahí en juego es el del inconsciente -ni el del analista ni el del analizante- y es el que permitirá dictaminar sobre esa demanda del inicio de ser analista, pero sin garantías. Agrega Miller:

"No podemos simplemente cerrar los ojos. Aceptarlo o rechazarlo ya es un

acto analítico".⁸⁷

Vemos que las decisiones no las toma sólo el analizante y ven por qué está puesto el analista en el banquillo de los acusados; es el analista el que tiene que decidir y poner en juego allí el acto analítico. El espíritu de responsabilidad profundo que cabe al analista es lo que subraya aquí Miller. Así habrá de introducir el tema de nuestro curso:

"En la práctica lacaniana, todo paciente, todo aquel que quiere ser un paciente, es considerado como un candidato, y el analista tiene que responder con un espíritu de responsabilidad muy profundo, y es por eso que, a partir de la bienvenida, entra en juego el acto analítico. Es por esa razón que las entrevistas preliminares no son solamente un ardid, un truco, una manera de hacer de Lacan (...) La práctica de las entrevistas preliminares no tienen sentido alguno fuera de este contexto, esto es, sin decir que ya se considera en juego el acto analítico y la ética del psicoanálisis en el inicio mismo de la experiencia analítica".⁸⁸

En las noches clínicas de la EOL⁸⁹ se ha debatido este punto: ¿se interpreta o no en las entrevistas preliminares? La respuesta de Miller es taxativa: es el acto analítico mismo el que está en juego a partir de las entrevistas preliminares. Desde su función como analista, aquél que está en el lugar de practicante está desde el principio comprometido en la responsabilidad que le cabe, en tanto desde el inicio debe decidir respecto de cuestiones tan centrales como, por ejemplo, avalar o no una demanda de ser analista.

A partir de esto, no se podría pensar que hay que esperar la interpretación hasta comenzar el análisis pero, ¿hay que esperar la transferencia para interpretar? Y esto, ¿se haría solamente una vez iniciado el análisis? O al revés, ¿se trataría de interpretar para desencadenar la transferencia, y esto se haría desde las entrevistas preliminares? Ven hemos vuelto a tropezar con la misma piedra circular.

⁸⁷ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 18.

⁸⁸ Ídem anterior.

⁸⁹ Escuela de la Orientación Lacaniana.

Volviendo al texto, Miller plantea:

"...la práctica de las entrevistas preliminares es una consecuencia directa de cómo damos una estructura a las 'bienvenidas'".⁹⁰

¿Qué significan en principio las entrevistas preliminares como tales?

Primero: son preliminares respecto de la entrada en análisis, lo cual implica que hay un umbral que indica una discontinuidad pero, al mismo tiempo, una suspensión calculada de la entrada en análisis.

Segundo: el paciente no tiene por qué saber que está en entrevistas preliminares; es suficiente que sea el analista el que se hace cargo de esa existencia, de encontrar su fundamento y de entender la lógica de su estructura.

Tercero: y –especialmente– que hay algo en ese umbral que tiene que acontecer para que se produzca la entrada.

A pesar de lo antedicho, hay veces en las que la entrada parecería prescindir de las entrevistas preliminares, y no siempre por causa del analista. Por ejemplo, recuerdo un caso de mis inicios como practicante, en el que una mujer, no bien se presentó, se recostó en el diván y –sin siquiera esperar una consigna– comenzó a asociar libremente. Yo me preguntaba "¿cómo responder?, ¿cómo proceder?, ¿no hay una norma que me permita saber qué es lo que se debe hacer?" Yo ya sabía de la necesidad de instrumentar las entrevistas preliminares a la entrada y –de golpe– la actitud de esa mujer entraba en infracción con mi saber "técnico".

Como apreciamos, se trata del valor que se le asigne al saber para que funcione en la experiencia analítica; la técnica, de por sí, es un saber congelado que corre el riesgo de aplicarse de modo automático sin considerar la singularidad del caso; hasta podríamos decir que la técnica es un supuesto-saber-general que valdría en todos los casos.

Desde esta perspectiva, se entiende que la técnica –más que un procedimiento instrumental– es una manera de pensar la clínica;

⁹⁰ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 18.

un modo de privilegiar lo universal en detrimento de lo singular; y esto vale para cualquier empleo, más allá de los nombres que se le asignen al procedimiento, más allá de la orientación del practicante –es decir, que vale también para un practicante "lacaniano". En tanto que la falta de procedimientos técnicos para responder automáticamente confronta al practicante con la soledad del acto analítico, se entiende su valor tranquilizador. Fue para mí una enseñanza, verdaderamente.

Intervención:

–Estaba pensando respecto de algo que hablamos en otra clase sobre la contratransferencia, que un tipo de intervención normativa (que estaría del lado de lo que para los pos-freudianos es el encuadre) podría ser, por ejemplo: "¡levántese, el analista soy yo!"

E.S.: Sería una manera de precisar el encuadre bajo una formulación directa. Cuando uno habla de encuadre o de *setting*, está hablando de las normas que rigen el procedimiento analítico y que me supone, deben ser explicitadas. Sería una manera de establecer, con una normativa precisa, lo que le corresponde al analista o lo que le corresponde al analizante. "Poner orden" tiene un valor tranquilizador para el analista. La cuestión es cómo hacer saber de lo que se trata en un análisis, sin enunciarlo. Freud tomó el único camino que conocía y, porque lo estaba inventando, decía a sus pacientes: "esto que va a transcurrir entre usted y yo no habrá de ser como una conversación corriente. En el transcurso del tratamiento, se producirán empeoramientos respecto de su síntoma..." Freud les advertía a sus pacientes lo que les iba a pasar en tanto que no estaba situada la transferencia al psicoanálisis. El psicoanálisis no funcionaba como un SSS antes de Freud, por eso él encontró su manera de fijarlo, de inscribirlo en la cultura de su tiempo.

Nuestro problema es cómo hacer saber lo que es un análisis sin explicitarlo. Por eso el acto analítico, desde las entrevistas preliminares, intenta responder a esta cuestión: ¿cómo hacer saber, sin decirlo, sin explicarlo, a un supuesto-analizante, aquello que habrá de constituir un análisis?

Intervenciones:

-Tal vez el analista, sin decir "asocie libremente", con las preguntas que hace, las intervenciones, las interpretaciones y así... vaya transmitiendo de qué se trata un análisis.

-En el caso que usted decía, yo no intervendría después de ese hecho (en que el paciente se recuesta en su primera entrevista) salvo que tuviera un dato anterior de cómo ese sujeto llegó a la consulta.

E.S.: Usted no intervendría y dejaría allí a la persona en el lugar que eligió.

Intervención:

-Yo interrogaría al paciente acerca de por qué se recostó, que hable sobre eso.

E.S.: Sería una manera de comenzar. Yo puedo decir qué hice en esa ocasión (ya que se trata de un caso concreto): invité a esa persona con un gesto, mostrándole la silla. ¿Es eso una interpretación? De ninguna manera. ¿Es un acto analítico? En principio, tampoco lo sería. Pero, curiosamente, tuvo el valor de un acto analítico mucho tiempo después. Como analista no sabía absolutamente nada, ni menos aún- tenía garantía de que funcionara; fue simplemente el gesto de invitar a otro lugar que había disponible en el consultorio que no era el diván.

Intervención:

-Recuerdo un paciente que venía por primera vez y al llegar se sentó en mi lugar. Yo le señalé el otro lugar, ya que yo no me podía sentar en el lugar del paciente quien, por otra parte, no tenía por qué saber cuál era mi lugar o el suyo de antemano.

E.S.: ¿Cómo responde el practicante del psicoanálisis a esas equivocaciones que se suscitan desde las primeras entrevistas? En principio, responde como puede. La cuestión es qué toca eso en el practicante; si el practicante hace de esa equivocación una suposición

de que el paciente quiere tomar su lugar y lo interpreta como tal desde el inicio, tal vez sería un problema. Pero el verdadero problema es el lugar en el que se ubica el analista; si él cree que sabe, si él cree que es el amo del juego es una cosa y si él se deja impregnar por el saber de la *una-equivocación* que produce el inconsciente del sujeto es otra cosa muy diferente.

Es interesante cómo aquí podemos -a partir de la lógica de los cuatro discursos- localizar el problema de la técnica. Escribamos como matema la parte izquierda del discurso del amo:

$$\frac{S_1}{\$}$$

En él, la verdad del amo es su división y veremos que esto atañe al empleo de la técnica. Ya que si ahora otorgamos a la técnica, al procedimiento técnico, un valor de norma maestra (como quien dice, de "llave maestra") con esta escritura localizamos su estructura real, ya que la verdad de la técnica es su división, la división del amo-técnico, el no-saber, el vacío de saber que opera debajo de la aplicación de la técnica, del saber técnico, de la instrumentación de la norma:

$$\frac{\text{técnica}}{\emptyset}$$

¿Qué hacer, entonces? Ésta es la pregunta crucial que se plantea de un modo constante porque hay una falta respecto de este Otro del saber analítico (y esto sucede no sólo en nuestra orientación). Hay una respuesta que siempre faltará: "¿qué hago ahora?". Cada vez que uno quiere responder con el Otro referencial de la teoría, "agarrándose" de sus significantes, siempre algo está en falta, falta uno: el que uno toma, no es el adecuado. Entonces, ¿de qué me visto? ¿De qué semblante me "agarro"? ¿Del significante del amo para decir, en nombre de la contratransferencia pos-freudiana: "¡un momento, vuelva a su lugar porque el analista aquí soy yo!" o, por ejemplo, desde el lugar de la sorpresa histórica mostrando una vacilación calculada (posición en muchos casos adecuada respecto de alguien que presenta desde el vamos un absoluto dominio de la escena)?

La cuestión es que el acto analítico está desde el inicio jugando su apuesta y a la espera de la respuesta que -con él o sin él- ponga en juego el analista para responder allí.

Estábamos en el punto que menciona Miller en el que las entrevistas preliminares implican una suspensión del análisis. Es decirlo al candidato: "¡Un momento! Para entrar, usted tendrá que franquear un umbral y veremos si usted está dispuesto". Las entrevistas preliminares se podrían reducir a esta enunciación -sin ser enunciada-, la cual obliga al analista a acompañar y facilitar el campo para ayudar al entrevistado a franquear el umbral, tal como se ha diseñado en esas mismas entrevistas. No son pocas cuestiones las que se ponen en juego desde el momento de dar la bienvenida a alguien.

Las entrevistas preliminares sirven, en verdad, a un objetivo; elucidar si se puede autorizar o no un análisis para una persona en ese momento y con ese analista. Si esas razones no están claras no se debe avalar esa demanda y poner al trabajo hasta elucidarlo.

Las entrevistas preliminares sirven para ratificar o rectificar el pedido de análisis; también para acompañar al entrevistado a que intente cruzar el umbral de las mismas. Ésta es la lógica que se desprende de las entrevistas preliminares.

Luego, Miller pasa a referirse a un tema candente que indica un problema que nosotros ya hemos trabajado *in situ* con algunos casos: ¿cuánto duran las entrevistas preliminares?

"...pueden durar un mes, a una por semana, en total cuatro entrevistas. Pero también pueden durar un año y, a veces, el analista se queda con el paciente durante varios años en una situación preliminar, de tal forma que tendríamos ahí un 'preliminar permanente'".⁹¹

Más adelante hay otra frase que precisa el valor que -durante todo un análisis- tienen las entrevistas preliminares.

"Cuando un analista trae la cuestión de cómo hacer con un paciente, siempre volvemos al inicio para saber cómo fue hecha la entrada".⁹²

⁹¹ Miller, J.-A.: Introducción al método..., op. cit., pág. 19.

⁹² *Idem* anterior.

Esta referencia es crucial: en muchos casos, cuando se produce el *quarto impasse* en un análisis, es conveniente recurrir a las entrevistas preliminares -sobre todo, si éste se produjo, por ejemplo, apenas iniciado el análisis- para localizar cuál fue la puerta de entrada. Y muchas veces, retroactivamente, uno puede deducir que la puerta de entrada no estuvo bien situada, que por donde entró el analizante en verdad había un muro, no una puerta. A veces se sabe *a posteriori* que allí donde se suponía que el analizante había atravesado dicha puerta, en realidad, había rebotado y se había quedado fuera del dispositivo.

Como principio lógico se extrae lo siguiente: no por haber dado inicio de hecho un análisis, no necesariamente por haber resuelto el analista el momento de la entrada en el plano fenoménico ello indicaría que hubo entrada.

Esto que parecería resolverse como una cuestión tautológica (*una entrada en análisis es una entrada en análisis*) en verdad no lo es. En algunos casos especialmente, está formulación deviene una enunciación contradictoria (*una entrada en análisis que no es una entrada en análisis*): no por haber sancionado una entrada en análisis, esa entrada se habría producido. El plano fáctico no recubre -al menos, no necesariamente- el plano del derecho: la sanción (fáctica) de la entrada en análisis puede haber sido desafortunada (analíticamente).

Justamente, es en el análisis donde se habrá de verificar si esa entrada se ha producido o no.

Miller ubica el principio práctico del control analítico, por medio del cual un practicante intenta no sólo decidir una entrada en análisis, sino también verificar si lo que ha sancionado como un momento de franqueamiento estuvo acertado.

Este problema suele ponerse en juego en las demandas de control cuando suceden *impasses* tempranos en los tratamientos, cuando el paciente quiere irse y no se sabe bien por qué o cuando responde de una manera hostil hacia el practicante sin nada que permita entenderlo.

En este principio de formalización de la entrada en análisis que realiza J.-A. Miller hay tres elementos y dos vínculos. El primero es el que estamos tratando: la *evaluación clínica*, el segundo es la

localización subjetiva y el tercero *la introducción al inconsciente*. Entre la evaluación clínica y la localización subjetiva, Miller ubica una operación que llama *subjetivación* y entre la localización subjetiva y la introducción al inconsciente, ubica la operación *rectificación*.

Lo primero que hay que hacer es permitir que de esa persona que llega advenga como efecto un sujeto. Sin ese efecto, no hay análisis ni entrada en análisis que funcione.

Se trata de que, a partir de la puesta en forma de las formaciones del inconsciente, la subjetivación tome su lugar para que el sujeto del inconsciente se localice entre el analista y el entrevistado -el supuesto (y propuesto) analizante.

Pero decíamos que algo más se debe producir en la entrada y eso va en dirección a la introducción al inconsciente: algo de las creencias del entrevistado han de modificarse como condición de la entrada en análisis. Veremos luego de qué se trata.

Pero, por ahora, respecto de la evaluación clínica -ya hemos estado trabajando con algunos casos- les cedo la palabra. ¿Qué es lo que intentamos establecer en la evaluación clínica?

Intervención:

-Un diagnóstico diferencial.

E.S.: Miller aquí lo dice de un modo muy claro:

*"El analista debe ser capaz de concluir, de una manera previa, algo respecto de la estructura clínica de la persona que viene a consultarlo"*⁹³

¿Se trata de una neurosis, de una psicosis o de una perversión? Y la aseveración general, por simple, no es menos difícil de precisar clínicamente en cada caso. En principio, no se puede pertenecer a dos estructuras clínicas al mismo tiempo (y esto es así, por más dividida que esté una persona).

Miller aclara que no está diciendo cosas difíciles de entender sino difíciles de precisar. Verdaderamente, la clínica del diagnóstico diferencial es una clínica del detalle y es a veces muy difícil

⁹³ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 20.

aportar ese detalle -que puede permitir, por ejemplo, detectar una psicosis. Es entonces que Miller retoma las consideraciones de Lacan sobre el cuidado que hay que tener en las entrevistas preliminares cuando hay una suposición de una estructura psicótica. El análisis -y ahí se refuerza la posición ética que cabe a la pretendida técnica, pero especialmente a quien es el agente, el analista- puede desenadenar una psicosis frente a una estabilización precaria de la persona que llega a consulta.

Este es uno de los temas que se trabajan en las presentaciones de enfermos de nuestro Instituto: los riesgos que existen por no establecer un diagnóstico diferencial preciso.

Se sabe que tampoco valen, en estos casos, las reglas. Se suele decir, por ejemplo, que a un paciente psicótico nunca hay que acosarlo en el diván porque al perder la fijeza del interlocutor frente a frente, puede "dispararse". Si bien esto puede ser valioso para muchos casos, en otros -por el contrario- resulta imprescindible para un paciente psicótico recostarse en el diván. Para analizarlo, por ejemplo, puede ser necesario permitirle sustraerse del peso mortífero de una mirada que se le actualiza en el frente a frente.

Aquí, si no se desconectara esa vía directa del goce intrusivo, sería el analista el llamado a encarnar la función de Otro perseguidor. En este caso, se entiende que el empleo del diván puede tener un efecto pacificante (estoy refiriendo un caso que he conducido en el que era condición necesaria producir en un paciente esquizofrénico -bajo la trama simbólica del dispositivo- la operación de sustracción de la mirada por su función de acumulador de goce).

Las normas tienen un valor, pero también tienen su límite, no valen para todos los casos. Una vez más nos topamos con el límite que da cuenta del saber posible en un análisis conducido desde la orientación lacaniana.

Ahora, ya más en tema podemos preguntarnos: ¿cuál es la verdadera estofa del SSS en la teoría? Ya empezamos a sospechar que no es tan consistente como parecía. No siempre un análisis implica el traslado de una suposición de saber del entrevistado hacia el analista.

Por ejemplo, se dice que el analista es el que sabe y para eso se

lo consulta, pero hay veces en las que alguien llega buscando un analista que no sepa, que esté en déficit respecto del saber: ¿cómo funciona ahí el SSS?, ¿qué hace un analista cuando comprueba que la condición para su elección fue, precisamente, ese déficit?, ¿es fácil de soportar esa posición?, ¿es posible para el analista? Y para el sujeto, ¿puede ser posible el análisis en esas condiciones?

Me refiero, por ejemplo, a la estrategia de ciertos sujetos obsesivos -a menudo brillantes en su quehacer profesional- que consultan porque no les queda más remedio luego de la caída de su potencia viril. En ocasiones buscan un analista con ese déficit para poder gozar con el saber y demostrar que ellos "saben" más que el analista (de más está decir, que en estos casos las entrevistas prometen ser una "justa deportiva" del saber).

Sabemos que esta dificultad con el Otro y con el saber suele ser una de las dificultades mayores del tratamiento de la obsesión bajo transferencia. El obsesivo presenta para el Otro una imagen completa de sí en relación al saber y no le gusta ser descompletado de ese saber tan fácilmente. Con lo cual, ¿cómo intervenir? ¿Cómo hacerse un lugar y darle espacio a la palabra? Más aún, ¿cómo hacer para intervenir cuando alguien llega no con una suposición de saber, sino con una suposición de no saber respecto del analista? Y en el caso de que el analista ubique esa suposición de no saber, ¿cómo conviene intervenir?, ¿desbaratando rápidamente el plan? No, porque eso nos llevaría en la práctica a expulsar a alguien apenas llega. Pero entonces, ¿dejarse tomar por ese déficit del saber adjudicado?, ¿por cuánto tiempo?

Estos son algunos de los riesgos a los que estamos expuestos al analizar. Hay que tener una posición con ciertas reminiscencias estoicas para dejarse tomar por un engaño; pero, muchas veces es ese un requisito ineludible para poder sostener determinadas entrevistas preliminares hasta que la ocasión permita que el acto analítico tome su lugar (o que el analista se canse y termine expulsando a esa persona por "inaguantable", cosa que suele suceder también).

Por eso me parece genial la aseveración que hizo Lacan en su Seminario de "La angustia"⁹⁴ donde, lejos de asustarse de que ello

¡urra, llegó a decir que el analista puede querer tirar a alguien por la ventana o abrazarlo; y que toda la cuestión es en definitiva que el analista esté tomado por un deseo más fuerte que cualquiera de esos dos: el deseo de analizarlo.

Ahora, ¿cómo se adquiere ese deseo de analizar? Es muy complicado, no hay técnica que lo enseñe, más allá de la regla freudiana de la abstinencia.

Intervención:

-Creo que se encuentra esa respuesta en el propio análisis del analista.

E.S.: Sí, ése es el verdadero invento de Lacan: el analista como producto del propio análisis; invento que el pase, como dispositivo, viene a sancionar en su formulación teórica y práctica. Pero, la verdadera invención lacaniana es el analista como analizado; es decir, el analista como producto de un análisis conducido hasta su fin.

Aquí quiero llegar al punto en el que vamos a detenernos en el cual Miller sitúa la cuestión de la contratransferencia y que, a partir de las referencias bibliográficas que les he dado, vamos a retomar en las próximas clases.

Miller da un ejemplo sumamente interesante y hasta sorprendente. Un practicante había gustado de una intervención aparentemente realizada por Winnicott, a quien se le preguntaba algo muy simple: "¿cuándo debemos enviar a un paciente al hospital psiquiátrico y cuándo podemos conservarlo?" Winnicott después de pensarlo dio la respuesta -que le pareció maravillosa a nuestro amigo de Nueva York-: "Es fácil. Si aborrece al paciente, envíelo al hospital; en caso contrario, consérvelo". Esto está en las antípodas de la indicación de Lacan que acabo de comentar.

Intervenciones:

-Así se podría enviar al hospital psiquiátrico a sujetos de cualquier estructura.

-Sujetos aborrecibles hay en todos lados.

⁹⁴ Lacan, J.: Seminario 10, "La angustia", (1962/3).

E.S.: Esto que planteo sería sólo cómico si no fuera porque, efectivamente, sucede en no pocos casos.

Quien haya trabajado en hospitales psiquiátricos y conocido los llamados "caños" psiquiátricos sabe que uno encuentra que no todos esos sujetos son psicóticos. Algunos, son pacientes crónicos que se instalan en un servicio luego de pasar por varios y se quedan ahí, en muchos casos, hasta su muerte.

Hay casos en los que se puede demostrar que son pacientes neuróticos aquejados de *hospitalismo* (si se me permite generalizar el concepto que R. Spitz aplicaba a los infantes). Es decir, que la presión del sistema institucional -carcelario-hospitalario- ha llevado a determinados sujetos a producir un sistema de respuestas psiquiátricas que ha sido sancionado como psicótico, y que ha estigmatizado a esos individuos como "internos psicóticos" por sus terapeutas, quienes los han medicado y mantenido en internación hasta su muerte.

Es una manera -algo dramática, he de reconocer- de entender la importancia que posee la fineza del diagnóstico.

Intervención:

-Muchas veces se encuentran pacientes que parecen débiles mentales -por los años que están internados- y que, rastreando en la historia, pueden detectarse desencadenamientos psicóticos.

E.S.: Hay muchos casos de diagnósticos errados, de diagnósticos no establecidos "en suspenso", pero también de diagnósticos anticipados, con efectos catastróficos. Por ejemplo, diagnosticar a alguien como psicótico y medicarlo, muchas veces produce el desencadenamiento de una psicosis en un sujeto que hubiera podido estabilizarse de otra manera.

Ahora, ¿cómo tratamos desde la orientación lacaniana estas cuestiones que hacen a la práctica y a la hiancia misma de la práctica, a esta falta de saber inscripta en el cuerpo mismo de la teoría, a esta hiancia entre teoría y práctica?

Hay que hacer un salto al vacío para intervenir, porque aferrándose de los conceptos -por mejor contruidos que estuvieren- no alcanza, hay un saber hacer que no está garantizado por el empleo

de los conceptos por más teoría que se pueda acumular. Entonces, ¿cuál es la respuesta desde la orientación lacaniana a la cuestión del diagnóstico diferencial?

En las entrevistas preliminares se intentan ubicar los fenómenos elementales, buscar los fenómenos psicóticos que antecederon al delirio; es decir, aplicar una clínica del detalle que ya implica la posición ética del practicante.

Por ejemplo: un paciente puede decir algo en voz baja -como al pasar- y seguir hablándole al analista como si nada y todo el resto de su discurso puede ser absolutamente coherente; pero eso que se presentó en su discurso como hecho de otra estofa, aunque permanecía a otra dimensión, requería de la atención del analista. Esa voz tomaba cuerpo como algo exterior al sujeto -presentándose en un momento determinado de la entrevista- y eso, hay que interrogarlo. Necesitamos estar despiertos porque es difícil ubicar estas modulaciones del objeto bajo transferencia, pero eso que se presenta como un detalle puede ser un instrumento poderoso. ¿Se trata aquí de una regla?, ¿de una técnica, acaso? No.

La disposición al detalle es un instrumento de la intervención analítica; con este instrumento, aplicándolo, podremos decidir dar o no entrada a alguien en análisis; si conviene, si es posible, si están dadas las condiciones para hacerlo. Es lo opuesto a lo planteado en este caso por Winnicott, si el paciente nos gusta nos lo quedamos y si nos disgusta lo encerramos. Ese S_1 -"lo encerramos"- lo que oculta, obtura, elude es la división producida en el practicante respecto de tener que decidir qué hacer frente a una internación propuesta, por ejemplo, por los familiares de alguien. La apuesta de externar a un sujeto como una indicación terapéutica analítica, puede ser formulada por el analista, quizás, bajo la forma de un S_1 a ser aplicado en una institución: "¡Saquen a esa persona de allí!". Pero para eso hay que tener autoridad. ¿En nombre de qué? ¿Cuál es el referente que habrá de poner en función la suposición de saber que toma forma en el practicante del psicoanálisis?

He querido introducir la cuestión por la cual voy a plantear a la contratransferencia como el envés mismo de la equivocación del

Intervención:

-Hay muchos casos en los que lleva un largo tiempo hacer un diagnóstico diferencial. Pensaba en un caso que presenté alguna vez en el cual aún, luego de una larga discusión, el diagnóstico era discutible. Creo que lo más importante es diferenciar entre neurosis y psicosis a partir del poder desencadenante del significante. En el caso al que hago referencia, el riesgo era mayor pues podría tratarse de una psicosis que hubiera podido desencadenarse en las entrevistas preliminares. Hay casos en los que transcurre un tiempo y la diferencia diagnóstica es muy difícil de asir.

E.S.: Hay muchos casos en que es muy difícil poder establecer un diagnóstico diferencial, eso lleva tiempo, no hay un *gradus*, un *quantum*. Muchas veces hay que esperar un año o más. La cuestión es a partir de qué se establece ese diagnóstico. Y, cuando se llega a establecer, el peligro no siempre lo es para el entrevistado, a veces lo es para el analista. Si se trata de una perversión, el analista podría ser colocado como una figuración del goce a obtener por el entrevistado; allí el problema va a estar, en primer lugar, para el analista o para terceros. Tal vez el analista pueda soportar cierta dificultad respecto del diagnóstico diferencial, e intentar establecer si se trata de la crueldad de la obsesión o del goce perverso de un sujeto, siendo requisito para ello tener muchas entrevistas. El riesgo no es, necesariamente, sólo para la persona que consulta.

Evaluar la lógica de estos comportamientos subjetivos es lo que se requiere para poder construir cada vez una clínica del detalle, que nos permita efectuar el diagnóstico diferencial en las entrevistas preliminares.

25 de junio de 2002

Intervención:

-Hay muchos casos en los que lleva un largo tiempo hacer un diagnóstico diferencial. Pensaba en un caso que presenté alguna vez en el cual aún, luego de una larga discusión, el diagnóstico era discutible. Creo que lo más importante es diferenciar entre neurosis y psicosis a partir del poder desencadenante del significante. En el caso al que hago referencia, el riesgo era mayor pues podría tratarse de una psicosis que hubiera podido desencadenarse en las entrevistas preliminares. Hay casos en los que transcurre un tiempo y la diferencia diagnóstica es muy difícil de asir.

E.S.: Hay muchos casos en que es muy difícil poder establecer un diagnóstico diferencial, eso lleva tiempo, no hay un *gradus*, un *quantum*. Muchas veces hay que esperar un año o más. La cuestión es a partir de qué se establece ese diagnóstico. Y, cuando se llega a establecer, el peligro no siempre lo es para el entrevistado, a veces lo es para el analista. Si se trata de una perversión, el analista podría ser colocado como una figuración del goce a obtener por el entrevistado; allí el problema va a estar, en primer lugar, para el analista o para terceros. Tal vez el analista pueda soportar cierta dificultad respecto del diagnóstico diferencial, e intentar establecer si se trata de la crueldad de la obsesión o del goce perverso de un sujeto, siendo requisito para ello tener muchas entrevistas. El riesgo no es, necesariamente, sólo para la persona que consulta.

Evaluar la lógica de estos comportamientos subjetivos es lo que se requiere para poder construir cada vez una clínica del detalle, que nos permita efectuar el diagnóstico diferencial en las entrevistas preliminares.

25 de junio de 2002

VIII EL SUJETO-SUPUESTO-SABER, UNA EQUIVOCACIÓN NECESARIA

Voy a contarles el trayecto que realizaremos. En la siguiente clase vamos a tener un invitado, Leonardo Gorostiza, quien presentará ante ustedes la función de la alienación y separación desde las entrevistas preliminares.

En esta clase y en las siguientes nos dedicaremos al SSS. Como ustedes recordarán, en nuestro itinerario ya nos hemos topado con el SSS, la teoría desarrollada por Jacques Lacan sobre la transferencia y que tiene su complejidad. Les he dado una bibliografía (ver página 167), a la que le agregaremos el *Comentario del Seminario inexistente* de Miller.

Hay dos puntos que voy a desarrollar en esta clase: la suposición de saber y las oscilaciones del Sujeto-supuesto-Saber. Comencemos por el primero:

- La suposición de sujeto, la suposición de saber

¿En nombre de qué, en nombre de quién se analiza?

"Nuestro retorno a Freud tiene un sentido muy diferente por referirse a la topología del sujeto, la cual sólo se elucida por una segunda vuelta sobre sí mismo. Debo volver a decirlo todo sobre otra faz para que se cierre lo que esta encierra, que no es ciertamente el saber absoluto, sino aquella posición desde donde el saber puede invertir efectos de verdad. Sin duda es de una sutura practicada un momento en esa juntura de donde ha sacado su certidumbre lo que hemos logrado en absoluto de ciencia".⁹⁵

Hoy comenzaremos a abordar teóricamente las variaciones de

⁹⁵ Lacan, J.: "De un designio", *Escritos 1*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1975, pág. 352.

un problema clínico fundamental, tal vez uno de los más espinosos en el psicoanálisis: ¿desde qué lugar opera el analista? Es decir: ¿cuál es el sostén de la intervención analítica?, ¿cómo situar la especificidad de su intervención? Pero más aún: ¿sobre qué interviene?, ¿de qué medios se vale? Y las preguntas que de ella se desprenden: ¿con qué interviene el analista y desde dónde lo hace?, ¿en qué se autoriza para analizar? ¿Cuáles son los obstáculos con los que tropieza?

Aprecian ustedes que para responder deberíamos desplegar casi toda la teorización en psicoanálisis.

Reconocerán algunas respuestas en los conceptos de *inconsciente*, *repetición*, *pulsión*, *transferencia* e *interpretación*, los que surgen inmediatamente en la perspectiva freudiana tal como ha sido interpretada, a su vez, por Jacques Lacan.

Por ello, no es un Freud "puro" el que empleamos, es el que ha sido leído y compactado hasta sus huesos podríamos decir, por Lacan. Con Lacan hemos aprendido una lectura de Freud que antes no teníamos. Precisamente, J.-A. Miller nos enseña que el "retorno a Freud" emprendido por Lacan es un retorno al *decir* de Freud y no a sus *dichos*. Ya la elección de los cuatro conceptos fundamentales, decíamos, es la interpretación que Lacan realiza del sistema freudiano. Tampoco existe un Lacan "puro" para nosotros: la lectura de Miller ha devenido un poderoso instrumento del que nos servimos.

Como aprecian, se trata aquí de una operación transferencial, inclusive no es seguro que haya sido exclusivamente de transferencia positiva. Más bien hay cierto aire hiper-crítico -por ejemplo- en la lectura que realiza Lacan de Freud (no digo de los freudianos sino de Freud) y se vislumbra allí cierto 'tufillo' de transferencia negativa. Miller lo anota y es fácil comprobarlo en la teorización misma de Lacan, cuando él habla de la función de lucidez que transporta el odio, herramienta que considera poderosa en algunos que lo leen con acierto... ¡Paradoja! Lacan llega a decir que es el odio, es decir, la transferencia negativa la que orienta la buena lectura. Sabemos que eso es cierto cuando asistimos a lo contrario: repeticiones infinitas de los dichos de Freud, Lacan o Miller -inclusive- en nombre de la transferencia positiva! Parece-

ría a esta altura que la transferencia es como las intenciones y la transferencia positiva como las buenas intenciones: podríamos parafrasear entonces, diciendo: ¡también de transferencias positivas está plagado el camino al infierno...!

Como verán, estoy disertando a partir de nombres propios del psicoanálisis -Freud, Lacan, Miller- para articular los conceptos y 'obligarlos' a que nos respondan respecto de un problema clínico, muy simple en su formulación: ¿cómo se analiza?

Esta pregunta clínica conmueve los cimientos de la teoría, exigiendo dar cuenta -tanto como sea posible- de aquello que *pasa* de la *experiencia* a la *teoría*, intentando -tanto como sea posible- cercar aquello que de la experiencia concreta del psicoanálisis pueda pasar a la teorización, a la formalización conceptual en psicoanálisis.

La hiancia entre la teoría y la práctica⁶ evidencia su infinita espesura: *no-todo* de la experiencia analítica se presta a ser formalizado, lo simbólico de la teoría podrá cernir trozos de lo real de la experiencia, arrinconarlos con sus letras, pero nunca subsumirlo, nunca reabsorberlo totalmente: siempre quedará un resto, un resto fecundo. Tenemos aquí situada la causa por la cual lo singular del saber original alcanzado en cada análisis, al exponerse cada vez, da la oportunidad a la transmisión del psicoanálisis.

Subsidiariamente, aquellos que tomamos el relevo de la enseñanza de Jacques Lacan tenemos un deber analítico: pasar del *saber supuesto* al *saber expuesto* (tal como lo formuló J.-A. Miller).

Freud-Lacan-Miller: ¿qué usos hacemos nosotros de esos nombres? Veamos qué sucede si les aplicamos una suposición de saber y una suposición de sujeto: tenemos el SSS.

Verifiquémoslo. En primer lugar la operación es clara: suponemos en ellos *sujetos* que pueden ayudarnos a *saber* lo que ignoramos. Por ello a estos nombres propios -y a algunos otros- les demandamos un *saber*, más precisamente un *saber hacer* con los conceptos. Pero hay algo más: son *estos* nombres los que colocamos en lugar de la hiancia, del vacío, entre teoría y práctica: intentamos con ellos suturarla, eliminarla.

⁶ Desarrollada por J.-A. Miller en su curso "El desencanto del psicoanálisis", (2001/2).

Intervención:

-Eso que aparece como sutura es lo que no se tolera de la falta del Otro. En lo que es la hiancia entre teoría y práctica, hay algo intolerable en sí, para cualquiera de nosotros, que es ese punto de falta. Y a veces, la teoría viene ahí a tratar de suturar todo el tiempo; es así que hablando de psicoanálisis, muchas veces lo que menos se hace es algo que tenga que ver con el psicoanálisis...

E.S.: Ciertamente. ¿Qué hace uno con ese punto de falla que es estructural y que escribimos S (A), con esa hiancia entre teoría y práctica? El Otro del saber siempre va a ser inconsistente por esta fractura misma con respecto a la experiencia que no acepta, realmente, ser vaciada por la teoría: siempre resiste, por más que se intente suturarla, coserla, bordearla con nombres, con citas. La cuestión es cómo respetar esa hiancia entre teoría y práctica sin volverse un craso ignorante; porque también puede haber aquí una posición cínica que diría: "mientras hay algo que no se puede saber, no sé nada y vale todo". Pero, ¿qué se podría extraer de esta posición?

Suponer que la sutura sea tal que no deje ningún resto de saber no sabido, constituye en nuestro campo de experiencia la operación *par excellence* de la neurosis obsesiva; mientras que en el campo filosófico, proceder a eliminar el no-saber con un sujeto de pleno derecho, con un sujeto pleno de saber, de un saber que se sabe a sí mismo, constituye la operación que J. Lacan adjudica a Hegel en su *Fenomenología del espíritu*.

Pasemos ahora a nuestro segundo punto:

- Las oscilaciones del Sujeto-Supuesto-Saber

"La verdad no es otra cosa sino aquello de lo cual el saber no puede enterarse de que lo sabe sino haciendo actuar su ignorancia. Crisis real en la que lo imaginario se resuelve, para emplear nuestras categorías, engendrando una nueva forma simbólica. Esta dialéctica es convergente y va a la coyuntura definida como saber absoluto. Tal como es deducida, no puede ser sino la conjunción de lo simbólico con un real del que ya no hay nada que esperar. ¿Qué es esto sino un sujeto acabado en su identidad consigo

mismo? En lo cual se lee que ese sujeto esté ya perfecto allí y que es la hipótesis fundamental de todo este proceso. Es nombrado en efecto como su sustrato, se llama el Selbstbewusstsein, el ser de sí consciente, omniconsciente".⁹⁷

Tomemos la primera frase. Es muy evidente que, para que alguien pueda saber, debe saber que ignora y, luego, soportar esa ignorancia; es con esa falta de saber que se podrá comenzar el camino del saber.

Muchas veces no se sabe que el impedimento más grande para saber es, precisamente, el creer que ya se sabe; lo que con frecuencia constituye una inhibición intelectual suele indicar un rechazo de saber (sin saberlo el sujeto), rechazo localizado a partir de la suposición de creer que sí se sabe. Por ejemplo, hay veces en las que se cree que se sabe y cuando uno se confronta con un texto donde, efectivamente, el autor al que el sujeto suponía saber dice otra cosa diferente a lo que el sujeto lector suponía, el texto -y su autor- provocan rechazo. Estamos en estos casos en una operación de transferencia negativa, la que no es necesariamente percibida por el lector.

Esto que digo, que parecen sutilezas, incluso banalidades, son cuestiones que surgen a cada minuto en el proceso de una lectura. Lo que aquí está en juego es que la suposición de saber (el sujeto-lector) puede obstaculizar la lectura; ya que para que la verdad actúe articulada con el saber, es preciso que la verdad haga trabajar el saber, pero para ello... hay que hacer trabajar en principio la ignorancia: si se cree que ya se sabe, si se sabe que ya se sabe, no hay saber posible (y menos saber de verdad, como nosotros decimos).

También podemos decirlo con la entelequia hegeliana que convierte al saber y a la verdad en sujeto, entelequia con la que Lacan comienza el párrafo: para que el saber sepa, debe soportar su ignorancia. A partir de esto, el acto llevará a la verdad por medio de un posible saber sabido. La suposición de que ese saber no se tiene permite hacer valer la propia ignorancia, otorgar un valor decisivo a la ignorancia.

⁹⁷ Lacan, J.: "Subversión del sujeto...", *op. cit.*, pág. 777.

Y esto es fundamental en las entrevistas preliminares. Dejarse tomar por la ignorancia, poner en juego la ignorancia con respecto al saber, para poder saber algo de lo que al otro le aflige. Si uno cree que ya sabe, porque supone por tres o cuatro comportamientos que vislumbró rápidamente en el otro, que se trata de una histeria o de una obsesión, se produce un cierre. Cuando el analista supone que ya sabe, no deja actuar su propia ignorancia cerrando así la intelección de lo nuevo en el caso, la singularidad, la novedad, sesgando el encuentro posible con ese analista para ese entrevistado.

"Esta dialéctica -entre el saber y el no saber, dirá aquí Lacan (siguiendo, según parece al Hegel de Kojève)- es convergente"; dialéctica del saber no sabido que, dejando actuar su propia ignorancia, puede acumular saber para alcanzar la verdad, un saber de verdad. "...y va a la coyuntura definida como saber absoluto". Aquí tenemos el concepto filosófico de "saber absoluto" que se articulará con el concepto de sujeto. ¿A qué se refiere? Un sujeto del saber absoluto, acabado en su identidad consigo mismo, sería un sujeto -como podríamos decir- suturado, completo, ahíto, lleno de saber; incluso podemos decirlo jocosamente en términos de la gramática pulsional: un sujeto con la panza del saber llena.

Es curioso, Lacan hace aquí uso de la filosofía con el concepto de "saber absoluto" (un sujeto que aspiraría a ser un sujeto consciente de sí mismo) para localizar, más adelante, el SSS. Vean cómo se refiere al sujeto del saber absoluto: "*¿Qué es esto sino un sujeto acabado en su identidad consigo mismo?*" Ven ahí la sutura del sujeto, no hay división subjetiva; hay un saber que constituye a un sujeto dotado de un saber absoluto. Agrega:

"...En lo cual se lee que este sujeto está ya perfecto allí y que es la hipótesis fundamental de todo este proceso. Es nombrado en efecto como su sustrato, se llama el *Selbstbewusstsein*, el ser de sí consciente, omniconsciente".⁹⁸

"*Selbstbewusstsein*, el ser de sí consciente": con este término que Lacan extrae de la *Fenomenología del espíritu* se van haciendo a la

idea de por qué es necesario, desde la experiencia analítica, oponerse a esta figura: no podemos contar en ella con un sujeto de sí consciente, esta hipótesis arruinaría la del inconsciente, la invalidaría.

Pero adelantaremos que la aparente paradoja no es tal, o se resuelve, si agregamos que no podemos contar con esta figura... salvo a título de *suposición*.

Entonces, ¿qué es el SSS? A partir de lo ya desarrollado podemos decir que es un sintagma, una conjunción sintáctica gramatical enunciada por J. Lacan que instituye un neologismo; ya que es un término que no estaba en la lengua: el "Sujeto-Supuesto-Saber" -así, escrito entre guiones- es un invento de Lacan, es un significante que anuda tres términos haciéndolos solidarios de un solo concepto.

Literalmente, al decir SSS no decimos ni transferencia ni inconsciente -tampoco decimos "analista"-, pero el SSS participa conceptualmente de estos tres conceptos.

Su construcción obedece a circunstancias precisas en la enseñanza de Lacan: oponerse con el sujeto del *cogito* cartesiano al saber absoluto hegeliano.

En su Seminario sobre "La identificación", Lacan inventa al SSS y lo sitúa como una fórmula -de la que hace notar que es preciso no olvidar la ironía que transporta- que, en su función sincrónica, localiza la estructura que nos evitará la ilusión de un acceso diacrónico a un supuesto saber absoluto, totalizable en un sujeto pura conciencia de sí -tal su lectura de la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel.

"Es que no ha habido nunca, en la línea filosófica que se desarrolla a partir de las investigaciones cartesianas llamadas del *cógit*, no ha habido nunca sino un solo sujeto que prenderé con alfileres, para terminar bajo esta forma: el Sujeto-supuesto-Saber. Es necesario que ustedes otorguen a esta fórmula una resonancia especial que de alguna forma lleva consigo su ironía, su pregunta, y observen que al referirla a la fenomenología y particularmente a la fenomenología hegeliana, la función de ese Sujeto-supuesto-Saber toma su valor de ser apreciado en cuanto a la función sincrónica que se despliega en ese propósito: su presencia siempre allí, desde el comienzo de la interrogación fenomenológica, en un cierto punto, en cierto

⁹⁸ Ídem anterior.

nudo de la estructura, nos permitirá desprendernos del despliegue diacrónico supuesto llevarnos al saber absoluto".⁹⁹

La "ilusión" se forma a partir de considerar que actuando sobre la diacronía, en el tiempo de un análisis -por ejemplo- ustedes arribarían a una conciencia plena de sí, la que eliminaría la hiancia misma del inconsciente. En verdad, podríamos leer esta frase como la del cartel del verdulero de mi barrio colgado de la pared, que de niño llamaba mi atención: "Hoy no se fía, mañana sí". Es decir: "Hoy no hay saber absoluto, mañana sí", y de este cartel, podríamos agregar, que -al final del análisis- uno se lo lleva bajo el brazo, con una sonrisa irónica.

Al año siguiente Lacan volverá a afirmar que el SSS, identificado ahora con el sujeto del saber absoluto hegeliano (*Selbstbewusstsein*) es una ilusión y constituye una fuente de error:

*"Y que el Selbstbewusstsein como les enseñé a nombrar al Sujeto-supuesto-Saber, es una ilusión engañosa. El Selbstbewusstsein considerado como constitutivo del sujeto que conoce es una ilusión, una fuente de error".*¹⁰⁰

Observamos la aparente oscilación; el SSS considerado primero como un antídoto contra el saber absoluto, totalizante, ha pasado -momentáneamente- a ser identificado con la 'substancia tóxica' misma.

Pero, como ya decíamos, se despeja la aparente paradoja si oponemos el SSS sincrónicamente -primer caso- en el que la imposición de saber es estructural, al sujeto absoluto, supuesto de saber absoluto -segundo caso- aquél que se obtendría en el tiempo de efectuación de cada análisis. Se desprende que el "primer" SSS es necesario, y el "segundo", imposible (tanto como el cumplimiento del ofrecimiento del cartel del verdulero).

Continuemos en el Seminario de Lacan para corroborar el lugar

⁹⁹ Lacan, J.: Seminario 9, "La identificación", (1961), clase del 15 de noviembre de 1961.

¹⁰⁰ Lacan, J.: Seminario 10, "La angustia", op. cit., clase del 12 de diciembre de 1962.

que le ha sido asignado al SSS.

En *Los cuatro conceptos...* -al año siguiente de esta última cita- el SSS ha de ser considerado en su imperfección y finitud, adjudicándosele ahora al analista ese lugar.

"Puede parecerles que les alejo del campo de nuestra experiencia, y sin embargo -lo recuerdo tanto para excusarme como para mantener su atención al nivel de nuestra experiencia- el Sujeto-supuesto-Saber, en el análisis, es el analista..."

*El próximo día tendremos que examinar, a propósito de la función de la transferencia, cómo es que nosotros no tenemos necesidad alguna de la idea de un ser perfecto e infinito -¿quién puede pensar en atribuir estas dimensiones a su analista? para que se introduzca la función del Sujeto-supuesto-Saber".*¹⁰¹

En la clase siguiente, agregará que el SSS fue, en vida, Uno: Freud, pero agregando que Freud no sólo era supuesto saber, sino que él sabía y nos ha transmitido ese saber, y podríamos agregar que él -Lacan- recoge y transforma.

*"Ahora bien, no hay duda, todos lo saben, que ningún psicoanalista puede representar, así fuera de la manera más sutil, un saber absoluto. Por ello, en cierto sentido, puede decirse que aquel a quien uno puede dirigirse no podría ser, si hay uno, más que a uno sólo. Este uno solo fue, en vida Freud. El hecho de que Freud en lo relativo que pertenece al inconsciente, fuese legítimamente el sujeto del que se suponía poder saber, pone aparte todo lo que fue su relación analítica, cuando fue entablada, por sus pacientes, con él. No fue solamente el Sujeto-supuesto-Saber. Sabía, y nos ha dado este saber en términos que podemos llamar indestructibles, por cuanto que, desde que fueron emitidos, sostiene una interrogación que, hasta el momento nunca ha sido agotada. Ningún progreso han podido realizarse, por pequeño que fuese, que no haya desviado cada vez que fue dejado a un lado uno de los términos en torno a los que Freud ordenó las vías que dejó trazadas, y los caminos del inconsciente".*¹⁰²

¹⁰¹ Lacan, J.: El Seminario Libro 11, "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", Paidós, Buenos Aires, 1991, clase XVII.

¹⁰² Lacan, J.: El Seminario Libro 11, *Los cuatro conceptos...*, op. cit., clase XVIII.

En la clase siguiente Lacan toma la transferencia 'por las astas' y localiza al SSS como su fundamento:

"No obstante, precisamos progresar, en lo referente a lo debatido, a saber, la transferencia. ¿Cómo reanudaremos su temática? La transferencia es impensable, si no se toma su inicio en el Sujeto-supuesto-Saber".¹⁰³

A continuación, comenzará a desplegar lo que tres años después del Seminario de *Los cuatro conceptos...* será su algoritmo; precisará que es la significación lo que se supone saber, y es el deseo que transporta esa significación y la dirige al analista. Pero no menos ha de ser el deseo del analista el que reciba esa significación:

"Hoy ustedes ven más claramente lo que es supuesto saber. Se supone saber eso a lo que nadie podría escapar, desde el momento que la fórmula -pura y simplemente, la significación. Esta significación implica, por supuesto -y por ello he hecho surgir en primer lugar la dimensión de su deseo- que él no puede negarse a ella. Este punto privilegiado es el inicio al que podemos reconocer el carácter de un punto absoluto sin ningún saber. Es absoluto, precisamente, de no ser ningún saber, sino el punto de ligazón que une su propio deseo a la resolución de lo que se trata de revelar".¹⁰⁴

Este es el inicio, y constituirá la puesta en marcha del algoritmo, que implica un punto absoluto al que llama 'sin ningún saber' ¿Por qué lo llama así? Pues porque ése es el punto de basta discursivo del que el análisis se sirve, el punto de enlace entre el analizante (representado por el significante de la transferencia que dirige su deseo hacia el encuentro con el analista "cualquiera") y el analista, un analista que allí se encuentra, aguardando, con su presencia.

Seguidamente, Lacan situará al sujeto, definido por su ser-deseo. Pero su manifestación no viene sola, la acompaña la sustancia principal con la que el análisis avanza (y retrocede), el amor, efecto secundario de la operación:

"El sujeto entra en el juego a partir de ese soporte fundamental -el sujeto es supuesto saber, sólo por ser sujeto del deseo, ahora bien, ¿qué sucede? Sucede lo que en su aparición más común se llama efecto de transferencia. Este efecto es el amor. Es evidente que, como todo amor, sólo es localizable, como Freud nos indica, en el campo del narcisismo. Amar es, esencialmente, querer ser amado".¹⁰⁵

Hemos pasado de la significación que se supone saber en el Otro al amor que le es dirigido.

Pero hagamos una digresión: hemos pasado con este procedimiento, del SSS a la transferencia, y a la inversa, del concepto freudiano de transferencia hemos pasado a su sustento estructural, a su algoritmo, el SSS lacaniano.

¡Operación de prestidigitación! Lacan que sigue, que viene después que Freud, con su concepto de SSS, lo antecede. Podemos escribirlo así:

1°) SSS	es decir:	1°) Lacan
2°) transferencia		2°) Freud

Ahora bien, el amor, he ahí un problema que sitúa una verdadera paradoja: el que ama no quiere saber. ¿Qué es lo que quiere? Quiere ser amado, quiere reciprocidad, juego de espejos, es ésa la verdadera fuente del narcisismo. Por ende, cuando en el inicio esperamos el efecto de transferencia para interpretar (es decir, al amor), sucede que justamente ese mismo amor engaña, ya que se opone al saber. ¡Por el amor podemos interpretar, pero por el amor el que ama no quiere más que amar, no quiere saber!, ¡el amor cierra el inconsciente no bien lo abre! Comprobamos que hay en el amor algo que cojea, que chinga -diríamos nosotros. Por lo pronto este efecto permite vislumbrar con transparencia el fundamento de la alienación que rige el lazo del sujeto con el Otro -y que Leonardo Gorostiza elucidará para nosotros en la clase siguiente.

"Lo que surge en el efecto de transferencia se opone a la revelación.

¹⁰³ Lacan, J.: *El Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos...*, op. cit., clase XIX.

¹⁰⁴ *Ídem* anterior.

¹⁰⁵ *Ídem* anterior.

El amor interviene en su función aquí revelada como esencial, en su función de engaño. El amor, sin duda, es un efecto de transferencia, pero esa es su cara de resistencia. Estamos comprometidos a esperar este efecto de transferencia para poder interpretar y al mismo tiempo sabemos que cierra al sujeto al efecto de nuestra interpretación. El efecto de alienación, donde se articula, en la relación del sujeto con el Otro, el efecto que somos, está aquí absolutamente manifiesto".¹⁰⁶

La transferencia ha sido elevada por Lacan a una estrategia, es decir a una respuesta en términos bélicos, de guerra, en la que el amor es el instrumento, digámoslo así: el armamento con el que se libran las batallas. El párrafo siguiente lo evidencia:

"Conviene entonces apurar aquí -algo siempre eludido que Freud articula y que no es excusa sino motivo de la transferencia- que nada podría alcanzarse in absentia, in effigie. Lo cual quiere decir que la transferencia no es, por naturaleza, la sombra de algo que haya sido antes vivido. Por el contrario, el sujeto, en tanto que sometido al deseo del analista, desea engañarle en ese sometimiento haciéndose amar por él, proponiéndole el mismo esa falsedad esencial que es el amor. El efecto de transferencia es ese efecto de engaño en tanto que se repite en el presente aquí y ahora. No es repetición de tal cosa ocurrida más que por ser de la misma forma. No es ectopia. No es sombra de los antiguos engaños del amor. Es aislamiento en lo actual de su puro funcionamiento de engaño".¹⁰⁷

De un lado el analizante desea engañar al analista, haciéndose amar por él, queriendo ser correspondido en su amor, en lugar de amar a su inconsciente, evidenciando así la "falsedad esencial que es el amor"; del otro lado el analista ofrece su presencia 'aquí y ahora' y resiste con su deseo. Pero aclaremos, ¿de qué deseo se trata con el deseo del analista? He ahí la cuestión.

"Por eso, detrás del amor llamado de transferencia podemos decir que lo que hay es la afirmación de la ligazón del deseo del analista al deseo del paciente. Eso es lo que Freud refleja en una especie de rápido escamoteo,

espejuelo, al decir: después de todo, eso no es más que el deseo del paciente -historia para tranquilizar a los colegas. Es el deseo del paciente, sí, pero en su encuentro con el deseo del analista.

Este deseo del analista no diré que todavía no lo haya nombrado, pues ¿cómo nombrar un deseo? A un deseo se le cerca. Muchas cosas de la historia nos dan aquí la pista y huellas".¹⁰⁸

Al año siguiente, en su Seminario "Problemas cruciales para el psicoanálisis", Lacan efectúa tres precisiones respecto del analista y el SSS. Primero, que a él se lo demanda en cuanto SSS; segundo, que el saber que de él se requiere debe estar articulado con el no-saber; tercero, que la posición del psicoanalista es hacerse destinatario del síntoma, del estatuto mismo del síntoma.

"En fin, lo hemos dicho y aunque no lo hubiéramos dicho, está claro que el psicoanalista es llamado a esa situación, como siendo el Sujeto-supuesto-Saber. Lo que él tiene que saber, no es saber de clasificación, no es saber de lo general, no es saber de silogismo; lo que él tiene que saber es definido por ese nivel primordial donde hay un sujeto que es llevado en nuestra operación, en ese tiempo de surgimiento, a lo que se articula en el "Yo no sabía". Yo no sabía, o bien que ese significante que está allí, que reconozco ahora estaba allí donde yo estaba como sujeto, o bien, que ese significante que está allí, que ustedes designan, que ustedes articulan para mí, estaba para representarme a mí cerca de él, que yo era esto o aquello.

(...) ¿Qué quiere decir que haya hombres que se llaman Psicoanalista?, ¿y que esta operación interesa?

(...) Es enteramente evidente que en ese registro el psicoanalista se introduce en primer lugar como Sujeto-supuesto-Saber, es él mismo quien recibe y soporta el estatuto del síntoma".¹⁰⁹

En la clase siguiente, Lacan evidencia la divalencia, la dialéctica del analista en relación con el SSS: lo es, y no lo es. Veamos:

"Para que el análisis se comprometa y se sostenga, seguramente el analista es supuesto saber, y sin embargo todo lo que comporta justamente de

¹⁰⁶ *Idem* anterior.

¹⁰⁷ *Idem* anterior.

¹⁰⁸ *Idem* anterior.

¹⁰⁹ Lacan, J.: Seminario 12, "Problemas cruciales para el psicoanálisis", (inédito) 1965, clase XIV.

saber, el fundamento del psicoanálisis nos afirma que no podría ser el Sujeto-supuesto-Saber, por la razón que el saber fundamental del psicoanálisis, el descubrimiento de Freud, lo excluye".¹¹⁰

¿Por qué lo es? ¿Por qué el analista es SSS? Porque de él se espera que sostenga la operación analítica, desplegando el saber que transporten los significantes amos del sujeto, haciéndose destinatario del síntoma.

¿Por qué el analista no es SSS? En primer lugar porque ese saber a desplegar no es de su propiedad, sino que lo toma prestado del inconsciente; desde esta perspectiva, se entiende que el SSS sea descrito por Lacan como el *sujeto del engaño*, ya que al ofrecerse para ser tomado por la demanda del que consulta permite suponer que el saber le pertenece. Por ello es el saber inconsciente el amo verdadero de la partida, lo que introduce -en segundo lugar- un tercer jugador más allá del analista y el analizante: el goce sexual marcado por lo imposible, situado en este momento de su enseñanza como *la realidad de la diferencia sexual*, verdadero referente del juego. Referente con el que Lacan precisará el destino del SSS en el análisis:

"Si hay algo que trato de reintroducir, que permite en el análisis culminar en otra cosa que en una identificación del sujeto indeterminado, en el Sujeto-supuesto-Saber, es decir en el sujeto del engaño, es en la medida en que recuerdo lo que hasta aquéllos que tienen esta teoría, saben en práctica: es que existe un tercer jugador y que el tercer jugador se llama la realidad de la diferencia sexual".¹¹¹

Efectivamente, en el Seminario "El acto psicoanalítico", Lacan sitúa el destino final del SSS: su reducción al objeto *a*:

"Yo he restaurado a la transferencia en su función completa remitiéndola al Sujeto-supuesto-Saber. El término del análisis consiste en la caída del Sujeto-supuesto-Saber y su reducción a un advenimiento de ese

objeto (*a*) como causa de la división del sujeto que viene a su lugar".¹¹²

Apreciemos cómo Jacques Lacan precisa su formalización de la transferencia, al par que cifra con una simple letra el destino de la operación analítica.

Además, ese "objeto *a* que causa la división del sujeto que viene a su lugar" anticipa el lugar del analista y el analizante en el discurso analítico que se formalizará dos años más tarde, con la lógica de los cuatro discursos: $a \longrightarrow \S$.

A continuación, Lacan demuestra la función del analista a partir de la caída del SSS: es al final del análisis que se devela lo que el analista ha debido sostener en el trayecto, la cosa que ha debido soportar mientras fue investido con el agalma del SSS:

*"El que fantasmáticamente con el psicoanalizante juega la partida respecto al supuesto saber, a saber, el analista; es éste, el analista el que llega al término del análisis a soportar el no ser más nada que ese resto, ese resto de la cosa sabida que se llama el objeto (*a*)".¹¹³*

Pasemos a su escritura:

SSS
a

Apreciamos que el brillo de SSS evidencia al final su verdadero estatuto: ser nada más que ese resto de la cosa, que deviene al final resto de la cosa sabida, *sicut palea*. Es decir, un resto de la operación analítica que deberá desprenderse para que el analizante encuentre la salida.

Con esta teorización, Lacan cifra su verdadero invento: la producción de un analista como efecto de un análisis abrochando teóricamente el final del análisis con el inicio de los análisis a partir del acto analítico. Comprobémoslo:

¹¹⁰ Lacan, J.: Seminario 12, "Problemas cruciales...", *op. cit.*, clase XV.

¹¹¹ Lacan, J.: Seminario 12, "Problemas cruciales...", *op. cit.*, clase XVI.

¹¹² Lacan, J.: Seminario 15, "El acto...", *op. cit.*, clase V.

¹¹³ *Ídem* anterior.

"Es alrededor de esto que debe dirigirse nuestra pregunta. En lo que respecta al analizante llegado al fin del análisis en el acto, si lo hay, que lo lleva a devenir psicoanalista, ¿no tenemos que pensar que no opera en ese pasaje más que en el acto que remite a su lugar al Sujeto-supuesto-Saber? Vemos ahora donde está ese lugar, porque puede ser ocupado, pero sólo en la medida en que ese Sujeto-supuesto-Saber se redujo a ese término que aquel que hasta allí lo garantizó por su acto, a saber, el psicoanalista. Él, el psicoanalista devino ese residuo, ese objeto (a), aquel que al fin de un análisis llamado didáctico recoge el guante si puedo decir, de ese acto, no podemos omitir que lo hace sabiendo lo que su analista ha devenido en el cumplimiento de ese acto, a saber, ese residuo, ese desecho, algo arrojado.

Restaurando el Sujeto-supuesto-Saber, retornando la antorcha del analista mismo, no puede ser que no instale aunque sea sin tocarlo, el (a) a nivel del Sujeto-supuesto-Saber, de ese Sujeto-supuesto-Saber que sólo puede retomar como condición de todo acto analítico, él sabe en ese momento que llamé el pase, el sabe que allí está el des-ser que para él, el psicoanalizante, ha golpeado el ser del analista".¹¹⁴

Finalmente, ¿a qué queda reducido el saber del analista? El saber del analista queda reducido a saber su destino en cada final: el de ser identificado con el desecho y ser arrojado como residuo de la operación.

Por ello, que no se engañe aquél que quiera gozar del lustre del SSS, pues recibirá –en el mejor de los casos, es decir, si estuviera a la altura del acto analítico– el lastre del objeto esperándolo al final. Si el analista había sido en el inicio 'elevado' como Ideal en el SSS, le espera ser eyectado como objeto a en el final.

Podemos escribirlo también de este modo:

$$\frac{SSS}{a} \approx \frac{I}{a} \approx \frac{\text{'lustre'}}{\text{'lastre'}}$$

Pero prosigamos en la clase siguiente del Seminario de "El acto...":

"El objeto pequeño (a) es la realización de esta especie de des-ser que golpea al Sujeto-supuesto-Saber.

Que sea el analista y como tal el que viene a ese lugar no es dudoso y se marca en todas las inferencias ligadas alrededor de que él mismo se presenta como la substancia de lo que está en juego (...) en el hacer analítico. Y es justamente desconociendo lo que hay de distinto entre ese hacer y el acto (...) que lo instituye (...) ese soporte del Sujeto-supuesto-Saber, al que sin embargo el analista sabe que está destinado al des-ser y que constituye, si puedo decir, un acto en falso puesto que él no es el Sujeto-supuesto-Saber, puesto que no puede serlo, y no hay nadie que lo sepa mejor que el psicoanalista".¹¹⁵

Entonces, ¿cómo se resuelve, finalmente, la aparente paradoja del SSS? Podríamos formularlo de este modo: el analista no lo es, no es SSS aunque debe permitir –con el semblante analítico– la suposición de que lo es.

Él sabe que analiza con el des-ser, es decir, a partir del agujero real del saber (por la inconsistencia del todo-saber que designa al inconsciente con el matema : A –tachando al Otro–), pero también con el lugar vacío –en este contexto, es decir: vaciado– de su 'propio' goce fantasmático, en la reducción producida desde su propio análisis.

Por eso en su Seminario 24, Jacques Lacan reduce al SSS identificado con el analista a no ser más que una palabra (una atribución) que identifica con la transferencia positiva, para que el inconsciente del analizante –ya no Otro, sino Uno– hable solo.

"No siempre se sabe lo que es la transferencia positiva. Yo traté de definirla bajo el nombre de Sujeto-supuesto-Saber. ¿Quién es supuesto saber? Es el analista. Esto es una atribución, como lo indica la palabra supuesto. Una atribución, no es más que una palabra(...)

Esta noción de Otro, yo la he marcado en cierto grafo con una barra que lo rompe. ¿Pero romper es negar? El análisis propiamente hablando enuncia que el Otro no sea nada más que esta duplicidad. Hay Uno, pero no hay nada de Otro. El Uno, lo he dicho, dialoga solo, puesto que recibe su propio mensaje bajo una forma invertida. Es él quien sabe, y no el supuesto saber".¹¹⁶

¹¹⁴ Ídem anterior

¹¹⁵ Ídem anterior.

¹¹⁶ Lacan, J.: Seminario 24, "L'insu qui sait de l'une bevue s'aile á mourre", clase XII.

Ya en el final del recorrido, la paradoja del SSS cambia de nombre: llamémosla –con Lacan– “la equivocación del SSS”. Su equivocación estructural, necesaria, esa que no puede sino producirse para que haya análisis.

Y si de verificar se trata, comprobemos ahora dos efectos de la equivocación del SSS:

- La reducción del SSS al objeto *a*
- La reducción del Otro al Uno

No sólo el analista usurpaba el lugar del objeto *a*, sino que –asimismo– ocupaba el lugar del Otro, el que reveló no ser otro que el inconsciente.

Este es el destino final del SSS, de la *equivocación del Sujeto-supuesto-Saber*.

13 de Agosto de 2002

con otro término de resonancia similar que es "la dialéctica del deseo" y que Lacan desarrolla en su escrito "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano".

No es entonces "la dialéctica del deseo" lo que se enmarca en estas dos operaciones sino "la dialéctica del sujeto". Es decir, cómo el sujeto -en su dialéctica con el Otro- se constituye, se produce, se causa en tanto sujeto.

Si ustedes leen con atención van a encontrar este término "dialéctica del sujeto" en algunos puntos del *Seminario 11* y también en "Posición del inconsciente".

Otro punto importante a tener presente es que lo que Lacan ensaya, con estas dos operaciones que funda en la lógica matemática de conjuntos, es responder a una pregunta: ¿cómo es que a una operación significativa puede responder una operación que concierne al goce o -si ustedes quieren- a la pulsión?

¿Cómo es que se establece una correlación entre la emergencia significativa del sujeto y el elemento de goce que viene a complementarla?

Esta perspectiva es muy importante para situar las dos vertientes de la transferencia tal como Lacan las desarrolla en el *Seminario 11*: la transferencia como SSS -que hacemos corresponder a la operación de alienación- y la transferencia como puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente -que se corresponde con la operación de separación. Es decir, dos nociones de transferencia que no son equivalentes pero que se articulan. Sobre estas dos vertientes va a girar la exposición en esta clase.

Es fundamental entonces no olvidar que Lacan pone el acento en cómo se articulan -por medio de esta dialéctica del sujeto, de estas dos operaciones- el inconsciente y la pulsión, y que el fundamento de la formalización matemática de ambas operaciones es el intento de Lacan de despejar la articulación problemática de inconsciente y pulsión. Es por eso que este momento corresponde a un giro de la enseñanza de Lacan que J.-A. Miller llamó un nuevo "paradigma del goce"¹¹⁸ ya que constituye un corte con las anterio-

res elaboraciones de Lacan.

Dicho muy sucintamente: en el primer paradigma, el goce se sitúa en el eje imaginario; en el segundo, el goce es significantizado, es decir, es reabsorbido totalmente por el significante; mientras que en el tercero, el goce queda por fuera de lo simbólico y de lo imaginario, y sólo se alcanza por transgresión. Es decir que en ese tercer paradigma el goce aparece en exclusión total con respecto al significante.

Lo importante para lo que nos ocupa hoy es que en el cuarto paradigma -que corresponde a las operaciones de alienación y separación- es el paradigma que Miller llama del "gocce fragmentado, pulsional o goce normal", por cuanto la satisfacción se obtiene "normalmente" (sin transgresión) en las diversas zonas erógenas. Es decir que el goce, la pulsión, sin confundirse con el significante, se inserta en el sistema significativo. Es precisamente de esto de lo que dan cuenta las dos operaciones lógicas de alienación y separación.

También quiero subrayar que esto que se considera un punto de ruptura en la enseñanza de Lacan tiene incidencias clínicas. Podemos decir que desde una cierta perspectiva, "Posición del inconsciente", del año 64, es la continuación del texto que marca el inicio de la enseñanza de Lacan: "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis".¹¹⁹ Es la continuación y, al mismo tiempo -son palabras de Miller-, es un texto que "corrige" al anterior. ¿Por qué? Porque en "Función y campo de la palabra...", en su "Discurso de Roma", Lacan tenía la idea de que podía haber una reabsorción completa de lo particular en lo simbólico, en lo universal. Se trataba de un Lacan "hegeliano" que, según propias palabras, decía:

*"...la dialéctica no es individual y que la cuestión de la terminación del análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno, es decir, de todos aquellos con los que se asocia en la realización de una obra humana".*¹²⁰

¹¹⁸ Miller, J.-A.: "Los seis paradigmas del goce", *El lenguaje, aparato del goce*, Diva, Buenos Aires, 2000.

¹¹⁹ Lacan, J.: "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", *Escritos 1*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1975.

¹²⁰ Lacan, J.: "Función y campo...", *op. cit.*, pág. 309.

IX

LA DIALÉCTICA DEL SUJETO EN LA ENTRADA EN ANÁLISIS

Leonardo Gorostiza

Hoy tenemos como invitado a mi amigo Leonardo Gorostiza, Director del Instituto Clínico de Buenos Aires. Vamos a desarrollar hoy un punto muy específico: la dialéctica del sujeto en la entrada en análisis.

Le doy la palabra a Leonardo y luego de su exposición daremos lugar al debate y al intercambio.

Leonardo Gorostiza:

Quiero agradecerle a Ernesto Sinatra la invitación porque es muy útil y formativo, para aquellos que tenemos la función de enseñantes, tener la posibilidad de intercambiar lo que cada uno va elaborando en sus respectivos cursos o seminarios, lo que no es frecuente.

Para abordar el tema de hoy, en primer lugar vamos a recordar las dos operaciones lógicas de la causación del sujeto, que como ustedes saben, Lacan desarrolla en el *Seminario 11, Los cuatro conceptos...* Operaciones que también precisa y afina, en su escrito "Posición del inconsciente".¹¹⁷

Esas dos operaciones señalan un nuevo punto de partida en la enseñanza de Lacan, lo cual hay que tener presente por su incidencia en la concepción de la entrada en análisis.

Si decidí que el título de esta intervención fuese "La dialéctica del sujeto en la entrada en análisis", es porque estas dos operaciones, *alienación y separación*, constituyen lo que Lacan llama "la dialéctica del sujeto". Dicho de otra manera: la dialéctica del sujeto está hecha de alienación y separación.

En este sentido, no hay que confundir "dialéctica del sujeto"

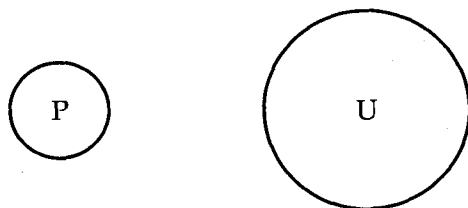
¹¹⁷ Lacan, J.: "Posición del inconsciente", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1985.

Vemos que Lacan concebía en ese momento el final de análisis como una realización completa en lo simbólico, como una reabsorción total de lo particular y de la satisfacción del sujeto, en lo universal.

Mientras que en "Posición del inconsciente", al introducir el *vel* de la operación lógica de la alienación, se aleja de toda idea de una dialéctica de la integración para promover una dialéctica de "no integración".

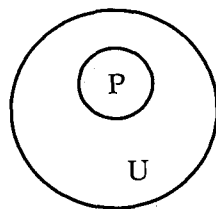
Una dialéctica que podemos llamar "de desgarró" o bien -es un término algo forzado- de "desmochaje", porque lo universal queda "mochado" por aquello de lo particular que no se integra totalmente.

De este modo, la primera formulación del 53, la dialéctica de la integración, podría ser graficada así:



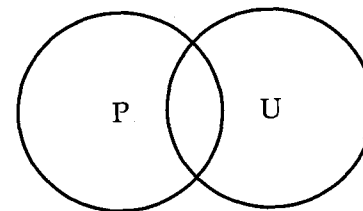
Es decir, que tengo, por un lado lo particular, y por el otro, lo universal.

Luego incluyo lo particular en lo universal, y tengo lo particular totalmente incluido, reabsorbido en lo universal:



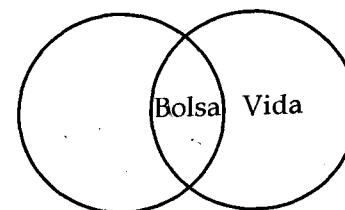
Mientras que en "la dialéctica del sujeto" del 64 -dialéctica relacionada con estas operaciones lógicas, dialéctica del sujeto que es de no integración, de desgarró, de "desmochamiento"-, tenemos

lo siguiente:



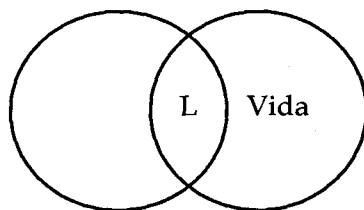
Es decir que tenemos, una intersección de lo particular con lo universal pero con la salvedad de que cuando voy a lo universal pierdo mucho de lo que tengo de particular, y si voy a lo particular pierdo lo que hay de universal. Es la problemática de la satisfacción singular pulsional de cada uno, en su relación problemática con el todo, con la universalización.

Podríamos mencionar, para ir entrando en la operación de alienación, que el *vel* -término de lógica matemática- de la alienación, tal como lo utiliza Lacan, implica que no se pueden conservar ambos términos de la dialéctica; siempre hay una pérdida. Esto él lo ejemplifica, lo dramatiza, con la alegoría de la elección "la bolsa o la vida", que muestra muy bien esta dialéctica del sujeto como desgarró.



Tengo la vida a la derecha y la bolsa a la izquierda. ¿Saben cómo es la historia? Si elijo la bolsa: pierdo la vida, tengo la muerte y, por lo tanto, no puedo usar la bolsa, también la pierdo. Y si elijo la vida, que es una elección obligada o forzada, queda la vida pero desmochada de la bolsa. Lacan, en el *Seminario 11* también lo ejemplifica con la opción "libertad o vida" -no, "libertad o muerte"-, primero: "libertad o vida". Va a demostrar que si se elige por la vida, lo que entonces queda es una vida cercenada de libertad. Lo cual es una buena manera -no en términos filosóficos que son

más complejos- de situar que no va a haber nunca una desalienación posible, absoluta, de los significantes en los cuales se funda el sujeto. Podrá resituarse frente a esos significantes, pero la desalienación absoluta es imposible. Es decir que el anhelo histérico de la libertad total respecto del Otro no tiene cabida en la lógica de Lacan, y eso es por el fundamento de esta dialéctica de no integración.

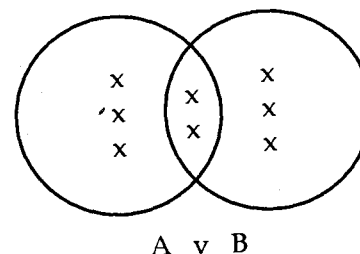


Una precisión por hacer es que el *vel* -palabra latina que se escribe en lógica con una "v"- indica "o", es decir, una disyunción. Pero en lógica, la operación de unión o reunión -que es la operación matemática a la que Lacan reconduce la operación de alienación- es un *vel* que implica una disyunción débil o inclusiva. Por ejemplo, si digo "está prohibido fumar o escupir", las dos cosas están prohibidas. Es difícil hacerlas al mismo tiempo pero se pueden hacer sucesivamente. Éste es el sentido habitual que se le da en lógica matemática a la reunión.

En cambio, si el *vel* implica una disyunción exclusiva, excluyente -Lacan dice, en el *Seminario 11*, "exhaustiva", pero en realidad es "exclusiva" en el sentido de excluyente- ello implica que no puede ser una y la otra a la vez. La elección es absoluta, es: "o bien esto o bien lo otro". Por ejemplo: "iré al curso de mi amigo Ernesto Sinatra el martes 27 o en quince días más". Es excluyente: si vine hoy supongo que no vendré dentro de quince días porque la invitación era para una vez. Puedo decir que "si vengo hoy, no vendré dentro de quince días" o "si no vengo hoy, tal vez venga dentro de quince días". Es o uno u otro. Es la exclusión en sentido fuerte.

Pero además, Lacan en cierto modo plantea que se trata de una tercera variedad lógica que implica -como en el ejemplo de "la bolsa o la vida"- que se elija lo que se elija, siempre va a haber una pérdida.

En matemáticas, en la operación de reunión, dados dos conjuntos *A* y *B*- unidos por el *vel* disyuntivo, la reunión determina el conjunto de todos los elementos que forman parte del conjunto *A*, del conjunto *B* y del conjunto donde se intersectan *A* y *B*.



Una cuestión interesante que Lacan menciona es que, subreptivamente, en esta operación hay ya una pérdida, y lo que lo guía es ubicar dónde está esa pérdida.

Si yo hago la "adición" de $A + B$, me tendría que dar 10 elementos, porque cada conjunto tiene 5. Pero en la operación de reunión me da 8 elementos porque hay 2 que no los cuento dos veces en la linula. Si bien estamos en la operación de reunión, inclusive en lógica matemática hay una pérdida, y Lacan toma esto e introduce lo que él mismo llama "un estigma dialéctico", que es el estigma de la elección.

¿Cómo entender esto que en la dialéctica del sujeto con el Otro, hegelianamente hablando, si se remiten a la fase del espejo, por ejemplo, la cuestión siempre es "o tú o yo"? Y aquello que Lacan va a mostrar, a diferencia de Hegel, es que no hay una síntesis superadora en esa dialéctica: en el "o tú o yo", que siempre está allí la muerte y por lo tanto siempre va a ser "o uno o el otro".

Lo importante es que en el lugar donde Hegel va hacia la síntesis -que sería la posibilidad de la reabsorción total-, Lacan pone, en este momento de su enseñanza, exclusión, pérdida, lo que toma la forma de la muerte. Por eso, luego él va a decir que en la operación de separación el sujeto responde con su propia muerte al intervalo en el Otro.

E.S.: Como verán estamos exactamente en el punto -entrando

por otra vía, la de la alienación y la separación- en el que estábamos en la clase anterior cuando intentábamos dirimir, respecto del SSS, el alcance de esa referencia al saber absoluto.

L.G.: Otra cuestión que se puede mencionar es que con estas dos operaciones, Lacan busca reunir dos conceptos freudianos en esta articulación problemática y paradójica: las formaciones del inconsciente -que vamos a ubicar del lado de la alienación, eminentemente significantes- y el objeto libidinal freudiano -que vamos a ubicar del lado de la separación. Es otro modo de decir lo que planteaba al inicio: que esta dialéctica busca articular inconsciente y ello, inconsciente y pulsión, significativo y objeto. ¿Por qué?

Porque hay -ésta es una fórmula de Miller- una "necesidad lógica" que lleva a la pulsión a responder a esta indeterminación, es decir, a buscar algo de certeza.

Lacan refiere a esto en el *Seminario 11* al plantear que la transferencia nos sitúa en una posición primaria con respecto al inconsciente por vía de la alienación -ya que el sujeto está indeterminado, no se encuentra en ningún lugar. Es como en el sueño donde el sujeto no se puede localizar en un lugar, puede estar en varios y en ninguno, desplazándose. Y a esto responde una búsqueda de certeza que es la pulsión misma.

Dicho de otra manera, a la *falta en ser* introducida por la alienación del significativo se responde con una búsqueda de ser que Lacan va a situar del lado del objeto.

Vamos a escribir ahora rápidamente las dos operaciones lógicas, tal como son, y siguiendo una indicación de Miller en *Los signos del goce*, cuando desdobra en dos tiempos la operación de alienación. Se entiende allí algo que en el *Seminario 11* queda bastante oscuro.

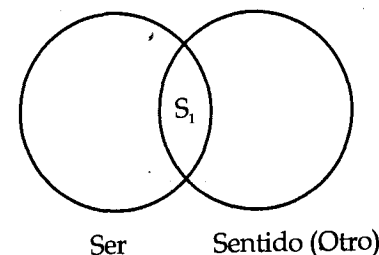
Esto es muy importante porque en lógica matemática -recurso que Lacan importa al campo del psicoanálisis- no hay temporalidad. Desdoblar un mecanismo en dos tiempos implica introducir al sujeto.

Digamos al pasar que todos los esquemas de Lacan están animados de una temporalidad, de una diacronía, que es lo que Lacan llama la "ordenación subjetiva" que muestra cómo se va transfor-

mando un esquema. También esto -es lo que hace Miller- se puede reconstruir en la operación de alienación.

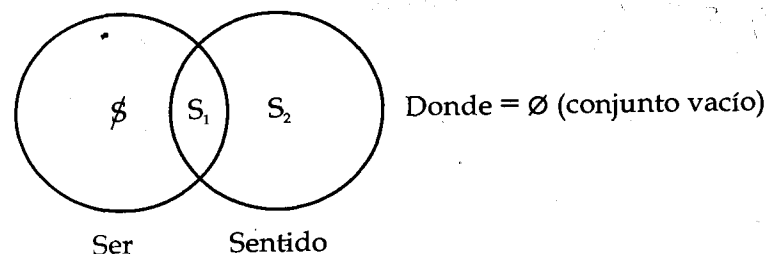
Vamos a la *alienación*. Plantearemos entonces dos tiempos para situar la "diacronía subjetiva".

Primer tiempo:



Tenemos a la izquierda el lado del ser -que conviene no llamarlo sujeto porque éste aún no advino; del otro lado, a la derecha, el campo del sentido o del Otro. S_1 -en la lúnula- es el punto de empalme entre el conjunto del ser, en el que va a advenir sujeto, y el campo del sentido, campo del Otro. Este primer tiempo de la alienación es una identificación: el sujeto no está tanto representado como absorbido, en ese momento, por el significativo.

Segundo tiempo:



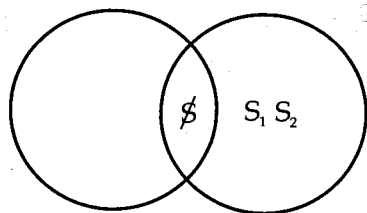
Este tiempo explica cómo se escribe la lógica completa de la alienación en tanto reunión. Ahora sí, el sujeto está representado por un significativo para otro significativo ($S_1 \rightarrow S_2$). Y además es

efectuado en tanto sujeto quedando del lado izquierdo ($\$$) que ahora no es del ser sino del sujeto. ¿Por qué? Porque lo que queda del lado izquierdo, por fuera de la lúnula, es el conjunto vacío. Tengan presente que en lógica matemática nuestro sujeto tachado corresponde al conjunto vacío, y saben que esta sigla -que no es falo simbólico sino "falo torcido", como está diciendo ahora mismo Ernesto- se escribe así: $\emptyset$. Es decir que el sujeto es efectuado como un conjunto vacío.

Efectivamente, se trata de la operación de reunión porque tengo todos los elementos que pertenecen a los dos conjuntos. Pero además, al mismo tiempo, también tengo el conjunto vacío ($\emptyset$) que, estrictamente hablando, no es un elemento, ya que es una falta, es un vacío en tanto tal que, sin embargo, "forma parte" -es éste el modo correcto de decirlo- del conjunto.

Veamos ahora la operación de separación.

Operación de separación:



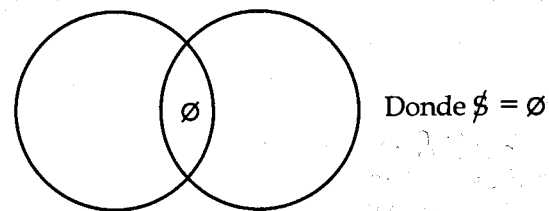
Esta operación se produce por la articulación de la falta del lado del sujeto y la falta del lado del Otro.

Ven que en la lúnula ahora ya no está el S_1 sino que éste pasó junto al S_2 del lado del Otro, sin intersección con el conjunto del sujeto. Mientras que éste último, como falta, como conjunto vacío, se sitúa -sí- en la intersección con el Otro.

En el Seminario 11 Lacan dice que el niño, de algún modo, trata de detectar qué es lo que circula entre los significantes del discurso materno, paterno, porque trata de localizar el deseo y allí está la falta en el Otro.

La separación se ubica entonces en ese punto de conjunción-disyunción, punto paradójico, donde uno podría escribir en la intersección de los dos conjuntos, "conjunto vacío", ya que se trata de la

conexión del conjunto vacío del sujeto con el conjunto vacío en el Otro.



Donde $\$ = \emptyset$

Otro punto a destacar es el uso muy particular que hace Lacan de la operación matemática de *intersección*. Deben saber que, estrictamente hablando, la intersección implica el conjunto de los elementos comunes entre los dos conjuntos intersectados. Y en esta "intersección", donde se apoya la operación de separación, lo que tenemos no es un elemento común sino el conjunto vacío en el lugar de la intersección. En matemáticas esto se llama, estrictamente hablando, una "disyunción". Consiste en la intersección de dos conjuntos que no tienen elementos comunes y que, por lo tanto, lo único común que van a tener es el conjunto vacío, que -como tal- forma parte de todo conjunto. Podríamos decir así que en la operación de separación se trata de la intersección de dos conjuntos "disyuntos".

De todos modos, este uso especial que hace Lacan del recurso matemático surge que el problema es cómo se articulan dos carencias.

En esta misma intersección, ustedes también deben estar acostumbrados a ubicar el objeto a . Lo que ocurre es lo siguiente: $\$ \cap A = a$.

Tomo aquí un pequeño matema de Miller, que es muy claro, para ver que si yo tengo el conjunto vacío, que es el sujeto, y lo intersecto con la carencia en el Otro (A) lo que tengo como resultado es el objeto a , el objeto a que parece como si surgiera de positivizar algo a partir del encuentro de dos faltas. Pero esta positivización no es sino un vacío, porque también el objeto a es vacío.

Por eso Lacan dice en el Seminario 11 que la pulsión tiene "color

de vacío" y rodea al objeto, que es un vacío, un vacío muy especial que surge de este empalme.

Es por eso que uno podría escribir una cierta equivalencia entre el conjunto vacío, el sujeto y el objeto $a : \emptyset \cong \$ \cong a$.

Recordemos también que la operación de separación viene a formalizar lo que sería la recuperación libidinal, del objeto libidinal, de aquello libidinal que el ser viviente pierde por alienarse en el significante, ya que el significante tiene una función mortífera, letal.

Quiero ahora, para ir acercándonos a la cuestión de la entrada en análisis, ubicar un antecedente al respecto que me parece precioso. En el texto "La dirección de la cura...", del 58, se encuentra un anticipo de estas dos operaciones articuladas con el tema de la entrada. Allí se puede ver en filigrana cómo Lacan indica que la alienación es una deducción de la falta en ser subjetiva. Al mismo tiempo, se podría decir que la separación se deduce a partir de cómo el sujeto de la "falta en ser", $\$$, busca encontrar su complemento en el Otro. ¿Y dónde encuentra el sujeto de la falta en ser el complemento en el Otro?

Precisamente en lo que al Otro le falta, aclarando que no se trata de la inconsistencia del Otro elaborada más tarde por Lacan, sino de la "falta" en el Otro.

"La dirección de la cura..." es un texto fundamental porque allí habla de una incompatibilidad entre el deseo y la palabra. Plantea la cuestión de la demanda, la necesidad y el deseo y muestra que, en algún punto, hay una incompatibilidad entre la palabra y el deseo, hay algo ahí que no encaja. Es decir que comienza a esbozarse la elaboración de la dialéctica de la no integración que mencioné antes.

Esto ocurre cuando Lacan evoca que al Otro, el ser también le falta. Es decir que el sujeto está en falta en ser, busca su complemento de ser en el Otro y ocurre que al Otro, el ser también le falta.

Para orientarse hay que tener en cuenta que Lacan ubicó en ese escrito dos tipos de demanda. Una demanda en tanto "falta en tener" que está dirigida al Otro-supuesto-consistente. Es interesante, porque el SSS puede tomar esta forma: de un Otro supuesto

consistente, el saber absoluto hegeliano, sin tachar. Y que tendría ese Otro supuesto consistente- lo que al sujeto le falta; ese complemento que sería, en última instancia, un significante para nombrar el ser del sujeto. Lo cual supone también que el Otro tendría - incluso- el significante que nombra al propio ser del Otro. Ésta es una modalidad de la demanda.

Pero hay una segunda modalidad de la demanda, en tanto "falta en ser". Ésta es la que puede llamarse, propiamente hablando, una demanda de amor, la que es -en el fondo- una demanda de ser. Pero en tanto demanda de amor está dirigida a un Otro al cual también le falta algo. Es un Otro que tiene -al menos- una falta, por lo cual lo que se demanda es el amor del Otro, ser tomado como un objeto de amor, que el Otro me dé "lo que no tiene". Ustedes recordarán que "dar lo que no se tiene" es una definición del amor por parte de Lacan. Veamos lo que dice el texto:

"El deseo es lo que se manifiesta en el intervalo (...) en la medida en que el sujeto, al articular la cadena significativa, trae a la luz la carencia de ser con el llamado a recibir el complemento del Otro, si el Otro, lugar de la palabra, es también lugar de esa carencia..."

Es interesante, porque la condición para que esta demanda sea determinada por la "falta en ser" -y no por la "falta en tener"- es que el Otro esté constituido con una falta. Y agrega:

*...Lo que de este modo al Otro le es dado colmar, y que es propiamente lo que no tiene, puesto que a él también le falta el ser, es lo que se llama el amor, pero es también el odio y la ignorancia. (...) pasiones del ser, lo que evoca toda demanda más allá de la necesidad que se articula en ella..."*¹²¹

Podemos traducir esto diciendo: "el amor...", la transferencia amorosa; "...el odio...", la transferencia negativa; y "la ignorancia...", pasaje al acto, el "no quiero saber nada" que son, para Lacan, tres "pasiones del ser". Creo que se percibe que éste es un antecedente de las operaciones de alienación y de separación, porque

¹²¹ Lacan, J.: "La dirección de la cura...", op. cit., pág. 607.

ubicaríamos a la separación, del lado de estas "pasiones del ser".

Otro modo de decirlo según la experiencia analítica es partir del imperativo alienante de la asociación libre: "¡Aliénese! Diga todo lo que se le ocurra. Pierda su yo y déjese llevar como un sujeto dividido en todos los meandros de sus asociaciones libres". Es necesario eso para que responda la demanda de amor, que es lo que vendría en el segundo momento. ¿Por qué? Porque la asociación libre introduce un efecto de falta en ser y a eso responde la demanda en ser, lo que acabamos de ver, que es demanda de amor.

En la segunda mención de Lacan en este texto se puede ver bien que esta *demande de ser* está articulada al objeto y es por eso que la ubicamos del lado de la separación. Mientras que la primera demanda de recibir un significante que nombre su ser, está ligada a la identificación. Dice Lacan:

"Pero no hay que confundir la identificación con el significante todopoderoso de la demanda, del que hemos hablado ya,..."

Él allí ubica al ideal, pero que es el S_1 , en la operación de alienación. Y agrega:

...y la identificación con el objeto de la demanda de amor...

O sea, cuando el sujeto se quiere volver objeto amable para el Otro. Y aquí está el núcleo al que quiero arribar en lo que sigue. En esta demanda de amor -hago un cortocircuito- que corresponde al tiempo de la separación, a la transferencia como puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, no al SSS, Lacan dice:

...Aquí se encuentra el exit que permite salir de la sugestión...

El analista no responde dándole un significante todopoderoso de la demanda, no le da un S_1 para identificarse, sosteniéndolo en la alienación. Finalmente:

...La identificación con el objeto como regresión, porque parte de la demanda de amor abre la secuencia de la transferencia (la abre, y no la

cierra), o sea el camino donde podrán denunciarse las identificaciones que, deteniendo esta regresión, le marcan el paso".¹²²

Lo que está diciendo, en nuestra lectura, es que la transferencia como puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente, que vinculamos al tiempo de la separación, no cierra la transferencia sino que abre la secuencia de la transferencia, de una transferencia que va a poder tener una salida más allá de la sugestión, es decir, de la psicoterapia.

Aquí encontramos, además, una anticipación del discurso analítico porque dice que es "el camino donde podrán denunciarse las identificaciones". Precisamente, en los cuatro discursos, el S_1 en el lugar del producto en el discurso analítico, es un modo de decir que se denuncian las identificaciones como semblantes que van cayendo y produciéndose.

Pero, fundamentalmente, lo que quiero empezar a poner en cuestión es cierta idea simplificada que consiste en pensar que al inicio estaría el SSS, transferencia simbólica y, al final, la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente (o en algunos momentos de la cura). O, dicho de otra manera, cuestionar la idea de que hay alienación a la entrada y separación -solamente- a la salida.

Lo importante es que, si esta lógica se sostiene, la operación de separación está operando también en la entrada. Se podría decir que si no se operó esta demanda de amor, esta puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente desde el vamos, no tendríamos lo digo un poco groseramente- un "verdadero" SSS instalado y lo que sí podríamos tener es una *pseudo* entrada en análisis.

La tesis que podemos sostener es que *no podemos pensar aisladamente ambas operaciones y referirnos al SSS* (alienación), por un lado, y la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente (separación), por otro. *Es necesario situar que hay una articulación entre ambas.*

En "Posición del inconsciente", cuando trabaja las dos operaciones, Lacan dice que con la operación de separación se cierra la causación del sujeto. Es decir que no puede haber alienación -donde el sujeto ha sido efectuado como un vacío en el intervalo de

¹²² Lacan, J.: "La dirección de la cura...", *op. cit.*, pág. 615.

ambos significantes, representado por un significante para otro- ni no operó también la separación.

Esto explica lo que sucede en la psicosis: como no viene el S_2 , está alterada la separación y el sujeto queda petrificado ante los S_1 . Es decir, no está producida la apertura dialéctica entre S_1 y S_2 que es la que va a determinar, en el sujeto, su falta en ser. No es que no haya $\$$ en la psicosis, lo hay, pero es de otra índole: está alterada la representación del sujeto, de un significante para otro. Esto es crucial porque a veces, esquemáticamente, solemos oponer las dos operaciones siguiendo un modelo binarista que nos ayuda mucho ya que clarifica muchas cuestiones, pero luego hay que pegar una vuelta y buscar la articulación entre ambas.

Esta referencia a "La dirección de la cura..." y a cómo la operación de separación también está en juego desde el comienzo, es crucial porque muestra que se hace indispensable implicar al deseo del analista desde el inicio del análisis. Porque ese deseo, por definición, tiende a contrariar las identificaciones y no a ofrecerlas. Porque, estructuralmente hablando, el deseo del analista va en contra de la identificación para que el sujeto haga la experiencia de su equivalencia con lo que él es en el deseo del Otro. Es lo que Lacan dice en "Posición del inconsciente" cuando afirma que:

"...el sujeto viene a encontrar en el deseo del Otro su equivalencia a lo que él es como sujeto del inconsciente".¹²³

Esto me permite entender una frase que antes no comprendía de ninguna manera. En el Seminario 11, Lacan afirma -después de decir que la transferencia es el SSS, que el SSS es el pivote de la transferencia y que al analista se le supone saber- que la transferencia se ve asomar, despuntar, precisamente, en la operación de separación. En verdad, hasta ese momento parecía que era al revés porque en la operación de separación se trata del cierre del inconsciente. Pero él no sólo dice que esa puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente podría ser el momento de cierre del inconsciente, es decir la transferencia como obstáculo, sino que al mismo tiempo afirma que la transferencia se ve asomar ahí mismo, en esa

¹²³ Lacan, J.: "Posición del inconsciente", *op. cit.*, pp. 821/822.

operación. De allí se deduce que algo de esta operación de separación tiene que estar efectuada en la entrada.

Miller, en *La transferencia negativa* -seminario dictado en Barcelona- alude a esta problemática. Dice allí que el Seminario 11 es un momento de gran elaboración y creatividad de Lacan y que por eso las cosas no encajan del todo. Plantea que el capítulo dedicado a la transferencia es el más inacabado porque sitúa estas dos vertientes de la transferencia: la transferencia como SSS y la transferencia como puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente. ¡Uno querría decirle a Lacan que decida cuál de las dos es la transferencia!

Miller dice que tal vez se volvió más popular -cosa a la que el mismo Miller contribuyó con sus famosas "Conferencias Caraqueñas"- la noción de SSS. Pero hay otro aspecto de la transferencia que fue dejado más de lado: la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente. Subraya que hay que leerlo como si Lacan, por alguna razón, estuviera poniendo las dos dimensiones de la transferencia a modo de contrapunto. Como si mientras tematiza el SSS aunque todavía no escribe el matema del SSS, lo cual hace en el algoritmo de la transferencia que es posterior-, Lacan no quisiera dejar de recuperar el aspecto libidinal de la transferencia.

Cito a Miller:

"Creo que su esfuerzo es articular los dos aspectos: que la transferencia está fundada sobre una articulación de saber siendo la articulación misma del sujeto con el saber, Sujeto-supuesto-Saber, pero que todo eso no funciona sino se vincula con la realidad sexual del inconsciente".¹²⁴

Es decir que es primordial esta vinculación con lo libidinal para que la transferencia en su vertiente "saber", en su vertiente epistémica, sea operativa. Es por eso que hablé antes de *pseudo* entradas.

Hay una indicación preciosa de E. Laurent en "Las suertes de entrada en análisis",¹²⁵ un texto algo complejo, donde plantea que

¹²⁴ Miller, J.-A.: *La transferencia negativa*, Tres Haches, Buenos Aires, 2000, pág. 81.

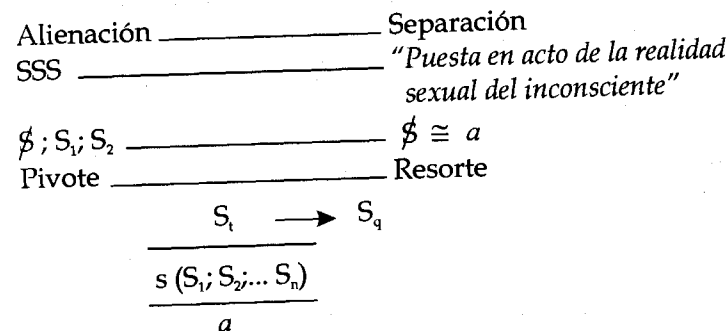
¹²⁵ Laurent, E.: "Las suertes de entrada en análisis", *Umbrals de análisis*, Manantial, Buenos Aires, 1986.

se pueden producir encuentros entre el analizante y el analista durante un tiempo prolongado, en torno al saber inconsciente. Es, por ejemplo, el problema fundamentalmente del obsesivo, que puede hacer asociaciones, reconstruir cadenas inconscientes, producir recuerdos infantiles, pero que eso no es suficiente hasta tanto se "suelte" el SSS -al que define en este punto como un sujeto en lo real. A mi entender, eso que plantea Laurent tiene que ver con esto: que si no está articulado el aspecto libidinal, el SSS, como tal, no funciona, no tiene valor real.

Habitualmente ponemos el acento en el SSS como "pivote" de la transferencia, término de Lacan del *Seminario 11* que refiere a un palo en torno al cual giran las cosas. Es una especie de eje. El ejemplo que habitualmente traigo es el del jugador de basketball que es el alto, el "lungo", que va al centro de la llave y desde allí va devolviendo, haciendo circular la pelota a sus compañeros de equipo, los que giran alrededor. Pero, además, al "pivote" lo diferenciamos del "resorte". Si bien hay ciertas oscilaciones en Miller con respecto a esta oposición, a mí me gusta mantenerla y entender al SSS como el "pivote" de la transferencia, y la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente como el "resorte" -término de Lacan, también. Es decir, ubicar allí el embrague de lo libidinal, del goce, en la transferencia, que es lo que se juega en la operación de separación. Esto es importante, porque "resorte" es el medio del que alguien se sirve para obtener algún fin. Y es por eso que podemos situar allí el deseo del analista.

En este sentido, dice Miller que: "La popularidad de la tesis de que el Sujeto-supuesto-Saber es el pivote de la transferencia ha hecho olvidar que lo que la gobierna secretamente en el análisis es el objeto *a*".

Dicho esto, y para fijar las ideas de lo que venimos planteando hasta ahora, podemos representar esquemáticamente la oposición y la articulación de las dos vertientes de la transferencia de la siguiente manera:



Es decir, que ubico aquí en el centro, en un punto de articulación entre las dos columnas opuestas, el algoritmo de la transferencia pero sostenido por -y en cierto modo velando- el objeto *a*. Creo que ustedes ya han visto parcialmente el algoritmo de la transferencia tal como aparece en la "Proposición del 9 de octubre de 1967..." Veamos sus términos.

S_i es el significante de la transferencia con la implicación -es la flecha- de un significante cualquiera - S_q - que es el que va a soportar el analista. Cuando se produce esa implicación, se produce un efecto de significación eminentemente simbólico con un corolario imaginario, un efecto que surge de la articulación significativa. Ese efecto es el sujeto-supuesto-al-saber -que ahí Lacan lo escribe con la "s" minúscula de "significado"-, sub-puesto, puesto debajo, como efecto de la articulación significativa. Y, además, dentro del paréntesis escribe $S_1, S_2, S_3, \dots S_n$, que son los significantes del saber supuesto en el inconsciente que van a ir llenando a lo largo de la cura, aquello que al inicio es un vacío, porque el analista no sabe nada de eso y el sujeto todavía no los produjo.

Ahora bien, esto sería el SSS. Tenemos aquí la alienación del significante, los dos significantes, la cara eminentemente simbólica. ¿Qué dice Lacan en este contexto? Dice que esta significación que es el SSS ocupa el lugar del "referente aún latente" -que no apareció todavía- en esa relación tercera que lo adjunta a la pareja significante-significado. ¿Qué quiere decir? Que tengo al significante, al significado y al SSS como efecto de significación

pero que éste ocupa el lugar del referente aún latente: el objeto a . Es decir que en este punto Lacan está planteando que la producción del SSS tiene un referente latente que se irá despejando a lo largo de la cura. Paulatinamente, el SSS será sustituido por el objeto a . Lacan está ubicando aquí el aspecto libidinal de la transferencia que tiene que estar operando, como referente latente desde el inicio, para que este SSS funcione en tanto tal.

E.S.: Una puntuación. El objeto a -al que colocaste adecuadamente debajo del algoritmo de la transferencia, en cierta forma suplementándolo- se podría decir que ya estaba presente en la fórmula -si bien no como tal- de dos maneras diferentes. En primer lugar, en los puntos suspensivos; en segundo lugar en la "n", letra indicial que afecta al significante $-(S)-$.

Veamos, donde Lacan pone el significado (s) -debajo del S_1 y abre un paréntesis, localiza allí los significantes amo del sujeto, según una procesión seriada $-S_1, S_2, S_3-$, lo que podría permitir la suposición de que sería posible reabsorber lo real en lo simbólico. Pero, a continuación, Lacan invalida cualquier vestigio de saber absoluto: los significantes extraídos por el trabajo de lo simbólico llevan la marca de dos escrituras que lo tornan inconsistente. Por un lado (...) esos puntos suspensivos que interrumpen la continuidad finita de la secuencia, y por el otro, el S_n designando lo inconsistente del trabajo de los significantes, su destino no reabsorbible totalmente en lo simbólico; es decir, que la orientación misma de esos significantes está determinada por una decisión subjetiva que no es del orden del significante sino del objeto, ya que se requiere del acto analítico para producir la separación, más allá del significante.

Desde esta perspectiva, el a se podría escribir ya en el "n" del S_n , como así también en los puntos suspensivos.

Y esto nos conduciría al número transfinito; desde el S_n arribamos a la cuestión del $\aleph_0$ -aleph sub-cero- teorización que realiza Lacan y que retoma J.-A. Miller para marcar lo que no puede ser escrito a partir de la serie infinita, a condición de resguardar la falta. Bien, pero eso sería otro planteo...

L.G.: Sí, pero efectuaría una objeción a tu planteo si localizás al objeto a entre los significantes...

L.S.: Sí, entiendo el riesgo de que se homologue en la escritura el significante y el objeto; pero el "n", índice del "último" significante, no tiene valor significativo sino de referente; es decir, de objeto, debido al acto de separación que encarna su efectuación. Del mismo modo, los puntos suspensivos sitúan una disparidad en el significante, ellos producen un corte en la secuencia significativa y su equivalencia con el objeto es por su posición.

L.G.: Sí, pero el objeto está abajo y afuera. Yo pensé que decías "entre" los significantes, y así era un problema porque ése es el objeto metonímico, y acá se trata del objeto como referente. Ubicarlo como referente latente, lo ubica fuera del paréntesis.

E.S.: Pero prosigamos con tu desarrollo de las vertientes epistémica y libidinal de la transferencia.

Un ejemplo de la aplicación del algoritmo lo presenta el Hombre de las Ratas. Recuérdelo. Como dice Lacan, tenemos primero el "gran trance obsesivo": "si no voy a la estafeta postal, le devuelvo el dinero a la empleada del correo y ella al teniente, y hago toda la comedia del reembolso... el tormento de las ratas le será propinado a la dama de mis pensamientos y a mi padre en el más allá". ¡Terror! Ese era el síntoma del Hombre de las Ratas antes de acudir a Freud, ese gran trance obsesivo. Y vemos que contamos aquí con el significante "rata" que se va a aislar a lo largo de la cura, con toda la equivocidad, polisemia que Freud despeja y que a la vez está metido en el núcleo del síntoma obsesivo: el Hombre de las Ratas no podía dejar de pensar en esto.

¿Qué le ocurre entonces al Hombre de las Ratas? Encuentra un libro: "Psicopatología de la vida cotidiana". Empieza a leerlo y dice: "Es curioso, este doctor vienés tiene unas ciertas elucubraciones de pensamiento similares a las mías y descifra estas ideas sin sentido". Vemos el aspecto narcisista y de identificación necesario, rasgo que el significante cualquiera $-S_q-$ casi siempre tiene.

Podríamos decir, en este caso, que si el significante de la trans-

ferencia $-S_1-$ es el significante "rata" como significante privilegiado del síntoma que a su vez consiste en la comedia del reembolso del dinero y la idea del tormento, el S_0 para Freud -sería, en este caso- "ser el autor de 'Psicopatología de la vida cotidiana'", porque es alguien que interpreta, que descifra el tipo de pensamientos que tiene el Hombre de las Ratas.

Hasta aquí tenemos entonces dos significantes, tenemos el efecto de significación que es el SSS, pero nos faltaría saber algo de lo libidinal, del goce que está en juego.

En los *Original records* -notas de sesiones que se pudieron rescatar de Freud- se ve muy bien que en un momento dado el Hombre de las Ratas estaba muy perturbado -en realidad, siempre estaba muy perturbado, pero esta vez más que otras- porque iban a ajusticiar o habían detenido a un tal Freud, que era un asesino serial que andaba en los trenes de Viena. Por supuesto, Freud le dice que él no tiene nada que ver con eso, que no se trata de un familiar suyo.

La cuestión importante es que el Hombre de las Ratas sabía de antemano -y recién ahí se lo cuenta a Freud- que cuando lo fue a ver él pensaba que Freud pertenecía a... ¡una familia de asesinos! Es decir que estaba latente lo que podemos llamar "el goce asesino" del Otro supuesto gozar que sería Freud como relevo del "Capitán cruel", pero que en realidad no era sino el goce asesino y cruel del propio Hombre de las Ratas.

Esto no es siempre fácil de ubicar, al principio. Pero volviendo al Hombre de las Ratas, Freud relata que en las primeras sesiones cuando le enunciaba la regla fundamental, el sujeto se paraba, se movía como un loco, "enajenado -dice Freud- porque tenía miedo de que yo lo golpeará". Allí aparece el tema del "horror a un goce ignorado" donde hay ya una puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente con Freud. Así, podemos pensar que esa sería una entrada donde están articuladas la vertiente epistémica y la vertiente real de la transferencia.

Para que esa articulación sea posible, se trata de que el sujeto de la falta en ser -que es el que hemos producido como efecto del significante y como tal, vacío-, que ese sujeto se haga falta a partir de este vacío y que pueda hacer, a su vez, falta en el Otro. Halla-

mos así, nuevamente, la operación de separación.

Porque hay -como dijimos antes- una necesidad lógica de que el sujeto del inconsciente, en tanto sujeto vacío, para ser, se haga falta. Aclarando que esto no es la "falta en ser", que estaría del lado de la alienación, sino el "ser de la falta"; sería algo así como hacerse un ser con la falta misma; es lo que decíamos antes cuando articulábamos el $\$0$ con el A , y veíamos cómo se produce el objeto a como resultado de ese empalme entre dos carencias.

Esto es lo que desarrolla Miller, en un curso del año 84 que se llama "1, 2, 3, 4",¹²⁶ allí plantea que lo que Lacan busca situar es como a una disyunción entre el inconsciente y el Ello, puede -al mismo tiempo- responder una conexión entre ambos. Miller lo relaciona con esta necesidad tan simple -que acabamos de mencionar- de cómo el sujeto obtenido como vacío, se hace falta, se hace falta en el Otro para "hacerse ser". Algo formulable así: "no tengo ser ya que lo perdí por la acción del significante, entonces, me hago un ser de falta". Y esto, que no es lo mismo que la *falta en ser* del sujeto encadenado en la metonimia significativa, ¿dónde lo hace? Lo hace justo allí, al lado de las conexiones de sentido que, incesantemente, se establecen en los dichos del Otro. Al lado de los efectos de sentido que se van solidificando, ¿qué es lo que busca alcanzar el sujeto? Busca alcanzar el conjunto vacío incluido en todo conjunto. Recuerden una vez más que -es una ley matemática- todo conjunto incluye al conjunto vacío. Si el Otro es un conjunto de elementos significantes, el sujeto -para poder conectarse con la falta en el Otro- va a apuntar al conjunto vacío en el Otro, en el intervalo entre los significantes y va a proponer su propia desaparición, su propia muerte imaginada, en dicho intervalo. Esto es lo que desarrolla Lacan en el Seminario 11.

¿Y qué es este lugar entre los significantes, este conjunto vacío en el Otro, en los dichos del Otro? Es el lugar en donde se reserva siempre, en toda palabra, que "eso" que se dice quiere decir otra cosa: "Me dice eso pero además en eso que me dice, me está diciendo otra cosa". Es aquello que no aparece en los dichos y está articulado al decir: ahí está el conjunto vacío. Y, ¿qué es esa "otra cosa",

¹²⁶ Miller, J.-A.: "1, 2, 3, 4", (inédito), 1984.

eso que no se puede señalar con precisión y que podemos escribirlo como un conjunto vacío presente en todo discurso?

Es lo que llamamos su enunciación, por eso se articula con el acto mismo de decir. No se trata de lo que se dice, de lo dicho, sino del acto mismo de la enunciación, es decir, del deseo.

De modo que, desde este punto de vista, lo que calificamos como conjunto vacío incluido en el campo del Otro es, hablando con propiedad, el deseo del analista en la experiencia analítica. Por el solo hecho de que el analista interprete o diga algo, se espera -y es lo que se trata de producir en las entrevistas preliminares- que que de algo ahí, esa x de la enunciación, que en lógica matemática sería el conjunto vacío en los dichos del Otro: la x de su deseo. Pero lo importante es que en esa intersección, donde no hay ningún elemento significativo, donde está el conjunto vacío, lo que se va a ubicar, finalmente, va a ser el objeto a para Lacan. Es esta dimensión misma del sujeto del inconsciente haciéndose falta, haciéndose un ser de falta.

Me parece importante esto en relación a lo que es la histerización del discurso, que es un tema -a mi entender- resbaladizo. ¿Qué decimos cuando hablamos de "histerización del discurso"? "Histerización del discurso" no me parece que sea sólo la alienación a los significantes del Otro porque a eso la histérica se opone -lo que el discurso histérico muestra bien. Yo lo leería en relación a esta dimensión de la transferencia, en su vertiente separación, donde el sujeto se conecta con el conjunto vacío del Otro.

Podemos decir que aunque se desconecte del Otro del saber, de la cadena de los significantes, no por eso se desconecta del deseo del Otro. Y es ésta la virtud histérica: no tanto alienarse a los significantes del Otro -aunque también pueda hacerlo- sino alienarse al deseo del Otro. Y allí es crucial el deseo del analista para precipitar la "histerización" como condición de la entrada en análisis.

Veámoslo con más detenimiento. Del lado alienación, tenemos al SSS eminentemente simbólico. Desde esta perspectiva, alguien se puede plantear respecto de su síntoma "¿qué es lo que esto quiere decir?"

Ante lo cual nosotros, rápidamente, decimos que ya habría su-

posición de saber.

Sin embargo, del lado de la operación de separación, la pregunta es otra. La pregunta es: "¿qué me quiere el Otro? ¿Qué soy yo, en tanto objeto, en el deseo del Otro?" De modo que si se obtiene la articulación entre la vertiente epistémico-simbólica y la vertiente libidinal de la transferencia, tal vez la pregunta sea: "¿qué me quiso decir?"

A esto refiere Lacan cuando llama al análisis "una paranoia dirigida". Esto es muy frecuente en la entrada, donde el analizante en ese punto de puesta en acto de la transferencia- no se pregunta "¿qué quiso decir?". No es como el obsesivo que estaría en una constante elucubración y dice: "Interesante, doctor, interesante lo que me ha dicho, me aporta..." Aquello que en verdad se pregunta el que adviene analizante es: "¿Qué me quiso decir con eso que me dijo?" Donde hay que subrayar el "me quiso decir".

Entiendo que ahí está en juego la vertiente del deseo del analista y su función esencial en la entrada en análisis.

Es por eso que podríamos agregar al esquema que antes les propuse, lo siguiente: del lado "alienación", la pregunta: "¿Qué es lo que x quiere decir?". Del lado "separación", la pregunta: "¿Qué soy en el deseo del Otro?" Y en el medio, en el punto de articulación entre la enunciación del analista y el deseo del Otro, el empalme de ambas bajo la pregunta proferida por el analizante: "¿Qué me quiere decir?" Bien, aquí me detengo.

E.S.: Tenemos que agradecer el esfuerzo expositivo, lo exhaustivo de la ponencia de Leonardo Gorostiza, tanto en su desarrollo como en cada una de las múltiples cuestiones que nos plantea. Algunas de ellas retomaremos ahora, algunas otras vamos a retomarlas en clases próximas.

Procederé a comentar algunos puntos de su exposición que provocaron ciertas resonancias en mí, para aprovechar su presencia y conversarlas con él, para interrogarlo y avanzar con ciertas hipótesis de trabajo.

Para empezar, encontramos una respuesta precisa que ubicó a Leonardo en la oposición de dos textos de Lacan, de dos escritos, que nos dirige el problema que teníamos en la clase anterior cuan-

do intentábamos aclarar el tema del *saber absoluto*. Voy a comentar una referencia del Seminario 9, "La identificación", en la que comienza hablando -creo que por primera vez en sus Seminarios- del SSS, y hace allí una referencia al *cogito cartesiano* con el que ha de entablar una polémica con el sujeto hegeliano. Se refiere a la fórmula del SSS en estos términos:

"Es necesario que ustedes otorguen a esta fórmula una resonancia especial que de alguna forma lleva consigo su ironía, su pregunta, y observen que al referirla a la fenomenología y particularmente a la fenomenología hegeliana, la función de ese Sujeto-supuesto-Saber toma su valor allí de ser apreciado en cuanto a la función sincrónica que se despliega en ese propósito su presencia siempre allí desde el comienzo de la interrogación fenomenológica en un cierto punto, en un cierto nudo de la estructura nos permitirá desprendernos del despliegue diacrónico supuesto llevarnos al *saber absoluto*".¹²⁷

¿Qué está haciendo aquí Lacan? Le está echando a las espaldas de Hegel, en 1961, lo que él había dicho en 1953: la reabsorción de lo real en el saber, que marcaba antes Gorostiza. En el 53 Lacan tiene la idea de que podría haber una reabsorción completa en lo simbólico, que el final de análisis implicaría una realización subjetiva que tendería hacia la reabsorción de lo particular de cada uno en lo universal sin resto. Esta operación está pensada hegelianamente por Lacan. Por eso, en el último de los escritos, comienza a decir otra cosa. Pero, ¿está corrigiendo a Hegel o se está corrigiendo a sí mismo? Habría que decir que se está corrigiendo a sí mismo a partir de un empleo retórico que hizo de Hegel; aunque, obviamente no lo dice así.

Se trata de un dato que nos ofrece Lacan para leer -incluso- a Lacan: no considerarlo el sujeto-supuesto-del-saber *absoluto*. Y también, para decirlo con sus propios términos: se trata de ubicar lo que nos *permitirá desprendernos del despliegue diacrónico supuesto llevarnos al saber absoluto*; ya que un trayecto a través de la lectura de sus textos considerados como una "obra clara" podría sostenerse

¹²⁷ Lacan, J.: Seminario 9, "La identificación", *op. cit.*, clase del 15 de noviembre de 1961.

en la ilusión de que al final del trayecto alcanzaríamos el *Sujeto-supuesto-Saber-qué-es-el-analista*.

Esta operación de lectura nos la enseñó J.-A. Miller con su expresión "Lacan contra Lacan" -quien, a su vez, la tomó de Sartre- y podemos aplicarla en este punto donde parecería que se trata de Hegel; pero es, más bien, de un uso lacaniano de Hegel de lo que se trata contra un uso lacaniano de Descartes:

"Descartes contra Hegel" oculta "Lacan contra Lacan". Creo que de este modo también avanzaba Lacan, aunque sin decirlo explícitamente. No se trata aquí de irreverencia, sino de una operación de lectura transmitida por Lacan y enunciada por Miller, de la cual nosotros podemos aprender.

L.G.: Es más bien fidelidad a Lacan en ese pensar constantemente contra sí mismo.

L.S.: Sí, podríamos decir que Lacan adjudica aquí a Hegel el rango de su identificación con Hegel.

Cuando Leonardo hablaba -con toda precisión- del "imperativo alienante de la asociación libre", deberíamos preguntarnos: ¿por qué es alienante ese imperativo? Lo es desde dos perspectivas: primero, es que la operación analítica requiere de la confianza en el SSS; hay que confiar en que ese Otro que lanza el imperativo de la asociación, garantice -además- que ese proceso de infinitización permitirá extraer algo de sentido entre la multitud de cosas sin sentido que le pasan a uno por la cabeza -y que, supuestamente, comunica, acto seguido, a su analista. Pero, además de que alienar al sujeto con el imperativo de la asociación libre requiere de un voto de confianza del analizante (primera perspectiva) tenemos que se requiere un modo de respuesta particular de parte del practicante: que intervenga sólo a partir de los significantes amos de la alienación del sujeto (segunda perspectiva). Creo que ésta es otra manera de decir: deseo del analista.

L.G.: Hay una paradoja en el imperativo alienante de la asociación libre. Por un lado, instala el SSS: "diga todo lo que se le ocurra, porque todo lo que se le ocurra va a tener un sentido". Es hacer

consistir al máximo al Otro. El sujeto no aparece allí muy barrado sino que viene a suturar la hendidura entre S_1 y S_2 , viene a darle una dimensión de armonía al conjunto del saber, que queda supuesto.

Sin embargo -Lacan señala esto en el Seminario "El acto psiconalítico"-, la regla de la asociación libre implica una destitución tal del sujeto en tanto "yo", que implica (cuando efectivamente está puesto en forma el SSS y se inicia el análisis) el inicio también de la destitución misma. El analizante, hablando, se va a encontrar superado por los significantes a los cuales se va a empezar a reconocer alienado y que lo determinan. Son como dos caras de la asociación libre.

E.S.: Quiero introducir los tipos clínicos para hacer una distinción, porque mientras hablabas, pensaba: eso que acabás de plantear, ¿valdría igual para la histeria y para la obsesión? Yo creo que no. Me parece que histeria y obsesión pueden dividirse en las dos caras de la asociación libre que explicitaste. En la obsesión es frecuente asistir a los esfuerzos del sujeto para que la asociación libre no sea libre, retener significantes para ofrecer una plena imagen de sí mismo no afectada por el Otro, para sostener su fortaleza narcisista. Pero también para que el Otro no se vea afectado en su consistencia por los significantes de la alienación del sujeto -es la primera versión que dabas-: que la consistencia del Otro no claudique, porque, en dicho caso, eso retorna siempre sobre el sujeto obsesivo. Como se dice, la castración del Otro vuelve sobre el sujeto, por eso la lucha interna del obsesivo con el Otro: quiere eliminarlo, pero debe mantenerlo consistente para no sufrir las consecuencias en el pensamiento de su acción criminal.

Me parece que en la histeria se trata más bien del segundo caso: ella está desde el vamos más cerca de la destitución subjetiva; la dehiscencia corporal, la sensación de ingravidez, siempre la amenazan. Al respecto, en las primeras clases de este curso presenté una viñeta clínica en la que una mujer apenas se echó en el diván en su primer sesión -y luego de un silencio- emitió sus primeras palabras: "Tuve una fantasía, que es muy infantil y no me atrevo a decírsela". Riéndose, la confesó: "Pensé que usted me iba a penetrar en la cabeza". Frente a semejante proposición, mi respuesta

fue: "¡Ah! ¡Pero eso supone que usted tiene un agujero en la cabeza!". A partir de ese momento, con la fortuna que la *tyche* localiza, pudo ubicar -de entrada en el análisis- la inhibición intelectual de esta mujer que había quedado por fuera de las entrevistas preliminares, y que hacía su decidida aparición en la primera sesión.

Se trataba de algo excluido, no incorporado. En ese sentido, hay una irrupción de la realidad sexual del inconsciente por encima del dispositivo del saber: ella ahí no pedía saber nada, lo que demandaba era una satisfacción libidinal que es, sabemos, uno de los problemas que hay en relación a la dirección de la cura.

L.G.: ¡Lindo el ejemplo! Es como si hubiera figurado muy bien en esa fantasía su vacío, que Ernesto ubicó cuando hizo referencia a "un agujero en la cabeza". Es como si hubiera dicho -en nuestra jerga de hoy-: "tiene un conjunto vacío en su cabeza". Y se encuentra así dirigida, a la falta del conjunto vacío en el lugar del Otro que, en este caso, el analista. Es, realmente, la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente.

E.S.: Totalmente de acuerdo.

Una pregunta, con una hipótesis subyacente: cuando en "Posición del inconsciente" mencionabas que Lacan habla de las operaciones de causación del sujeto -alienación y separación- y agregabas que no se concluyen hasta que la separación no se actualiza. Ahora bien, bajando al campo del análisis propiamente dicho, ¿las operaciones de causación del sujeto son exactamente iguales a la puesta en forma de la operación de transferencia en el análisis, a lo que acaece diacrónicamente en el análisis? ¿O se trata, más bien, de leer con las operaciones lógicas de causación del sujeto -las que dan cuenta del plano sincrónico, estructural- el trayecto, la temporalidad, la diacronía de un análisis? Me parece que esto último es lo que hace Lacan, verificar cómo desde las operaciones de alienación-separación se efectúa un análisis bajo transferencia.

Por ejemplo, es preciso saber que la demanda de amor no necesariamente abre el inconsciente -el nuevo inconsciente que Lacan está construyendo en el Seminario 11, el de la pulsación aperturada y cerrada-, a veces lo cierra. Y eso depende de las modalidades de

alienación-separación que estructuren a un *parlêtre*. Ven, la estructura de las operaciones de causación del sujeto también es pulsativa -de apertura-cierre-, como la del inconsciente.

Porque, como mencionabas, vislumbrada en la entrada, ¿es equivalente esa *demanda de amor* a la producida posteriormente en el trayecto analítico, ya establecido el SSS? ¿O es, más bien, esa demanda de amor atisbada en las entrevistas preliminares tan sólo el índice evanescente, puntual de la -vamos a llamarla así- capacidad libidinal del propuesto analizante para "libidinizar" el saber textual del inconsciente que le será dirigido al Otro de la transferencia, es decir, al analista?

L.G.: Dos cosas se me ocurren. La primera es que me gustó la última formulación que planteaste con los términos: "como índice"; aquello que aparece como un índice no tiene que ser una dimensión de cierre transferencial. Porque, también, toda ruptura de análisis, del vínculo psicoanalítico se produce -por mínima que sea- en el tiempo de la *separación*. A la entrada tenemos que tratar de detectar algo que -como decías- "indica".

La segunda, es que me parecía que vos objetarías que pudiéramos llamar a esa puesta transferencial de los dos tiempos de la dialéctica del sujeto, "causación del sujeto". Yo me animaría a ser extremista en ese punto: el sujeto no es algo producido una vez y para siempre desde las operaciones constitutivas, en términos freudianos, del aparato psíquico. Es algo que tiene que producirse en el análisis y, fundamentalmente, en la entrada. El sujeto, en tanto tal, no es una sustancia sino un efecto, y el embrague libidinal, tiene que producirse en ese momento. En ese sentido serían idénticas: podríamos hablar de causación del sujeto en la experiencia analítica. En la operación de separación que indica esta dimensión de la demanda de amor, demanda de ser, de conexión de una falta del sujeto con la falta del Otro, se cierra la causación del sujeto en la entrada en análisis lo cual implica que, estructuralmente, tenemos las condiciones de posibilidad para la entrada. Esto es fundamental. De allí la importancia del diagnóstico diferencial a la entrada: en la psicosis no tendríamos las condiciones para que esto se produzca y no habría que tratar de producirlas.

L.S.: Tengo la intuición, más que la certeza (es decir que, al menos todavía, no voy a producir ante ustedes ningún delirio) de que hay algo que puede prestarse a un equívoco clínico. Para abreviar: estoy tratando de diferenciar la estructura de la puesta en discurso de la estructura, es decir la lógica del proceso de alienación y separación, diferente de su efectuación bajo transferencia. De ese modo, apunto a evitar una aplicación mecánica que suene a desarrollismo pulsional. Cuando Lacan ubica el necesario cierre de los dos procesos de causación del sujeto con la separación se podría tomar -por supuesto, de un modo inadecuado, pero así ha sido leído por ciertas corrientes pos-freudianas- una perspectiva desarrollista, madurativa del psicoanálisis, riesgo producido -especialmente- en el psicoanálisis con niños.

L.G.: No es que estaba el primer tiempo de la alienación a la espera hasta que llegó el analista y produjo la causación del sujeto por la segunda operación. No es así. Se trata de la dialéctica del sujeto, las dos operaciones en conjunto y articuladas en esa temporalidad peculiar que tienen.

L.S.: Así sí que lo entiendo. Ya para ir terminando formulo el siguiente planteo. Saber inconsciente, SSS, lado epistémico de la transferencia, alienación: ¿obsesión? Del otro lado, aspecto libidinal, realidad sexual del inconsciente, objeto *a*, separación: ¿histeria? Si es así, queda claro que la histeria es lo más real de la obsesión y en ese sentido, que la separación es lo más real de la alienación. Dicho de otro modo, que el desprendimiento final del objeto, una vez realizado el trayecto del análisis, es lo más *real* que existe de todo el trabajo sobre el saber de los significantes alienantes realizado en la cura.

L.G.: Esta oposición ayuda a pensar, después tendríamos que aclarar los matices. Es cierto que la histérica huye de la alienación, del *significante*, como de la peste, y responde con la separación. Es la estructura misma del discurso histérico. Y es cierto que tiene el objeto *a* de su lado, el *agalma*; es la dificultad de la entrada en análisis de la histérica. En ese sentido, es congruente con lo que

dice Ernesto porque en el discurso histórico el saber queda del lado del Otro, representado por S_1 y S_2 , y ella se revela como lo que se sustrae buscando el conjunto vacío en el Otro. Pero también es cierto que, en tanto sujeto, también es el sujeto supuesto, porque ése es finalmente el sujeto. La histórica hace así del sujeto, el amo mismo. Ella es el amo pero que, estando separada de los significantes, se ubica más bien del lado de hacer un "ser de falta".

E.S.: Bueno, creo que hemos aprovechado de un modo fructífero nuestro encuentro con mi amigo Leonardo Gorostiza. Sólo nos resta agradecerle su participación.

(Aplausos)

27 de agosto de 2002

X EL AMOR ENGAÑA

Continuaremos con la puesta a punto del SSS, retomando consideraciones ya realizadas, a partir de ciertas preguntas que me han sido formuladas al finalizar aquella clase.

Lacan, antes de constituir al SSS como algoritmo -"Proposición del 9 de octubre de 1967..."- en la clase XIX del *Seminario 11, Los cuatro conceptos...*, toma a la transferencia 'por las astas' y localiza allí el SSS como su fundamento, como su antecedente conceptual:

"Tenemos, pese a todo, que seguir adelante con lo que nos preocupa, o sea, con la transferencia. ¿Cómo reanudar su discusión? La transferencia sólo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone el saber".¹²⁸

A continuación comienza a desplegar lo que tres años después va a ser el algoritmo en la "Proposición..."

¿Qué es lo que se supone saber? ¿De qué se trata ese saber?

Intervención:

-Se trata del saber inconsciente.

E.S.: Sí, pero hay algo anterior a eso, más simple, más elemental a partir de lo cual se construirá en la teoría el concepto de saber inconsciente.

Vamos a ver cómo lo plantea Lacan, porque considero que retomar a la letra su *Seminario* nos permite -lo voy a decir así- "desintagmatizar" lo que ya sabemos, lo que estamos acostumbrados a repetir como sintagmas fijos y cristalizados de la lengua, los que, a veces, se parecen peligrosamente a la repetición de lo mismo. Tenemos ahora la oportunidad de desarmarlos, analizarlos y ver

¹²⁸ Lacan J.: *El Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos...*, op. cit., pág. 260.

cómo Lacan recrea esta enseñanza con otros términos, a veces sorprendentemente, más simples.

Por lo tanto, ¿qué es lo que se supone saber? Lo que es supuesto saber es la significación.

"Ahora ven con más claridad que se le supone saber. Se supone que sabe eso de lo que nadie escapa una vez formulado: simple y llanamente la significación.

Esta significación implica, por supuesto, el que no pueda rehusarse a ella -y por ello suscitó antes que nada la dimensión de su deseo.

*Este punto privilegiado es el único al que podemos reconocerle el carácter de punto absoluto sin saber alguno. Es absoluto, justamente, por no ser ningún saber, por ser más bien el punto de empalme entre su propio deseo y la resolución de lo que hay que revelar".*¹²⁹

Lo que es supuesto saber es una significación, la que se halla transportada por un deseo -el del analizante- el que habrá de encontrarse con otro deseo para operar: el deseo del analista (y si bien todavía no sabemos qué significa "deseo del analista" vamos a colocar una x de interrogación sobre su significado para ubicar después qué valor tomará ese concepto para nosotros).

Leámoslo de este modo: se trata de una significación que es vehiculizada, transportada por un deseo, y que le es dirigida al analista, quien -a su vez- responde con otro deseo recibiendo, alojando esa interrogación de significación (permítanme que lo diga de este modo) que le ha sido dirigida. Llamemos "deseo del analizante" a la incógnita que transfiere el que consulta que se cifra en términos de saber. Llamemos ahora "deseo del analista" a la operación que sostiene quien recibe la interrogación de significación: que "no pueda rehusarse a ella" indica que sólo está en posición analítica el que recibe la demanda, leída en este punto en términos de significación transferida... Es obvio: el que se rehusa a recibirla no analiza, es decir, no está animado por la función SSS que posibilita la transferencia. En esta frase - *...por ello suscitó antes que nada la dimensión de su deseo*- se ubica que el analista en función, se sostiene en el deseo, está animado por el deseo.

¹²⁹ Lacan J.: El Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos..., op. cit., pág. 261.

La frase que le sigue parece algo más complicada; alude a ese deseo como un punto privilegiado al que podemos reconocerle el carácter de punto absoluto sin saber alguno. Ese deseo del analista es privilegiado, justamente, por su ubicación: es el punto que permite articular el deseo que transporta la demanda de significación del analizante (propuesto aún analizante). Veán ustedes que allí es reducido por Lacan a un punto: lejos de pensar en un ídolo, en un continente de saber, en esta formulación el analista queda reducido a su mínima expresión, un punto, un punto de empalme absoluto, lo que aquí significa: punto vaciado absolutamente de saber.

Como veíamos anteriormente, cuando Lacan remitía al cogito cartesiano -que colocaba del lado del SSS- lo hacía para oponerse a la pretensión hegeliana de saber absoluto. Ustedes comprueban que el saber absoluto es -sin siquiera entender lo que eso quiere decir- un elemento antinómico al punto absoluto sin ningún saber. El primer absoluto remite al saber pleno de sí mismo, al sujeto identificado con el Otro en cuanto absoluto de saber. El segundo absoluto trata de un punto, no es ni un sujeto ni otro, es un punto de absoluto no saber. Se comprueba que el término adquiere significaciones opuestas en ambas formulaciones.

En la operación analítica no se espera del analista el empleo de ningún saber absoluto sino, por el contrario, un punto absoluto de sustracción de saber, "punto de empalme" dice Lacan. Pero, ¿qué liga este punto? Exactamente dos deseos: el deseo de significación -dirigido al analista en el lugar del Otro, en el supuesto lugar del saber- y el deseo del analista. Pero ese cruce requiere por parte del analista de una posición -vamos a llamarla así- "des-investida" de saber, para que pueda responder a ese encuentro con la "deflación" del yo-saber (que se opone a la "indexación" del deseo de fulano de tal). No se trata del deseo singular de la persona que espera ahí como analista, con sus gustos particulares, sino de un punto absoluto de no saber que es el vaciado necesario que el deseo requiere para que el analista pueda entrar en función. Porque si no, ¿qué sería lo más fácil cuando alguien transporta una significación en función del deseo y se la traslada al Otro? Responder con el deseo singular del analista, ofreciendo sus significaciones particulares; pero así ¡se acabaría el psicoanálisis...!

¿Se entiende ahora por qué este "punto absoluto de ningún saber" es el "punto de empalme", y que a partir de él se juega la posibilidad del inicio de la operación analítica? Ese punto de ligazón que es transportado por el deseo, une al analista con la significación supuesta saber(se) -podemos decir- que moviliza al entrevistado (dicho esto en términos bélicos). Y es ésta la condición necesaria de la puesta en marcha del algoritmo de la transferencia.

Pero para operar con ese "punto absoluto" (al que Lacan llama de "ningún saber") en el procedimiento de recepción primera que funda la experiencia analítica, habrá sido preciso vaciar de saber ese lugar.

Freud decía -de un modo simple- que al recibir al paciente hay que hacerlo siempre como si fuera la primera vez, sin juicios previos -es decir, sin prejuicios-, sin hacer entrar los gustos personales. En verdad, no es nada fácil la empresa, razón por la cual elevó el psicoanálisis a una de las profesiones imposibles ya que, ¿qué garantiza que alguien no analice desde sus gustos personales?

Intervención:

-El análisis del analista.

E.S.: Sí, así es; y es tal vez la única garantía de la que disponemos. Pero demos una vuelta más al asunto.

Ciertamente, es el análisis del analista pero, ¿qué es, en qué consiste tal afirmación? Se trata, en principio, de un instrumento, un medio con el cual hay que vérselas y esto mismo hace a la dificultad de analizar.

Por eso, se entiende cada vez más -desde el inicio de la operación analítica, desde la puesta en forma del algoritmo del SSS, desde las entrevistas preliminares mismas- la importancia fundamental que tiene la invención de Lacan de que un analista no es -nada más, ni nada menos- que un analizado.

¿Qué es un analista? Es alguien que pasó por un análisis y llegó a un saber singular sobre sus condiciones de goce y el imposible que las fijaba, saber que -en principio- sólo a él le había servido para concluir ese análisis, pero que luego -si así lo decide- habrá funcionado como el resto que lo dispone para tomar el relevo de la

operación analítica.

Ese punto absoluto sin saber alguno cumple, entonces, una función de punto de basta discursivo. Un punto de basta, de abrochamiento, de enlace entre el deseo del analizante -ya representado por el significante de la transferencia, dirigido hacia el encuentro con el analista- y la presencia real del analista.

Presencia que continúa siendo absolutamente necesaria, por más que la realidad virtual, las comunicaciones cibernéticas, e inclusive el cognitivismo quisieran imponer lo contrario. Hay una serie innumerable de tentativas de reducir la presencia del analista a operaciones de informática, como lectoconferencias.

Pero el psicoanálisis nos demuestra que la reducción de la presencia del analista ha de ser la operación a la que habrá de dedicarse el analizante -apenas iniciado el análisis- y que lo llevará hasta el final de la operación analítica. Ésa será la verdadera reducción de la presencia del analista: reducir ese SSS a otra cosa.

Lacan sitúa a continuación al sujeto definido por lo que llama su "ser de deseo". La manifestación del ser de deseo del sujeto no viene sola, la acompaña la substancia principal con la que el análisis avanza -y retrocede-, un efecto secundario de la operación analítica: la transferencia.

La transferencia ocurre en el campo fenoménico al que llamamos: "amor". Lacan plantea en esta misma clase del Seminario 11:

"El sujeto entra en juego a partir del siguiente soporte fundamental -al sujeto se le supone saber, por el mero hecho de ser sujeto del deseo..."¹³⁰

Queda así enlazada la suposición de saber al sujeto a causa de su función deseante:

"...Pero entonces ¿qué ocurre? Ocurre algo que en su aparición más común se denomina efecto de transferencia. Este efecto es el amor. Es evidente que, como todo amor sólo se ubica, como indica Freud, en el campo del narcisismo. Amar es, esencialmente, querer ser amado".¹³¹

¹³⁰ *Idem* anterior.

¹³¹ *Idem* anterior.

Hemos pasado ahora de la significación que se supone saber en el Otro, al amor que a ese Otro le es dirigido. Tenemos aquí las dos vertientes que Leonardo Gorostiza había desarrollado en nuestro curso cuando hablaba de dos tipos de demanda: una *demanda en tener* -que implicaría dirigirse a un Otro consistente para que le dé aquellos significantes con los que podría completar el saber que el sujeto no tiene- y otra *demanda en ser*. Mientras la primera está situada a partir de la falta en tener, la segunda lo está a partir de la falta en ser: ésta última se dirige al Otro para pedirle amor, es decir, el complemento de ser que al sujeto le falta.

Se trata de una manera de definir el amor: una dirección al Otro que intenta obtener -por intermedio de la demanda- el objeto que pueda reemplazar esa falta en ser que el sujeto tiene. A partir de allí, ese objeto habrá de adquirir para el sujeto un valor de complemento, complemento de ser, es decir, de objeto libidinal.

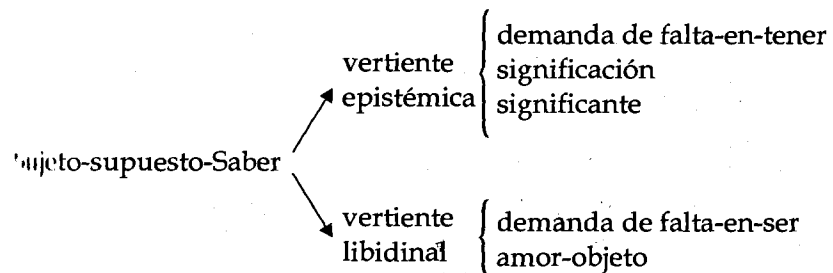
Si menciono estas dos vertientes de la demanda es porque ahora podremos situarlas muy precisamente en relación al SSS: por un lado, la función epistémica, la que se pone en juego en la demanda de tener articulada en relación con el saber que se pretende obtener. Esta puesta en forma del lado epistémico de la transferencia, usualmente identificada al SSS, surge a partir de que el sujeto supone que aquel Otro -en la función de analista- sería el que pudiera proporcionarle ese saber (saber jugado en torno de una significación de la que carece).

Pero las cosas son más complicadas, porque hay otra vertiente, otro lado en relación al SSS: la faz libidinal, el objeto. Lo complejo es que esta faz de la demanda en relación a la falta en ser, a la solicitud del complemento, está desde el primer momento en juego junto al lado epistémico a partir de ese punto de ligazón que implica la direccionalidad al Otro.

Ahora bien, ¿con qué se dirige el sujeto al Otro? ¿Solamente con el sufrimiento? Hay algo más que tiene que impulsar: el deseo de adquirir una significación respecto de un síntoma, una inhibición, una angustia, sí, pero -al mismo tiempo- suponer que habrá de encontrarla en alguien que es el receptor de eso. Y ahí ya está en juego, en esta operación de transferencia al Otro, una transferencia

libidinal, que es condición *sine qua non* para que el análisis funcione, para que el analista sea investido como tal, con su semblante operativo.

Podemos decirlo así: la demanda de saber es conducida libidinalmente. Por lo tanto, como vemos en el cuadro, donde dice significación que se supone saber en el Otro, podemos escribir ahí la vertiente epistémica del SSS, y donde hablamos del amor que le es dirigido al analista estamos hablando de su vertiente libidinal.



He aquí un problema que implica una verdadera paradoja para el análisis: el que ama, ¿qué quiere?. Ser amado, quiere reciprocidad, juego de espejos (estatuto mismo que define al narcisismo). Quiere ser amado, decía Lacan en su *Seminario*; pero si amar quiere decir "querer ser amado", eso no dice "querer saber". En verdad, lo que se podría agregar es que lo que quiere saber el que ama es si es amado y, muy a menudo, no quiere saber nada más que eso.

Hay un aforismo que -me parece- ilustra bien la cuestión del amor y el no-saber: "si intentas conocer una pasión no trates de conocer sus causas". Dicho interesante, ya que no solamente dice que la causa del amor es ignota sino que agrega que conviene no saber: conviene no saber la causa de la elección de objeto para conservar... lo que, por supuesto, va exactamente en contra de la operación analítica.

Cuando en el inicio del análisis esperamos el efecto de transferencia para interpretar -es decir, al amor- sucede que ese mismo amor que esperamos, engaña. ¿De qué modo engaña? Paradójicamente, sólo por el amor podemos interpretar, pero, asimismo, también por el amor podemos engañar.

En principio -como acabamos de decir- el amor engaña ya que se opone al saber: el analizante prefiere ser amado antes que saber y -además- quiere ser amado por la imagen que él tiene de sí mismo y que intenta transmitirnos, convencernos de que él es "así". Pero -además- el engaño del amor acecha desde otro lugar, hasta el extremo en el que, muchas veces, la docilidad del analizante a la interpretación que se le hace lo conduce a aceptarla por amor; aunque el analizante sepa, en un punto, que esa interpretación no tiene absolutamente nada que ver con él.

Es decir, que no pocas veces se soportan interpretaciones sólo por el amor que se le tiene al analista, o - para mejor decir- por el amor al saber que se le supone al analista. Es decir, que es cierto que por amor a menudo se soporta la equivocación y el error (no es imprescindible la experiencia del análisis para comprobarlo).

Por ello, siguiendo esta línea que nos condujo a la "interpretación fallida" -vamos a llamarla así- podremos estar advertidos de los múltiples emplazamientos del SSS. Por ejemplo, tampoco en otros casos las respuestas del analizante frente a las interpretaciones equivocadas dan lugar a que se produzca una transferencia negativa. Curiosamente, algunas personas pueden elegir a su analista con esa condición: que sea alguien que se equivoque. Un sujeto obsesivo, por ejemplo, puede buscar un analista "fallado", que falle constantemente; ¿y para qué lo haría? precisamente, para demostrar -por ejemplo- que él puede solo (siendo ésta una de las vertientes en las cuales se puede llegar a enredar el obsesivo y perder años girando siempre en torno de lo mismo). Pero también en el caso de una mujer histérica podrá demostrarse que tal falla en el Otro le permitirá persistir en su queja de un modo cada vez más decidido.

Ven como que es tan simple la cuestión de "transferencia negativa" y "transferencia positiva" y que a veces la suposición de saber es suposición de no saber, y ésa puede ser una condición del sujeto para analizarse -incluso para rechazar el análisis "haciendo" que se analiza.

Intervención:

-Entonces, en verdad, no estaba buscando un analista.

E.S.: Quizás se busque a un analista para demostrar que no sirve... el analista, pero tal vez el análisis.

Quizás alguien busque a "El" Analista -con mayúsculas de universal- pero para que se equivoque y demostrar que el análisis "no sirve para uno" y que ese "uno" sería la excepción al análisis: "soy al menos uno para el cual el análisis no funciona". El problema mayor es si ese "uno", a su vez, se dedica al psicoanálisis.

Entonces, por un lado, por el amor podemos interpretar pero, por otro lado, por ese mismo amor hay una caída del saber. Por eso afirmaba Lacan que el amor engaña; permite la interpretación en esta vertiente libidinal dirigida hacia el analista por la que se transporta el deseo vía el amor pero -al mismo tiempo- no quiere saber, dado que el amor pide -como ya dije- reciprocidad. El que ama, pide ser amado. Y si bien esto parece claro respecto del analizante, ¿hay reciprocidad respecto del analista? El analista, a su vez, ¿ama a sus analizantes?

Intervención:

-No, el analista ama al saber.

E.S.: Veamos, "el analista ama al saber, no al analizante". Pero, con el amor al saber hay otro problema...

Intervención:

-Con el amor al saber no se analiza.

E.S.: Sí, así es, con el amor al saber, en principio, no se analiza a alguien... pero sí se idealiza, aunque también se estudia...

Intervención:

Si el analista amase a sus analizantes, estaríamos en el terreno de la reciprocidad, de la specularidad.

E.S.: O sea, nuevamente, en el campo del amor.

Intervención:

-Sí, el campo narcisista.

E.S.: "Narcisista" designa aquí una imposibilidad en el establecimiento del dispositivo a partir de determinada relación. Recordemos aquella frase de Lacan -del Seminario de "La angustia"- que ya comentamos en la que dice que uno puede querer estrechar a alguien entre sus brazos o lanzarlo por la ventana pero aquél que está en la función de analista, debe estar poseído por un deseo más fuerte y es el de analizarlo.

Intervenciones:

-El amor no está en juego

-En todo caso, sería amor al inconsciente.

E.S.: Sí, se hace necesaria una diferenciación respecto del amor. Efectivamente, se trata del amor en la operación analítica, pero es un amor muy especial, es un amor dirigido al saber, pero no al saber universal, es un nuevo amor, diferente. En verdad, es un amor que se dirige no al saber, sino a lo que no se sabe, y a lo que no se sabe de un modo singular, es amor al no-saber que determina las condiciones de goce del *parlêtre*. Así podemos leer el amor al inconsciente, se ama a lo que se supone dará la clave de la causa de la división del sujeto: de sus inhibiciones, sus síntomas, sus angustias. Desde esta perspectiva, este amor determina la existencia de lo inconsciente.

Intervención:

-Entonces, aunque ahora suene raro decirlo, es amor al saber inconsciente.

E.S.: El amor al saber inconsciente, entonces, se construye en la experiencia analítica. El problema que hay con el amor en el análisis radica en su función de engaño: en tanto el que ama demanda del Otro ser amado, no bien se abre el inconsciente, por el mismo amor se cierra.

Lo que Gorostiza planteaba es que por la vertiente libidinal del amor está la posibilidad de la interpretación porque, ¿cómo concibe Lacan al inconsciente en *El Seminario 11*? Como una pulsación

evanescente que se abre y que se cierra. La cuestión es, cómo operar para que -no bien se abra- localizar ahí una intervención -antes de que se vuelva a cerrar. La interpretación se parece allí a la ocasión: la 'pintan calva' y a pesar de ello, habrá que intentar atraparla por sus cabellos; ocasión que se intentará no perder, ya que se tratará de la oportunidad de una *tyche*, de la producción de un acontecimiento -el que en su contingencia- posibilitará tocar algo de lo real en esa apertura-cierre, en esa pulsación temporal en la que consiste el inconsciente.

Pero sigamos con el desarrollo del Seminario 11:

"El efecto de transferencia es ese efecto de engaño, que se repite, en el aquí y el ahora.

*Es repetición de lo ocurrido antes tal cual sólo por tener la misma forma. No es ectopía. No es sombra de los viejos engaños del amor. Es aislamiento en el presente de su puro funcionamiento de engaño".*¹³²

Esto quiere decir que la transferencia no es por naturaleza la "sombra" de algo que haya sido antes vivido. Por el contrario, el sujeto en tanto que confrontado con el deseo del analista desea engañarle haciéndose amar por él, proponiéndose él mismo como el objeto de esa falsedad esencial que es el amor. Por ello, Lacan finalizaba diciendo que la pulseada con el amor -que se establece como batalla en la transferencia- se debe a que lo que el analizante quiere es hacerse amar... para no saber nada de su saber inconsciente, podríamos agregar.

Intervención:

-Muchas veces el paciente trae sueños o trabaja una línea de pensamientos porque supone que ése es el interés del analista, intentando así ofrecerse como alguien amable y de esta forma engañarlo.

E.S.: Sí, el amor puede engañar también al analista. Hay sueños de transferencia que mienten, y que son dirigidos al analista por-

Lacan J.: *El Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos...*, op. cit., pp. 261/2.

que se supone que eso es lo que él quiere escuchar. Lacan interpreta de esa manera algunos sueños freudianos, por ejemplo, el sueño de Dora o el de la joven homosexual. Estos sueños están exactamente en la misma línea, como diciendo: "¿quieres que a mí me gusten los hombres? Muy bien, voy a ofrecerte un sueño donde eso se cumpla" -por supuesto que esto no es algo tramado por la conciencia del sujeto.

Es interesante de aquí desprender cómo el sueño puede "mentir a lo real" engañando al sujeto -no sólo al analista- porque es el sujeto que sueña eso sin saber que está soñando, él simplemente emite el mensaje que recibió en forma invertida por su propio inconsciente.

10 de septiembre de 2002

XI

LA EQUIVOCACIÓN DEL SUJETO-SUPUESTO-SABER

Para comenzar, voy a darles la palabra para formular las preguntas que quieran sobre las últimas clases ya que, prácticamente, no hemos tenido tiempo para hacerlo.

Pregunta:

-Mi pregunta parte de lo que habías situado en el Seminario 24 acerca de que la equivocación del SSS remitiría a la reducción del objeto *a* del SSS y a la reducción del Otro al Uno, al Uno del inconsciente.

Partiendo de las operaciones de alienación y separación, en el diagrama de la alienación, en la lúnula del medio queda situado el significante amo solo $-S_1-$ y no sé si éste se puede situar como el Uno al que se hace referencia en la reducción del Otro al Uno. Por otro lado, en la separación, en la lúnula queda situado el objeto *a*. Entonces, la pregunta puntual era si se podía situar la equivocación del SSS en relación con estas dos operaciones.

E.S.: La pregunta intenta coordinar el SSS, tal cual lo hemos desarrollado, con las operaciones de constitución del sujeto -alienación y separación- que Gorostiza había presentado en la clase novena.

Nos vamos a tomar un tiempo para responder, porque en principio debo decir que no lo sé; tenemos que ver en el desarrollo que vamos a realizar cuál sería el nexo que podríamos establecer, investigar si existe alguna articulación. En principio, parecería que sí, pero habrá que demostrarlo.

La intervención que realizaron alude a una frase que había citado del Seminario 24 donde Lacan reducía el SSS a la transferencia positiva:

"No siempre se sabe lo que es la transferencia positiva, yo traté de definir la bajo el nombre de Sujeto-supuesto-Saber. ¿Quién es supuesto Saber? En el analista, esto es una atribución como lo indica la palabra supuesto, una atribución, después de todo no es más que una palabra. Esta noción de Otro yo la he marcado en cierto grafo con una barra que la rompe. ¿Pero romper es negar? El análisis propiamente hablando enuncia que el Otro no sea más que esta duplicidad, hay uno pero no hay nada de Otro. El uno, lo he dicho, dialoga solo, puesto que recibe su propio mensaje bajo una forma invertida. Es él quien sabe y no el Sujeto-supuesto-Saber".¹³³

En el movimiento de Lacan vemos producirse la reducción del SSS -del mismo modo que en los seminarios anteriores- al objeto a, al mismo tiempo que reduce el Otro al Uno. El analista no sólo usurpaba en la cura el lugar del objeto a, como SSS sino que, además, ocupaba el lugar del Otro, revelado -al final del trayecto de la cura- como ese Otro que permitía disimular el modo de gozar del *parlêtre*, del Uno solo.

Esto nos lleva hacia la última teorización de Lacan, con lo cual dimos un salto muy alto. Hemos realizado, lo que podríamos llamar, un *tour* por el SSS -dicho con todo respeto- pasando por distintos seminarios, salteando otros, pero llevando un hilo conductor: el concepto de SSS y las variaciones producidas diacrónicamente, en la enseñanza de J. Lacan respecto del mismo. Hemos visto cómo se ha forjado ese concepto, cómo se ha ido elaborando y, finalmente, a qué fue reducido.

Vamos a adentrarnos ahora en un texto que tiene ciertos vericuetos complicados -"La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber"¹³⁴ para luego trabajar los problemas en la experiencia analítica que se sitúan a partir de allí.

Quise dejar para el final del *tour* este texto, tal vez el más citado sobre este tema. Se trata de una alocución realizada en el Instituto Francés de Nápoles el 14 de diciembre de 1967. Realizaré para ustedes una lectura transversal del mismo.

¹³³ Lacan, J.: Seminario 24, "L'insu...", *op. cit.*, clase del 10 de mayo de 1977, "Lo imposible de aprehender".

¹³⁴ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*

Lo que voy a comentar son sólo algunas cuestiones tratando de mostrar la consonancia de este texto con lo ya trabajado en textos anteriores, desde otra óptica.

En el texto, Lacan comienza preguntándose qué es el inconsciente y añade que:

"La cosa aún no ha sido comprendida".¹³⁵

Poniendo, nuevamente, a los psicoanalistas, en el banquillo de los acusados, dice:

"Ha sido el esfuerzo de los psicoanalistas, tranquilizar acerca de este descubrimiento".¹³⁶

En El Seminario 11, *Los cuatro conceptos...*, del 64, había definido al inconsciente diciendo que se trata de una "hiancia infernal". Tres años después plantea que han sido los psicoanalistas quienes se esforzaron para intentar tranquilizar acerca de este descubrimiento. Vean ustedes lo que hay de subversivo en el planteo de Lacan, de este momento, respecto de la existencia de lo inconsciente. Y agrega algo más lapidario aún:

"Al haber querido tranquilizarse ellos mismos acerca de este hallazgo lograron olvidar el descubrimiento".¹³⁷

Está planteando que son ellos los que lograron olvidar el descubrimiento de tanto intentar tranquilizarse respecto de lo que el inconsciente podía implicar. Éste es sólo el comienzo del texto.

Lacan refiere varias definiciones del inconsciente que van a estar todas orientadas desde el SSS; ello nos va a conducir al establecimiento del mismo para, finalmente -y hacia ese punto nos dirigimos- localizar el riesgo de la con-substanciación del analista con la substancia del SSS.

¹³⁵ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 25.

¹³⁶ *Ídem* anterior.

¹³⁷ *Ídem* anterior.

"...que su estructura (la del inconsciente) no dependía de ninguna representación, siendo más bien su costumbre tan sólo tenerla en cuenta para con ella enmascararse".¹³⁸

El inconsciente no consiste en un conjunto de representaciones, no es una bolsa de trastos escondidos o fuera de alcance -como las joyas de la abuelita guardadas en el desván. Antes del descubrimiento de Freud del inconsciente ese nombre refería un cúmulo de pensamientos olvidados y depositados -bajo una maniobra del agente- en el desván de la conciencia, a eso se llamaba inconsciente, a una faz oscura de la conciencia.

Lacan enseña que la estructura del inconsciente no depende de ninguna representación, es decir, si bien hay representaciones inconscientes, su estructura, real, no se debe a ninguna representación, porque -podríamos decirlo de este modo- la representación enmascara al inconsciente, y lo hace por la significación que transporta, por el brillo de imagen que connota: la función de máscara de la representación localiza su pertenencia al campo simbólico en cruce con el imaginario.

Más adelante en el texto, Lacan volvería a referirse al *saber absoluto* para situar allí lo cómico de la astucia de la razón.

"Observemos lo cómico (...), lo cómico de esa razón que necesita de esos rodeos interminables, ¿para llevarnos hasta qué? Hasta lo que se designa por el fin de la historia como saber absoluto (...) Atengámonos a este contraste: la astucia de la razón al fin pone sus cartas sobre la mesa".¹³⁹

Pero, ¿qué es lo cómico?. Pretender que la razón -actuando ella misma, al desenvolverse en su trayecto- habría de reabsorber todo el no-saber de las representaciones hasta obtener al final un *saber absoluto*.

Ésa sería la *astucia de la razón* realizada en nombre del *saber absoluto*; pero no pensemos que se trata sólo de una cuestión filosófica. Se trata también, de un modo de analizar, ya que en nombre del *saber absoluto*, de la búsqueda emprendida por la conciencia para

construir un Todo-representacional, se intentará "agotar" al *saber inconsciente* -o "desagotar" el inconsciente (*risas*).

Desde esta perspectiva, ¿en qué consistiría un análisis? Parecería tratarse aquí de la indicación freudiana: *Hacer consciente lo inconsciente*, desde ella podemos leer el "*fin de la historia*" como equivalente al "*fin del análisis*"; es decir que -según esta orientación- un análisis consistiría en una especie de desagote de lo inconsciente hacia la conciencia, y una reabsorción de lo real-pulsional -que transportaría las representaciones inconscientes- en la conciencia y todos seríamos felices y comeríamos perdices... Pero la experiencia analítica enseña que hay un resto de la operación analítica y que la conciencia no ocupa el lugar de lo inconsciente. Una vez realizado el trayecto hay un núcleo real en la estructura que presenta el inconsciente que no se reabsorbe, es el inconsciente mismo ese hueso que sintomatiza a la conciencia, tornándola inconsistente. Y el psicoanalista no es ajeno a esa operación.

Continúa Lacan:

"...para demostrar que es en la juntura misma del psicoanálisis con el objeto que él suscita donde el psicoanalista abre su sentido por ser su desecho práctico..."¹⁴⁰

Se trata ahora de cernir la función que el analista le debe al psicoanálisis al ocupar el semblante de objeto. Pero además, se trata de precisar un giro en la salida que quedará a cargo del analizante: en primer lugar verificará que no hay acceso al *saber absoluto* al final del trayecto analítico y además descubrirá que aquél que sostuvo la apuesta -su analista- no sólo no era aquel sujeto-supuesto-del-saber-absoluto sino el *desecho práctico* de la *operación de saber*. Es decir que, en cuanto tal, cada analista es "descartable", y ése es su destino final. Pero en este punto, ya estamos lejos de las entrevistas preliminares y de la entrada en análisis.

Continuemos con las definiciones de inconsciente que podemos extraer del texto:

¹³⁸ *Idem* anterior.

¹³⁹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 27.

¹⁴⁰ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 28.

"Esto recuerda que el inconsciente no es perder la memoria, es no acordarse de lo que se sabe".¹⁴¹

Esta frase -que podría inscribirse en una "conceptología negativa", ya que comienza diciendo lo que el inconsciente no es- tiene dos partes: "no acordarse"... -lo que parecería bastante parecido a perder la memoria- y su desinencia, su consecuencia, que, retroactivamente, interpreta la primera, "...de lo que se sabe". Es decir, no se trata de un hecho mecánico que produjo un olvido, sino que hay un saber que se sabe pero que no está a disposición del individuo.

Luego dará otra definición:

"El inconsciente (...) Representa mi representación allí donde ella falta, donde no soy más que una falta del sujeto".¹⁴²

Me parece que este es un modo por el cual Lacan comenta la frase de Freud sobre el "representante representativo", el "representante de la representación". En principio, ese *mi* en "mi representación", ¿a qué refiere? Al sujeto. Falta la representación que sería representativa del sujeto y que daría la clave de su identidad, de lo que sería el sujeto.

Acá ya se abre -para luego ser retomada- la crítica a la perspectiva ontológica, es decir, a la cuestión del inconsciente considerado como un ser-de-plena-substancia: "el inconsciente representa mi representación allí -exactamente en ese punto- donde esa representación falta". Lacan introdujo en el inconsciente, por la representación y vía el sujeto, la falta. Al hablar de la falta de representación está hablando de ese "mi", que decíamos que es el sujeto.

Más adelante localiza, una vez más la estructura de lenguaje del inconsciente:

"Todo lo tocante al inconsciente sólo juega sobre efectos del lenguaje. Es algo que se dice sin que el sujeto se represente ni se diga allí, sin que se sepa qué dice".¹⁴³

¹⁴¹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 30.

¹⁴² *Ídem* anterior.

¹⁴³ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 31.

Ofrece una definición extremadamente simple: "es algo que se dice"; rompe así con una teoría de las profundidades. No es un cúmulo de representaciones acumuladas de la experiencia del sujeto, ni de olvidos amontonados que pugnan por aflorar (en el sentido freudiano) sino algo que se dice "sin que el sujeto se represente ni se diga allí, sin que se sepa qué dice". Es decir que no hay sujeto de la representación que pudiera ser el agente de la operación. El sujeto no sabe qué se dice, aunque allí se diga de él: paradoja.

El sujeto al que Lacan critica en este párrafo es el -pretendido-agente universal del saber absoluto; la construcción de este concepto de inconsciente nos conduce al matema del sujeto dividido como barrado.

Acá, el sujeto que falta es el sujeto que la psicología y la filosofía construyeron como el sujeto de la representación. Es el sujeto de la representación, agente consistente de los actos volitivos, el que es impugnado en nombre de un saber que no se sabe y que insiste.

Lacan continúa:

"Ésta no es la dificultad. El orden de la indeterminación que constituye la relación del sujeto con un saber que lo supera resulta, puede decirse, de nuestra práctica, que lo implica en la medida en que ella es interpretativa".¹⁴⁴

El destierro de la conciencia es definitivo. El "sujeto" pertenece al orden de la indeterminación y no de la determinación sapiente. *El* está construyendo el matema del sujeto barrado. Ahora es el *sujeto de la indeterminación* que reemplaza al sujeto del saber absoluto y al sujeto de la representación. El saber que portaría el sujeto de la representación -tan lleno de sí mismo, del saber de sí mismo- aparece vaciado, barrado por el *sujeto de la indeterminación*.

Apreciamos en estos párrafos una elaboración del concepto de inconsciente articulado a una teoría del sujeto a partir de la indeterminación. Estos términos surgen como solidarios uno del otro.

Pregunta:

¿Podría aclarar qué quiere decir "sujeto indeterminado"?

"Ídem anterior.

E.S.: Agradezco la pregunta ya que nos permite avanzar, ~~no~~ permite cuestionar conceptos supuestamente ya sabidos por un sujeto (¡que vaya Dios a saber quién era, si no el Dios mismo!).

El sujeto es asociado al saber por la vía de la indeterminación, así Lacan argumenta la construcción del sujeto dividido. El orden de la indeterminación establece la relación del sujeto con el saber. Es un sujeto -ya no el de la representación- indeterminado respecto del saber, porque es un saber que no sabe, que -en principio- le es ajeno.

No es el agente volitivo, consciente del saber. No es el sujeto en el sentido de la representación ni el sujeto cartesiano que al cogitar, al efectuar la operación volitiva del pensamiento avanzaría con el saber, totalizándolo -según el trayecto del saber absoluto hegeliano, que aquí mencionaba Lacan. No es ninguno de ellos. Es un sujeto definido por su indeterminación respecto del saber. El saber que compone ese sujeto no está determinado de una forma previa.

Pregunta:

-En algún lugar Lacan dice que el sujeto es un conjunto vacío. En ese caso, ¿podríamos equiparar esto del "sujeto indeterminado" con el conjunto vacío?

E.S.: Intentemos siempre contextualizar los dichos de Lacan para no perdernos en la espesura abisal del SSS.

Pero, ciertamente, es buena la pregunta porque la máxima forma de pensar al sujeto como una forma, es el conjunto vacío: un signo matemático que designa la falta de elementos de un conjunto.

Recuerden la teoría de los conjuntos, es muy útil para nosotros pues nos ayuda a comprender la cuestión del sujeto. Por ejemplo, si un conjunto A tiene un elemento x; otro y más otro z, resulta que contiene cuatro elementos, ya que hay que contar un elemento más, el conjunto vacío, que permitirá que el conjunto A continúe existiendo a pesar de quedarse sin x, y ni z. Otra manera de decirlo con la teoría serial de los números, es que el cero se cuenta como uno, que el cero vale uno.

En el *Seminario 11* Lacan hace una referencia al sujeto a partir de la lógica matemática. "La sutura" -texto canónico de J.-A. Miller

con el que entró en el psicoanálisis- retoma una intervención en el *Seminario* de Lacan y desarrolla el fundamento lógico matemático del sujeto desde la lógica del conjunto vacío (y no desde la teoría de la representación).

Con esto decimos que la máxima reducción de la sustancia del sujeto es ser reducido a un símbolo, una letra que lo cifra, desposeído de atributos pero que, sin embargo, obliga a contar esa falta como falta, a contabilizarla. Todo esto nos va a llevar a una cuestión muy complicada que es la necesidad de construir una teoría psicoanalítica que incluya la falta en su estructura. Entender esto nos permite comprender muchos desarrollos de la enseñanza de Lacan; sus principales matemáticas indican siempre una falta: desde el referido del sujeto dividido, indeterminado, hasta la estructura subjetiva misma - $S(A)$ -, el significante de la falta en el Otro.

Esta consonancia de la falta con la estructura es el modo lacaniano de escribir la castración freudiana, la falta de goce del cuerpo para el *parlêtre*, pero despojándola de sus coberturas imaginarias. Lo que Lacan sitúa por vía de la lógica, del matema o de los nodos es un intento de localizar el agujero de la no-relación sexual.

Hay una referencia muy clara de Lacan en su *Seminario* cuando preguntó qué es la castración -interrogación a la que nadie se animó a contestar porque no se sabía si era una pregunta retórica o qué estaba pensando en ese momento- su respuesta fue tan simple como taxativa: nunca es posible disponer de todos los significantes, siempre, por lo menos, nos va a faltar uno. Eso es la castración, una manera lógico-matemática de pensar la sustracción que hay en juego y es preciso no imaginarizar el término (tampoco el de "sustracción" como "robo" sino como una falta). Es preciso valorizar en la enseñanza de Lacan con su formalización el intento de des-imaginarizar la teoría psicoanalítica, para evitar los excesos en la práctica analítica.

Lo que Lacan encontró fue que los analistas de la IPA amenazaban aplastar el descubrimiento freudiano del inconsciente al inyectar significación en todos lados, por cubrir los agujeros que daban cuenta de la "hiancia infernal" del inconsciente. Su hipótesis fue que de ese modo olvidaban la potencia del inconsciente. Cuando se refiere en el *Seminario 11* a "el inconsciente freudiano y e

nuestro", no hay que ser demasiado despierto para darse cuenta de que "nuestro" inconsciente -el lacaniano- no es el "freudiano". Lo que podemos aprender de Lacan es que no se trata de criticar y de destrozlar las supuestas barbaridades teóricas -o prácticas- contruidas por los discípulos de Freud, sino que se trata de ubicar el punto de dispersión de la experiencia por su relación con la teoría. Ese punto de dispersión es un punto de fractura que se apoya en la misma obra de Freud. La hipótesis que podemos extraer de Lacan (aunque no es explicitada) es que cada uno de los discípulos que se desvió de la doctrina freudiana, apartándose de ella, lo hizo a partir de puntos de ruptura que ya estaban escritos en la propia teorización freudiana. Lo interesante para nosotros es no identificarnos con el Sujeto-supuesto-Saber-Lacan y burlarnos o criticar a quienes él critica. Por el contrario se trata de que intentemos entender la lógica de la operación contra la que Lacan responde para no repetirla. La acción más humana que hay es la de localizar el propio error allá lejos, hace tiempo y en el Otro; es patrimonio de lo que se llama, habitualmente, neurosis.

El problema es, ¿cómo no reintroducir desde la experiencia las desviaciones en la teoría?. Es lo que le ha preocupado siempre a Lacan. Es por eso que, después de casi veinte años de enseñanza, en 1967, tendrá que volver a decir qué es el inconsciente.

Volviendo a la última cita que trabajamos sobre la indeterminación de la relación del sujeto con el saber, diremos que tiene un valor decisivo. Esta relación no es una operación metafísica extramundo del mundo de las ideas de Platón, no es algo colgado de las alturas. Esta relación del sujeto con el saber es del orden de la indeterminación y supera al sujeto. En este punto se trata de un llamado a la interpretación y con ella a la intervención del analista (es esto lo que se puede deducir de nuestra práctica).

Un paso más adelante, Lacan agrega:

"Pero que pueda haber en él -en el sujeto- un decir que se diga sin que se sepa quién lo dice, es precisamente lo que se le escapa al pensamiento, es una resistencia óptica".¹⁴⁵

¿Ven cómo se va ajustando la definición de *qué es el inconsciente*? Un decir que se dice sin que se sepa *quién* lo dice, y es esto lo que se le escapa al pensamiento. Se trata de aquello que el pensamiento no puede concebir desde la conciencia pura de sí: que no se sepa quién dice lo que -por ejemplo- los sueños dictan a la conciencia. Esta indeterminación del sujeto, esta infracción del inconsciente a la supremacía de la conciencia llama a la interpretación, pero la cosa no es tan simple:

"La interpretación brinda amplia satisfacción(...) ¿a propósito, a quién? Ante todo al psicoanalista, que despliega en ella el moralismo bendecidor cuyas intimididades acabo de exponer".¹⁴⁶

Ustedes ven que el ataque feroz que realiza aquí Lacan no se dirige contra la iglesia ni contra la universidad, sino contra lo que hay de iglesia y de universidad en la relación del sujeto con el saber en la experiencia analítica, es así que Lacan impugna la función interpretativa del analista por la satisfacción que en él opera.

Dicho esto, continúa Lacan precisando el estatuto del saber sobre el que la interpretación opera y que se espera que funcione más allá de la satisfacción del analista, ofreciendo una nueva definición diciendo que el inconsciente:

"...es un saber que sólo se entrega en aquello que es la equivocación (méprise) del sujeto".¹⁴⁷

Primero teníamos al sujeto indeterminado, ahora es la equivocación la que designa al sujeto -aprehendido, "agarrado" en el saber inconsciente. El inconsciente es el saber que sólo se entrega en la equivocación del sujeto, pero también es el saber el que sólo se entrega en la falta de aprehensión del sujeto (pensado en esta segunda acepción como sujeto de la representación). Este saber se libra desde un lugar, esto quiere decir que el sujeto no puede, como agente, "agarrar" al saber, sino que -por el contrario- él está agarrado por ese saber. Digo "agarrar" porque el término que está en

¹⁴⁵ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 31.

¹⁴⁶ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 32.

¹⁴⁷ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 33.

juego es el de *prise* que es, precisamente, el término que está incluido en la *méprise* del SSS (y que ha sido traducido como "equivocación").

Intervención:

-Porque *méprise* es torpeza.

E.S.: *Méprise* es "equivocación", pero también es, justamente, lo que está utilizando aquí Lacan en referencia a una voz alemana que es la *vergreifen*, la que emplea para dar cuenta de los actos sintomáticos. El sujeto es falla, tropiezo sintomático que permite por medio de la operación analítica conectar al *parlêtre* con el *saber* inconsciente que lo ha determinado. En "Subversión del sujeto...", Lacan da una muy buena definición del sujeto diciendo que es lo que da *traspies*; eso es el sujeto, no lo busquen en ninguna *substancia*; sólo piensen en que cuando alguien habla da *traspies* y allí encontrarán al sujeto. Como se dice: "por su fruto lo reconoceréis". Son esos frutos, los actos fallidos, los que logran ubicar al sujeto en el análisis, a partir de sus tropiezos con el *saber*. Curiosamente, esos tropiezos con el *saber* -que se llaman lapsus, actos fallidos, sueños- son los que permiten dar las claves inconscientes de la subjetividad de cada cuál.

Continúa el texto:

"El *saber* que sólo se libra a la *méprise* del sujeto: ¿cuál puede ser el sujeto que lo supiese antes?"¹⁴⁸

Pero si ese *saber* solamente puede ser cedido al agarrar al sujeto de ese modo que da *traspies*, ¿cuál podría ser el sujeto que lo supiera antes? Antes ¿de qué? Por ejemplo, antes de que se produjera ese tropiezo.

¿Podría haber un sujeto *absoluto* que supiera ese *saber* y que no diera *traspies* al ser tomado, agarrado por el *saber* inconsciente?

Se presiente: Dios. Ven, como siempre tenemos a mano la vía religiosa del sentido totalizable a partir de una deidad para cerrar, saturar la pregunta por el deseo del Uno; sería el Otro absoluto, el

¹⁴⁸ *Idem* anterior.

buen Dios el que sabría desde siempre el destino del sujeto.

El SSS ocupa ese lugar -agregará luego Lacan- es la suposición de que existe un sujeto que ya sabía de ese *saber* antes que el mismo *parlêtre*.

"El sujeto supuesto al *saber*, Dios mismo para llamarlo con el nombre que le da Pascal cuando se precisa su contrario: no el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacobo, sino el Dios de los filósofos, despojado aquí de su latencia en toda teoría. Teoría, ¿sería el lugar en el mundo de la teo-logía?"¹⁴⁹

Aquí Lacan avanza hablando ahora de ese SSS en referencia a Dios, sujeto que ya sabría ese *saber*, y lo identifica con el Dios de los filósofos (el de Pascal), el de los griegos, un Dios epistémico (no el del sacrificio de Abraham), un Dios de la teología. Él ahí escribe "teo-logía" donde diferencia el *logos* del *teo* (de Dios).

Dirá que, en verdad, la teología no es sino el sujeto de la teoría; preguntémonos ahora qué tipo de sujeto sería el Dios de la teología, localizado como el Dios de los filósofos: sería aquél identificado con el SSS en tanto sujeto que sabría desde antes ese *saber*. El sujeto de la teoría es ese Dios omnisciente, ese Dios de la *omnitud* (tal sus palabras). Aquí opondrá este Dios de los filósofos -este Dios griego, el del *saber* absoluto totalizable, el de la teología- a algo que inventa ahí y que es un "Dios de la dio-logía", inventa la *diología*. ¿Para qué ese invento? Para designar en la teoría del psicoanálisis el SSS -más allá del buen Dios- desde el lugar (atópico) que ocupa el psicoanalista en la experiencia.

"En efecto, la posición del psicoanalista está suspendida a una relación muy hiente. Pero no sólo a ella, pues, se le requiere que construya la teoría de la equivocación esencial del sujeto en la teoría: lo que llamamos el sujeto supuesto al *saber*.

Una teoría que incluya una falta, que debe volverse a encontrarse en todos los niveles; inscribirse aquí como indeterminación, allí como certeza y formar el nudo de lo ininterpretable; en ella me esfuerzo, sin dejar de experimentar su *atopia* sin precedentes".¹⁵⁰

¹⁴⁹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 34.

¹⁵⁰ *Idem* anterior.

Este punto es retomado por Miller en un párrafo de su curso *De la naturaleza de los semblantes*, en el capítulo que se llama "El seminario inexistente".¹⁵¹ Allí comenta que este Dios de la *diología* es el Dios del objeto *a*, lo cual nos permite -una vez más y desde otro lugar- reducir el SSS al objeto *a*.

Por supuesto, es necesario advertir aquí el manejo irónico del lenguaje empleado al designar el "Dios del objeto *a*", caso contrario nada se entiende, ya que Dios y objeto *a* -el Otro y el objeto *a*- son categorías excluyentes, tanto como que la existencia de la una (objeto *a*) viene a ser condición de la reducción de la otra (Dios). Es lo que decíamos antes sobre el destino de desecho práctico del analista que había sido identificado con el SSS (identificado por el analizante; ya que no se trata aquí de que sea el analista el que se identifique con el SSS) como consecuencia misma del análisis conducido hasta su final.

En ese capítulo de su curso, Miller afirma que Lacan introdujo allí la cuestión de la *diología* opuesta a la teología por la necesidad de construir una teoría que vaya más allá de la teoría del SSS; esa teoría es la del inconsciente, la que incluye en él una falta. Ya que alguien podría preguntarse: ¿qué le falta al Dios de los filósofos?; en realidad, está tan pleno de sí que nada le falta; *ergo*, ese Dios no alcanza para designar la operación teórica que daría cuenta de la experiencia analítica.

Resumamos. ¿Hacia dónde nos dirigíamos con el SSS identificado con el sujeto que ya sabía desde antes ese saber? Al cielo, nos dirigíamos a los cielos, al encuentro del Dios Padre, ese artificio que se coloca allí para, una vez más, taponar la hiancia en la relación del sujeto con el saber. Pero Lacan mueve las piezas e inventa un Dios que cae de los cielos y que queda reducido en la teoría analítica al desecho de la operación producida por la experiencia; un Dios particular, demasiado particular.

Hemos desarrollado, de este modo, una paradoja, un embrollo fecundo, ya que con la equivocación de este Dios primero, el que ya sabía lo que el sujeto ignoraba ¡encontramos el camino de acceso al analista!

¹⁵¹ Miller, J.-A.: "El seminario inexistente", *De la naturaleza...*, op. cit.

Al suponer que habría un sujeto absoluto que sabría desde siempre, tendremos las condiciones para que se instale el SSS como *equivocación*: la *equivocación del SSS*. Pero a condición de subrayar que para que la teoría del SSS se sostenga es necesario incluir el concepto de equivocación en su formulación.

Conclusión: no se trata de la "teoría del SSS", sino de la "teoría de la equivocación del SSS".

"La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber es una teoría, es la teoría de la equivocación esencial del sujeto a propósito de la teoría".¹⁵²

Hay una equivocación esencial en la teoría y consiste en suponer que el sujeto ya sabe de antemano, cuando el que sabe es el "se" del saber inconsciente: "se sabe" y no "yo sé"; porque la teoría del SSS (y no como decíamos, la "teoría de la equivocación del SSS") es la teoría de la equivocación esencial del sujeto en relación con la teoría: esa teoría *equivoca* en el Nombre del Padre y sus efectos pueden recogerse en la experiencia analítica.

Esto quiere decir que hay dos teorías -al menos dos. Una teoría (la teoría del SSS) que sostienen ciertos psicoanalistas que supusieron dos cosas: a) que el analista podría ser identificado con el Dios de los filósofos, el del saber absoluto, y b) que el sujeto -identificado con la instancia yoica- podría acceder a una totalidad omnisciente del "yo sé" al "hacer consciente lo inconsciente". Y sus analistas construyeron una teoría con eso: la alianza terapéutica con las partes sanas del yo, a partir del fortalecimiento del narcisismo para ir contra la pulsión. Desde nuestro lado diremos: el aplastamiento de la subjetividad vía el rechazo de esa parte maldita, el aplanamiento de la hiancia infernal del inconsciente en nombre de la fortaleza del yo.

La otra teoría, lacaniana, (teoría de la equivocación del SSS), reconoce la equivocación del SSS y no reniega de ella, sino que -por el contrario- hace uso de la doble equivocación -de sujeto y de saber- que determina lo inconsciente, para poner en marcha el dispositivo.

¹⁵² *Ídem anterior.*

Pregunta:

-Ese "se sabe", ¿es el sujeto barrado en oposición a "yo sé", que sería el yo?

E.S.: Claro, "yo sé" es lo contrario, lo opuesto del "se sabe". Éste es un problema real del analizante: hay un saber -que no se sabe de dónde viene- y que lo atraviesa. Por ejemplo, alguien que sueña que se acuesta con su madre o que asesina a su padre; son sueños que van en contra de la moral de esa persona.

¿Cómo se entiende ese saber? El sujeto podría decir: "yo no soy el agente de eso, porque no me reconozco en ese saber que el sueño transporta". Pero el problema es que ese sueño alcanza al sujeto en la angustia y lo despierta; ergo, la pregunta continúa abierta para él en el dispositivo: "¿De dónde sale ese saber que 'se sabe', que 'yo no sé' y -es más- preferiría no saber? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí me corresponde soñar eso? Yo no quería eso y eso está ahí."

Aparece nuevamente este "se sabe" yendo contra el yo, constituyendo una afrenta contra el narcisismo, un insulto a la "moralidad y a las buenas costumbres". Ésta es la cuestión subversiva que aparece desde la oscuridad del goce de cada cual y que atenta contra el propio sujeto desde lo inconsciente.

Entonces, ¿se entiende que "la equivocación del SSS" es la teoría de la equivocación esencial del sujeto a propósito de la teoría? En la teoría de la práctica analítica era necesaria una teorización que fuera más allá de la teoría del SSS, y eso es lo que intenta hacer Lacan al introducir su teoría del inconsciente articulada con la teoría de la transferencia incluyendo la falta -en el sujeto, en el saber y en el Otro; destituyendo en la teoría, haciendo inconsistentir en la teoría, lo que el entrevistado/analizante hace consistir (SSS) en la experiencia analítica.

Por eso -dirá Miller en su curso- que "más allá de la teoría del Sujeto-supuesto-Saber se necesita una teoría que incluya una falta establecida a partir de la práctica".

Se trata de una cuestión de epistemología lacaniana: la construcción de una teoría que incluya (a partir del saber inconsciente) una falta (que "agujeree" al SSS) porque la "equivocación del SSS" es una manera de nombrar el funcionamiento necesario de la opera-

ción analítica y de acentuar la responsabilidad que allí le cabe al analista de *no identificarse con el SSS*.

En el mismo curso -*De la naturaleza de los semblantes*- al final del apartado que se titula "Una relación muy hiente",¹⁵³ Miller se refiere a la infatuación analítica y la localizará como la posición del analista que se identifica con el SSS, agregando que construye esa ilusión con el Nombre del Padre (ya nos resulta familiar este párrafo, en cuanto ubicamos al SSS en relación con el Dios de los filósofos, es decir, aquél que sabría ese saber desde antes).

Entonces Miller escribe lo siguiente:¹⁵⁴

$$\begin{array}{c} \text{NP} \\ \hline \text{SSS} \\ \hline \text{S (A)} \end{array}$$

Toda la operación reposa sobre la escritura de la parte inferior. Allí se escribe el matema del significante de la falta en el Otro -es decir, la falta necesaria a la teoría que da cuenta de la falta del Otro, la falta del saber, la falta de sujeto en la articulación con el saber. El SSS va, precisamente, al lugar de esa falta para colmarla, obturarla. Esa usurpación -encarnando el SSS- el analista la hace en el sentido más instrumental, con el Nombre del Padre y, se podría decir, se hace en el Nombre del Padre.

La infatuación analítica no quiere saber de la "equivocación del SSS", sólo le interesa la "teoría del SSS", reniega -aún sin saberlo- de lo real de la estructura, de la "hiancia infernal" del inconsciente: apropiación realizada a partir de una creencia religiosa equivocando lo real del asunto.

Intervención:

¿El SSS se ampara siempre en el Nombre del Padre?

E.S.: Estamos hablando de la operación analítica de la infatuación. Ésta es una construcción que inventa Miller para localizar -lo

¹⁵³ Miller, J.-A.: "Una relación muy hiente", *De la naturaleza...*, op. cit., pág. 49.

¹⁵⁴ Miller, J.-A.: "Una relación muy hiente", op. cit., pág. 47.

que podemos llamar, aunque él no lo dice así- el *matema de la infatuación analítica* que es: S (A), arriba SSS, arriba NP. En verdad, todo ello iría dentro de un círculo cerrado lo que permitiría visualizar mejor que el amparo que realiza el SSS en el Nombre del Padre obtura la falta del Otro, taponar la *una-equivocación del inconsciente*.

Por ello se perfila una opción para el analista: servir al objeto o servir al padre; plegarse a la falta del inconsciente o taponar su falta; aplicar la teoría del SSS identificándose con él -infatuación- o dar lugar a aquel vacío con la equivocación del SSS -lo que obliga a estar advertidos de la falta misma de sujeto y de saber que equivoca al *parlêtre*.

24 de septiembre de 2002

XI

LA EQUIVOCACIÓN DEL SUJETO-SUPUESTO-SABER

Para comenzar, voy a darles la palabra para formular las preguntas que quieran sobre las últimas clases ya que, prácticamente, no hemos tenido tiempo para hacerlo.

Pregunta:

-Mi pregunta parte de lo que habías situado en el Seminario 24 acerca de que la equivocación del SSS remitiría a la reducción del objeto *a* del SSS y a la reducción del Otro al Uno, al Uno del inconsciente.

Partiendo de las operaciones de alienación y separación, en el diagrama de la alienación, en la lúnula del medio queda situado el significante amo solo $-S_1-$ y no sé si éste se puede situar como el Uno al que se hace referencia en la reducción del Otro al Uno. Por otro lado, en la separación, en la lúnula queda situado el objeto *a*. Entonces, la pregunta puntual era si se podía situar la equivocación del SSS en relación con estas dos operaciones.

E.S.: La pregunta intenta coordinar el SSS, tal cual lo hemos desarrollado, con las operaciones de constitución del sujeto -alienación y separación- que Gorostiza había presentado en la clase novena.

Nos vamos a tomar un tiempo para responder, porque en principio debo decir que no lo sé; tenemos que ver en el desarrollo que vamos a realizar cuál sería el nexo que podríamos establecer, investigar si existe alguna articulación. En principio, parecería que sí, pero habrá que demostrarlo.

La intervención que realizaron alude a una frase que había citado del Seminario 24 donde Lacan reducía el SSS a la transferencia positiva:

"No siempre se sabe lo que es la transferencia positiva, yo traté de definir la bajo el nombre de Sujeto-supuesto-Saber. ¿Quién es supuesto Saber? En el analista, esto es una atribución como lo indica la palabra supuesto, una atribución, después de todo no es más que una palabra. Esta noción de Otro yo la he marcado en cierto grafo con una barra que la rompe. ¿Pero romper es negar? El análisis propiamente hablando enuncia que el Otro no sea más que esta duplicidad, hay uno pero no hay nada de Otro. El uno, lo he dicho, dialoga solo, puesto que recibe su propio mensaje bajo una forma invertida. Es él quien sabe y no el Sujeto-supuesto-Saber".¹³³

En el movimiento de Lacan vemos producirse la reducción del SSS -del mismo modo que en los seminarios anteriores- al objeto a, al mismo tiempo que reduce el Otro al Uno. El analista no sólo usurpaba en la cura el lugar del objeto a, como SSS sino que, además, ocupaba el lugar del Otro, revelado -al final del trayecto de la cura- como ese Otro que permitía disimular el modo de gozar del *parlêtre*, del Uno solo.

Esto nos lleva hacia la última teorización de Lacan, con lo cual dimos un salto muy alto. Hemos realizado, lo que podríamos llamar, un *tour* por el SSS -dicho con todo respeto- pasando por distintos seminarios, salteando otros, pero llevando un hilo conductor: el concepto de SSS y las variaciones producidas diacrónicamente, en la enseñanza de J. Lacan respecto del mismo. Hemos visto cómo se ha forjado ese concepto, cómo se ha ido elaborando y, finalmente, a qué fue reducido.

Vamos a adentrarnos ahora en un texto que tiene ciertos vericuetos complicados -"La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber"¹³⁴ para luego trabajar los problemas en la experiencia analítica que se sitúan a partir de allí.

Quise dejar para el final del *tour* este texto, tal vez el más citado sobre este tema. Se trata de una alocución realizada en el Instituto Francés de Nápoles el 14 de diciembre de 1967. Realizaré para ustedes una lectura transversal del mismo.

¹³³ Lacan, J.: Seminario 24, "L'insu...", *op. cit.*, clase del 10 de mayo de 1977, "Lo imposible de aprehender".

¹³⁴ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*

Lo que voy a comentar son sólo algunas cuestiones tratando de mostrar la consonancia de este texto con lo ya trabajado en textos anteriores, desde otra óptica.

En el texto, Lacan comienza preguntándose qué es el inconsciente y añade que:

"La cosa aún no ha sido comprendida".¹³⁵

Poniendo, nuevamente, a los psicoanalistas, en el banquillo de los acusados, dice:

"Ha sido el esfuerzo de los psicoanalistas, tranquilizar acerca de este descubrimiento".¹³⁶

En El Seminario 11, *Los cuatro conceptos...*, del 64, había definido al inconsciente diciendo que se trata de una "hiencia infernal". Tres años después plantea que han sido los psicoanalistas quienes se esforzaron para intentar tranquilizar acerca de este descubrimiento. Vean ustedes lo que hay de subversivo en el planteo de Lacan, de este momento, respecto de la existencia de lo inconsciente. Y agrega algo más lapidario aún:

"Al haber querido tranquilizarse ellos mismos acerca de este hallazgo lograron olvidar el descubrimiento".¹³⁷

Está planteando que son ellos los que lograron olvidar el descubrimiento de tanto intentar tranquilizarse respecto de lo que el inconsciente podía implicar. Éste es sólo el comienzo del texto.

Lacan refiere varias definiciones del inconsciente que van a estar todas orientadas desde el SSS; ello nos va a conducir al establecimiento del mismo para, finalmente -y hacia ese punto nos dirigimos- localizar el riesgo de la con-substanciación del analista con la substancia del SSS.

¹³⁵ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 25.

¹³⁶ *Ídem* anterior.

¹³⁷ *Ídem* anterior.

"...que su estructura (la del inconsciente) no dependía de ninguna representación, siendo más bien su costumbre tan sólo tenerla en cuenta para con ella enmascararse".¹³⁸

El inconsciente no consiste en un conjunto de representaciones, no es una bolsa de trastos escondidos o fuera de alcance -como las joyas de la abuelita guardadas en el desván. Antes del descubrimiento de Freud del inconsciente ese nombre refería un cúmulo de pensamientos olvidados y depositados -bajo una maniobra del agente- en el desván de la conciencia, a eso se llamaba inconsciente, a una faz oscura de la conciencia.

Lacan enseña que la estructura del inconsciente no depende de ninguna representación, es decir, si bien hay representaciones inconscientes, su estructura, real, no se debe a ninguna representación, porque -podríamos decirlo de este modo- la representación enmascara al inconsciente, y lo hace por la significación que transporta, por el brillo de imagen que connota: la función de máscara de la representación localiza su pertenencia al campo simbólico en cruce con el imaginario.

Más adelante en el texto, Lacan volvería a referirse al *saber absoluto* para situar allí lo cómico de la astucia de la razón.

"Observemos lo cómico (...), lo cómico de esa razón que necesita de esos rodeos interminables, ¿para llevarnos hasta qué? Hasta lo que se designa por el fin de la historia como saber absoluto (...) Atengámonos a este contraste: la astucia de la razón al fin pone sus cartas sobre la mesa".¹³⁹

Pero, ¿qué es lo cómico?. Pretender que la razón -actuando ella misma, al desenvolverse en su trayecto- habría de reabsorber todo el no-saber de las representaciones hasta obtener al final un *saber absoluto*.

Ésa sería la *astucia de la razón* realizada en nombre del *saber absoluto*; pero no pensemos que se trata sólo de una cuestión filosófica. Se trata también, de un modo de analizar, ya que en nombre del *saber absoluto*, de la búsqueda emprendida por la conciencia para

construir un Todo-representacional, se intentará "agotar" al *saber inconsciente* -o "desagotar" el inconsciente (*risas*).

Desde esta perspectiva, ¿en qué consistiría un análisis? Parecería tratarse aquí de la indicación freudiana: *Hacer consciente lo inconsciente*, desde ella podemos leer el "*fin de la historia*" como equivalente al "*fin del análisis*"; es decir que -según esta orientación- un análisis consistiría en una especie de desagote de lo inconsciente hacia la conciencia, y una reabsorción de lo real-pulsional -que transportaría las representaciones inconscientes- en la conciencia y todos seríamos felices y comeríamos perdices... Pero la experiencia analítica enseña que hay un resto de la operación analítica y que la conciencia no ocupa el lugar de lo inconsciente. Una vez realizado el trayecto hay un núcleo real en la estructura que presenta el inconsciente que no se reabsorbe, es el inconsciente mismo ese hueso que sintomatiza a la conciencia, tornándola inconsistente. Y el psicoanalista no es ajeno a esa operación.

Continúa Lacan:

"...para demostrar que es en la juntura misma del psicoanálisis con el objeto que él suscita donde el psicoanalista abre su sentido por ser su desecho práctico..."¹⁴⁰

Se trata ahora de cernir la función que el analista le debe al psicoanálisis al ocupar el semblante de objeto. Pero además, se trata de precisar un giro en la salida que quedará a cargo del analizante: en primer lugar verificará que no hay acceso al *saber absoluto* al final del trayecto analítico y además descubrirá que aquél que sostuvo la apuesta -su analista- no sólo no era aquel sujeto-supuesto-del-saber-absoluto sino el *desecho práctico* de la *operación de saber*. Es decir que, en cuanto tal, cada analista es "descartable", y ése es su destino final. Pero en este punto, ya estamos lejos de las entrevistas preliminares y de la entrada en análisis.

Continuemos con las definiciones de inconsciente que podemos extraer del texto:

¹³⁸ *Idem* anterior.

¹³⁹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 27.

¹⁴⁰ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 28.

"Esto recuerda que el inconsciente no es perder la memoria, es no acordarse de lo que se sabe".¹⁴¹

Esta frase -que podría inscribirse en una "conceptología negativa", ya que comienza diciendo lo que el inconsciente no es- tiene dos partes: "no acordarse"... -lo que parecería bastante parecido a perder la memoria- y su desinencia, su consecuencia, que, retroactivamente, interpreta la primera, "...de lo que se sabe". Es decir, no se trata de un hecho mecánico que produjo un olvido, sino que hay un saber que se sabe pero que no está a disposición del individuo.

Luego dará otra definición:

"El inconsciente (...) Representa mi representación allí donde ella falta, donde no soy más que una falta del sujeto".¹⁴²

Me parece que este es un modo por el cual Lacan comenta la frase de Freud sobre el "representante representativo", el "representante de la representación". En principio, ese *mi* en "mi representación", ¿a qué refiere? Al sujeto. Falta la representación que sería representativa del sujeto y que daría la clave de su identidad, de lo que sería el sujeto.

Acá ya se abre -para luego ser retomada- la crítica a la perspectiva ontológica, es decir, a la cuestión del inconsciente considerado como un ser-de-plena-substancia: "el inconsciente representa mi representación allí -exactamente en ese punto- donde esa representación falta". Lacan introdujo en el inconsciente, por la representación y vía el sujeto, la falta. Al hablar de la falta de representación está hablando de ese "mi", que decíamos que es el sujeto.

Más adelante localiza, una vez más la estructura de lenguaje del inconsciente:

"Todo lo tocante al inconsciente sólo juega sobre efectos del lenguaje. Es algo que se dice sin que el sujeto se represente ni se diga allí, sin que se sepa qué dice".¹⁴³

¹⁴¹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 30.

¹⁴² *Ídem* anterior.

¹⁴³ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 31.

Ofrece una definición extremadamente simple: "es algo que se dice"; rompe así con una teoría de las profundidades. No es un cúmulo de representaciones acumuladas de la experiencia del sujeto, ni de olvidos amontonados que pugnan por aflorar (en el sentido freudiano) sino algo que se dice "sin que el sujeto se represente ni se diga allí, sin que se sepa qué dice". Es decir que no hay sujeto de la representación que pudiera ser el agente de la operación. El sujeto no sabe qué se dice, aunque allí se diga de él: paradoja.

El sujeto al que Lacan critica en este párrafo es el -pretendido-agente universal del saber absoluto; la construcción de este concepto de inconsciente nos conduce al matema del sujeto dividido como barrado.

Acá, el sujeto que falta es el sujeto que la psicología y la filosofía construyeron como el sujeto de la representación. Es el sujeto de la representación, agente consistente de los actos volitivos, el que es impugnado en nombre de un saber que no se sabe y que insiste.

Lacan continúa:

"Ésta no es la dificultad. El orden de la indeterminación que constituye la relación del sujeto con un saber que lo supera resulta, puede decirse, de nuestra práctica, que lo implica en la medida en que ella es interpretativa".¹⁴⁴

El destierro de la conciencia es definitivo. El "sujeto" pertenece al orden de la indeterminación y no de la determinación sapiente. *El* está construyendo el matema del sujeto barrado. Ahora es el *sujeto de la indeterminación* que reemplaza al sujeto del saber absoluto y al sujeto de la representación. El saber que portaría el sujeto de la representación -tan lleno de sí mismo, del saber de sí mismo- aparece vaciado, barrado por el *sujeto de la indeterminación*.

Apreciamos en estos párrafos una elaboración del concepto de inconsciente articulado a una teoría del sujeto a partir de la indeterminación. Estos términos surgen como solidarios uno del otro.

Pregunta:

¿Podría aclarar qué quiere decir "sujeto indeterminado"?

"Ídem anterior.

E.S.: Agradezco la pregunta ya que nos permite avanzar, ~~no~~ permite cuestionar conceptos supuestamente ya sabidos por un sujeto (¡que vaya Dios a saber quién era, si no el Dios mismo!).

El sujeto es asociado al saber por la vía de la indeterminación, así Lacan argumenta la construcción del sujeto dividido. El orden de la indeterminación establece la relación del sujeto con el saber. Es un sujeto -ya no el de la representación- indeterminado respecto del saber, porque es un saber que no sabe, que -en principio- le es ajeno.

No es el agente volitivo, consciente del saber. No es el sujeto en el sentido de la representación ni el sujeto cartesiano que al cogitar, al efectuar la operación volitiva del pensamiento avanzaría con el saber, totalizándolo -según el trayecto del saber absoluto hegeliano, que aquí mencionaba Lacan. No es ninguno de ellos. Es un sujeto definido por su indeterminación respecto del saber. El saber que compone ese sujeto no está determinado de una forma previa.

Pregunta:

-En algún lugar Lacan dice que el sujeto es un conjunto vacío. En ese caso, ¿podríamos equiparar esto del "sujeto indeterminado" con el conjunto vacío?

E.S.: Intentemos siempre contextualizar los dichos de Lacan para no perdernos en la espesura abisal del SSS.

Pero, ciertamente, es buena la pregunta porque la máxima forma de pensar al sujeto como una forma, es el conjunto vacío: un signo matemático que designa la falta de elementos de un conjunto.

Recuerden la teoría de los conjuntos, es muy útil para nosotros pues nos ayuda a comprender la cuestión del sujeto. Por ejemplo, si un conjunto A tiene un elemento x; otro y más otro z, resulta que contiene cuatro elementos, ya que hay que contar un elemento más, el conjunto vacío, que permitirá que el conjunto A continúe existiendo a pesar de quedarse sin x, y ni z. Otra manera de decirlo con la teoría serial de los números, es que el cero se cuenta como uno, que el cero vale uno.

En el *Seminario 11* Lacan hace una referencia al sujeto a partir de la lógica matemática. "La sutura" -texto canónico de J.-A. Miller

con el que entró en el psicoanálisis- retoma una intervención en el *Seminario* de Lacan y desarrolla el fundamento lógico matemático del sujeto desde la lógica del conjunto vacío (y no desde la teoría de la representación).

Con esto decimos que la máxima reducción de la sustancia del sujeto es ser reducido a un símbolo, una letra que lo cifra, desposeído de atributos pero que, sin embargo, obliga a contar esa falta como falta, a contabilizarla. Todo esto nos va a llevar a una cuestión muy complicada que es la necesidad de construir una teoría psicoanalítica que incluya la falta en su estructura. Entender esto nos permite comprender muchos desarrollos de la enseñanza de Lacan; sus principales matemáticas indican siempre una falta: desde el referido del sujeto dividido, indeterminado, hasta la estructura subjetiva misma - $S(A)$ -, el significante de la falta en el Otro.

Esta consonancia de la falta con la estructura es el modo lacaniano de escribir la castración freudiana, la falta de goce del cuerpo para el *parlêtre*, pero despojándola de sus coberturas imaginarias. Lo que Lacan sitúa por vía de la lógica, del matema o de los nodos es un intento de localizar el agujero de la no-relación sexual.

Hay una referencia muy clara de Lacan en su *Seminario* cuando preguntó qué es la castración -interrogación a la que nadie se animó a contestar porque no se sabía si era una pregunta retórica o qué estaba pensando en ese momento- su respuesta fue tan simple como taxativa: nunca es posible disponer de todos los significantes, siempre, por lo menos, nos va a faltar uno. Eso es la castración, una manera lógico-matemática de pensar la sustracción que hay en juego y es preciso no imaginarizar el término (tampoco el de "sustracción" como "robo" sino como una falta). Es preciso valorizar en la enseñanza de Lacan con su formalización el intento de des-imaginarizar la teoría psicoanalítica, para evitar los excesos en la práctica analítica.

Lo que Lacan encontró fue que los analistas de la IPA amenazaban aplastar el descubrimiento freudiano del inconsciente al inyectar significación en todos lados, por cubrir los agujeros que daban cuenta de la "hiancia infernal" del inconsciente. Su hipótesis fue que de ese modo olvidaban la potencia del inconsciente. Cuando se refiere en el *Seminario 11* a "el inconsciente freudiano y e

nuestro", no hay que ser demasiado despierto para darse cuenta de que "nuestro" inconsciente -el lacaniano- no es el "freudiano". Lo que podemos aprender de Lacan es que no se trata de criticar y de destrozlar las supuestas barbaridades teóricas -o prácticas- contruidas por los discípulos de Freud, sino que se trata de ubicar el punto de dispersión de la experiencia por su relación con la teoría. Ese punto de dispersión es un punto de fractura que se apoya en la misma obra de Freud. La hipótesis que podemos extraer de Lacan (aunque no es explicitada) es que cada uno de los discípulos que se desvió de la doctrina freudiana, apartándose de ella, lo hizo a partir de puntos de ruptura que ya estaban escritos en la propia teorización freudiana. Lo interesante para nosotros es no identificarnos con el Sujeto-supuesto-Saber-Lacan y burlarnos o criticar a quienes él critica. Por el contrario se trata de que intentemos entender la lógica de la operación contra la que Lacan responde para no repetirla. La acción más humana que hay es la de localizar el propio error allá lejos, hace tiempo y en el Otro; es patrimonio de lo que se llama, habitualmente, neurosis.

El problema es, ¿cómo no reintroducir desde la experiencia las desviaciones en la teoría?. Es lo que le ha preocupado siempre a Lacan. Es por eso que, después de casi veinte años de enseñanza, en 1967, tendrá que volver a decir qué es el inconsciente.

Volviendo a la última cita que trabajamos sobre la indeterminación de la relación del sujeto con el saber, diremos que tiene un valor decisivo. Esta relación no es una operación metafísica extramunda del mundo de las ideas de Platón, no es algo colgado de las alturas. Esta relación del sujeto con el saber es del orden de la indeterminación y supera al sujeto. En este punto se trata de un llamado a la interpretación y con ella a la intervención del analista (es esto lo que se puede deducir de nuestra práctica).

Un paso más adelante, Lacan agrega:

"Pero que pueda haber en él -en el sujeto- un decir que se diga sin que se sepa quién lo dice, es precisamente lo que se le escapa al pensamiento, es una resistencia óptica".¹⁴⁵

¿Ven cómo se va ajustando la definición de *qué es el inconsciente*? Un decir que se dice sin que se sepa *quién* lo dice, y es esto lo que se le escapa al pensamiento. Se trata de aquello que el pensamiento no puede concebir desde la conciencia pura de sí: que no se sepa quién dice lo que -por ejemplo- los sueños dictan a la conciencia. Esta indeterminación del sujeto, esta infracción del inconsciente a la supremacía de la conciencia llama a la interpretación, pero la cosa no es tan simple:

"La interpretación brinda amplia satisfacción(...) ¿a propósito, a quién? Ante todo al psicoanalista, que despliega en ella el moralismo bendecidor cuyas intimididades acabo de exponer".¹⁴⁶

Ustedes ven que el ataque feroz que realiza aquí Lacan no se dirige contra la iglesia ni contra la universidad, sino contra lo que hay de iglesia y de universidad en la relación del sujeto con el saber en la experiencia analítica, es así que Lacan impugna la función interpretativa del analista por la satisfacción que en él opera.

Dicho esto, continúa Lacan precisando el estatuto del saber sobre el que la interpretación opera y que se espera que funcione más allá de la satisfacción del analista, ofreciendo una nueva definición diciendo que el inconsciente:

"...es un saber que sólo se entrega en aquello que es la equivocación (méprise) del sujeto".¹⁴⁷

Primero teníamos al sujeto indeterminado, ahora es la equivocación la que designa al sujeto -aprehendido, "agarrado" en el saber inconsciente. El inconsciente es el saber que sólo se entrega en la equivocación del sujeto, pero también es el saber el que sólo se entrega en la falta de aprehensión del sujeto (pensado en esta segunda acepción como sujeto de la representación). Este saber se libra desde un lugar, esto quiere decir que el sujeto no puede, como agente, "agarrar" al saber, sino que -por el contrario- él está agarrado por ese saber. Digo "agarrar" porque el término que está en

¹⁴⁵ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 31.

¹⁴⁶ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 32.

¹⁴⁷ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 33.

juego es el de *prise* que es, precisamente, el término que está incluido en la *méprise* del SSS (y que ha sido traducido como "equivocación").

Intervención:

-Porque *méprise* es torpeza.

E.S.: *Méprise* es "equivocación", pero también es, justamente, lo que está utilizando aquí Lacan en referencia a una voz alemana que es la *vergreifen*, la que emplea para dar cuenta de los actos sintomáticos. El sujeto es falla, tropiezo sintomático que permite por medio de la operación analítica conectar al *parlêtre* con el *saber* inconsciente que lo ha determinado. En "Subversión del sujeto...", Lacan da una muy buena definición del sujeto diciendo que es lo que da *traspies*; eso es el sujeto, no lo busquen en ninguna *substancia*; sólo piensen en que cuando alguien habla da *traspies* y allí encontrarán al sujeto. Como se dice: "por su fruto lo reconoceréis". Son esos frutos, los actos fallidos, los que logran ubicar al sujeto en el análisis, a partir de sus tropiezos con el *saber*. Curiosamente, esos tropiezos con el *saber* -que se llaman lapsus, actos fallidos, sueños- son los que permiten dar las claves inconscientes de la subjetividad de cada cuál.

Continúa el texto:

"El *saber* que sólo se libra a la *méprise* del sujeto: ¿cuál puede ser el sujeto que lo supiese antes?"¹⁴⁸

Pero si ese *saber* solamente puede ser cedido al agarrar al sujeto de ese modo que da *traspies*, ¿cuál podría ser el sujeto que lo supiera antes? Antes ¿de qué? Por ejemplo, antes de que se produjera ese tropiezo.

¿Podría haber un sujeto *absoluto* que supiera ese *saber* y que no diera *traspies* al ser tomado, agarrado por el *saber* inconsciente?

Se presiente: Dios. Ven, como siempre tenemos a mano la vía religiosa del sentido totalizable a partir de una deidad para cerrar, saturar la pregunta por el deseo del Uno; sería el Otro absoluto, el

¹⁴⁸ *Ídem* anterior.

buen Dios el que sabría desde siempre el destino del sujeto.

El SSS ocupa ese lugar -agregará luego Lacan- es la suposición de que existe un sujeto que ya sabía de ese *saber* antes que el mismo *parlêtre*.

"El sujeto supuesto al *saber*, Dios mismo para llamarlo con el nombre que le da Pascal cuando se precisa su contrario: no el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacobo, sino el Dios de los filósofos, despojado aquí de su latencia en toda teoría. Teoría, ¿sería el lugar en el mundo de la teo-logía?"¹⁴⁹

Aquí Lacan avanza hablando ahora de ese SSS en referencia a Dios, sujeto que ya sabría ese *saber*, y lo identifica con el Dios de los filósofos (el de Pascal), el de los griegos, un Dios epistémico (no el del sacrificio de Abraham), un Dios de la teología. Él ahí escribe "teo-logía" donde diferencia el *logos* del *teo* (de Dios).

Dirá que, en verdad, la teología no es sino el sujeto de la teoría; preguntémonos ahora qué tipo de sujeto sería el Dios de la teología, localizado como el Dios de los filósofos: sería aquél identificado con el SSS en tanto sujeto que sabría desde antes ese *saber*. El sujeto de la teoría es ese Dios omnisciente, ese Dios de la *omnitud* (tal sus palabras). Aquí opondrá este Dios de los filósofos -este Dios griego, el del *saber* absoluto totalizable, el de la teología- a algo que inventa ahí y que es un "Dios de la dio-logía", inventa la *diología*. ¿Para qué ese invento? Para designar en la teoría del psicoanálisis el SSS -más allá del buen Dios- desde el lugar (atópico) que ocupa el psicoanalista en la experiencia.

"En efecto, la posición del psicoanalista está suspendida a una relación muy hiente. Pero no sólo a ella, pues, se le requiere que construya la teoría de la equivocación esencial del sujeto en la teoría: lo que llamamos el sujeto supuesto al *saber*.

Una teoría que incluya una falta, que debe volverse a encontrarse en todos los niveles; inscribirse aquí como indeterminación, allí como certeza y formar el nudo de lo ininterpretable; en ella me esfuerzo, sin dejar de experimentar su *atopia* sin precedentes".¹⁵⁰

¹⁴⁹ Lacan, J.: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *op. cit.*, pág. 34.

¹⁵⁰ *Ídem* anterior.

Este punto es retomado por Miller en un párrafo de su curso *De la naturaleza de los semblantes*, en el capítulo que se llama "El seminario inexistente".¹⁵¹ Allí comenta que este Dios de la *diología* es el Dios del objeto *a*, lo cual nos permite -una vez más y desde otro lugar- reducir el SSS al objeto *a*.

Por supuesto, es necesario advertir aquí el manejo irónico del lenguaje empleado al designar el "Dios del objeto *a*", caso contrario nada se entiende, ya que Dios y objeto *a* -el Otro y el objeto *a*- son categorías excluyentes, tanto como que la existencia de la una (objeto *a*) viene a ser condición de la reducción de la otra (Dios). Es lo que decíamos antes sobre el destino de desecho práctico del analista que había sido identificado con el SSS (identificado por el analizante; ya que no se trata aquí de que sea el analista el que se identifique con el SSS) como consecuencia misma del análisis conducido hasta su final.

En ese capítulo de su curso, Miller afirma que Lacan introdujo allí la cuestión de la *diología* opuesta a la teología por la necesidad de construir una teoría que vaya más allá de la teoría del SSS; esa teoría es la del inconsciente, la que incluye en él una falta. Ya que alguien podría preguntarse: ¿qué le falta al Dios de los filósofos?; en realidad, está tan pleno de sí que nada le falta; *ergo*, ese Dios no alcanza para designar la operación teórica que daría cuenta de la experiencia analítica.

Resumamos. ¿Hacia dónde nos dirigíamos con el SSS identificado con el sujeto que ya sabía desde antes ese saber? Al cielo, nos dirigíamos a los cielos, al encuentro del Dios Padre, ese artificio que se coloca allí para, una vez más, taponar la hiancia en la relación del sujeto con el saber. Pero Lacan mueve las piezas e inventa un Dios que cae de los cielos y que queda reducido en la teoría analítica al desecho de la operación producida por la experiencia; un Dios particular, demasiado particular.

Hemos desarrollado, de este modo, una paradoja, un embrollo fecundo, ya que con la equivocación de este Dios primero, el que ya sabía lo que el sujeto ignoraba ¡encontramos el camino de acceso al analista!

¹⁵¹ Miller, J.-A.: "El seminario inexistente", *De la naturaleza...*, op. cit.

Al suponer que habría un sujeto absoluto que sabría desde siempre, tendremos las condiciones para que se instale el SSS como *equivocación*: la *equivocación del SSS*. Pero a condición de subrayar que para que la teoría del SSS se sostenga es necesario incluir el concepto de equivocación en su formulación.

Conclusión: no se trata de la "teoría del SSS", sino de la "teoría de la equivocación del SSS".

"La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber es una teoría, es la teoría de la equivocación esencial del sujeto a propósito de la teoría".¹⁵²

Hay una equivocación esencial en la teoría y consiste en suponer que el sujeto ya sabe de antemano, cuando el que sabe es el "se" del saber inconsciente: "se sabe" y no "yo sé"; porque la teoría del SSS (y no como decíamos, la "teoría de la equivocación del SSS") es la teoría de la equivocación esencial del sujeto en relación con la teoría: esa teoría *equivoca* en el Nombre del Padre y sus efectos pueden recogerse en la experiencia analítica.

Esto quiere decir que hay dos teorías -al menos dos. Una teoría (la teoría del SSS) que sostienen ciertos psicoanalistas que supusieron dos cosas: a) que el analista podría ser identificado con el Dios de los filósofos, el del saber absoluto, y b) que el sujeto -identificado con la instancia yoica- podría acceder a una totalidad omnisciente del "yo sé" al "hacer consciente lo inconsciente". Y sus analistas construyeron una teoría con eso: la alianza terapéutica con las partes sanas del yo, a partir del fortalecimiento del narcisismo para ir contra la pulsión. Desde nuestro lado diremos: el aplastamiento de la subjetividad vía el rechazo de esa parte maldita, el aplanamiento de la hiancia infernal del inconsciente en nombre de la fortaleza del yo.

La otra teoría, lacaniana, (teoría de la equivocación del SSS), reconoce la equivocación del SSS y no reniega de ella, sino que -por el contrario- hace uso de la doble equivocación -de sujeto y de saber- que determina lo inconsciente, para poner en marcha el dispositivo.

¹⁵² *Ídem anterior.*

Pregunta:

-Ese "se sabe", ¿es el sujeto barrado en oposición a "yo sé", que sería el yo?

E.S.: Claro, "yo sé" es lo contrario, lo opuesto del "se sabe". Éste es un problema real del analizante: hay un saber -que no se sabe de dónde viene- y que lo atraviesa. Por ejemplo, alguien que sueña que se acuesta con su madre o que asesina a su padre; son sueños que van en contra de la moral de esa persona.

¿Cómo se entiende ese saber? El sujeto podría decir: "yo no soy el agente de eso, porque no me reconozco en ese saber que el sueño transporta". Pero el problema es que ese sueño alcanza al sujeto en la angustia y lo despierta; ergo, la pregunta continúa abierta para él en el dispositivo: "¿De dónde sale ese saber que 'se sabe', que 'yo no sé' y -es más- preferiría no saber? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí me corresponde soñar eso? Yo no quería eso y eso está ahí."

Aparece nuevamente este "se sabe" yendo contra el yo, constituyendo una afrenta contra el narcisismo, un insulto a la "moralidad y a las buenas costumbres". Ésta es la cuestión subversiva que aparece desde la oscuridad del goce de cada cual y que atenta contra el propio sujeto desde lo inconsciente.

Entonces, ¿se entiende que "la equivocación del SSS" es la teoría de la equivocación esencial del sujeto a propósito de la teoría? En la teoría de la práctica analítica era necesaria una teorización que fuera más allá de la teoría del SSS, y eso es lo que intenta hacer Lacan al introducir su teoría del inconsciente articulada con la teoría de la transferencia incluyendo la falta -en el sujeto, en el saber y en el Otro; destituyendo en la teoría, haciendo inconsistentir en la teoría, lo que el entrevistado/analizante hace consistir (SSS) en la experiencia analítica.

Por eso -dirá Miller en su curso- que "más allá de la teoría del Sujeto-supuesto-Saber se necesita una teoría que incluya una falta establecida a partir de la práctica".

Se trata de una cuestión de epistemología lacaniana: la construcción de una teoría que incluya (a partir del saber inconsciente) una falta (que "agujeree" al SSS) porque la "equivocación del SSS" es una manera de nombrar el funcionamiento necesario de la opera-

ción analítica y de acentuar la responsabilidad que allí le cabe al analista de *no identificarse con el SSS*.

En el mismo curso -*De la naturaleza de los semblantes*- al final del apartado que se titula "Una relación muy hiente",¹⁵³ Miller se refiere a la infatuación analítica y la localizará como la posición del analista que se identifica con el SSS, agregando que construye esa ilusión con el Nombre del Padre (ya nos resulta familiar este párrafo, en cuanto ubicamos al SSS en relación con el Dios de los filósofos, es decir, aquél que sabría ese saber desde antes).

Entonces Miller escribe lo siguiente:¹⁵⁴

$$\begin{array}{c} \text{NP} \\ \hline \text{SSS} \\ \hline \text{S (A)} \end{array}$$

Toda la operación reposa sobre la escritura de la parte inferior. Allí se escribe el matema del significante de la falta en el Otro -es decir, la falta necesaria a la teoría que da cuenta de la falta del Otro, la falta del saber, la falta de sujeto en la articulación con el saber. El SSS va, precisamente, al lugar de esa falta para colmarla, obturarla. Esa usurpación -encarnando el SSS- el analista la hace en el sentido más instrumental, con el Nombre del Padre y, se podría decir, se hace en el Nombre del Padre.

La infatuación analítica no quiere saber de la "equivocación del SSS", sólo le interesa la "teoría del SSS", reniega -aún sin saberlo- de lo real de la estructura, de la "hiancia infernal" del inconsciente: apropiación realizada a partir de una creencia religiosa equivocando lo real del asunto.

Intervención:

¿El SSS se ampara siempre en el Nombre del Padre?

E.S.: Estamos hablando de la operación analítica de la infatuación. Ésta es una construcción que inventa Miller para localizar -lo

¹⁵³ Miller, J.-A.: "Una relación muy hiente", *De la naturaleza...*, op. cit., pág. 49.

¹⁵⁴ Miller, J.-A.: "Una relación muy hiente", op. cit., pág. 47.

que podemos llamar, aunque él no lo dice así- el *matema de la infatuación analítica* que es: S (A), arriba SSS, arriba NP. En verdad, todo ello iría dentro de un círculo cerrado lo que permitiría visualizar mejor que el amparo que realiza el SSS en el Nombre del Padre obtura la falta del Otro, taponar la *una-equivocación del inconsciente*.

Por ello se perfila una opción para el analista: servir al objeto o servir al padre; plegarse a la falta del inconsciente o taponar su falta; aplicar la teoría del SSS identificándose con él -infatuación- o dar lugar a aquel vacío con la equivocación del SSS -lo que obliga a estar advertidos de la falta misma de sujeto y de saber que equivoca al *parlêtre*.

24 de septiembre de 2002

XII

LA ESTAFA DEL DIOS-PADRE

A partir del concepto de SSS habíamos llegado en la última clase a una crítica de la posición del analista -seguíamos los lineamientos de J.-A. Miller en su curso *De la naturaleza de los semblantes*. Desde esa perspectiva, la infatuación analítica se define como una posición asumida por el analista cuando se cubre, se identifica con el Otro ("se la cree") y construye esta ilusión con el Nombre del Padre (en el Nombre del Padre).

Decíamos que el "matema de la infatuación analítica" (así lo llamábamos) obtura el punto de falla de la estructura que afecta a la relación del sujeto con el saber. Se obstaculiza de ese modo -entre otras consecuencias- que el analista haga uso del vacío del Otro -lugar de la Una-equivocación, lugar del inconsciente- y desde la docta ignorancia permita el despliegue de los significantes amos del analizante.

La equivocación del SSS se aprovecha de esta falla (supongo que se han acostumbrado a anteponer el término "equivocación del" al concepto "SSS"), "equivoca" sobre esta falla del SSS. Una vez más, que el analista se deje tomar desde el inicio de la operación analítica en ese lugar, no quiere decir que se identifique con él; la paradoja es que debe ocuparlo -pues ese lugar es estructural- pero sin creer que él es eso que representa.

Miller concluye en que una de las consecuencias de la falta estructural del saber es que para operar en el análisis con el saber no alcanza, que hay que dar un salto para franquear la hiancia; por ello hace una referencia puntual al Seminario "El acto psicoanalítico" en el que Lacan demuestra que si bien la estructura del acto es significante, es necesario un atravesamiento de la hiancia -respecto del saber, respecto del significante- para constituir el acto como tal. lo que indica que el acto en sí mismo implica ya un atravesamiento. Entonces, con el saber no alcanza, encima el saber

aparece en falta... y hace falta agregar algo más que es de otro orden. Menudo problema. Este desarrollo merecería que le dedicáramos todo un curso.

Es decir que, por un lado, tenemos lo agujereado de la estructura y por el otro, la función del analista, su operatividad, a partir de qué puede intervenir; y lo poco que hay es el acto analítico. A través de la casuística, de algunas viñetas clínicas, intentamos aproximarnos a este problema.

Un problema específico de la práctica analítica es que el practicante debe renunciar, a ocupar el lugar de sujeto en la práctica –pero también el lugar del padre. Si no lo hace, si es él quien cree saber (o quien quiere saber: tal la posición de la contratransferencia), si es él quien quiere completar la falla estructural de saber, la “hiancia infernal” que determina al inconsciente, él está “fuera de lugar” –como se dice– y ése es un riesgo clínico que siempre está presente. Agrega Miller, citando a J. Lacan, que ahí sí, el psicoanálisis se transforma en una verdadera estafa: el término es muy fuerte. Lacan habla de la “estafa del psicoanálisis” en la última parte de su enseñanza.

Decíamos que hay un concepto –desarrollado por los posfreudianos y nombrado una vez por Freud– que atesora de un modo notable este problema analítico: la contratransferencia. Concepto *princeps* a partir del cual se ha desviado la práctica misma del psicoanálisis.

Si habíamos concluido en el punto de la infatuación analítica, posición del analista encarnado en el SSS con el Nombre del Padre, había sido para presentar la tensión (a la que hicimos referencia en clases anteriores) entre la equivocación del SSS y la teoría de la contratransferencia.

Recordemos que la contratransferencia es uno de los nombres –si no el principal desde el punto vista conceptual– de la resistencia del analista a ocupar su lugar en la cura.

Intervención:

–¿Podrías aclarar eso de que “el analista debe renunciar a algo”?

E.S.: En principio el analista debe renunciar a dirigir la cura con

una persona, debe despojarse de sus atributos y de sus juicios previos –habitualmente llamados prejuicios– para estar a la altura de la función analítica. Pero ahora veremos qué quiere decir esto, no lo demos por sobreentendido.

Comenzaremos con un poco de historia del movimiento psicoanalítico: voy a fechar dos momentos cruciales. Uno en 1910, el otro, en 1958.

En 1910 Freud está preocupado por la transmisión del dispositivo analítico, por el crecimiento que comenzaba a tener el psicoanálisis y por la confiabilidad de su dispositivo. Pronuncia por eso una conferencia: “Nuevas perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” –se las recomiendo como lectura, tiene actualidad para nuestra problemática. Comienza así:

*“Señores: puesto que son unas metas predominantemente prácticas las que hoy nos reúnen, también yo escogeré un tema práctico como asunto de mi conferencia introductoria y reclamaré, no el interés científico, sino el interés médico de ustedes. Imagino cuál puede ser su apreciación sobre los resultados de nuestra terapia, y supongo que la mayoría de ustedes han atravesado las dos fases de iniciación: el entusiasmo por el insospechado incremento de nuestros logros terapéuticos y la depresión ante la magnitud de las dificultades que salen al paso de nuestros empeños”.*¹⁵⁵

Podríamos hacer una encuesta para que cada uno se pronuncie sobre en cuál punto se halla, si en el del entusiasmo o en el de la depresión. La decisión que Freud toma es:

*“...prescindiendo del punto de ese curso de desarrollo en que se encuentre cada uno, hoy me propongo mostrarles que en modo alguno hemos agotado nuestros recursos terapéuticos para la lucha contra la neurosis, y podemos esperar del futuro próximo un notable mejoramiento de nuestras posibilidades en ese terreno”.*¹⁵⁶

Aquí Freud comienza a presentar –nada más y nada menos–

¹⁵⁵ Freud, S: “Nuevas perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica” (1910), *Obras completas*, Vol. XI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, pp. 133/4.

¹⁵⁶ Freud, S.: “Nuevas perspectivas...”, *op. cit.*, pág. 136.

que sus innovaciones técnicas al dispositivo analítico. Fijense, estamos en 1910, momento en el cual se reformularán los principios teóricos y prácticos –principalmente prácticos– en búsqueda de una teoría más consistente, capaz de validar los principios de la acción terapéutica. Unos años después: la metapsicología, un retorno de Freud sobre sus pasos para reconceptualizar el psicoanálisis.

Luego, dice que el incremento de nuestras posibilidades resultará de la conjunción de tres factores: un progreso interno, un aumento de autoridad y el efecto universal de nuestro trabajo. Comenta la noción de resistencia que se había convertido en un concepto de una generalidad alarmante. La ubica en relación a la práctica analítica e interpreta –debemos decirlo así– lo siguiente:

*"En pacientes del sexo masculino las resistencias más sustantivas a la cura parecen provenir del complejo paterno y resolverse en el miedo al padre, el desafío al padre y la incredulidad hacia él... Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del médico. Nos hemos vistos llevados a prestar atención a la 'contratransferencia'".*¹⁵⁷

Primera aplicación del término: ¿qué dirá sobre la contratransferencia? Existe un problema con este término. En López Ballesteros encontramos dos traducciones diferentes: una es "contratransferencia" y la otra "transferencia recíproca" –según la edición. Sabemos que a partir de la enseñanza de los posfreudianos, ella se ha convertido en un concepto notable; pero ¿lo fue en la pluma de Freud? ¿Qué estatuto le ha dado a la contratransferencia? Prosigamos:

*"Nos hemos visto llevados a prestar atención a la 'contratransferencia' que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí..."*¹⁵⁸

Hasta aquí podríamos decir: "¡Caramba! Este hombre acaba de elevar este término a la dignidad de un concepto". Pero, a conti-

¹⁵⁷ Freud, S.: "Nuevas perspectivas...", *op. cit.*, pág. 143.

¹⁵⁸ *Ídem* anterior.

nunciación nos devela el misterio:

*"...y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine".*¹⁵⁹

Es decir, no bien aparece la contratransferencia, la condición necesaria exigida al analista para la práctica es: su vencimiento. Acuérdense que venía hablando sobre las resistencias. Ahora, sobre la contratransferencia, continúa:

*"Desde que un número mayor de personas ejercen el psicoanálisis..."*¹⁶⁰

Imagínense que decía esto en 1910; un siglo después, ¿qué podemos decir?

*"...e intercambian sus experiencias, hemos notado que cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores..."*¹⁶¹

Intervención:

–Está pensando en la propia subjetividad del analista.

E.S.: Así es, está situando la subjetividad del analista.

*"...y por eso exigimos que inicie su actividad con un autoanálisis y lo profundice de manera ininterrumpida a medida que hace sus experiencias en los enfermos. Quien no consiga nada con ese autoanálisis puede considerar que carece de la aptitud para analizar enfermos".*¹⁶²

Si bien la prescripción es de autoanálisis, Freud es taxativo al respecto: localiza la contratransferencia del lado del analista, ubícala como resistencia.

Además, exige su vencimiento. Recuerden que estaba hablando

¹⁵⁹ *Ídem* anterior.

¹⁶⁰ *Ídem* anterior.

¹⁶¹ *Ídem* anterior.

¹⁶² *Ídem* anterior.

de la resistencia de los sujetos masculinos en torno al complejo del padre. Las dos innovaciones se cruzan.

En 1958, J. Lacan escribe el texto "La dirección de la cura y los principios de su poder" donde interpreta de un modo decidido los desvíos realizados en la práctica analítica por los pos-freudianos, al intentar reducir el psicoanálisis a una práctica adaptativa del individuo al medio.

Desde el inicio del texto, se interroga: ¿quién analiza hoy?:

"Que un análisis lleve los rasgos de la persona del analizado, es cosa de la que se habla como si cayese por su propio peso. Pero quien se interese en los efectos que tendría sobre él la persona del analista pensaría estar dando pruebas de su audacia. Tal es por lo menos el estremecimiento que nos recorre ante las expresiones de moda referentes a la contratransferencia, contribuyendo sin duda a enmascarar la impropiedad conceptual: pensad qué testimonio damos de elevación del alma al mostrarnos en nuestra arcilla como hechos de la misma que aquellos que amasamos".¹⁶³

Es decir: ¿quién es el sujeto? Continúa:

"Acabo de decir una mala palabra. Es ligera para aquellos a quienes apunta, siendo así que hoy ni siquiera se guardan las formas para confesar que bajo el nombre de psicoanálisis muchos se dedican a una 'reeducción emocional del paciente'".¹⁶⁴

Vean cómo surge en estos dos textos uno de Freud de 1910 y otro de Lacan de 1958, el concepto de contratransferencia. Lacan llega a calificarla de "mala palabra".

Ubiqué un texto de la Asociación Psicoanalítica Argentina, de 1957, donde se hace referencia a este término, dando cuenta de lo que Lacan llamará "reeducción emocional del paciente". Se trata de un artículo de la Dra. Marie Langer: "La interpretación basada en la vivencia contratransferencial de conexión-desconexión con el analizado". En este artículo, la contratransferencia, que tanto Freud como después Lacan localizan como una resistencia del analista,

se convierte en un instrumento-amo, transformándose en vivencia contratransferencial. Cito:

"Recién al incluirse las sensaciones contratransferenciales como indicador para la interpretación en el proceso interpretativo, se reconoció al análisis su carácter de experiencia bilateral,(...) considerar a la pareja analista-analizado como una unidad, como una sola Gestalt..."¹⁶⁵

Podemos leer este párrafo en contrapunto con el de Lacan -un año posterior- donde dice:

"...pensad qué testimonio damos de elevación del alma al mostrarnos en nuestra arcilla como hechos de la misma que aquellos a quienes amasamos".¹⁶⁶

Aquí, la arcilla está situada en la experiencia bilateral, en la gestalt de la pareja analista-analizado.

En la misma publicación, el Dr. Fridas Cesio comunica en 1970 las investigaciones realizadas por un grupo de investigadores acerca de la teoría y la práctica psicoanalítica. Lo hace en un simposio llevado a cabo en la institución. Dice:

"...uno de los conceptos fundamentales (sic) que define en una medida importante lo que de nominamos Escuela Argentina de Psicoanálisis: la contratransferencia..."¹⁶⁷

Pasaron ya seis años de *Los cuatro conceptos...* -de 1964. Presten atención a las fechas, ya que podremos enterarnos de lo que fue pasando con los conceptos en el movimiento psicoanalítico puesto que no sólo existe una pragmática sino una política de los mismos. Aquí, en la Escuela de la APA, se nombra como uno de los "conceptos fundamentales" a la contratransferencia. Sólo con esta frase, tenemos ubicado el marco de la dificultad. Allí donde Freud la

¹⁶³ Langer, M.: "La interpretación basada en la vivencia contratransferencial de conexión-desconexión con el analizado", (1957).

¹⁶⁴ Langer, M.: "La interpretación...", op. cit., pág. 151.

¹⁶⁵ Cesio, F.: "Contratransferencia. Interpretación transferencial y contratransferencial", (1970), 201.

¹⁶³ Lacan, J.: "La dirección de la cura...", op. cit., pág. 565.

¹⁶⁴ Ídem anterior.

había localizado como resistencia del analista a vencer, su vencimiento como condición *sine qua non* (1910), aquí deviene en concepto fundamental (1970). Luego, haciendo historia, dice Cesio que es en la APA donde este concepto alcanzó la mayor conceptualización, elaboración y aplicación. Retomo la lectura del trabajo:

*"Desde entonces y por cerca de cuarenta años nada se investigó sobre el tema".*¹⁶⁸

Vean la lectura que hace un colega de la IPA en 1970. Prosigue:

*"En 1948, Racker presentó entre nosotros su trabajo 'Las neurosis de contratrtransferencia', en el que desarrolla los puntos fundamentales de la teoría de la contratrtransferencia... En 1950 aparece el trabajo de Heimann, 'La contratrtransferencia'. En él, hace una exposición general que comprende un enfoque semejante al de Racker(...) De todas maneras, durante la década del 50, en la Asociación Psicoanalítica Argentina, un número cada vez mayor de analistas seguíamos las ideas de Racker, llegando a constituir al que supongo el grupo que más se ocupó en investigar y aplicar estas ideas. La contratrtransferencia pasó a ocupar así un lugar prominente en la formación psicoanalítica en Buenos Aires y el concepto quedó entre los básicos del psicoanálisis. Su estudio se incorporó en los planes de enseñanza del Instituto y el libro de Racker pasó a ser el texto".*¹⁶⁹

Vemos aquí el intento de situar un concepto como fundamental y, en el mismo movimiento, localizar a la Escuela Argentina de Psicoanálisis perteneciente a la IPA como la pionera en el uso de la contratrtransferencia. Notemos cómo se fundamenta un término con la suspicacia de una política que lo eleva a la categoría de "concepto fundamental". Pero, ¿cuál era la necesidad de ese simposio de 1970?

"Las discusiones que tuvieron lugar en el presente simposio nos mostraron la diversidad de maneras en que es entendida y nos planteó el problema que existe entre la formulación teórica -con la que parecíamos estar

*de acuerdo la mayor parte de los analistas- y su aplicación en el tratamiento de los pacientes. Es aquí donde aparecen las mayores diferencias".*¹⁷⁰

¿Ven cuál es el problema? El problema que hace al psicoanálisis está situado en la hiancia entre la teoría y la práctica -como lo ha localizado J. Lacan y destacado J.-A. Miller. ¿Cómo se hace para elaborar teóricamente la experiencia analítica? ¿Cómo, para intentar reabsorber lo que sea posible de la experiencia, de la práctica en la teoría?

Este es el problema mayor que nos acucia como causa de lo que decimos cuando enseñamos: ¿cómo se hace para transmitir lo que se hace en un análisis?

Nuestra hipótesis es que existe un agujero entre teoría y práctica y que hay que hacer algo para lograr establecer un puente, para hacer pasar algo, para transmitir algo de lo que el hueso real de la experiencia da cuenta.

Intervención:

Freud decía que es como el juego del ajedrez: uno puede definir el comienzo y el cierre pero el recorrido es, justamente, lo complicado.

E.S.: Exacto. Freud realiza una comparación con el modelo del juego del ajedrez. Sobre éste se puede saber e investigar -hay estudios absolutamente detallados- acerca de los inicios y de los finales, pero no respecto de lo que sucede en el medio: esto no puede formalizarse, no puede reabsorberse en la teoría; y ello ocurre más allá de cualquier caso, de la singularidad de cada caso como tal: pero no puede pasar a la teoría.

¿Cuántos casos de la casuística -incluso de los que solemos esbozar entre nosotros, no sólo miremos a la vereda de enfrente- aportan algo a la doctrina? Ésta es toda una dificultad. Porque debemos advertir el empleo que se hace del caso, pero no menos el que de la teoría se hace con el caso: por ejemplo, no es inusual que se tomen los conceptos de la teoría para disfrazar un caso de

¹⁶⁸ *Ídem* anterior.

¹⁶⁹ *Ídem* anterior

"lacaniano" introduciendo una jerga apropiada; es decir, para que tenga una envoltura formal que guste a la "parroquia", es decir, a nosotros mismos.

Me parece que tomar por este sesgo lo inaprehensible de la hiancia entre teoría y práctica analítica es lo que nos permite avanzar en lo sinuoso del camino -sabiendo que hay algo de lo real de la experiencia que no puede pasar a la teoría y que, sin embargo, hay que intentar -una vez más- dar el salto.

Intervención:

-El testimonio del pase intenta dar cuenta de lo que se puede extraer hacia el final de la experiencia en consonancia con lo que había al inicio.

E.S.: Sí, es cierto. Además -y sobre todo- se trata de dar cuenta del saldo analítico que es -nada más y nada menos- la transformación producida en el analizado por la operación analítica.

Pero volvamos a nuestro texto, retornemos a los años 70. Allí parecerían estar todos de acuerdo en lo que teorizaban -o en cómo lo hacían. Hoy, treinta años después, ya no es tan así porque existe un eclecticismo generalizado en las teorizaciones por parte de la APA, coexisten distintas perspectivas -algunas de ellas opuestas- y todas ellas se aceptan. Hace treinta años, había mayor acuerdo conceptual, más homogeneidad en las formulaciones teóricas y estaban de acuerdo. Como decía recientemente Miller, ayer ellos -la IPA- eran la ortodoxia, ¡ahora lo somos nosotros!

Intervención:

-También puede ser una paradoja. Escuchaba el consenso, la doctrina, la parroquia... como cuestiones casi religiosas que dependen de la honestidad de cada uno, del trabajo, de tomar a Lacan como un personaje importante, como una figura que realmente posibilitó que el psicoanálisis estuviera vigente hasta hoy. Pero hay también, a veces, mucho sometimiento y poca invención. Si se pudiera respetar y dar lugar a cada uno. No sé hasta qué punto las mismas comunidades analíticas dan ese espacio. Es filosófico el tema.

E.S.: La transmisión es un problema crucial para el psicoanálisis y eso es la apuesta que afrontamos con nuestra Escuela (que no es otra que la Escuela de Lacan), y también es el compromiso que asumimos en la enseñanza. Es a partir de que el matema S(A) puede ser el matema de la enseñanza que se puede intentar transmitir desde ahí aceptando que existe un agujero entre la teoría y la práctica.

Se tratará de cercar esa hiancia del mejor modo posible y de hacerle a la teoría dar sus razones -con los conceptos- sobre el modo de pensar la experiencia.

La manera que Lacan inventó es la que ustedes situaban: el dispositivo del pase. Éste es un dispositivo, es uno, es el mejor que tenemos, el que tiene la oportunidad de demostrar que es eficiente en hacer saber a la comunidad, a la opinión esclarecida -y a quien quiera enterarse- que la experiencia psicoanalítica no sólo tiene eficacia terapéutica sino que, además, produce modificaciones permanentes en la subjetividad en aquel que entró como entrevistado, luego "trabajó" de analizante y que a la salida, y en ciertas condiciones, se habrá podido nombrar "psicoanalista".

Sobre la enseñanza, la cuestión es -también- cómo se respeta este significado de la falta en el Otro. Si bien esto es esencial para el analista en función, lo es también para el enseñante en función pero estoy absolutamente preocupado por lo que digo.

¿Cómo -volver a- enseñar lo que nos enseñó la lectura de Freud, de Lacan, de Miller... y de otras referencias que tenemos sin repetir lo mismo que ellos han dicho, que han escrito? Es un problema. ¿Qué hace la institución al respecto? Alguien podría decir: "Ahí están viendo la paja en el ojo ajeno para no ver la viga en el propio". Refrán interesante pues, me parece, es la mejor manera de pensar contra sí mismo; es una buena posición para combatir, criticar en acto y en uno mismo -también- la infatuación analítica.

Teóricamente, podemos estar de acuerdo y repetir lo mismo, pero el problema es cómo aplicamos los conceptos, qué hacemos cuando analizamos con lo que decimos. Ese problema permanece siempre abierto, y es la responsabilidad de cada cual que ocupa el lugar de la transmisión y/o de la enseñanza dar su respuesta. Lo que la Escuela de Lacan y su Instituto nos permiten a través de sus

procedimientos es poner a prueba si estamos -o no- a su altura.

Ahora prosigamos con el texto al que hacíamos referencia. Decíamos que habían transcurrido dos décadas desde la implementación de un término -contratransferencia- con el que se intentaba garantizar la hegemonía de una política internacional. Ahora era el momento de poner la casa en orden. El Dr. Cesio lo decía de la siguiente manera:

*"Vamos ahora a desarrollar los conceptos fundamentales acerca de la contratransferencia..."*¹⁷¹

Y refiriéndose al caso Dora, leyéndolo desde las identificaciones de ella con su padre plantea:

*"Este juego de identificaciones significa que en la contratransferencia el analista establece una compleja relación de objeto con su paciente".*¹⁷²

Tenemos ya una dificultad para leer esta frase. Ustedes recordarán que durante 1957 y 1958 - contemporáneo del artículo de la Dra. Langer y trece años antes del texto del Dr. Cesio-, el Dr. Lacan dedicó uno de sus Seminarios a las relaciones de objeto freudianas. Pero aquí, el caso es que las relaciones de objeto son las del analista con el paciente. Veamos su aplicación:

*"...siguiendo con el mismo ejemplo inferimos que Freud tiene una intensa relación inconsciente con Dora, la que en parte se manifiesta en actos..."*¹⁷³

El autor, ¿a partir de qué habrá de dictaminar esta "intensa relación inconsciente"? En principio, se trata de una inferencia -lo dice él- que realiza a partir de la vivencia contratransferencial. Pero, puntualmente, ¿a partir de qué lo hace?

*"...el fumar de Freud expresa su identificación con el señor K..."*¹⁷⁴

¹⁷¹ Ídem anterior.

¹⁷² Cesio, F.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 203.

¹⁷³ Ídem anterior.

¹⁷⁴ Ídem anterior.

¿Como si Freud se hubiera puesto a fumar a partir de 1905, a partir del caso Dora! Observamos un deslizamiento como tentativa de localizar, en Freud, sus vivencias contratransferenciales determinantes de su relación de objeto con Dora. Se está pensando la una desde estas vivencias contratransferenciales.

Prosigue:

*"Estas identificaciones y las consiguientes relaciones de objeto, siempre presentes, configuran los fundamentos de la contratransferencia; y, cuánto más básicas, son más inconscientes y más determinantes de la posición técnica del terapeuta. La contratransferencia pasa a ser así el vehículo de las resistencias en el análisis, y también es allí donde buscamos conocer lo más resistido e inconsciente..."*¹⁷⁵

Pregunta:

¿De quién son las resistencias?

L.S.: En efecto. Partiendo de este concepto de contratransferencia, podemos interrogarnos, ¿quién se analiza hoy? Desde esta lectura, parecería que es Freud, como analista, quien tendría la oportunidad de reconocer, desde esa identificación, un modo de gozar.

Pregunta:

¿De Dora?

L.S.: De él, de Freud mismo, no de Dora. Por eso con Freud descubríamos el valor resistencial del concepto de contratransferencia, pero a partir de Racker descubrimos una inversión en el concepto mismo del análisis. Si la contratransferencia indica la resistencia del analista, su implementación técnica conduce al análisis del analista por intermedio del análisis del paciente. Ésta es la verdadera paradoja y el epicentro de este concepto y de la efectividad de su empleo.

Recordemos lo que decía J. Lacan al respecto en "La dirección de la cura...", cuando situaba su impropiedad conceptual (pues se trataba de una reeducación emocional del paciente). Casi comen-

Cesio, F.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 204.

tando el mismo párrafo, J.-A. Miller dice:

"Toda la teoría de la contratransferencia no hace más que comentar que los análisis en los que se opera como analista son sólo la continuación del propio análisis por otros medios. La condición de Saber adquirida por el Otro supone que el analista, por su parte, tenga a su cuenta de Saber en lo que concierne a su ser de sujeto. De lo contrario, es preciso que retome su análisis..."¹⁷⁶

Prosigo con el artículo del Dr. Cesio:

"De la misma manera, en nuestro trabajo cotidiano, a través de la investigación de 'nuestros sueños', es decir, de las representaciones que nos hablan de nuestras identificaciones y relaciones de objeto en función de nuestros pacientes dentro de la situación analítica, es como podemos conocer, también, lo inconsciente del paciente e interpretarlo. El análisis de la contratransferencia, que aparece aquí como el "material" más resistido, resulta, como los sueños, la vía regia para conocer el inconsciente..."¹⁷⁷

¿Ven el galimatías que está aquí en juego? ¿Cómo la arcilla con la que se amasa la situación analítica de la relación dual de objeto tiene la misma substancia en uno que en otro?

Pregunta:

—¿De quién se está hablando ahí? ¿Del analista o del paciente?

E.S.: Sí, es acertada la pregunta. La respuesta está en lo que sigue:

"Agregamos que, siempre en la situación analítica, las representaciones que percibe el terapeuta están estrechamente enlazadas a las del paciente..."¹⁷⁸

Es éste el principio necesario para fundamentar la operatividad

¹⁷⁶ Miller, J.-A.: "El seminario inexistente", *De la naturaleza...*, op. cit.

¹⁷⁷ Cesio, F.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 204.

¹⁷⁸ Cesio, F.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 205.

de la contratransferencia. ¿Cuál? Es muy simple: se supone una ligazón entre las representaciones del analizante y las del analista. Pues esto lo que siempre se supone, el analista es dueño y señor del quehacer psicoanalítico y no podría equivocarse.

El artículo del Dr. Cesio finaliza con una referencia a la *regla de abstinencia* (sin decir nada más acerca de ella) luego de haber reconocido la falta de una *definida conceptualización en el proceso transferencial contratransferencial*:

"No me extiendo más sobre este punto pues, pese a su importancia, falta aún una más definida conceptualización sobre su significado el proceso transferencial-contratransferencial".¹⁷⁹

Al homologar el concepto de *transferencia* con el de *contratransferencia*, queda homologado el concepto de *asociación libre* al de *atención flotante*, para instituir así la Gestalt de la *pareja analítica*, cerrada sobre sí misma y que ha sido conceptualizada por Cesio desde las relaciones de objeto analista-analizado.

La *atención flotante* (que al analista corresponde dar cumplimiento) es identificada con la *asociación libre* (que al paciente corresponde dar cumplimiento), ergo ya no se sabe ni quién conoce, ni qué representaciones 'inconscientes' corresponden a cada quien. Noten que la interpretación situacional "aquí-ahora-conmigo" apunta a satisfacer este mismo principio. ¿Cómo diferenciar, entonces, "analista" de "paciente"? Allí surge la regla de abstinencia impuesta al analista: él es quien debe abstenerse. Es, diremos, una definición ajustada —es decir, apurada— de "analista": el que debe abstenerse.

Pensaba en un caso que leí en ese mismo volumen. Un paciente mencionaba un viaje que iba a realizar al exterior en el cual cumplía con el ideal de viaje del analista; era éste quien quería ir a ese lugar y el paciente —anticipándose— dice: "Voy a ir a un lugar en el verano". La interpretación no se deja esperar: se trata de la envidia del paciente... aunque se infiere del caso que éste no tenía ni idea de que su analista quería viajar a ese lugar en los próximos meses. Pero la interpretación en función de la envidia permite que

¹⁷⁹ Cesio, F.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 206.

comiencen a "volar" pechos: pechos malos, envenenados -los que continúan siendo aún hoy el comedero para ciertos sectores, incluso en algunos casos no alejados de nuestra parroquia.

Por supuesto, esto no implica que no haya equivalentes de "pecho bueno" y de "pecho malo" en nuestra teorización: Lacan reconocía a Melanie Klein haber anticipado el lugar del analista como objeto a partir de su tratamiento del objeto parcial freudiano. No se trata de que el analista no ocupe en determinado momento de la cura para su paciente un lugar, por ejemplo, de objeto oral rechazado -lo que se designaría como "pecho malo". Lo que sucede es que el concepto de objeto se ha banalizado por cierto empleo en la experiencia analítica, ya que en ella se han autorizado demasiados colegas para finalizar reduciendo el funcionamiento de todo un análisis al intercambio de objetos parciales entre analista y paciente en el "aquí-ahora-conmigo". Y ello produjo un paisaje analítico imaginarizado a partir de proyecciones e introyecciones de objetos entre dos personas: unos que incorporan al modo oral, anal o fálico; los otros que rechazan según esos modos. Se ha fantasmaticado de esa forma la experiencia analítica.

Para nosotros se trata de estar advertidos de cuál es el lugar que se ocupa cuando se analiza. No creamos que todo el mal proviene del Otro, catálogo esencial que todo buen neurótico debe conocer: suponer que el Otro es el causante de todas nuestras desdichas. Con la retórica lacaniana se pueden hacer también este tipo de interpretaciones, no se trata sólo de leer críticamente al otro psicoanálisis.

Estoy situando un problema estructural -vuelvo sobre ello- ubicado por Freud, por Lacan y resaltado por Miller que hace a un obstáculo de la práctica misma del psicoanálisis. ¿Hacia dónde puede conducir una práctica analítica mal encaminada, si el analista "se la cree" y se viste con los semblantes del Nombre del Padre de SSS?

Freud ya advertía al analista que sin haber atravesado el complejo paterno, él queda adherido a las resistencias contratransferenciales y guiará sus análisis desde esa posición pudiendo, por ejemplo -valga por caso- tomar de hijo a su paciente.

Volvamos a nuestro texto. Resulta interesante que el concepto

de la regla de abstinencia no haya sido allí elaborado, porque el problema es, entonces, cómo salir de la imaginarización, de la efectuación del análisis en el registro imaginario, en el eje *a-a'* del esquema *Lambda*. Si la producción inconsciente del paciente es retomada por el analista porque supone la comunicación de inconsciente a inconsciente pero, además, porque supone existe algo de sus representaciones que pueden servirle a él para dar cuenta, por ejemplo, de un goce oculto en su propia identificación -la del analista-, ¿cómo se sale del espejo entre yo-tú?

Intervenciones:

Con un *acting*.

Con la identificación.

Con la huída de ese análisis.

E.S.: ¿Cómo se sale de la agresividad que se desencadena en esas condiciones? Porque, ¿cuál es la herramienta que tiene el paciente para rechazar esa resistencia del analista avanzando con la contratransferencia? ¿Cómo hace el paciente para decir: "No. Mire, este viaje yo lo había decidido antes de saber que usted iba a ir"?

A veces deja de callar y se lo dice. Pero de nuevo recibe otra interpretación: "Lo que usted quiere ahora es..." Vean que hay un relanzar el análisis *ad infinitum*, vía la significación -también- *ad infinitum* encerrándolo cada vez más en la pareja dual. ¿Cómo salir de esto y evitar -problema que tiene el analista así posicionado- el retorno de lo inferido en la reciprocidad del juego de proyecciones e introyecciones?

En comentarios al trabajo del Dr. Cesio, encontramos algunas respuestas, por ejemplo, la del Dr. Juan Carlos Marotta:

"Dado que hacemos transferencias mutuas con el paciente, el mantenimiento del rol de interpretadores del fenómeno transferencia-contratransferencia es lo que nos evita estar en el mismo plano que el paciente y permite mantener la operatividad de la asimetría".¹⁸⁰

En Cesio, E.: "Contratransferencia...", op. cit., pág. 210.

Es decir, el vínculo que se busca en el análisis es la asimetría. ¿Cómo instalarla? Aquí, en el empaste que se produce entre uno y otro no se sabe quién soñó qué cosa, para quién lo soñó. Si el sueño de alguien -del paciente- puede aclarar un aspecto oculto -¡del analista!- ¿cómo instalar la asimetría?

Intervención:

-Que la salida sea la interpretación, o el interpretador, es imposible porque, ¿desde dónde se interpreta?

E.S.: Interpretar en esas condiciones para encontrar la buena salida parecería imposible, porque el interpretante -el analista- está en posición analizante, está en el lugar del paciente. Ahora, en la práctica no sólo es posible sino que es el punto al que quería llegar.

Es el problema con el rol de interpretador, el analista se coloca consustanciándose en el lugar del Otro del Otro que sabe e inyecta la interpretación explicativa para aplastar el saber no sabido del inconsciente. El análisis hasta ese momento se había aplanado en el eje imaginario: "yo o tú". Al respecto, ¿por qué se teorizaba tanto en esa época -no sólo en la APA- la agresividad, la tensión agresiva?

Intervención:

-Porque había mucha... Yo fui paciente de un analista -que se decía- kleiniano y padecí ese tipo de intervenciones.

E.S.: Era un problema clínico notable; ese tipo de intervenciones van en contra de la subjetividad, de la singularidad del analizante.

Al confundirlo todo, lo que hacen es llevar al paciente a la resistencia noble -vamos a decirlo así-, resistir a que su singularidad sea aplastada: "No es eso lo que me pasa, doctor..." O, "Yo no dije eso. Eso nada tiene que ver conmigo..."

Insisto en que esto no vale sólo "allá lejos y hace tiempo". Creo que es un principio que cada analista debería tener como regla de oro: *pensar en contra de sí mismo* cuando analiza.

La cuestión está situada con precisión: el saber interpretativo es

un forzamiento, el interpretador cumple esa función de forzamiento en un último intento de pacificar, asimétricamente, la simetría producida de un modo "natural", como consecuencia de este tipo de "encuadre". El eje simbólico ha sido aplastado: entonces, es tú o yo, esta es la tensión narcisística.

J. Lacan ya lo decía en sus primeros Seminarios: *las resistencias del analista*, frase muy fuerte que tiende a ubicar los problemas clínicos suscitados por el empleo de la contratransferencia. Así, lo que se encubre y se muestra es la posición de infatuación del analista, actuando con su subjetividad y sustrayéndosela al paciente.

Pero cinco años después, en 1975, en la IPA, la brecha *teoría-práctica* continuaba abierta. El manejo técnico de la *contratransferencia* no lograba transformarse en la *vía regia* de acceso a lo inconsciente. El 'Otro pacificador', que el analista intentaba introducir por la interpretación asimétrica, resultaba insuficiente para reinstalar, de una buena vez por todas, el concepto de contratransferencia como concepto fundamental.

Ustedes conocen a Serge Leclaire, prestigioso analista de la Escuela Freudiana de París. En 1975, fue invitado a Buenos Aires para ofrecer varios seminarios y conferencias en la APA. Localicemos un episodio que adquiere valor de acontecimiento, el cual tuvo lugar durante la primera conferencia el tres de noviembre de ese año. Luego de la presentación, se suceden las intervenciones de los miembros de la APA. Uno de ellos realiza la siguiente intervención:

"¿Qué es lo nuevo que nos trae el Profesor Leclaire? Por un lado parecería ser el concepto jerarquizado de contratransferencia que parecería que es el punto en que converge toda esta problemática clínica señalada por el Prof. Leclaire. En nuestro país, la escuela dedicada a la profundización del concepto de contratransferencia, basada en los trabajos originales de Racker, ha sido muy rica en su productividad. Desearía preguntarle qué entiende, Profesor Leclaire por contratransferencia y qué instrumentación hace usted en la clínica, de la contratransferencia".¹⁸¹

¹⁸¹ Leclaire, S.: *Conferencias y Seminarios*; Primera Conferencia: "La tentación de Freud", pág. 8.

Ven cómo retorna la cuestión. La respuesta de Leclaire no se hace esperar:

"No soy partidario de la utilización del término de contratransferencia".¹⁸²

Se lo había invitado para validar el concepto de contratransferencia, se le pregunta acerca de lo que piensa sobre este y él responde:

"Pienso que lo que se describe como la transferencia se origina en una situación creada por nosotros y creo que lo nuevo que traigo consiste en la formulación de la necesidad de tomar en cuenta la apuesta inicial que es la nuestra".¹⁸³

Su respuesta sella -¿definitivamente?- el destino de un término que pretendía, al advenir como concepto fundamental, hegemonizar una política en torno de él.

Lacan, excomulgado de la IPA en 1964, es reintroducido en nuestro país, diez años después, por su representante. Leclaire; fíjense, se lo invita para no invitar a Lacan y para extraerle la validación de ese concepto como fundamental. La cuestión es a quiénes incluye Leclaire cuando dice "la apuesta inicial que es la nuestra".

Intervenciones:

-A todo psicoanalista freudiano.

-Me parece que apela a los psicoanalistas después de Freud y remitidos a él.

E.S.: Sí pero, al mismo tiempo, se incluye y los incluye en ese mismo conjunto. De acuerdo: a todo practicante del psicoanálisis, pero "la apuesta inicial que es la nuestra" no es la contratransferencia, es la transferencia de Freud. Y lo que está ahí dicho entre líneas -al menos así lo leo- es la transferencia a Freud. ¿Qué paso con la transferencia a Freud que en su nombre, se ha transformado de tal

manera el concepto que acaba incluyendo la función de resistencia al mismo? Pues, si se dijera que con el término contratransferencia vamos a llamar -como lo hizo Freud- a las resistencias del analista cuya condición, una vez localizadas, es su vencimiento, podríamos aceptarlo. Pero si se utiliza la "vivencia contratransferencial" como el indicador para analizar, como la *via regia* de acceso al inconsciente, se invierte el fundamento de la práctica misma.

Me parece que ahora podemos entender mejor la contratransferencia en el Nombre del Padre, con todo lo religioso que hay allí en juego pero -también- con todo lo relativo al dominio que allí se instala para resistir a la función analítica obturando esa hiancia estructural entre teoría y práctica. De este modo, sobre todo, se obtura la falta de saber estructural que da cuenta de la equivocación esencial del SSS en la teoría.

Volvamos a esos tres matemas con los que J.-A. Miller sitúa una contratificación jerárquica:

$$\begin{array}{c} \text{NP} \\ \hline \text{SSS} \\ \hline \text{S (A)} \end{array}$$

Pero la leeremos ahora descompuesta en sus términos.

En la base tenemos S (A), que podemos leer como la falta de saber, condición necesaria de un análisis que impone respetar lo no-sabido que constituye a lo inconsciente. Sobre ese matema coloca el del SSS, también condición necesaria de un análisis que "se aprovecha" de la equivocación lingüística e insta, de un modo estructural la "estafa analítica", la equivocación del SSS.

Hasta aquí, tendríamos:

$$\begin{array}{c} \text{SSS} \\ \hline \text{S (A)} \end{array}$$

lo que llamaremos -es una hipótesis alternativa, provisoria- el matema analítico".

Pero creo que para que se instale la infatuación analítica a la que Miller hace referencia, hace falta el tercer elemento que se sitúa en

¹⁸² *Idem* anterior.

¹⁸³ *Idem* anterior.

el piso superior: el NP -es decir que el analista agrega a la suposición de sujeto y de saber que determina la dimensión inconsciente, el saber consistente de la substancia del padre que obtura dicha hiancia.

Recordemos que ya estaban en 1910, en Freud, los hilos para evitar este traspíe: resistencia, complejo del padre a vencer y, eliminación de la contratransferencia. Y si digo "los hilos" es porque -como dijo alguna vez Serge Cottet- *Freud no siempre fue freudiano* y habitualmente solía intervenir en los análisis desde el lugar del padre. Es lo no-analizado en Freud que sitúa Lacan.

Intervención:

-Me parece interesante cómo en este matema, aunque el Nombre del Padre esté en el lugar del SSS, aún así, el S (A) está debajo, y por ello hacen falta toda una serie de dispositivos extras, llámense análisis didáctico, análisis personal del analista reglado en x cantidad de veces por semana y demás...

E.S.: Efectivamente, esos dispositivos son una consecuencia de la falta del Otro, la construcción de esos dispositivos para hacer funcionar el análisis lo son. Usted habla de un tema espinoso: las garantías. Siempre se le piden al Otro garantías sobre el destino del Uno; pero cuando se descubre la falta del Otro y con ello la falta de garantías hay que crear dispositivos para asegurar las acciones humanas. Cuando se descubre la falta de procedimientos naturales para asegurar un efecto deseado, no hay más garantías que el Otro pueda dispensarles.

Por ello, otra forma de leer el matema S (A) que nos ofrece Lacan es: no hay garantías; es decir, no hay Otro del Otro, lo que conduce a concluir en el carácter de semblante del Padre-Todopoderoso, aquél que defiende a los hombres de lo real de su goce. Por eso el analista sostiene la apuesta del psicoanálisis y -podríamos decir que- hasta se aprovecha de la estafa del Dios-Padre, pero a condición de interpretar en el sujeto los efectos de la *equivocación del SSS* que aquella estafa sostenía.

Por eso, la escritura de este matema nos permite recordar que la jerarquía del saber, la pirámide significativa del saber se estruc-

tura sobre la base de una falta original; y que sólo por una serie de artificios -de juegos del lenguaje- se construye algo a partir de aquello que no hay. Esto podemos decirlo en otros términos: la inexistencia de la relación sexual -aquello que no hay- funda la existencia del goce sexual -que sí existe- determinado por aquella inexistencia. Los Dioses, los Padres, organizan la desarmonía del mundo por el saber que se les supone, por la autoridad que se les supone.

La acción analítica responde a esa misma desarmonía pero la trata de un modo diferente, lo hace a partir de lo singular de los síntomas de quienes acuden al analista. Los analistas con su práctica han construido otra autoridad, ya no por intentar resguardar el secreto del Dios-Padre, causa de la equivocación del SSS, sino para encausar el trayecto de cada analizante más allá de cada Otro al que cada Uno se halle alienado.

8 de octubre de 2002

XIII

EL TRABAJO DE LAS ENTREVISTAS PRELIMINARES

Dedicaremos esta clase, nuevamente a la presentación de un caso clínico. La invitada es, en esta oportunidad, Roxana Cozza. A ella le cedo la palabra.

Roxana Cozza: Agradezco la oportunidad que me brinda Ernesto Hinatra para presentar en este espacio.

Comenzaré con el caso.

Una joven adolescente consulta derivada por un médico clínico a causa de sus fuertes dolores en una pierna los cuales, luego de varios estudios diagnósticos, no evidenciaban provenir de ningún desorden orgánico.

En su primera entrevista se presenta como "tímida", "callada" y hace explícita su dificultad para hablar de lo que siente, de lo que le pasa, agregando que se trata de modos que los demás tienen de referirse a ella y que son ciertos: "Soy muy cerrada, me guardo las cosas. No hablo... estoy mal". En esta primera entrevista y bajo un clima de intensa angustia se ubica la muerte de una amiga -acaecida ocho meses atrás- como desencadenante del cuadro presente: angustia, llanto frecuente, falta de deseo para hacer sus tareas, para participar de una actividad que implica el cuerpo -espacio muy satisfactorio y vinculado al placer para ella- o salir de su casa a divertirse. También manifiesta dificultades en la convivencia con el actual marido de su madre, sintiéndose incómoda en su propia casa. Localiza el inicio de este malestar dos años atrás cuando su madre -recientemente separada de su segundo marido- decide unirse a otro hombre definido por ella como un personaje de autoridad. De él dirá que es el modo en que su madre acepta sus reclamos y exigencias, lo que le molesta. Añade que ella ha sido siempre muy caprichosa, que nunca le han puesto demasiados límites y

que con él se hace lo que él quiere, apoyado por su madre.

Expresa el deseo de que él se vaya así como el anhelo de tener a su madre sólo para ella y su hermana mayor. Luego, ya avanzado el trabajo de las entrevistas, extenderá su molestia a la idea de un hombre con su madre, imaginando la idílica situación de quedar sólo mujeres. Junto a estas quejas, el intenso dolor de pierna que no calma y la limita en sus actividades.

Volviendo a la primera entrevista, lo que la angustiaba era lo insoportable del recuerdo permanente de su amiga y del accidente, así como la dificultad de continuar la vida luego de lo ocurrido: "No creo poder resistirlo, la recuerdo todo el tiempo... Ahora nos vamos de viaje con el grupo; ella iba a venir también... No va a ser lo mismo, ella no va a estar. No sé si voy a poder seguir adelante". Cabe destacar que si bien el accidente le había sucedido a una joven cercana a la consultante, no era una de sus amigas íntimas.

Al invitarla a hablar de su amiga H., dirá: "Ella siempre se reía, nos divertía a todos... Era alegre, organizaba cosas para hacernos reír, era muy divertida". Advirtiendo cierto exceso en esta figuración de ese Otro sin falla, introduje una intervención tendiente a agujerearlo a fin de disminuir la intensa angustia que acompañaba el relato: "Bueno, habrá que ver si ella estaba *siempre* tan alegre. Tal vez lloraba o se entristecía cuando estaba sola..." El efecto producido por esta intervención fue la disminución de la angustia.

Accidente: ¿se cayó o se tiró?

El accidente fue reconstruido paulatinamente con los recuerdos que, poco a poco, iban apareciendo: en un paseo con amigos les pareció divertido circular con el vehículo marcha atrás. La paciente y su amiga H. iban en la parte trasera del vehículo. Ante la inminencia de la maniobra, H. es presa de un intenso temor: "ella tenía miedo y yo le dije agarrate de mi mano, no te va a pasar nada... Ella tenía mucho miedo y se soltó... Se cayó del vehículo..."

A partir de aquí se desarrolla el siguiente diálogo durante la entrevista que comienza con una interrogación que formulo:

-¿Se cayó?

-Sí, se soltó de mi mano y saltó...

-Ella, ¿saltó o se cayó?

-No sé por qué digo se cayó si no fue así. Saltó porque quiso bajarse. Yo, al principio, me culpé diciendo que la había soltado. Yo había que no había sido así: ella me había soltado a mí. Pero igual me sentí culpable. Una amiga se enojó conmigo por lo que yo pensaba, me dijo que no era mi culpa. Yo sé que no, pero...

-Es curioso que te sintieras culpable de algo que no hiciste. ¿Culpable de qué serías?

-No sé por qué me pasó eso... ¿por qué "culpable"?

Sólo en entrevistas posteriores se desprenderá una pregunta acerca de la decisión de su amiga que no había podido formularse pero que ya estaba presente: "Si quería bajarse, ¿por qué lo hizo para atrás si íbamos marcha atrás?"

Analista: "Es verdad lo que decís, ¿que habrá querido hacer? ¿Qué le habrá pasado?" Este recorrido ha sido producto de un trabajo arduo de realizar tanto para la consultante como para la practicante. La dificultad para hablar que había enunciado se ponía de manifiesto en largos silencios; la angustia era intensa y la elucidación de una verdad se producía para ser luego rechazada nuevamente.

Quisiera agregar que problemas ajenos a la decisión de la paciente y a mí hacían que las entrevistas, inevitablemente, tuvieran que espaciarse quincenalmente. El manejo de los tiempos de intervención fue un punto en cuestión para quien conducía la cura.

El dolor de pierna: una interrogación

Primer momento: el dolor aparece, desde el principio, en relación a la muerte de la amiga pero esta conexión no generaba interrogación alguna. La causa parecería estar ubicada en el estado nervioso que la aquejaba, sin referir a ninguna otra significación.

Segundo momento: a partir de una serie de recuerdos y producciones oníricas -de las cuales seleccionaré sólo algunas- se van recortando múltiples determinaciones significantes a este dolor que la acerca a la consulta:

Un sueño: "H. estaba con nosotros en un micro. Estaba viva, la veía bien, contenta, pero hacía el mismo gesto que hago yo cuando me duele la pierna".

"Ahora recuerdo algo que me contó otra amiga: H. estaba tira-

da en el suelo, en la misma posición que yo hago cuando me duele, con la mano en la pierna. Yo no lo recuerdo, aunque sé que la *tuve* que haber visto"

"Ahora recuerdo algo más: me dijeron que ella tenía el cuello quebrado. Al otro día de ese comentario, yo no podía más del dolor de cuello y de cabeza". Sanciono interrumpiendo aquí la entrevista ante su sonrisa avergonzada.

Se suceden una serie de situaciones que le producen temor: sus amigas comienzan a encontrar parecidos -entre ella y H.- que se ubican con precisión en ciertas partes del cuerpo: "Una compañera me agarró la mano y no me la soltaba. Decía que era suave, le hacía acordar a la de H." En otra escena similar: "Yo me sentía rara, incómoda, me daba miedo... Esos parecidos, los sueños, el dolor de pierna..." Dada la angustia que esas situaciones producían y su dificultad para poner un límite, intervengo con una interdicción: "Eso no hay que permitirlo, se la puede recordar pero no prestar el cuerpo a esto".

Tercer momento: el dolor de pierna cedía y recrudecía alternativamente, pero del trabajo que se iba realizando comenzaba a constituirse una interrogación que la comprometía subjetivamente. Ubicará allí un mensaje a descifrar, siendo los sueños, los hilos de Ariadna por los que se guiará.

En una entrevista se pregunta: "Mi cabeza está a mil, ¿qué me pasa? ¿Qué tiene que ver mi dolor de pierna con ella? ¿Qué me está pasando?"

Recorta una serie de cuatro sueños de los que, en las asociaciones, la sujeto aislará un rasgo común: "en todos, ella está viva, estoy contenta que esté viva, pero más que nada porque puedo sacarme una duda, quisiera preguntarle algo".

De un duelo a otro duelo: una sustitución

Conjuntamente con el trabajo sobre el duelo de la muerte de H. planteará otro tema que la inquieta: la lejanía de su padre al que ve sólo una vez a la semana o quincenalmente: "Yo quisiera verlo más. Él no viene ni llama para preguntar por mí. Soy yo la que va a su trabajo... De chica lo veíamos más".

Recordará varias escenas en las que su padre y hermana -a quien

ella consideraba la preferida de su padre- conversaban de cosas en las que ella no participaba: "Yo los miraba. Me encantaba ver cómo mi papá le hablaba. Ellos charlaban y a veces me mandaban a comprar algo, una excusa para que yo me vaya".

Un nuevo síntoma cobrará peso en estos momentos del trabajo: el miedo. "A veces tengo miedo de estar sola. Me parece que siento una respiración e imagino que es H. Siempre tuve miedo, me pasa cuando estoy sola".

Intervengo: "Como vos misma decís, esto no tiene que ver con la muerte de H. ya que te pasa desde antes.

¿Desde cuándo tenés estos miedos?"

El inicio de sus temores se ubica entre los 7 y 8 años, aunque cree que quizás eran anteriores y no los recuerda. Le pregunto acerca de su vida por esos años y hablará del nacimiento de su hermana menor, hija de su madre con su segundo marido: "Yo estaba celosa, iba a dejar de ser la más chiquita, la mimada, y eso no me gustaba". Comenta que su madre había perdido un embarazo anterior pero ella no había sentido celos en aquella oportunidad. Interrogo: "¿Qué raro! Estuviste celosa del segundo embarazo y no del primero: ¿qué diferencia había?"

-Es que para esa época se había muerto mi hermanita J. -primera hija mujer de su padre con su segunda esposa-, la recuerdo poco, murió a los pocos días de nacer por una enfermedad.

Este recuerdo localiza algo nuevo que hasta el momento había sido sustraído del trabajo analítico: confiesa recordar a esa hermana con mucha frecuencia desde la muerte de H. Lloro mucho, se angustia.

Intervengo: "Ya no se trata de H. sino de J."

Es entonces que trae el relato de la única vez que la tuvo en brazos, de su cuerpo pequeño, así como de la escena del entierro, el llanto del padre y su abrazo intentando consolarlo. En los días siguientes está muy angustiada, llora, piensa mucho en su "hermanita": "Pienso cómo hubiera sido, qué cara tendría, qué haríamos. Era mi hermana, y yo no la pude conocer... Era mi hermana y no pudo crecer con nosotras... Era mi hermana..." No puede continuar a causa del llanto. Interviene entonces: "Si, esa es exactamente la cuestión, es que era tu hermana. ¡Era tu hermana! Ese es el punto

de dolor."

Es a partir de haberse localizado esta sustitución, que el duelo por H. comenzará a transcurrir bajo otras coordenadas y se producen, para su sorpresa, otros cambios en su vida cotidiana: "Ahora ya no pienso tanto en H. Estoy triste pero ya no siento esa angustia de antes. En la escuela estoy mejor, ya no me exijo tanto, me enrosco menos, me lleva menos tiempo resolver las cosas. Antes si no hacía todo me ponía mal. Ahora hago como todos mis amigos, dejo alguna cosa sin hacer. O si no, la hago rápido en los recreos y charlo el resto del tiempo... Empecé a ir más seguido a las clases de la actividad corporal que había abandonado. Yo me inventaba cansancio o dolor de cabeza para no ir. Para mí esa actividad es algo especial. Me mejora, me hace bien, lo hago sólo porque me gusta".

Recordará un sueño que confirma la metaforización de H. por J. Donde debía estar J. había aparecido H.: "estábamos en una reunión. H. estaba viva y con nosotros. Lo extraño es que tenía piel de bebé y yo la agarraba a upa". Es interesante destacar que esta producción es anterior a la entrevista en la cual se ubica la sustitución amiga-hermana pero es recordado con posterioridad a ella.

Algunos puntos para discutir

Quisiera comentar un punto del desarrollo de este trabajo que considero crucial para la elucidación que se ha podido realizar. Luego de la primera entrevista, decido solicitar un control. El motivo era el temor a que la joven consultante estuviera en riesgo de suicidio y la conveniencia de intervenir, de algún modo, en relación al viaje que estaba pronto a realizarse. Esta intranquilidad me llevó al control producto del cual se produjeron dos efectos: un saldo de saber en relación al caso -la velada historia del movimiento suicida de la amiga de la consultante, no escuchado así durante la entrevista- y un segundo efecto -no menos importante que el anterior- que fue remitir un punto específico al trabajo de análisis de la practicante. En el trabajo en mi propio análisis se produjo otro saldo de saber sin el cual -podría asegurar- que la elucidación hasta aquí realizada no hubiera podido producirse.

Ambos productos del control que relaciono -pues no podría pensarse al uno sin el otro- me han permitido orientar la cura en la

dirección expuesta. Pongo a discusión el tema de la función del control en nuestra práctica y su valor desde las entrevistas preliminares, en contraposición con lo que hemos trabajado bajo el concepto de contratransferencia como uno de los pilares conceptuales de los pos-freudianos.

Propongo también debatir las siguientes preguntas:

Primero: en este caso, ¿ha habido entrada en análisis? Mi hipótesis es que se podría haber ubicado la entrada en lo que he llamado el tercer momento respecto del dolor de pierna. Estaban dadas las condiciones para esa entrada: el dolor podría pensarse como el significante de la transferencia, en tanto algo que le pasa, no sabe qué es, le resulta enigmático y lo dirige al analista como pregunta. Para abonar mi hipótesis propongo retomar el desarrollo de los tres momentos, los movimientos que se detectan y la producción de las entrevistas a partir de ese tercer momento la cual -vía la elaboración onírica, especialmente- dará como resultado la sustitución de H. por J. en el pasaje de un duelo a otro.

Segundo: si las condiciones hubieran estado dadas para la entrada, ¿qué consecuencias tendría el no haber sido sancionada?

Tercero: si en ese tercer momento no hubiera sido tiempo de dar entrada, ¿qué movimiento faltaba producirse? Propongo leer las intervenciones a la luz de este punto.

E.S.: En principio, es preciso agradecer a Roxana Cozza el caso presentado, no sólo en relación a la dirección de estas entrevistas, sino por haberlo ofrecido a nuestro trabajo aquí. Como habrán podido apreciar, esta presentación localiza cuestiones puntuales que hemos venido trabajando y que ahora trataremos desde el centro mismo de la experiencia analítica. Como ella misma plantea, hacia el final queda sedimentado -porque cuestionado- el término de *contratransferencia* ubicado en par con el de *control*, con el que la practicante del psicoanálisis nos dice que ha balanceado, tratado los efectos imaginarios de la misma.

También hay una cuestión crucial -en la que voy a detenerme- y es lo que Lacan llamó la *posición inhumana del analista*, lo que nos ubica respecto de por qué el psicoanálisis no es una técnica sino que se trata de una práctica cuyo valor es ético.

En el caso presentado se trata de que la practicante debe decidir, debe intervenir respecto de cuestiones que podrían poner en juego la vida misma de una persona. Hay una suposición de un riesgo mortal –por identificación, en este rasgo a una compañera de colegio– para esta persona que acude a una primera entrevista y eso es lo que la lleva a la practicante al control. Es decir, que ella no sabía exactamente si había –o no– una urgencia respecto de una persona que podía tener su vida en riesgo. ¿Cómo se sabe eso? No hay ningún libro que podría dar el saber suficiente para amortiguar el peso de la decisión que la analista debe tomar en casos así.

Voy a retomar la viñeta clínica para intentar extraer algunas consideraciones al respecto. En primer lugar, se trata de alguien que, a pesar de su edad, ha atravesado el discurso médico y ha hecho un agujero de saber en ese discurso ya que se le han hecho todo tipo de pruebas y estudios de última generación pero no han podido detectar la etiología de la enfermedad. Esta mujer es derivada al analista a partir de una falla en el saber médico, cosa que es habitual que acontezca –sobre todo en los hospitales.

El dolor de pierna, “no evidenciaba provenir de ningún desorden orgánico”, dice Roxana. Es decir, la falla del saber médico aparece como causa de la posibilidad de la entrada en el dispositivo analítico. Al mismo tiempo, tenemos otro problema que es la ubicación del síntoma, para diferenciarlo del síntoma médico. ¿Cómo localizar el síntoma? El dolor de pierna, ¿es el síntoma?

Intervención:

–De entrada, parecería un motivo de consulta, aunque después se sintomatiza en el momento en que ella empieza a preguntarse. No sé, sí... y no.

E.S.: Pero, y si no era el síntoma, ¿qué era? ¿Y si lo era? Es interesante plantear que no estamos hablando en términos tautológicos. El primer “síntoma”, el médico, para el que no hay respuesta es diferente del segundo “síntoma”, el analítico, que debe ser situado. Podríamos escribirlo así:

(síntoma) ≠ síntoma

Por eso, en un sentido son ciertas ambas respuestas: es un *síntoma* y no es un *síntoma*. En el momento en el que esta persona llega y “lo trae” como un signo médico –que sí lo ubica como un *síntoma*–, para nosotros, practicantes del psicoanálisis, tiene un valor de motivo de consulta, lo cual sería un síntoma entre paréntesis (*síntoma*). Le ponemos el paréntesis al síntoma médico, le damos un valor de signo y no de síntoma. Entonces (*síntoma*) diferente de *síntoma* indica que no se trata de una tautología, ya que estamos hablando de dos valores diferenciales del síntoma según el discurso al que respondan.

Mi propuesta es trabajar con ustedes el síntoma para ver si es posible responder a la pregunta que se hace hacia el final la practicante acerca de si hubo o no, entrada en análisis y qué efectos podría tener el hecho de que lo hubiera habido y no hubiera sido mencionada.

Pregunta:

–¿Se puede leer en ese dolor de pierna una demanda al Otro?

E.S.: Sí, pero ese saber que tenemos, hay que tener la paciencia suficiente para que pase del lado del entrevistado y para eso se requiere que el dispositivo comience a funcionar. Por lo pronto, hay una persona que llega; la mandan porque tiene un dolor de pierna y el discurso médico le ha dicho que no hay nada orgánico que dé causa de su padecer.

Lo que estoy enfatizando es que en las entrevistas preliminares se trata de una construcción a realizar, la que conduce a la formalización misma del síntoma.

Vamos a ubicar cómo el síntoma se construye, vamos a seguir mis pasos, en este sentido me parece muy apropiado el caso para este propósito y, al mismo tiempo, para diferenciar una demanda de un pedido.

Intervención:

–A mí me resulta difícil ver el dolor de pierna como síntoma.

E.S.: En el momento en el que estamos –en el inicio de las entre-

vistas, justamente estoy pidiendo el tiempo necesario para ir paso a paso en la construcción del síntoma; ya que al principio no hay síntoma, hay un motivo de consulta en referencia a un dolor de pierna.

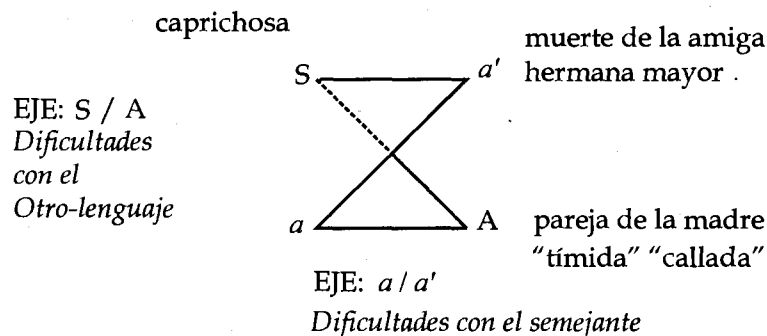
Intervención:

–El verdadero motivo de consulta, para mí, es el duelo. Para que sea un síntoma, tendría que ser un modo particular de gozar.

E.S.: Intentaremos hacer un recorrido para arribar a una respuesta. Para comenzar vamos a localizar, puntualmente, las dificultades que acercaron a esta joven a la consulta con la analista. Para ello nos valdremos del esquema *Lambda* en el que distribuire los motivos de consulta en dirección a la localización del síntoma.

Por un lado, las dificultades de la relación con el otro, lo que podemos llamar el semejante, si coincidimos en denominar así la relación que hay de un otro con otro, es decir, en el eje *a-a'*, el eje imaginario, especular (los llamamos "semejantes" para usar los recursos del convencionalismo cotidiano y poder aplicar nuestros matemas).

Podríamos ubicar, en primer lugar, lo que se manifiestan como las dificultades con el lenguaje, con el Otro de la lengua. De aquí, se desprenden dos nombres que le vienen del Otro: "tímida", "callada".



Luego surge un nombre con el cual ella se denomina a sí misma, marcando con precisión su división subjetiva: *caprichosa*.

Podemos ordenar otra de las cuestiones que surgen aquí en el eje imaginario como la muerte de la amiga: un semejante muerto que es, precisamente, el segundo tema que surge en relación al motivo de consulta. Luego hay una referencia, también en esta línea, a su hermana mayor.

También podemos ubicar lo que aparece como el punto de dificultad en relación al prójimo, al Otro, con la actual pareja de la madre.

Hasta aquí intenté, simplemente, localizar los elementos como si se tratara de un mapa que nos permitiera entender lo que le ocurría a esta joven cuando llegó a consulta. Podemos dividir entonces entre: las dificultades en relación al Otro, en relación al semejante y al sujeto en sí mismo. Es una manera de organizar el caso que les ofrezco.

Podríamos ir anotando lo que se va localizando en relación al motivo de consulta:

1. Dolor de pierna
2. Dificultades para hablar –callada–, algo que le pasa con los otros
3. Amiga, designada por su muerte
4. Deseos que no puede cumplir
5. Dificultades en la convivencia con la actual pareja de la madre

Es necesario tomar los detalles que surgen para desgranar el valor del síntoma –entre otras cosas, para ubicar si tiene o no un valor de satisfacción para quien consulta. Para llegar a eso tenemos que empezar por lo que dice Miller en *Introducción al método...*: en las entrevistas preliminares se debe producir el pasaje del acto al dicho; los hechos pasan a ser dichos. Por ejemplo, alguien no "trae" el dolor de pierna como función sensible que tiene para ofrecer, trae lo que dice que le pasa con esa sensación que le afecta el cuerpo. De la misma manera, la dificultad en el habla –segundo punto del gráfico– está planteada como algo que le pasa con los otros. Este pasaje del hecho al dicho es fundamental porque implica la

puesta en forma discursiva de los hechos del mundo, que es la única forma de localización que tiene el psicoanálisis para tratar luego, en ese emplazamiento, el valor de goce de ciertos significantes a los que el sujeto se halla adherido.

Esto que parece obvio es lo que a la filosofía le ha llevado siglos ubicar: la relación entre las palabras y las cosas, entre el lenguaje y los referentes del mundo. Como comprueban, esta cuestión no es ajena al psicoanálisis ya que los hechos del mundo pasan por la palabra del paciente y esto es todo aquello de lo cual disponemos como practicantes del psicoanálisis.

El motivo de consulta lo escribimos con una S de significante. Enumeraré cada uno de estos motivos, S_1 , S_2 , S_3 , S_4 , S_5 , tomando los cinco significantes relacionados con los puntos antes mencionados. Tenemos entonces:

- S_1 cuerpo
- S_2 lenguaje
- S_3 relación con el semejante
- S_4 deseo
- S_5 relación con el Otro

Esto se deposita ya en la primera entrevista. Estos términos toman valor de significante porque la representan a ella respecto de su sufrimiento: "dolor de pierna" va al cuerpo; las dificultades para hablar, van a la función del lenguaje. El tercer punto -la amiga como muerte- se refiere a su relación con el otro semejante. El cuarto -sus deseos incumplidos-, son su relación al deseo. Y sus dificultades con el marido de la madre implicarían su relación con el Otro. Los cinco significantes - S_1 , S_2 , S_3 , S_4 , S_5 - vienen a representar las dificultades en la vida de una persona.

Pregunta:

-¿Por qué ubicar al marido de la madre como Otro?

E.S.: Porque es un prójimo y no un semejante; este hombre encarna para ella una figura de autoridad, de exceso de autoridad. Es el rasgo que ella toma de ese hombre: "es una persona muy

autoritaria".

Ustedes ven cómo, así presentados, estos "motivos" abarcan prácticamente todos los aspectos de la subjetividad: por lo que se desprende que se trata de una persona que merece estar frente a un analista, seguramente, por razones diferentes de aquella que la trae, la cuestión médica. Con el sólo hecho de haber situado en una entrevista todas estas dificultades, ya vemos que su padecimiento va más allá de un signo médico. Se trata de que esta joven mujer dispone -al menos- de estos cinco significantes por los que hacerse representar como sujeto. Pero, ¿esto implica que desde el inicio, con sólo presentarlos, el sujeto ya estaría representado por ellos? No. Toda la habilidad del practicante es que a partir de esos hechos que se van emplazando como dichos pueda producirse el acto mismo de la función representacional, es decir, que emerja el sujeto con su valor *sintomático* por la representación. Para ello, quien consulta se encontrará realmente representado allí, se sabrá representado por ese significante -y no por otro, por ejemplo. Es una operación de la cual el propuesto paciente habrá de apoderarse, ya que si no se apodera de ella como sujeto no hay posibilidad de trabajo analítico.

Además, es obvio destacar que nunca hay análisis en el nombre del Otro; si solamente hubiera Otro que quisiera que uno se analizara, el análisis -tarde o temprano- caería. ¿Cómo se podría sostener un análisis en el nombre del Otro? Podría haber una *suposición* de análisis. Recuerdo el caso de una mujer que acudía a las entrevistas respondiendo puntualmente a una demanda del Otro que le decía: "Si no vas a analizarte, me voy, te dejo", y en nombre de esa presión, esa mujer acudía. ¿Es posible un análisis así? En principio, no. Hace falta un consentimiento subjetivo, que el entrevistado logre desplegar ciertos términos en los que el sujeto pueda representarse y que -por lo tanto- adquieran un valor de significante para él (o ella), permitiendo constituir un síntoma en el sentido analítico que posibilite que alguien se arriesgue a saber algo respecto del desorden del cual se queja.

Intervención:

-Hay situaciones en las que, si una persona que uno quiere está

en muy malas condiciones, uno decide llevarla. Después si entra en análisis o no, es otra historia.

E.S.: Por supuesto, en tanto uno quiere lo mejor para quien quiere lo deriva a un analista en quien confía.

Esto es darle la posibilidad, a veces una tabla de salvación al ser querido que -en muchos casos- es aceptada. Pero estoy intentando leer la eventual situación no desde quien realiza la derivación, sino desde quien la recibe y aquí el problema es que éste no siempre está dispuesto a analizarse.

R.C.: En principio, esta joven viene traída. Quien, inicialmente, tiene la creencia de que el dolor de pierna puede querer decir algo es la madre y no ella. Más tarde puede, a lo largo del trabajo, escucharse en lo que dice y entonces sí, es ella la que piensa que hay algo ahí para leer.

E.S.: Con respecto a la posición del analista y para situar el problema que se presenta al inicio, localizado por R. Cozza como la posibilidad de que esta joven se pueda suicidar, ¿qué hay que hacer? ¿Cómo analizar a alguien que se quiere suicidar? Intentar que no se suicide es la primera cuestión. Ésa es la posición humana y también es la posición analítica, pero que coincidan en este caso no quiere decir que en esas condiciones se pueda analizar a alguien. Por eso el control es lo que abre un espacio de reflexión, un *tiempo de comprender* para no quedar identificado con la persona que llega en la posición del tiempo de la urgencia, que se podría localizar como un *instante de ver*. Ese instante de ver es ese parpadeo en el que alguien llega aquejado por un sufrimiento máximo que puede hacer que su vida peligre.

Éste es el problema que tiene el practicante del psicoanálisis: ¿cómo hacer para abrir un tiempo de comprender cuando se produce una urgencia por parte de quien consulta? No es éste exactamente el caso, pero lo podemos pensar para otros. Es necesario disponerse a alojar esa demanda y, al mismo tiempo, abrir ese *impasse* como requisito ineludible para la localización del saber y para la interrogación del deseo de quien consulta.

El sujeto quiere salir de eso por lo que está tomado por las narices, que es el propio fantasma, justamente, cuando está presto a cometer un pasaje al acto o un *acting out*. ¿Cómo hacer para intercambiar entre ese *instante de ver* y el *momento de concluir* -es decir, tirarse por la ventana: "estoy angustiado, quiero matarme"- ese espacio que es el *tiempo de comprender*? ¿Cómo establecer esa hiancia?

En el caso, lo que aparece es una interrogación guiada por la practicante que va ubicando el valor de cada uno de estos términos -para permitir *a posteriori* que alguno de ellos sea elevado a la función de un significante que represente al sujeto. Es por eso que el viaje -próximo a realizarse- era lo que empujaba desde la urgencia subjetiva, ya que aparecía como un momento de riesgo. Eso era lo que preocupaba; el control permite ubicar el tono suicida que había en el relato de esta joven.

R.C.: Como ya dijimos, en relación al viaje, la paciente decía que no podría resistir la ausencia de su amiga allí. Lo que estaba velado -ese tono suicida del relato en relación con la muerte de la amiga- en mí se manifestaba como temor por el posible suicidio de la paciente.

E.S.: El caso pivotea en su primera parte, en torno de un momento crucial que es la angustia -que aparece ya en la primera entrevista- por la muerte de la amiga.

Quiero hacer notar una intervención que tiene un gran valor, en la medida que disminuye notablemente la angustia de la consultante. Cuando la paciente comienza a presentar a su amiga como un objeto ideal y de fascinación, con una consistencia muy fuerte diciendo que "estaba siempre tan alegre", la intervención fue: "Habrá que ver si estaba siempre tan alegre, quizás lloraba o se entristecía cuando estaba sola".

Tenemos que interrogar por qué dicha intervención fue efectiva. Lo que aquí se aprecia es cómo un semejante había advenido a un lugar de ideal la intervención lo que hace es cuestionar la consistencia, tachar a este Otro que, de semejante había advenido ideal, para restituirle -por así decirlo- lo humano del semejante aguijoneando ese inalcanzable ideal, pleno de sí mismo. La intervención

eficaz lo fue a partir de que tacha al Otro y resitúa -aunque momentáneamente- a la amiga en su lugar de semejante. La intervención va sesgando, barranto, la consistencia ideal del Otro. Cuestiona esa certeza -que no es necesariamente psicótica-¹⁸⁴ que había en juego, ese cerramiento narcisista que había sido elevado a una función que podía tener consecuencias complicadas para el sujeto. Ese es el final de la primera entrevista.

Hay casos de intentos de suicidios en los que el sujeto se culpabiliza de la muerte de alguien, y ese otro comienza a ser una figura cada vez más ideal, más consistente y que termina aplastando al sujeto como Otro devastador, haciendo que él mismo salga de la escena del mundo. Mientras el semejante sale del plano imaginario (*a-a'*) y se transforma en ese Otro, al mismo tiempo se produce en el sujeto un rebajamiento a la función de objeto, un objeto delecto que -como tal- considera que merece salir de la escena. Es la identificación con el resto lo que después, en algunos casos, puede producir el pasaje al acto suicida.

Más adelante, viene la intervención -que no es en la primera entrevista, sino que es efecto de varias entrevistas- en la cual se retoma la escena del accidente: "Pero, ¿se cayó o se tiró?" Acá queda claro cómo el empleo de la función de la interrogación -decisiva en las entrevistas preliminares- intenta cernir algún saber respecto de lo que no se sabe. No se trata de que el analista o el entrevistado sepan sino de lo que hay que extraer de saber sin que ni el uno ni el otro lo sepan previamente. En ese sentido, la función de la interrogación localiza algo que es contrario a la instauración de la identificación del analista con el SSS; la interrogación es, exactamente, lo contrario de insuflar saber al Otro. Si uno pregunta es porque asume que no sabe. La interrogación del analista implica desbatar la consistencia máxima del SSS desde el primer momento, así como se revela una función esencial para ir interpelando el saber-sabido del entrevistado.

¿En qué posición está el que llega a consulta respecto de sus

dichos? En principio en una posición de dominio, ya que por mal que alguien se encuentre, sabe lo que le pasa; supone que sabe lo que le pasa aunque diga que no sabe qué hacer con ciertas cosas. Por eso cuando Lacan dice que la posición inaugural del sujeto es "no quiero saber nada de eso", no es simplemente una frase. "Quiero que el analista me cure de eso" no quiere decir que el entrevistado esté necesariamente dispuesto a interrogar "eso que me pasa que no sé que es". La posición de dominio que tiene el sujeto respecto de sus dichos, es eso que las entrevistas preliminares deben interpelar para posibilitar que se localice y se construya el sujeto conjuntamente con la demanda y el síntoma. Es un trabajo de construcción que Lacan llamó *rectificación subjetiva* y Miller en *Introducción al método...* nombra como *localización subjetiva*: se trata de "perder" al "paciente" -hombre, mujer, niño o niña, el joven, la joven- para localizar al sujeto en términos de discurso -que quede representado por un significante para otro significante, en términos de un sufrimiento- y que eso le sea dirigido al analista.

Lo que intentamos transmitir desde la orientación lacaniana es que no se puede proceder de un modo estandarizado, dogmático, técnico, respecto de la singularidad de cada cual. Se dan cuenta de todo el trabajo de elaboración que se requiere en las entrevistas.

Retomemos el caso a partir de cómo la practicante sitúa la función del control en ese punto: le permite comenzar a deconstruir el accidente. La deconstrucción del accidente lleva hacia la hipótesis del suicidio en el: "¿se cayó o se tiró?" Es curiosa la respuesta del sujeto cuando dice: "no sé por qué digo se cayó, si no fue así... saltó ella... yo al principio me culpé diciendo que yo la había soltado". Como recordarán, la intervención ahí fue: "es curioso que te sintieras culpable de algo que no hiciste, ¿culpable de qué serías?"

Es interesante que la intervención no apunta a desculpabilizarla; más bien todo lo contrario, acepta su culpabilidad pero interroga sobre la causa: "¿culpable de qué?" Hay allí un desplazamiento ubicado en relación a la función etiológica, causal, de la escena: "si no la soltaste, si no es culpa tuya que ella se haya querido matar, entonces, ¿de qué sos vos culpable?" Mi hipótesis es que ésta es la pregunta que queda pivotando y que va a posibilitar el procesamiento de estas entrevistas hacia la localización del síntoma.

¹⁸⁴ He aquí una referencia a un sintagma fijo que es, en ocasiones, aplicado mecánicamente: "la certeza es psicótica", de lo que se desprendería que cualquier índice de certeza esbozada por alguien lo haría punible de un diagnóstico de psicosis.

Esa pregunta queda sin ser respondida pero comienzan a depositarse los significantes que van a posibilitar que, efectivamente, se sitúe el síntoma analítico. Preguntar, "¿de qué sos culpable?", no es lo mismo que decir: "no sos culpable". Lo que sabemos, como premisa en el análisis es que el sujeto siempre es culpable -aunque no sepamos, específicamente *de qué* es culpable. ¿De qué lo es? El sujeto siempre es culpable de sus pensamientos, de sus actos realizados en contra de su deseo, de los actos no realizados que hubieran ido acordes a su deseo, en fin... eso es lo que Freud captó como la dimensión moral del superyó, aquél que está sobre el sujeto haciéndole recordar sus faltas al deseo y por ese medio, gozar.

En ese sentido, la interpretación no tiende nunca a desculpabilizar pero sí a desangustiar; en ese mismo movimiento tiende a empujar a la elaboración misma de la culpa, permitiendo que se presenten los significantes a los cuales se halla adherida. Vamos a ver cómo se procede en este caso.

Volviendo a la función de la interrogación, en este recorte localiza la muerte de la amiga: "¿Por qué se tiró? ¿Por qué se tiró para adelante y no para el costado?", pregunta la practicante. "Cierto -dice ella-, si íbamos para atrás".

R.C.: Muchas entrevistas transcurrieron y cada vez que la joven llegaba a un punto en el que estaba por decir esta frase, por llegar a esta conclusión, volvía para atrás. Por eso yo planteo que el manejo de los tiempos era un punto complejo: había momentos en que yo dudaba si prestar los significantes que faltaban o no. Era un ir y venir con la verdad: cuando ésta se asomaba, volvía para atrás. Cuando aparecía la pregunta por lo que quiso hacer H. y se esbozaba que podría haberse querido suicidar, volvía a la idea de que fue un accidente, con lo cual borraba aquello que había llegado a decir.

La pregunta: "¿qué le habrá pasado?", que implica un cuestionamiento acerca de la intencionalidad del acto de su amiga, de lo que habría querido hacer, recién se formula después de varios meses de trabajo.

E.S.: Aquí hay algo interesante que podemos interrogarnos: ¿por

qué habría que preguntar -o insistir- para saber si la amiga se habría querido suicidar o no? ¿Es por el placer de saber del analista? ¿Por qué habría que saber eso?

En primer lugar, había un punto de identificación de la paciente con esta amiga, localizado en el eje especular que, con el agrandamiento de este *partenaire* que cobraba valor ideal, acarrea el consiguiente peligro que vislumbra la practicante y hace precisa la intervención. ¿Por qué? Porque no intervenir hubiera permitido que se siguiera engrosando la consistencia del Otro frente al no querer saber de eso que ya se sabía, lo cual tiene consecuencias que podrían haber sido un pasaje al acto. No sabemos si realmente podría haber habido un riesgo mortal si no hubiera sido por las intervenciones de la practicante que fueron en la línea de desbastar, de quitarle consistencia a lo que ahí estaba en juego: el saber sobre el suicidio de la amiga. Ahora, el efecto sobre el sujeto de no querer saberlo podría haber sido quedar identificada a ese saber que no se sabía ni se quería saber y con eso matarse.

La máxima consistencia que puede empujar a una persona a un pasaje al acto o a un *acting out* es eso que sabía y no quería saber y que, en este caso, refería concretamente al pasaje al acto de la amiga.

Cuando surge la cuestión de por qué se tiró para adelante del vehículo y no para el costado si lo que quería era bajarse, tenemos un índice de una pregunta por el deseo del Otro -para decirlo muy simplemente. Este es un término con el que a veces martillamos nuestras orejas desde la teoría y no lo podemos ubicar. Aquí está, muy precisamente situado, un índice del deseo del Otro en esta interrogación.

Vale aquí interrogarse: ¿cómo intervenir frente a una pregunta, que es necesario sea formulada por el entrevistado y no por el practicante? "¿Por qué se tiró para adelante?", es el punto de llegada que tiene el entrevistado, luego de la elaboración que se pone en marcha, no es el practicante quien la ofrece. Esta pregunta indica ya un índice de la interrogación respecto del deseo del Otro. Insiste la practicante, retomando la pregunta, ya casi en la función de cita: "Sí, es verdad lo que vos decís: ¿qué le habrá pasado?"

La intervención analítica por la interpretación no es un saber

que se agrega sino que sitúa una interrogación que surge en el mismo entrevistado respecto del deseo del Otro. Lo único que hace ahí el analista es empujar a la elaboración. No es que la practicante sabía lo que le pasaba a la entrevistada, no lo sabe: cita, ubicando la interrogación misma del lado del sujeto con la pregunta a sostener respecto del deseo del Otro. La respuesta es obvia pero no por eso hay que obviarla: el sujeto está ahí concernido en su carne, con su cuerpo, con su angustia y -hasta- con sus síntomas.

El siguiente apartado que nos presenta Roxana es "El dolor de pierna: una interrogación" y ubica allí tres momentos. En el primero se sitúa el dolor en relación con la muerte de la amiga, pero que no genera ninguna interrogación ni despliegue de significaciones; en su lugar aparece otro dolor, el dolor de pierna.

¿Podríamos decir que hay una conexión entre ambos dolores? En principio la conexión la hacemos nosotros: hay a) dolor por la muerte de la amiga y b) hay dolor de pierna (éste último se presenta desde el inicio de las entrevistas), pero no hay nada que los ligue: faltará la elaboración analítica para realizarla.

Vamos a ver cómo -en lo que llama Roxana el segundo momento- se va a producir conjuntamente con la localización subjetiva, la introducción al inconsciente (ustedes comprueban que estamos aplicando la formalización realizada por J.-A. Miller en *Introducción al método...*)

Tomemos el primer sueño en el que H. está viva, contenta, pero ella hace el mismo gesto que la entrevistada cuando le duele la pierna. Ahí aparece, por la vía onírica, la conexión que nos faltaba antes.

El segundo momento se inicia con la cesión que hace el inconsciente interpretando esa conexión: el inconsciente suelta un punto, un rasgo de la identificación que compromete al cuerpo por la vía del dolor.

Ahí no sólo se produce la conexión del dolor de pierna con la amiga -en relación con la muerte de la amiga- sino también con la amiga en tanto que *viva*.

Luego viene un recuerdo situando la conexión: amiga muerta-muerte -esto es a partir del sueño-: "H. estaba tirada en el suelo

en la posición que yo hago cuando me duele". Vuelve la identificación con la amiga por la mediación del cuerpo: con la mano detrás en la pierna. Luego, refiriéndose al cuerpo de su amiga tendido en el suelo, dice: "Yo no lo recuerdo aunque sé que la tuve que haber visto". Es interesante que el sueño trae el recuerdo -ni siquiera de la percepción, sino- de la narración de la percepción efectuada por otra amiga.

R.C.: En este punto, ella se siente dividida claramente, porque dice: "yo sé que estuve parada ahí, yo estuve al lado de su cuerpo. Esto que describen y que yo no recuerdo pero que hago, sé que lo vi. No recuerdo que lo vi pero ahora lo hago".

E.S.: Así es. Comienza a aparecer el sujeto de otro modo, sujeto que desde el inicio -vamos a decirlo así- era puro olvido, ella no recordaba nada de lo que había acontecido en el accidente. El dolor subjetivo había borrado los recuerdos pero haciendo consistir de ese modo al sujeto; a la espera -podríamos decir- del analista.

Y prosigue: "Ahora recuerdo algo más, me dijeron que ella tenía el cuello quebrado. Al otro día de ese comentario, yo no podía más del dolor de cuello y de cabeza": Roxana dirá que sancionó estos dichos interrumpiendo la entrevista, ante la sonrisa avergonzada de la entrevistada.

Se comienza a condensar el punto de la identificación en el que toma cada vez más consistencia el rasgo, ahora a partir de la escena del accidente y que produce un síntoma transitorio. Hay algo que es extraño aquí: la vergüenza. ¿Por qué habría alguien de avergonzarse en este caso? ¿Por qué está avergonzada nuestra entrevistada? Es un punto que indica, efectivamente, la "flor de la subjetividad", o la subjetividad al desnudo. Aquí tenemos el sujeto producido, localizado: "éste eres tú, allí estás, no sabemos aún por qué, pero lo que ha tomado tu carne tiene que ver con el sostén de una identificación que has realizado con esa amiga muerta".

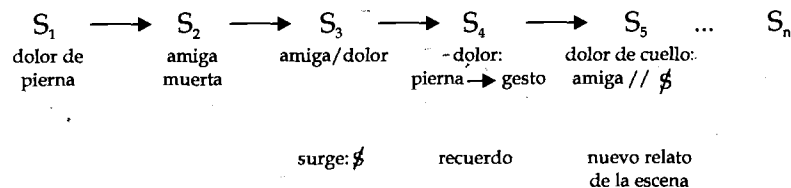
Intervención:

-Se sintió descubierta...

E.S.: Exactamente. Pero, es curioso porque ella no tenía un secreto...

R.C.: En realidad la interpretación se la hace ella misma, ya que dice: "Ahora recuerdo, ella tenía el cuello quebrado". Se ríe, baja la vista y dice que al otro día de este comentario ella se levantó con el mismo dolor. Ya estaba dicho y dicho por ella. Por eso, ahí mi intervención fue solamente el corte. No había nada que decir.

E.S.: Prosigamos en la pizarra -en un intento mínimo de formalización- lo que hasta aquí se ha producido a partir de una secuencia significativa:



Lo que en principio era un dolor (S_1) localizado en una zona del cuerpo -una perturbación que, como tal, no habla- ha entrado en los efectos de significación. Teníamos, entonces: S_1 , dolor de pierna; después S_2 , amiga muerta; luego S_3 , donde ya verificamos la presencia del sujeto a partir de un sueño en el que aparece la conexión de ella y la amiga en relación al rasgo del dolor. Después el recuerdo, S_4 , en el que el dolor de la pierna aparece en relación con el dolor del gesto, el dolor asignado a la expresión. Se reparte el dolor fijando las vías de la identificación: ella en el dolor de pierna (porque) su amiga en el dolor del gesto. Luego, S_5 , nuevo relato en torno del recuerdo de la escena del accidente de la que queda fijado el dolor de cuello y cabeza -de su lado- y el dolor del cuello quebrado -del de su amiga. Si ahora agregamos tres puntos suspensivos y luego el S_n , tenemos la parte inferior del algoritmo de la transferencia, es decir, la puesta en forma de los significantes de la historia de un sujeto, de los cuales habrán de extraerse los

efectos de significación, dando como respuesta la producción del sujeto, plasmado en la sonrisa avergonzada frente a su elaboración producida.

Lo de la sonrisa avergonzada es equivalente a "he sido descubierta"; pero lo ha sido de algo que ella ni siquiera sabía: se trata de una identificación y no de mala fe. Es necesario precisar este punto porque se podría decir: "¡Ah! Ésta ocultaba toda esta cuestión". No, ella era el producto mismo de este ocultamiento y, al mismo tiempo, el sujeto responsable de ese acontecer: ahí está la división subjetiva. Ella era -vamos a decirlo así- sujeto de este saber y, al mismo tiempo, objeto del ocultamiento.

Pregunta:

-¿Siempre se llega a descubrir al sujeto por el camino de las identificaciones?

E.S.: No necesariamente. Estamos haciendo un trayecto singular para dar vida a ciertos matemas que creó Lacan para intentar entender qué pasa en una cura, qué lógica sigue una cura. Ciertamente, en la identificación se puede ubicar con claridad al sujeto afectado pero también en los sueños, en un lapsus, el sujeto hace su aparición. La cuestión decisiva es: ¿qué consentimiento da el entrevistado a ese "sujeto" -vamos a decirlo entre comillas- que allí se manifestó?

R.C.: Pensaba que cuando dice en la segunda entrevista: "no sé por qué digo culpable si...", no hay aún allí ese consentimiento del que hablás. Cuando dice: "no sé por qué digo culpable si no lo soy; no sé por qué digo que se cayó si no se cayó", estamos en un momento diferente a ése, en el que ella se sorprende a sí misma con su propia producción.

E.S.: Aparece el sujeto de pleno derecho cuando, avergonzada, ella descubre lo que ocultaba sin saber, cuando consiente a que ella misma es eso y no lo sabía. Es muy importante la pregunta que han realizado porque permite que demos una vuelta más. Lacan, en "Subversión del sujeto..." ubica la manifestación del sujeto en un

traspíes pero la cuestión es qué relación tiene cada uno con los lapsus producidos. Estos lapsus, si bien son índices del sujeto, no necesariamente dan cuenta del consentimiento de alguien.

Cuando el inconsciente interpreta al *parlêtre* -voy a llamarlo por su nombre de goce, *parlêtre*-, ¿siempre el *parlêtre* se reconoce? El problema -para nosotros, como practicantes del psicoanálisis- es que no. Se sabe de la dificultad, sobre todo, en el tratamiento de la obsesión: "No, yo no dije eso, doctor. Usted me entendió mal... No, en verdad yo dije eso, sí, pero quise decir otra cosa". O, "no, perdón, ¿sabe qué pasa? Yo dije eso pero fue porque..." y ahí viene una explicación interminable. Uno puede decir que ahí hay un indicador de la subjetividad, está el traspíe, está la división, pero inmediatamente viene la cobertura, la tapa de la hiancia. El agujero, producido en esa puntuación evanescente del inconsciente que es cupe en esa pulsación al sujeto como tal, viene a ser saturado, suturado, cosido, por una maniobra explicativa -por ejemplo en la obsesión- o, como en este caso, tratando de pasar por alto las intervenciones analíticas durante un tramo de las entrevistas.

Por eso está marcado por Roxana -y es lo que le da al caso no sólo verosimilitud sino que permite palpar cómo ha sido construido- que esta joven no estaba muy dispuesta a soportar ese saber que la produjo.

Como bien sabemos, no siempre alguien está dispuesto a consentir en aquello que realmente le pasa. Éste es un problema del analizar: no siempre se está dispuesto a afrontar las consecuencias del sufrimiento de cada cual, cuando de lo que se trata de saber es de qué es responsable el sujeto en su goce.

Continuemos. Siguiendo el caso, vemos sucederse una serie de situaciones que le producen temor: sus amigas comienzan a encontrar parecidos entre ella y la amiga muerta que le daban miedo; los sueños; el dolor de pierna. Es decir, el sujeto comienza a estar en ebullición tomado, ahora, desde la realidad: las compañeras hacen referencia a lo que ya está en estado de eferescencia en las entrevistas, es decir, la subjetividad, a partir del punto de identificación con la amiga. Es una intervención la que permite desangustiarla.

Se localiza a partir de aquí un tercer momento -que es crucial- y que hace a una interrogación que realiza la practicante respecto de

si no habrá sido ése el momento de darle entrada en análisis: el dolor de pierna cedía y recrudecía alternativamente. Prosigamos: "comienza a constituirse una interrogación que la compromete subjetivamente, siendo los sueños los hilos de Ariadna por los que se guiará".

Es interesante ubicar aquí las variaciones del dolor de pierna. Lo que comenzó como una dolencia fija, ahora aparece y desaparece: lo que era un continuo en el principio, a partir de este momento se ha discontinuado, ahora se igualará a la pulsación temporal del inconsciente.

Pero a esta altura, entonces, ¿cuál es el síntoma de entrada?) Ahí lo tenemos frente a nosotros con luces marcándonos, nada más ni nada menos, que la singularidad del modo de gozar del inconsciente. Un síntoma corporal (el que hasta ese momento tenía una constancia y al que no se le encontraba ninguna etiología orgánica -y por eso fue producida la derivación) comienza, en el momento en el que empieza a situarse el trabajo analítico, a aparecer en forma evanescente a partir de escansiones temporales que permiten vislumbrar el modo de gozar del inconsciente.

No tenemos que esperar hasta la última formulación de Lacan para entenderlo. Aquí está presente el dolor de pierna, con esa pulsación temporal en la que muestra su ser de goce; dando cuenta, al mismo tiempo, de una identificación causada por un punto, aún, de ignorancia. De todos modos, la respuesta del sujeto aquí, ya viene de lo real. No se trata de los efectos de significación que venimos acumulando. Hay que dar un paso más que es interrogarme por el goce que está condensado en el síntoma. Ella misma lo dice: "mi cabeza está a mil, ¿qué me pasa? ¿Qué tiene que ver mi dolor de pierna con ella?"

Hasta acá, podíamos decir que esta mujer creía que la causa del dolor era la muerte de su amiga, que fue el primer efecto de significación que se había depositado. Pero ahora hay algo más que la inquieta de un modo verdaderamente complicado y es, efectivamente, fuente de angustia: "¿Qué me pasa? No dejo de pensar todo el tiempo, relaciono cosas, algo me está pasando, ¿por qué el dolor de pierna otra vez?" Está así depositada la interrogación que llama a la entrada en análisis y lo que podemos llamar, un indicio de

rectificación subjetiva.

Como ya lo hemos indicado, J.-A. Miller en su *Introducción al método...* localiza tres funciones: la evaluación clínica, la localización subjetiva y la introducción al inconsciente. Entre la primera y la segunda coloca la subjetivación. Pero, entre la segunda y la tercera, ubica la rectificación subjetiva: se trata de un paso más que lo producido en la localización del sujeto, es la vuelta del parlêtre sobre sus pasos para interrogar qué hay ahí en ese padecimiento y qué tiene que ver él con eso. Desde el punto de vista del discurso corriente, si uno se lo cuenta rápidamente a otro que no es de nuestra parroquia, que alguien se pregunte qué tiene que ver -como responsabilidad- respecto de un dolor que lo aqueja es, hasta delirante. Para decirlo brutalmente, entre la localización subjetiva y la introducción al inconsciente, surge este indicio de rectificación subjetiva.

Hay una frase de un poeta francés, Arthur Rimbaud, que revolucionó a la literatura sólo con un verso: "*Moi, c'est autre*". Se tradujo como: "Yo, es otro". Es lo que está aquí jugado en esta interrogación planteada por esta mujer. La verdadera división subjetiva se puede ubicar cuando lo más íntimo de la subjetividad aparece como extraño para el sujeto mismo.

El próximo punto es: "De un duelo a otro: una sustitución", en el que lo que se va a poner en juego es la cadena significativa del dolor, a partir del trabajo de las entrevistas.

Conjuntamente con el trabajo sobre la muerte de la amiga y el duelo por ella, nuestra consultante planteará otros temas que la inquietan: la lejanía de su padre y sus miedos. Cuando se suelta la inminencia de la escena que era lo que verdaderamente angustiaba en relación a la muerte de esta amiga, empiezan a emplazarse significantes que hacen a la historia, es decir, a la neurosis infantil. Los miedos van a comenzar a situar y a permitir desplegar los significantes de la alienación de esta mujer en su historia.

Ubica el inicio de sus temores entre los 7 y 8 años -momento del nacimiento de una hermana- a partir de lo cual se localizará el duelo interrumpido. La pregunta de la analista: "¿Qué raro! Estuviste celosa del segundo embarazo y no del primero: ¿qué diferen-

cia había?" La respuesta no se hace esperar: "Es que para esa época se había muerto mi hermanita J., primera hija mujer de mi padre con su segunda esposa. La recuerdo poco, murió a los pocos días de nacer, tenía una enfermedad". Nuevamente aparecen el llanto y la angustia pero ahora situados en relación a otro cuerpo, a otro objeto de angustia: ya no es la amiga sino la hermana.

Lo que el duelo de H. velaba era un duelo no realizado por esa hermana menor, J. Uno podría preguntarse: ¿un duelo a realizar por una hermana recién nacida? Veamos.

El recorrido que se ha producido es el siguiente: la efectuación del trabajo inicial del duelo -al permitir soltar esos significantes- remiten al sujeto a los significantes amos de su historia, de los cuales esta metaforización sustitutiva en el síntoma -que había reemplazado a J. por H.- es sólo el inicio. Ahora bien, ¿cuál es el verdadero objeto del duelo? El objeto del duelo se ha desplazado. La pregunta que hace Freud en "Duelo y melancolía" puede sintetizarse así: ¿qué pierde el sujeto cuando pierde al objeto amado? Una respuesta que Lacan va a dar es que lo que el sujeto pierde es un lugar en el deseo del Otro.

Pero la cuestión es: ¿qué cosa se pierde cuando alguien pierde a un ser querido? ¿Qué se va con él? Por más que tengamos una fórmula respecto del deseo del Otro, eso siempre es singular y hay que localizarlo.

En este caso, la localización produce efectos terapéuticos: "ahora ya no pienso tanto en H. Estoy triste pero ya no siento esa angustia de antes. En la escuela estoy mejor, ya no me exige tanto... ¡Impecé a ir más seguido a mis clases..." Recordará, entonces, un sueño confirmatorio de la metaforización producida de H. por J. El sueño: "Estábamos en una reunión. H. estaba viva y con nosotros. Lo extraño es que tenía piel de bebé y yo la agarraba aupa". El inconsciente suelta, claramente, los significantes a los que estaba adherido y la practicante aclara que esta producción -el sueño- es anterior a la entrevista en la cual se ubica la sustitución amiga-hermana, pero es recordado con posterioridad a ella. Esto suele suceder cuando el trabajo analítico funciona: el inconsciente habla interpretado antes.

Intervención:

-Es como en el primer sueño.

E.S.: Exactamente. El inconsciente había interpretado antes pero el sujeto sólo luego pudo apoderarse de ese saber. El sujeto ya sabía y el sueño se lo había soltado: donde estaba H. había que leer J. Se trata, simplemente, de la sustitución de una letra por otra, pero el sujeto no podía disponer de ese saber. Por eso *el inconsciente es un saber que no se sabe*. La cuestión es cómo el *parlêtre* puede apropiarse de ese saber y soportarlo, ya que todo esto, que se va soltando, implica cada vez mayor responsabilidad para el sujeto.

Para ir concluyendo, podemos retomar las preguntas que se formula Roxana Cozza: "¿Podría afirmarse que en este caso ha habido entrada en análisis?", es la primera.

Mi hipótesis es que se podría haber ubicado la entrada en lo que he llamado el tercer momento respecto del dolor de pierna. Creo que ha sido totalmente clara la demostración de que fue así. La respuesta está en la misma pregunta ya que prosigue considerando que allí "estaban dadas las condiciones para la entrada: el dolor podría pensarse como el significante de la transferencia en tanto algo que le pasa, no sabe qué es, le resulta enigmático y lo dirige al analista como pregunta".

La cuestión es de qué dolor hablamos, porque lo que hemos presenciado es una bipartición del dolor. El dolor solamente toma su estatuto significante, su valor de representación del sujeto y, por tanto, su posibilidad de localización como síntoma, cuando se produce la articulación, el cruce del dolor subjetivo con el dolor de pierna. Se produce la chispa entre estos dos dolores. No es el dolor en sí, sino que es la precisa -quizás hacía falta ubicar esta cuestión- *articulación* del dolor subjetivo con el dolor de pierna. Es decir, se sintomatiza el dolor en el punto exacto en el que se subjetiviza y allí tenemos un quiasmo. Estas dos formas del dolor -que aparecía como cuestión corporal por un lado y por el otro como cuestión subjetiva- se cruzan y en el punto de cruce tenemos la consolidación del síntoma analítico y el lugar en donde se sitúa el significante de la transferencia.

Roxana plantea otra pregunta: "si las condiciones hubieran es-

tado dadas para la entrada, ¿qué consecuencias tendría el no haber sido sancionada?" Siguiendo con nuestra elucubración, efectivamente, el analista aquí se pasó por alto la entrada en análisis en tanto que no la sancionó como tal. Pero la pregunta siguiente es: "¿qué consecuencias *ha tenido* -vamos a modificar el verbo- el no haber sido sancionada?"

Pregunta:

-Yo quiero preguntar algo más básico: ¿qué significa "sancionar la entrada en análisis"?

E.S.: Es una pregunta formidable en su simpleza. No se trata de elaborar un acta y hacérsela firmar al entrevistado para decirle: "A partir de ahora, ¿usted aceptó, consiente, en transformarse en analizante?"

-Y antes, ¿qué era?

-Entrevistado.

-Muy bien. ¡Cómo no, doctor! Procederé a firmar.

Evidentemente, no es un procedimiento burocrático, se trata de algo que debe estar en juego y es lo que se llama el acto analítico como sanción de la entrada en análisis. Ahora, ¿qué es el acto analítico? En este caso es simplemente la consecuencia de la convicción, por parte del practicante, de que la evaluación clínica se ha realizado, el sujeto ya ha sido localizado y la introducción al inconsciente ya ha sido producida. O sea que en principio la convicción debe ser la del analista, se trata de la convicción del practicante para ofrecerle a alguien que se eche al diván la vez siguiente (o si está en una sala de hospital, como interrogaron alguna vez, inventar algo nuevo, como sentarse de un modo diferente y desviar un poco la mirada) y plantearle la regla fundamental -como acota aquí R. Cozza. Es, en un punto, nada más -ni nada menos- que un convencionalismo que tiene consecuencias. En primer lugar, *las tiene* para el analista que se ha decidido a que alcanza con lo que *esa* persona trajo respecto de su problema en las entrevistas para -a partir de ahí- decidirse a analizarlo. Eso que parece una obviedad, no lo es. Es necesaria la decisión del analista para situar allí *un* corte, para que el analista mismo sepa lo que está haciendo.

Ciertamente, podemos preguntarnos, qué consecuencias tuvo en este caso la prórroga de la sanción.

Aparentemente, ninguna. ¿Por qué?, porque el trabajo analítico se había producido y estaban situados los ejes de la analizabilidad -la subjetivación y la rectificación, la evaluación clínica, la localización subjetiva y la introducción al inconsciente y había consentimiento, incluso, por parte de la entrevistada- pero aún así, faltaba algo: la convicción de la analista, a pesar de contar con todos los indicios para sancionar la entrada no lo hacía. Allí el control se tornó necesario para resolver la vacilación, para decidir si lo producido era lo que se esperaba que hiciera como practicante del psicoanálisis. Porque la pregunta que uno siempre tiene es: "¿estaré a la altura del acto analítico?" Esa es la verdad que apremia realmente, el superyó epistémico-analítico que se filtra: "¿estaré a la altura del acto analítico interviniendo así o no? ¿Se tratará de que tengo que hacer esto ahora? ¿Quién me dirá qué tengo que hacer?" En principio, nadie. Lo único que el control puede hacer es ayudar a cada cual, como practicante del psicoanálisis, a que sitúe los ejes de aquello que se hace cuando se analiza a alguien. Se trata de situar el hilo lógico, las coordenadas de cada caso en su singularidad, pero también ayudar a que cada practicante enfrente sus *impasses* subjetivos, los lapsus del acto analítico cometidos, para poder de ese modo reorientar la cura -alcanzar todo ello, seguramente no es poca cosa.

Intervención:

-Volviendo a la no sanción: si se hace esa pregunta no se está autorizando, evidentemente.

Intervención:

-Pero en los actos sí, se autorizó.

E.S.: En este caso, la autorización estaba de hecho en el manejo de la operación analítica, pero el punto de vacilación estaba en la postergación de la decisión.

Éste es un punto difícil de obtener porque también es cierto que muchas veces los analizantes -ya sancionados como tales- insisten

en recordarnos que uno puede equivocarse y que aquello que había sido sancionado como entrada podía no serlo, que el umbral que uno creía que había sido atravesado, no lo fue.

Intervención:

-Es importante tener en cuenta que el control, en definitiva, es una orientación. Si uno toma al pie de la letra al control y no hay una convicción por parte del practicante del psicoanálisis, estaría haciendo un *acting out*.

E.S.: Exactamente.

R.C.: Me parece que lo interesante es que en este caso el control nada ubicó respecto de lo que yo tenía que hacer. No fue este el caso de un control -que a veces sí los hay- donde se plantea que sería conveniente abrir esta cuestión o seguir por esta línea. Fue un control que permitió ubicar otras dos cuestiones sin las cuales todos estos movimientos, seguramente, no se hubieran podido producir.

En el control se me develó algo que me permitió luego dirigir la cura, con la libertad que antes no tenía.

E.S.: Para terminar, a partir de la cadena significativa del dolor, podemos situar lo que el caso tal como ha sido presentado, nos permite sedimentar:

1. dolor de pierna - dolor muerte de la amiga,

Dio lugar a:

2. dolor alejamiento del padre

Lo que permitió situar:

3. dolor muerte de la hermana menor

Es la conexión del punto 2 con el punto 3 la que localiza un resto en la elaboración, centro silencioso del dolor subjetivo:

4. dolor de la exclusión.

Desde allí parece asomarse la raíz del goce del *parlêtre*, referido a la escena que podemos escribir: [*padre + hermana mayor // sujeto*], donde las dos barras dan cuenta de la exclusión. Ya que es la referencia al padre en conexión con la hermana mayor hacia donde

somos conducidos discretamente en este trayecto. Pero para llegar allí ya estamos involucrados en la trama libidinal de la neurosis infantil del sujeto, lo que queda por construir.

Agradecemos, verdaderamente, a Roxana Cozza, el trabajo realizado en su exposición.

(Aplausos)

12 de noviembre de 2002

XIV

EL JUEGO DEL VEL

Vamos a tener hoy la oportunidad de escuchar una presentación clínica a cargo de Silvia Mizrahi centrada en la problemática de las entrevistas preliminares. Le agradecemos, desde ya, la confianza depositada en nosotros.

Silvia Mizrahi: Antes de comenzar a leer mi trabajo quiero agradecer a Ernesto Sinatra la oportunidad de participar en este espacio clínico que para mí es importante y, en segundo lugar, a Roxana Cozza que ha colaborado conmigo en el escrito de este trabajo, lo cual me ha sido muy provechoso.

Presentación clínica:

En relación a las cuestiones trabajadas en este curso me interesaba pensar a partir de este caso (ya que se trata de los comienzos de un tratamiento, tiempo de las entrevistas preliminares), en mis intervenciones y sus consecuencias.

Se trata de una mujer de 22 años que se presenta con un alto monto de angustia y un sufrimiento que la desborda. Quisiera discutir las maniobras posibles que permitirían desangustiarla para posibilitar que inicie el trabajo analítico.

Teniendo en cuenta lo que vimos, hay maniobras que hacer en las entrevistas preliminares. Esas maniobras conducen a localizar un significante por el cual alguien se haga una pregunta y es, sobre esta pregunta, que hay que trabajar en las entrevistas. ¿Cómo se podría constatar esto en el trabajo que presento? Y a partir de localizar esa pregunta, ¿se podría dar cuenta de que ésta ha sido transferida a la analista?

Vimos que la pregunta implica un enigma, una incógnita, algo a resolver que divide al sujeto y que es la condición para la constitución del algoritmo de la transferencia. Me pregunto si están dadas

estas condiciones y si no, cómo producirlas.

La caída del padre

La paciente consulta en la institución donde trabajo en agosto de 2002. Plantea que hace 5 años que se ha establecido en Buenos Aires. Es oriunda de una ciudad del interior y se ha mudado para estudiar. Cursa las últimas materias de la carrera de Ciencias Económicas.

Actualmente, alquila un departamento que comparte con su hermana menor, de 20 años, que llegó este año a Buenos Aires a estudiar y con una amiga. Los años anteriores vivió sola.

Dice: "Nunca estuve bien acá, no me adapté, siempre trabajé y estudié muchas horas, no podía ir mucho a mi casa".

Consulta porque se siente mal, deprimida, cansada, con una angustia tremenda. Le pregunto cómo se manifiesta esta angustia. "Lloro todo el día, no puedo comer ni concentrarme para estudiar, estoy nerviosa, tengo dolores en la boca del estómago, duermo mucho, no me quiero levantar".

Relata que vino a Buenos Aires con los ahorros que pudo juntar en su último año del secundario y que una tía le consiguió un trabajo como empleada administrativa en esta ciudad. Dice que no pudo elegir, que ella no quería trabajar, quería dedicarse a estudiar pero dado que su padre no la podía ayudar y que ella estaba tan decidida, soportó un montón de cosas. Refiere que vivía una rutina desgastante, que no disfrutaba de nada y ubica la causa de su cansancio en el trabajo que no podía dejar. Presenta así un primer conflicto: querer dejar algo y no poder hacerlo. Era una situación sin salida, tenía miedo a dejarlo y a buscar otra cosa.

Renuncia a este empleo a mediados de 2001, aduciendo sentirse agobiada por varios motivos: mala relación con el jefe, tener que trabajar los fines de semana -lo cual le impedía viajar a su casa o ver al novio- y el estar prácticamente todo el tiempo sola.

Cabe aclarar que desde que decide venir a esta ciudad se sostiene sola económicamente. Dice: "Yo sentí, cuando me vine para acá, una desprotección muy grande, mi papá me dijo que no me venga y yo me vine igual, me hice cargo de mi vida y eso me empezó a pesar, por lo que caí en el pozo".

El padre tenía problemas con su trabajo cuando ella decide venir. En aquel momento, tenía una farmacia que se fundió y, como consecuencia de esto, tenía que ver qué hacía. Cabe aclarar que el padre es contador pero dejó su profesión para hacerse cargo de la farmacia de su padre quien había fallecido hacía unos años.

Plantea que esta situación del padre también le pesaba y que era uno de los motivos por los cuales tenía miedo de dejar el trabajo, sobre todo por lo que él pudiera necesitar de ella.

Al plantearle a su familia una situación cada vez más asfixiante, el padre le aconseja consultar un psiquiatra quien la medica pero, de todos modos, la salida que encuentra es renunciar al trabajo y volver a su ciudad natal. Allí comienza un tratamiento psicológico que refiere le hizo muy bien: logró tranquilizarse, había recuperado el apetito, ya no lloraba. Decide volver a Buenos Aires en febrero de este año. Su estadía en su ciudad natal fue de seis meses, entre mediados de 2001 y febrero de 2002, período en el que también deja los estudios. Dice que se fue pero con la idea de volver a terminar la carrera, que fue darse una tregua, que no soportaba más y ahora teme estar volviendo a sentirse como en aquel momento.

En relación a su madre comenta que cuando está muy mal la llama para que venga y se quede unos días con ella y esto le hace bien. Por otro lado cuando se hablan y ella le transmite su malestar, la madre le dice que vuelva.

Plantea que ahora quiere un trabajo relacionado con su carrera, que es la primera vez que lo busca y se da cuenta de que se boicotea, como si se buscara los problemas. Se pregunta "¿Por qué me estoy torturando de esta manera?" Aquí doy por terminada esta primera entrevista.

Continúa planteando que "no sabe" por que está tan mal, que estuvo triste y eso le da bronca porque tiene que buscar trabajo y empezar la facultad. Al mismo tiempo manifiesta sentir pánico a que pase algo feo. Cuando suena el teléfono, piensa que le avisan que le pasó algo a su familia. Finalmente al interrogar sobre este punto concluye: "Tengo miedo que a mi papá lo echen del trabajo que consiguió luego de fundirse la farmacia. Mi papá no anda bien, está como cansado, se duerme, lo noto decaído. Me preocupa, el

siempre fue vivaz, de buen humor".

Analista: "¿Esto te pone triste?"

-Siempre tuve temor a que a mi papá le pasara algo, siempre estoy con ese miedo.

A: "¿Por qué?"

-Siempre hay alguien enfermo, grave, a punto de morir, no tenemos descanso -dice en referencia a los abuelos.

Le señalo el "no tener descanso" y su queja respecto a su cansancio. Responde: "Sí, no quiero caer".

Refiere estar mucho sola y enroscarse pensando; la desespera no tener trabajo y estar quedándose sin plata lo cual le implicaría tener que volverse y no poder recibirse. No puede controlar sus nervios y se desborda. Dice: "Algo en mí me está trabando, es un peso realmente buscar trabajo, es una carga terrible, ahí es donde caigo en la depresión".

Dice que cuando menos se preocupaba mejor le salían las cosas; le pregunto qué la preocupa respecto del trabajo. Explica: "Me empecé a preocupar ahora por conseguir yo un trabajo, nunca busqué y soy mala conmigo porque me exijo muchas cosas y nunca llego a hacer todo lo que me exijo".

Hasta aquí ubicaría dos efectos del trabajo en las entrevistas preliminares: 1) un "no saber" por qué le pasa lo que le pasa y, 2) un desplazamiento de la causa: del trabajo a una traba en ella.

Primer tropiezo

Comenta que por primera vez tiene una entrevista laboral -relacionada con lo que estudia- y que quedó seleccionada. Obtiene el puesto, se sorprende por ser su primer intento y por haber sido elegida. Como el horario de las entrevistas se superpone con el del trabajo, queda en llamarme más adelante cuando se organice, para retomarlas.

La sorprendida soy yo cuando, al cabo de diez días, me llama para pedirme el horario que tenía en la institución. La recibo y relata lo que fue "la semana más terrible" de su vida. Dice haber quedado agotada, no pudo cumplir con lo que se le pedía, sentía la presión de la jefa y se le tornaba insoportable. No veía la hora de irse, se sintió aliviada cuando la despidieron.

A: "¿Qué pensás que te pasó?"

-No sé, estaba bloqueada y no podía pensar en otra cosa que en que me quería ir.

Eso lo asocia con el trabajo anterior del cual también se quería ir y sentía la presión de tener que trabajar.

A: "Ahora se trata de un trabajo relacionado con tu carrera, lo cual implica encarar esto por primera vez".

-No sé por qué, no me siento capacitada.

A partir de este episodio con el trabajo comienzan a aparecer las siguientes cuestiones: "No sirvo para nada, me siento insegura, tengo la autoestima baja, estoy al borde, así no sé como me voy a enfrentar a las cosas, estoy como a punto de derrumbarme, estoy disconforme con mi vida, hay cosas que me estoy planteando y me cuestiono, así soy yo y no me gusta".

A: "¿Qué no te gusta?"

-En el trabajo me sentí como una nena chiquita a la que no dejan saber, como que ellos sabían las cosas y no me las decían.

Intervengo diciendo: "¡Una nena chiquita que no la dejan!"

-En mi casa yo siempre me daba cuenta de todo, sabía que había cosas que no me decían, no me dejaban participar. Siempre me peleo con mi papá por esto, por un lado me exige y por otro me trata como una nena, no me da lugar. Esto lo tengo tan incorporado que me cuesta hacerme un lugar, acepto esto de que no me quieran decir y no participo de determinadas cosas... Siempre era todo muy secreto, mi papá nunca me quería explicar demasiado, yo quería trabajar con él, era mi sueño y él no quería, él no me enseñaba, no me daba demasiada bola... Hay una mezcla en mí de independencia, libertad y por otro lado, de desprotección. Yo ahorraré plata para poder venir acá, yo sabía que mi papá me iba a decir que no me podía venir porque él no tenía plata, yo me anoté en la facultad y me vine, como un juego, nunca les pedí nada.

Interrogo sobre aquello que dijo: "...como un juego".

Aclara: "Fueron mis propias decisiones. Un día me desperté y vi todo esto que pude y me dio terror y se me derrumbó todo. Abrí los ojos y se me vino la realidad encima."

A: "El paso dado frente al "no podés" de tu papá, te horrorizó".

-Hacerme cargo de eso me horrorizó, sentí que era un paso muy grande y no sabía si me lo iba a aguantar y me tomé ese año sabático.

En este segundo momento se pone en juego para la paciente el dilema entre sostener los emblemas paternos o dejarlos caer e independizarse; ante la imposibilidad de decidir se reprocha tanto el no poder cumplir como el paso dado, como efecto ella cae.

La repetición

Ante la situación de obtener un nuevo empleo y estar en el período de prueba, se vuelven a manifestar los mismos síntomas: se bloquea, no sabe ni lo que dice ni lo que hace, se siente intimidada por la dueña, siente que todo lo hace mal. Siente ganas desesperadas de irse y culpa.

Dice: "No puedo estar bajo presión, tengo miedo a desilusionar al otro, no tolero no saber".

A: "¿Por qué no preguntás lo que no sabés?"

-Cada vez que obtengo un logro me culpo, no merezco estar bien.

A: "¿Qué te reprochás?"

-Me reprocho que no puede ser que esté mal, que esté sola. En mi parte social tenía un montón de amigas y no las tengo, no llamo a mis amigas por miedo a que me digan algo y sentirme peor... Me siento en falta por haberles ocultado mi relación con el ex novio de una de ellas.

Continúa llorando y diciendo que su padre está pendiente de ellas y que es injusto que ella se sienta así y que no quiere decirle que está mal.

Se agudiza la temática de estar en falta con el Otro y la culpa que esto le produce; asimismo introduce lo que oculta.

Me empiezo a preocupar por el relato de situaciones en que opta por dormir, no hacer nada, no salir de la casa.

Dice que está nerviosa y que mueve una pierna como hace el padre cuando está igual, él contagia los nervios: "Me doy cuenta que no soy yo, que si estuviera tranquila, sería otra persona".

Me comenta que a veces recurre al Lexotanil para tranquilizarse y estar bien, que no se siente dueña de las situaciones, que es como

si le pasara la vida por el costado: "Yo me culpo de no disfrutar de lo que me pasa".

En este punto se pregunta: "¿Por qué tuve que llegar a estar mal al punto de tener que volver, si ya estaba pensando en cambiar de trabajo? ¿Por qué no busqué? En vez de eso me enfermé, me deprimí y me tuve que ir. No entiendo nada, estoy perdida, no encuentro explicación. Me pone mal no tener trabajo, me siento poca cosa, estoy arriba en la facultad y abajo en la vida".

Buenos Aires aparece como lo asfixiante. Su ciudad de origen como lo tranquilizante. Dice estar cada vez peor y no hacer nada, ve que va "para abajo" y que necesita ayuda, contención. Dice estar "traumada con el tema del trabajo" en el punto en el que se ve excluida de eso. "A todos les pasa y a mí no".

Se siente en desventaja y plantea que nada tiene sentido, si bien en la facultad le va bien, eso no vale nada, el pensar todo el tiempo en esto no le da tiempo para estudiar.

Intervengo diciéndole: "Vos no te das tiempo".

Considero que el recurso al que apela para responder al dilema por ahora, es no hacer nada, dormir como un no querer saber del horror provocado por poder ir más allá del padre.

Hasta aquí lo trabajado con la paciente. Si bien observo puntos de identificación con la caída del padre y creo que sus síntomas se relacionan con esto, son doce entrevistas las que lleva hasta ahora y me pregunto a partir de escucharla, cómo intervenir.

E.S.: Gracias, Silvia. Para empezar a comentar estas entrevistas podemos preguntarnos: ¿qué le pasa a esta mujer? Evidentemente, tiene un problema y Silvia se preocupa por ella, en tanto hay algo que sucede en estas doce entrevistas que le hace pensar a Silvia que podría realizar cierto tipo de intervenciones y se pregunta cuáles serían.

Hay un interrogante respecto de la evaluación clínica. Además la practicante se pregunta por la localización subjetiva, por la subjetivización del síntoma y, otra vez más, ¿qué le pasa? Le he puesto un título a la presentación de este caso: "El juego del rol". Vamos a ir viendo por qué.

Es a partir de este punto que habremos de poder encontrar el

hilo lógico que de cuenta de una dirección posible en estas entrevistas preliminares, según lo que ha sido aislado por la practicante.

En primer lugar, ustedes ven que la presentación de esta joven mujer está signada por males actuales de aquellos que el DSM-IV colecciona en plenitud. Se queja de angustia, depresión, cansancio; lo dice en una palabra: "estoy mal".

La presentación es de una persona que sale de su provincia natal, para venir a la gran ciudad e intentar hacerse en ella un lugar. Una hermana menor, de 20 años es referida, no se dice mucho más de ella. Es estudiante de Ciencias Económicas y desde el vamos queda localizada la cuestión de distintos puntos de identificación con el padre. Uno de ellos es la profesión del padre: él es contador pero no ejerce. Faltaría profundizar las razones por las cuales este hombre -para quien valen los mismos significantes con los que se presenta la entrevistada: deprimido, angustiado, cansado- ha renunciado a ejercer su profesión. Vemos ya como los motivos de consulta son tributarios, directamente, de los problemas que después serán presentados como referidos y pertenecientes al padre. Estamos construyendo la fenomenología del caso.

Ahora, lo que no está consignado aquí -por eso voy a aprovechar para hacer una interrogación a Silvia- es cuándo localiza el motivo de consulta: su estar mal, deprimida, cansada.

S.M.: En el 2000, un año antes de dejar el trabajo por el cual se sentía tan agobiada presentaba los mismos síntomas que actualmente.

E.S.: Esta pregunta que formulo apunta a la orientación de las entrevistas preliminares. Preguntarle a alguien por el momento de inicio de los síntomas tiene un valor: permitirle al entrevistado ir construyendo una hipótesis de enfermedad, y si ya la tiene, ayudarlo a que nos la presente. Es realmente importante para nosotros saber qué es lo que esa persona cree que le pasó, cuál es el motivo para él de lo que le pasa. A eso lo llamamos "hipótesis de enfermedad".

Inmediatamente, luego de insistir con su problemática del llanto, de no poder comer ni concentrarse para estudiar, de estar ner-

viosa, con dolores en la boca del estómago, dormir mucho y no querer levantarse, localiza las coordenadas de su drama: vino a Buenos Aires con los ahorros que pudo juntar en su último año del secundario y fue una tía quien le consiguió ese trabajo en el que estuvo como empleada administrativa, empleo que conservó, hasta mediados del 2001.

S.M.: Hace 5 años que ella está en Buenos Aires y este empleo lo conservó hasta el 2001, o sea que estuvo 4 años con este trabajo. En el 2000 empezaron los síntomas relacionados con no poder salir, no poder dejar el trabajo, sentirse agobiada, presionada...

E.S.: O sea que eso fue antes de dejar el trabajo...

S.M.: Sí.

E.S.: Un año más ella estuvo en el trabajo, con esta sintomatología...

S.M.: Hasta que el padre le sugiere consultar un psiquiatra y ahí ella se puede desprender.

E.S.: En el relato aparece, apenas mencionado, un novio al que le gustaría ver más seguido.

S.M.: Sí, el novio también estudia, pero está en La Plata razón por la cual se ven sólo los fines de semana.

E.S.: Ustedes ven que hay toda una serie de datos respecto del trabajo, del estudio que se reiteran.

Insistiré, a mi vez, la cuestión es: ¿qué le pasa a esta mujer?, ¿hay algo en lo que dice, o son simplemente palabra vacías? La causa del malestar, ¿está en lo que dice o fuera de lo que dice? Nadie puede dudar de lo real de la angustia que la atraviesa, pero cuando comienza a hablar parecería que la vida corre al lado de ella. No parece ser ella quien está en lo que cuenta. Parecen anécdotas que en sí mismas no tienen, como fenómenos, un valor causal para determinar el estado que la aqueja. Relata un nutrido in-

ventario patognomónico: efectos corporales, angustia, depresiones, y, sin embargo, cuando comienza a hablar de lo que le pasa, los lazos están más o menos asegurados y, simplemente, un trabajo que no termina de salir.

Es decir, se observa una desproporción entre lo que el sujeto dice, de lo que habla, sobre lo que se queja y los efectos de los dichos sobre la subjetividad del hablante. Vamos a ver con esta presentación, cómo es necesario darle la suficiente importancia a este desfase y prestarle la debida atención.

Estas doce entrevistas que parecen centradas en lo mismo: "que el trabajo, que mi provincia natal...", van evidenciando detrás de esos fenómenos -primero de un modo efímero y luego muy manifestamente- la presencia del padre.

Aclara la practicante que desde que vino a Buenos Aires ella se mantiene sola económicamente.

La cuestión, que ahora ya podemos ubicar como el centro más silencioso del caso, es la caída de la potencia fálica del padre: es un padre que no puede sostener -no solamente a esta hija- sino a esta familia. Este hombre ha caído en la depresión a partir de haber perdido su trabajo. Hay ahí un dato clave: es a partir del exacto momento de esta caída del padre y de la pérdida de este negocio que la entrevistada decide el viaje a Buenos Aires. Es exactamente en esa hiancia, en ese punto de la caída del padre, que decide "saltar" a Buenos Aires.

S.M.: Con respecto al padre, quiero aclarar un dato: la farmacia que él funde era la de su propio padre, quien era farmacéutico. Era la farmacia más antigua del pueblo. El padre, deja su trabajo como contador cuando su padre -el abuelo de la consultante- se enferma y ya no puede continuar al frente del negocio.

El padre se hace cargo hasta que se funde lo cual, prácticamente, coincide con la muerte de este abuelo paterno alrededor del año 96 ó 97.

E.S.: Si fuera en el 97, son exactamente 5 años, que es el momento en el cual ella vino para aquí.

S.M.: Sí. Y ella se refiere a ese momento como el momento en que se derrumbó todo, se perdió todo.

E.S.: Entonces ahí tenemos localizado un momento crucial en esta historia familiar: un padre que había sacrificado su profesión y su deseo en pos de su propio padre asume ese lugar y fracasa. Fracasa "consumiendo" el negocio del padre -que era a la vez la herencia que había legado de ese padre en vida- que recibe cuando él ya no podía trabajar.

Coinciden, entonces, la muerte del abuelo con el momento de la depresión del padre y la salida de ella hacia Buenos Aires.

Comprobamos que comienza a tomar otro matiz el relato que presenta Silvia, relato que si bien sugiere cierto montante de angustia en la entrevistada, su desarrollo parecería ser, en cierta forma, trivial... para ella misma: parecía que nada le pasaba aunque le pasaran cosas en su cuerpo.

Vemos el modo en el que comienza a organizarse el caso a partir del relato. La cuestión es, ¿qué relación hay entre aquello de lo que padece la sujeto, este padre deprimido en la cama, ese abuelo muerto y aquello a lo que el padre respondió respecto de su propio padre? ¿Qué une ahí "hija" con "padre" y con "abuelo"? ¿Qué se ha transmitido ahí, por la vía del padre, respecto de lo cual estructura esta mujer su sintomatología?

Vamos a ubicar ahora lo que podemos llamar "la caída del padre en nombre del padre" (es decir, de su propio padre). Este hombre, al intentar hacer suyas las insignias de su progenitor -y contrariando su propio deseo-, encuentra la depresión. Podemos decirlo, como una hipótesis: con ella encuentra, en ese punto, la culpabilidad.

Precisemos ahora de qué es culpable el padre y de qué es culpable ella. Respecto al padre, ya está más claro de qué lo es: parece ser culpable de haber cedido respecto de su deseo y haberlo pagado, efectivamente, con la depresión. Su cobardía moral parece haberla pagado con una depresión por haber entregado, en sacrificio a su padre, el deseo que lo sostenía en una profesión diferente de aquel ramo que le habría sido transmitido por vía paterna.

Aparente paradoja: estamos hablando de un sujeto pero reti-

riéndonos a otros dos y, en ningún momento, dejamos de hablar de la mujer que consulta. Es ésta la única manera de entender los puntos de identificación que llevarán a la consolidación de la sintomatología en ella. No se trata de una cuestión de intersubjetividades, sino de rasgos subjetivos precisos procesados por el modo de gozar de un sujeto que produjeron inhibiciones, síntomas y angustias.

Curiosamente, cuando a partir del 2000 a ella se le hacía cada día más difícil trabajar fue el padre quien le aconsejó que viera a un psiquiatra. Pero el padre, a su vez, ¿cómo trataba su padecimiento?

S.M.: Ella no menciona nada respecto de esto. Supongo que no lo trataba.

E.S.: Ahí, exactamente, donde el padre no se trataba, quien se trata –a partir de su rogatoria– es la hija. La hija comienza un tratamiento psicológico en su ciudad natal por el que refiere haberse mejorado, lo que le permitió volver a Buenos Aires en febrero del año en curso.

Ustedes ven que la primera entrevista –que es bastante larga– termina con una interrogación formulada por la entrevistada: “¿por qué me boicoteo el trabajo? ¿Por qué me torturo de esta manera?” Ella, evidentemente, sabe que hay un *plus*, que hay algún exceso en relación con el desempeño que ella realiza.

A partir de ahí, comenzamos a tener idea de la construcción de una hipótesis realizada por la misma entrevistada.

Lo que la practicante hizo, por medio de la función interrogativa en las entrevistas preliminares, ha sido ayudar a que se vaya “soltando”, es decir, construyendo, una hipótesis de lo que le pasa a esta mujer.

Cuando alguien dice: “no sé por qué me boicoteo el trabajo”, ya hay allí un índice de división subjetiva. Y no se trata aquí de un sufrimiento que aparecería como exterior al sujeto, situable a partir de una causa exógena, sino que este dolor aparece ya orientado como agente de una interrogación: “¿qué hago respecto de lo que me pasa?” Podemos leer aquí un índice de implicación subjetiva, que es –vamos a decirlo así– el primer paso hacia la localización del

sujeto. Es por todo ello que con la pregunta “¿por qué me estoy torturando de esta manera?”, Silvia interrumpe –con buen tino–, la entrevista.

En la siguiente entrevista comienza a aparecer, de un modo decidido, la cuestión del padre. Si en la primera hablaba de ella, en la segunda va a hablar del padre ¡pero con los mismos términos con los que antes hablaba de ella!: “tengo miedo que a mi papá lo echen del trabajo, él no anda bien, está como cansado, se duerme, está decaído, él siempre fue vivaz y de buen humor”.

Ahí comienza a ubicarse la relación que mantiene con el padre: “Yo siempre tuve temor de que a mi papá le pasara algo, siempre estoy con ese miedo”. ¿Por qué? “Porque siempre hay alguien enfermo, no tenemos descanso”. La intervención en ese punto, vía la función de la cita que emplea la practicante, despierta a la entrevistada. No olvidemos que el cansancio era uno de los padecimientos que la habían conducido al análisis (cansancio no solamente de ella, sino, además, un rasgo que le adjudica a su padre). En este punto preciso el problema no es el cansancio sino el “no tenemos descanso”.

Luego, la entrevistada dice algo tan obvio que uno se pregunta cómo intervenir: “Algo en mí me está trabando”. Vuelve sobre el trabajo: “es un peso realmente buscar trabajo, es una carga terrible, ahí es donde caigo en la depresión”. Lo obvio es que está describiendo el problema del padre con los mismos términos con los que se presentó a sí misma en la primera entrevista. La pregunta para formularse es: la entrevistada, ¿sabe lo que dice?

Intervención:

–No, no sabe.

E.S.: Aquí se abre la dimensión inconsciente de los dichos y, por ende, la posibilidad de la intervención analítica.

S.M.: Ella dice en entrevistas posteriores: “yo no sé ni lo que digo ni lo que hago”. Es así.

E.S.: Sí; entonces ¿cómo ayudarla a que sepa lo que dice? Para

empezar, ése es el verdadero problema que tenemos con cada entrevistado que recibimos. En ese momento no hubo intervención por parte de la analista pero la entrevistada dijo que a partir de esta caída del padre se empezó a preocupar por conseguir un trabajo "pero nunca busqué y soy mala conmigo porque me exijo muchas cosas y nunca llego a hacer todo lo que me exijo".

Apreciamos que cada vez queda más clara la solidaridad padre-hija-trabajo y la identificación a este rasgo del padre: *destinado al fracaso*. Justamente eso es lo que está aconteciendo y es el problema que sitúan las entrevistas: alguien que está fracasando en nombre del padre a partir de tomar como suyo ese rasgo de él. Y allí se produce un primer tropiezo -que, en verdad, es una interrupción: ella obtiene un trabajo, frente a su sorpresa es elegida entre distintas postulantes, el horario de su tratamiento se superpone con el trabajo y debe dejar. Dice que va a llamar más tarde.

Aquí hay algo que debemos interrogar: "la sorprendida soy yo" -dirá Silvia- "cuando al cabo de 10 días me llama para pedirme el horario que tenía en la institución". ¿Por qué la sorpresa?

S.M.: Yo supuse que ella iba a continuar en el trabajo y me sorprendió que me pidiera el horario que tenía.

E.S.: Lo que nos hace puntualizar lo siguiente: si el trabajo está tan articulado con este punto de fracaso del Otro y, efectivamente, es un elemento muy sensible, lo sorprendente hubiera sido que continuara en el trabajo. Hay algo del síntoma que está allí agarrado desde el vamos y hace difícil, precisamente, no solo trabajar sino entrar en el dispositivo.

Éste es el problema que trae Silvia: ¿cómo hacer para entrar en este drama subjetivo y desarticular su potencia destructiva para este sujeto?, ¿cómo intervenir para cuestionar la causa de esta sintomatología?

Al retornar, ella comienza a contar lo que le pasó: la presión de la *jefa era insoportable* y se sintió, finalmente, *aliviada* cuando la *despidieron*. Eso debe validar nuestra hipótesis, es decir, hay algo en el trabajo que es del orden de un problema y remite directamente al goce que el síntoma le procura en el nombre del padre.

Pregunta:

-Cuando ella vino de su provincia natal consiguió un trabajo que le duró cuatro años, ¿no es así?

S.M.: No lo consiguió, se lo consiguieron. Este es un momento diferente al anterior porque ella se está proponiendo buscar un trabajo relacionado con sus estudios.

Intervención:

-En relación a la primera consulta, la paciente trae una serie de dificultades y termina diciendo: "no puedo estudiar" y agrega: "me enrosco pensando y tengo miedo de no poder recibirme". Justamente, el trabajo es la posibilidad de recibirse. Teniendo en cuenta la identificación de esta mujer a su padre, en este "menos" que le hace mal, fijada a ese rasgo del padre, mi pregunta es acerca de su elección de carrera ya que estudia lo mismo que el padre. Ella soporta esta coincidencia trabajando cuatro años y en el último año, frente a la perspectiva de recibirse, comienzan sus síntomas. Recibirse implicaría igualar al padre y habría que preguntarse si en eso ella está en su deseo o cede como el padre, pues tal vez su deseo es otro que ser contadora. Hay un antecedente, cuando ella consiguió un trabajo relacionado con su carrera dijo que le resultó insoportable.

E.S.: Luego vamos a retomar algo de lo que usted dice con la hipótesis que da título a este trabajo. Creo que su intervención va, exactamente, hacia ese punto.

Pregunta:

-¿Es posible pensar la sorpresa que experimenta la paciente cuando consigue el trabajo que tiene que ver con lo que ella estudia -siendo bastante calificada, ya que le va muy bien en la facultad- como un índice de división subjetiva?

E.S.: Muy bien. Podemos concordar con Silvia en que sí, es un índice de división, pero tenemos que ubicar ahora cuál es esa división subjetiva. Efectivamente, las intervenciones van en esa mínima

línea. La entrevistada suelta, así como al pasar, un rasgo que hace a su posición que permitiría, tirando de este hilo, entrar en la novela familiar, comenzar a construirla.

Ella dice que había siempre un secreto entre los padres, que ella sabía que lo había pero que nunca podía entrar allí, que eso pertenecía a ellos. Ahí tenemos una posición de exclusión de esta mujer respecto de la relación entre sus padres, hay algo que allí circula de lo cual ella está excluida. No hay más desarrollo pero tenemos ahí esa escena: sujeto de un lado, los padres por el otro y entre ellos circula una información que está vedada para el sujeto. Pero además hay una intención supuesta al padre respecto de "siempre era todo muy secreto... mi papá nunca me quería explicar demasiado, pero yo siempre quería trabajar con él, ése era mi sueño y él no quería, él no me enseñaba y no me daba demasiada bola"; de ahí surge el empuje infantil a partir del deseo insatisfecho.

S.M.: Ella quería trabajar en la farmacia con el padre.

E.S.: Bien, y entonces -ahí sí- suelta la frase que voy a localizar como el centro del caso: "hay una mezcla en mí de independencia, libertad y, por otro lado, un rasgo de desprotección". Luego dirá que ahorró plata para venir a Buenos Aires. Ella sabía que el padre le iba a decir que no viniera porque él no tenía plata, pero ella igual se anotó en la facultad y vino: "Era como un juego, nunca les pedí nada". Y ahí viene la pregunta de la practicante: "¿por qué como un juego?" Y responde: "En verdad fueron mis propias decisiones, un día me desperté y vi todo esto que pude y me dio terror y se me derrumbó todo. Abrí los ojos y se me vino la realidad encima".

Ahora bien, ¿qué es el *vel*? Es una figura de la lógica que indica una posición de relación entre dos frases.

En este caso, el *vel* al que me refiero es excluyente o exclusivo, es: "o a o b", pero no en el sentido de "iremos a comer o a bailar" si no, "o es bueno o es malo", es uno o es el otro.

Veán ustedes cómo podemos formular ahora el caso a partir del *vel*: vamos a llamar "a" a esta primer formulación: "si trabajo quedo en el lugar de mi padre", es decir, "triunfo sobre él desplazándolo". En esta posición, la potencia fálica quedaría del

lado del sujeto, sería su acumulador de goce.

Por otro lado, la segunda formulación, "b": "si no trabajo quedo a expensas de mi padre, mantenida por él; pero como él no puede..."

La primera posición del *vel* la conduce a la independencia, la segunda a la desprotección. La problemática de esta mujer está centrada en torno de "o a o b".

Ustedes ven cómo se organiza el caso situando el problema planteado entre independencia o desprotección: el "juego del *vel*" localiza una posición complicada para responder y sitúa por qué esta mujer no puede trabajar en la profesión: tiene el problema de recibirse en la carrera que eligió -que es la carrera del padre- y que ella decide ir a estudiar justo cuando el padre cae. Es en el momento exacto de la caída fálica del padre, que ella decide tomar esas insignias y hacer el hombre por él. La cuestión es, ¿cómo hace ella para ser independiente, si ser independiente quiere decir asesinar al padre, aparecer en el lugar del padre, sustituyéndolo? Comienza a tomar sentido el sinsentido más radical de que alguien absolutamente formado -a quien le va muy bien en la facultad-, cada vez que tiene la posibilidad de obtener un empleo dentro de ese campo, no bien abierta cierra la puerta, inclusive hasta se hace echar; y cuando consigue que la echen, obtiene alivio. Este alivio es el indicador del rechazo del fantasma en el que se sostiene: estar aliviada quiere decir, efectivamente, "no he matado a mi padre".

Pregunta:

-Quería preguntarte Silvia: ¿cómo plantea ella esa interrupción? ¿Da algún lugar a poner a trabajar la dificultad o, directamente, cuando ella consigue este trabajo cierra toda puerta?

S.M.: Ella me llama y me dice que en función de que empiece a trabajar y no puede venir, va a organizarse con los horarios y que me va a llamar más adelante a ver cómo continúa.

E.S.: Es decir que el *vel* se instaló bajo transferencia: el trabajo apareció coordinado con los horarios de la sesión y al elegir el trabajo eligió hacer caer el tratamiento.

Intervención:

-Justamente en eso pensaba cuando te hice la anterior pregunta. Se trata de un *vel* complicado para la transferencia ya que deja en un punto difícil al posible trabajo analítico. Desde este fantasma podría pensar: "si me quedo en análisis, si puedo avanzar en resolver este problema y puedo mantener un trabajo, por lo tanto puedo... etcétera, etcétera..."

E.S.: Sí. Precisamente el "etcétera, etcétera" es "mato a mi padre". Aquí la salida para alguien es su destrucción. Mientras esté activo este fantasma va a ser muy complicada la entrada.

Intervención:

-Un pequeño detalle que me llamó la atención: ella decía que había secretos en la familia que eran del orden del saber, pero que ella no participaba; entonces, es un saber que le prohíbe la acción. En el estudio pasa lo mismo: sabe pero no puede participar de lo que sabe en su trabajo. Más allá de la identificación al padre, del asesinato, etcétera, ahí hay una marca familiar: saber y quedarse inmóvil.

E.S.: Sí, pero no es "más allá" del padre, es al revés. Sólo se entienden todos estas dificultades -respecto del trabajo, del estudio, etcétera- por una marca de goce que se encuentra en ese rasgo paterno y que ella se procuró por la identificación (en todo caso, diríamos: más acá del padre). Luego fueron esas dificultades las que la confrontaron con su imposibilidad -digamos, "paterna", aún sin tener ella ni la menor idea de esto- y fue, además, lo que condujo a esta mujer a buscar a un analista.

Es muy difícil, verdaderamente, situarse en estas coordenadas para permitir que las entrevistas avancen hacia la entrada en análisis. Porque, vean cómo se complica la cuestión, cómo el juego del *vel* ya avanzó sobre la transferencia tomando, adhiriéndose con su viscosidad en el análisis mismo y promoviendo una salida anticipada.

La cuestión es cómo aislar la verdadera pregunta por la que esta mujer pueda entrar en análisis. ¿Tenemos alguna pista en el

material presentado? Creo que podemos encontrar algo; hay un detalle que, me parece, puede ser la llave. Comprobemos en el *vel* cómo se ha configurado la siguiente alternancia:

PADRE	HIJA
1. - caída	+ independencia
2. + Ideal; padre-supuesto-protector	- desprotección Con su caída ella intenta hacerse proteger por el padre
3. - duplicación de la caída	- impasse: llamado al Otro El (-) del padre recae sobre ella

Entre padre e hija hay signos, podemos llevar todo simplemente a signo (+) y signo (-). Comprobémoslo.

Efectivamente, la *caída del padre* (-) tiene como respuesta en la hija que ella salga a trabajar (+): es el significante "independencia" con el cual quiere hacerse representar.

Pero su *independencia* la conduce al efecto freudiano de los que "fracasan al triunfar", ella tiene entonces que ampararse en un *padre-supuesto-protector*, posición ideal del padre, destinada a fracasar.

Al final surge el *impasse* que la lleva al análisis: el (-) del padre ha recaído como sombra sobre el yo del sujeto. Se produce la identificación en el punto de la melancolización del padre. Pero agreguemos que ella ocupa su lugar no en la cama de la depresión sino en la salida y en la realización laboral, es decir en el triunfo sobre el padre.

Pregunta:

-No comprendo bien en el punto 2 por qué aparece un signo positivo (+) del lado del padre.

E.S.: El signo positivo localiza el punto en el que el padre aparece como dador, como ideal, en una posición de potencia. Allí surge la segunda posición del *vel* que es: "quedo mantenida por mi padre". En este punto la hija con su (-) conserva la potencia del padre (+), intenta consagrarse a esa potencia para hacerla existir. Es la función histérica respecto del padre ideal: con su caída, ella intenta hacerse proteger por el padre, es el significante de la desprotección que nombra, que convoca a la protección del Otro.

De modo inverso en el punto 1 tenemos del lado del sujeto ("hija") el significante "independencia" que responde al padre caído del lado del Otro ("padre"). Vemos en estos dos puntos la alternancia de los signos entre "padre" e "hija": cuando uno adquiere un valor (+) el otro adquiere un (-).

El punto 3 señala un principio de tratamiento de resolución del *vel* por la llegada de ella al análisis, lo que va a dar el motivo de consulta, tironeado en este *vel*: "independencia o desprotección"; y "desprotección" siempre llama a la protección del Otro, es decir, a sostener al padre ideal.

Ven ustedes cómo se podría escribir así, simplemente, la lógica del caso. Por eso, el *vel* "independencia o desprotección" está situado precisamente, y esto tiene distintas manifestaciones.

Otra manera de plantearse el *vel*, intentando el sujeto resolverlo del lado de la independencia es, como ella dice: "si vengo a Buenos Aires, lo desafío, no le pido plata y muestro su impotencia". "Él no tiene" es localizar la falta del Otro y es, al mismo tiempo, intentar hacerse un ser con la falta del Otro.

Del otro lado, desde la posición de desprotección: "si no vengo, quedo a su merced, le pido y alimento su potencia". Digo: "alimento su potencia", por el trastorno alimentario que está situado en el inicio. ¿Ven que hay un acumulador fálico que va pasando de un cuerpo a otro? Todo esto circula entre el sujeto y el padre ideal.

S.M.: Esto que Ernesto plantea con los signos queda demostrado cuando ella vuelve a su ciudad: es mantenida por el padre esos meses que está en la casa y en los que deja el trabajo. En ese período hace ese tratamiento, decide volver y, nuevamente, se instala el primer momento, el padre en (-), ella en (+) y con ello se

reinstalan todos los síntomas. Y quería aclarar algo que también es importante: la hermana que viene este año, no trabaja y es el padre el que la mantiene acá, o sea que esto atañe a su fantasma, a su propia neurosis.

E.S.: Estamos obteniendo datos que nos faltaban que van dando la clave del asunto. Resulta ahora que el padre mantiene a la hermana y no a ella. Habíamos marcado antes la escena de exclusión en la que se situaba ella fuera del secreto entre madre y padre y ahora se le suma que ella es, además, excluida respecto de padre-hermana. Esto la empuja a ella a la (des)posesión y a la posición del padre potente: el (+) aparece del lado del padre. Ahora, con estos nuevos datos aportados por Silvia, la desprotección de ella mirando la escena en la que el padre le da a la hermana menor y no a ella, permite situar el desarraigo, el *desarraigo* del Otro.

Pregunta:

-Usted mencionó dos fantasmas, el del asesinato del padre y el fantasma de exclusión, ¿podría aclararlo?

E.S.: Muy bien, luego voy a hacer una referencia a lo que usted dice, gracias.

Pregunta:

-Mi pregunta tiene que ver con el juego del *vel* porque si bien no se queja en relación a su vida amorosa, está saliendo con un hombre y eso le significó quedar excluida del grupo de las amigas.

E.S.: Sí, *excluida del grupo de las amigas...* Estamos llegando al núcleo; el hilo lógico se viene presentando ante nosotros. Estamos construyendo el caso paso a paso a partir de su secreto; sigamos así. Comenzaré respondiendo a la intervención anterior. Si bien hablé sobre fantasmas, de ninguna manera estoy hablando de un fantasma fundamental, ya que sería absolutamente prematuro hacerlo. Tan sólo señalo los puntos en los que el sujeto aparece en una relación al goce que puede ser precisada, deducida y eso es lo que va sosteniendo, construyendo los pedazos de realidad con los que

tropieza esta mujer. Se va haciendo evidente que la manera de construir el *vel* es a partir del goce procesado por sus fantasmas. Mencionaba –como primera hipótesis– un fantasma de asesinato del padre y también situábamos la posición de exclusión, la que –si bien no denominé aún “fantasma”– estoy de acuerdo en que podríamos designar aquí, retroactivamente, “fantasma de exclusión”.

Vamos a continuar con otra de las intervenciones. El punto referido aquí es una frase (que en la primera versión del caso se hallaba entre paréntesis) que Silvia nos presenta casi como al pasar, pero que tiene el valor de un tesoro, un *agalma* que nos ofrece algo así como “la razón silenciosa” del caso.

Con respecto a las amigas, nuestra protagonista dice –también como al pasar– que se siente en falta por haberles ocultado su relación con el ex-novio de una de ellas. Ella le sustrajo a una amiga su ex-novio. En verdad, como toda mujer que se precie de tal lo sabe, no existe dicha entidad: para toda mujer un novio nunca es “ex”, siempre es un novio, y esto más allá de que salga o haya dejado de salir con una. Aquí tenemos un punto de falta en la subjetividad respecto de un avance de goce, es decir, en relación al goce sexual: ella le hurtó un *partenaire* a una amiga, razón por la cual queda *excluida* del grupo de las amigas por su propia decisión, para no tener que contarles.

¿Sobre qué venía hablando hasta ese momento? Dijo: “Cada vez que obtengo un logro, me culpo, no merezco estar bien. Me reprocho que no puede ser que esté mal, que esté sola. En mi parte social tenía un montón de amigas y no las tengo, no llamo a mis amigas por miedo a que me digan algo y sentirme peor”.

Lo dice como al pasar, pero aquí aparece el indicador de la culpa que se sostiene por sustracción. Ella, efectivamente, es culpable de esto: “cada vez que obtengo un logro, me culpo, no merezco estar bien”.

Esta posición de sustracción del objeto de la demanda de amor del Otro está allí, en el centro de la escena y ella –como bien dijo antes Silvia– no sabe lo que dice, pero lo dice.

Ahora, ¿cómo intervenir cuando lo escuchamos? Aquí tenemos un punto donde intervenir, un punto por el cual tomarla para permitir, precisamente, ubicar, localizar, al sujeto: es ella que está ahí

–en carne viva, en culpa actuante, tracción a culpa– en una escena entre pares, mujeres, que concierne a un objeto de amor. Es por este lado, por donde la melancolización –que aparece en estas entrevistas vía esta posición de sin salida que hay aquí en este *vel*–, tal vez pudiera ceder, entrando en discurso por las cuestiones del amor, entrando por la exclusión y la auto-exclusión a partir de sus elecciones amorosas.

Porque luego, inmediatamente, viene todo el relato de sus preocupaciones. Por ello, el punto por el que podemos entrar, por donde podríamos abrir una brecha transferencial en una situación que parecía cerrada sobre sí misma, tal vez podría ser por las cuestiones del corazón, las cosas del amor.

Ya que sólo con localizar el *vel* no resolvemos la entrada, pues se trata de situar dónde está ella en ese *vel*, cómo se haya vestido esa elección que se le impone entre *independencia* o *desprotección* (o tal vez podríamos precisar ahora, más bien: *desarraigo*) –y eso sólo lo logramos localizando los significantes, los semblantes a los que el goce se aferra. Entonces, es esta escena que compromete el campo del amor, en la que ella podría estar comprometida en su goce sexual y –además– involucrando a las amigas a partir de actualizar un fantasma de exclusión, parecería ser una buena puerta de entrada; por ejemplo, a partir de que ella sitúe el malestar por ese novio, por ese novio que le sacó a una amiga y que impide que ella vuelva a su grupo de amigas.

S.M.: Ese novio que le sacó a esta amiga, es éste con el cual se ven esporádicamente y del cual ella se queja que no puede disfrutar sexualmente.

E.S.: Ven cómo aquello que se producía respecto del trabajo se duplica ahora respecto de su vida sexual.

Ella es, activamente, la que le sustrae al Otro femenino y ahí viene la culpabilidad como efecto subjetivo.

Esto es, por supuesto, lo que podrá articularse con otras escenas de exclusión y –si el análisis continúa hasta ese punto– podrá recorrer el trayecto significativo con el que el goce ha jugado su partida arribando a la Otra escena que está allí en juego en la que

ella aparece excluida de ese secreto entre padre y madre.

Todo esto son los hilos que van a permitir -si esto avanza- construir la neurosis infantil, pero sólo será cuando ya hayamos localizado al sujeto -a partir, precisamente, de estos indicadores- y se encuentre ya en función en el diván analítico.

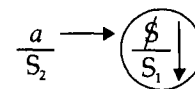
Pregunta:

-Quiero hacer, simplemente, un comentario. Estamos viendo mucho de la nueva clínica, de una clínica "más allá del padre", pero, indudablemente, cuando se trabaja en entrevistas preliminares y en el primer tiempo del análisis hay que trabajar la novela edípica en la histérica, las identificaciones. La nueva clínica no excluye para nada la vieja sino que se articulan, ¿no es así?

E.S.: Partamos por lo más obvio, ciertamente, decir que haya una clínica "más allá del padre" no quiere decir que no haya que dejar hablar al analizante o al entrevistado sobre sus padres, ya que son los padres el objeto frecuente de los disturbios existenciales del *parlêtre*, referencia ineludible de aquello de lo que él padece. La cuestión es cómo intervenir y desde qué orientación hacerlo. Si no fuera así, sería exigirle al analizado que esté en una posición de ir "más allá del padre" (como si eso fuera posible) cuando, justamente, viene por no estarlo.

Es del analista del que se espera que esté articulado a ese "más allá del padre", efectivamente, para orientar la dirección de la cura desde y hacia allí. Hay que ver en cada caso qué quiere decir exactamente el "más allá del padre". En este caso, para no armar una entelequia metafísica, el "más allá del padre" sería para esta mujer poder resolver este *vel* singular. Para ella sería resolver esta tensión excluyente entre ser independiente o quedar desprotegida, desarraigada del Otro; solucionar esta carta forzada que le impone inhibiciones, síntomas y angustias donde, si es *independiente*, se alza sobre la cabeza del padre, aplastándolo; pero si es *desprotegida* permanece en la espera eterna del Otro paterno para que él se encargue de ella.

¿Cómo se hace para despegar al sujeto de sus S_1 ?



Éste es el matema del discurso analítico.

Debajo del sujeto dividido ($\$$) se ubica lo que se espera como producción del discurso analítico que es, precisamente, que se suelten los significantes amos del goce de cada cual (S_1): que alguien pueda liberarse de eso, aliviarse de llevar el peso del goce que en el fantasma esos significantes portan, los que van contra el sujeto y que -como decíamos- son causa de inhibiciones, síntomas y angustia. Es para eso que el sujeto debe (es decir, puede, podrá) desprenderse de esos significantes amo.

En eso consiste el análisis y desde allí (a) se espera la intervención del analista -situado en el discurso arriba y a la izquierda-, desde el lugar de ese objeto que no es ningún signifiante con el que identificarse pero sí es la causa de que el analizante pueda cuestionar los propios significantes amos de su goce. El analista puede colaborar, en esta orientación, a provocar primero la localización de esos significantes y ayudar luego a su desprendimiento.

Es decir, ¿cómo hace esta mujer para que "independencia" no quiera decir "asesinato"? ¿Cómo se despega el sujeto que está allí representado por el signifiante "independencia" del otro signifiante, "asesinato"? Si funciona, el análisis va a permitir eso.

Por otro lado, espero haber situado -espero que una vez más- de qué modo la formalización que realizó Lacan sirve para orientarnos en la práctica analítica, para organizar la experiencia singular de cada análisis, para hacer saber que los dispositivos de formalización por él creados no son entelequias del mundo de las ideas sino instrumentos precisos que nos sirven para captar la experiencia viva de un análisis y entender su lógica, sus permutaciones, sus *impasses*.

En este caso, Silvia Mizrahi ha tenido la gentileza de ofrecernos la substancia viva del psicoanálisis: un caso por ella conducido, un caso difícil con una singularidad desde el inicio. El juego del *vel* ha hecho su apuesta y hemos comprobado hasta qué punto el sujeto

el objeto de la postura. Agradecemos a Silvia su presentación y hasta la próxima.

(Aplausos)

26 de noviembre de 2002

XV UN PÁJARO ENJAULADO

E.S.: Vamos a comenzar la última clase de este curso. Tendremos como invitada a María Martha Scorticati quien va a presentar una viñeta clínica que me he permitido titular: "Un pájaro enjaulado", *un pájaro enjaulado* que va a venir como anillo al dedo para concluir este curso porque nos va a permitir cerrar con la evaluación clínica en las entrevistas preliminares, cuando existen dificultades en relación con el diagnóstico diferencial de las psicosis.

Así que vamos a pasarle la palabra a María Martha, agradeciéndole desde ya su presentación.

María Martha Scorticati: Bueno, muchas gracias a todos, y especialmente a Ernesto por permitirme presentar este trabajo ante ustedes. Mi interés por este caso se relaciona con la evaluación clínica de una paciente quien, luego de un tiempo de entrevistas, llega un día en una situación de marcada desorientación, más de dos horas tarde y en estado confusional. Me explica que había tenido una muy mala semana: se peleó con su madre, quien la quiere controlar -sobre todo, controlar su dinero- y no ve las cosas que ella hizo por su familia cuando todavía tenía trabajo. Dice que piensa quemar sus ahorros delante de los ojos de su madre y que, a veces, se pregunta para que vivir así. La duda sobre el diagnóstico y el estado de emergencia subjetiva me llevan a solicitar un control. Lo desarrollado más abajo es el resultado ordenador de este control que permitió aclarar el diagnóstico de psicosis-paranoica.

Volviendo atrás en el tiempo, la primera vez que veo a esta paciente es en un consultorio de psiquiatría por una emergencia. Cuenta que trabaja en un supermercado y que tuvo un episodio de temblores en el cuerpo y ahogos: "tuve que salir a la calle: ataque de pánico".

Luego de un tiempo, por cuestiones laborales yo decido dejar ese lugar de trabajo y la paciente me solicita ser atendida en mi consultorio, aunque esto le implicaría desplazarse muchos kilómetros. Le pregunto por qué me seguiría hasta mi consultorio y la paciente me contesta que ella "no podría empezar tratamiento con ningún otro". Aunque me sorprende la respuesta le doy la dirección y el teléfono. Pauto una entrevista semanal que comprendería el tratamiento que yo llamo psicológico-psiquiátrico. Acepta.

Ya en el consultorio me relata que ella es gemela de una hermana igual que se llama María Luján. Se llama Luján porque su madre había ido a Luján a hacer una promesa: si ella tenía un hijo lo llamaría Luján para que el marido, padre de la paciente, no se vaya. Pregunto por qué es su hermana quien porta ese nombre. Responde: "A mí no me esperaban. Yo nací con el tabique roto porque la partera se subió arriba de la panza de mi mamá porque la placenta no salía... y la que no salía era yo".

Este dato fue una primera señal de alerta: ¿qué lugar para esta niña en el deseo de su madre? Por primera vez, me pregunté por el diagnóstico de estructura de esta paciente.

El aspecto de la paciente es de alguien no muy actual aunque sí, muy cuidadosa con su arreglo: labios y ojos muy delineados. Al respecto dice que a veces le pasa que si no tiene los labios pintados de color fuerte, al pasar por una vidriera rápido, le cuesta ver que tiene boca.

Me doy cuenta recién entonces que, antes de sentarse, se saca unos tapones de los oídos. Dice que los ruidos le hacen mal, que tiene un terrible dolor en la cara y que los ruidos le aumentan el dolor, que no los soporta. Los ruidos que no soporta son: el tren, el subte y la voz de su mamá.

Pregunto sobre de "la voz de su mamá". Responde: "ella no me puede dejar tranquila". Habla de una madre absorbente, dominante, controladora. Dice: "ella nos inculcó el miedo a todo lo que viene de afuera".

Relata un recuerdo, en el que ella escuchaba a los chicos de su barrio jugar en la vereda detrás de la persiana cerrada de su cuarto. La persiana estaba cerrada porque su madre es maniática de la limpieza:

"Siempre me sentí como un pájaro enjaulado, quería volar. Cuando me abrieron las puertas de la jaula no supe volar. Mi hermana se somete, no le dice nada, pero ella tampoco está bien. Se acuesta a la noche y llora. Yo le doy la mano. Nosotras siempre estuvimos juntas, sincronizadas. Eso nos debe haber quedado de cuando éramos chicas: caminábamos sincronizadamente. Mamá nos agarraba con la misma mano y nosotras caminábamos sincronizadamente para no chocarnos".

De su padre cuenta que ella, en su infancia, no tiene registros de él, aunque él le cuenta que jugaban juntos. Para ella su padre no existía, empezó a existir cuando ella se enfermó y, recién entonces, vuelve a relatar el episodio del supermercado. En ese momento, al relato inicial, le agrega dos cosas: que ocurrió dos días después de que ella había tenido una discusión con su amigo-novio -que trabajaba en el mismo lugar- y que, en ese momento, ella preguntaba si tenía la cara con sangre, porque sentía olor a sangre, como si le sangrara la nariz.

De la relación con su gemela dice: "Yo no puedo vivir sin ella. Es como el oxígeno: si me falta ella me ahogo. Ella trató de irse y yo la fui a buscar. Me arrepiento de eso. Ella pasaba siempre primero para las palizas de papá; yo ya lo agarraba cansado. Tenemos que cortar el cordón umbilical, tengo que aprender a vivir sin ella".

Por la mañana, a veces al despertar, en la franja del sueño, dice que no sabe dónde está: "Cuando me despierto es como que no me encuentro. Me agarran temblores y taquicardia. La menopausia sería demasiado castigo, yo todavía tengo esperanzas de tener hijos. Cuando salía con H. yo sabía que si tenía hijos él me los iba a sacar. Él decía 'mis hijos son míos'".

Esta mujer tiene 35 años. Ahora vive en una situación de clase media pero proviene de una familia humilde: "Mis padres eran de la villa". Durante su niñez, el padre trabajaba en una empresa constructora que lo destinaba a diferentes puntos del país. Ella ubica en esas mudanzas su dificultad para hacer lazo social: "Cada dos años sabíamos que nos íbamos, no valía la pena hacer muchos amigos.

No tuvo internaciones. El episodio del supermercado fue el primero que yo llamaría "de franja", porque no fue un franco de encadenamiento, aunque hay en él fenómenos elementales, como la

alucinación olfativa, que la paciente guardó sin relatar durante mucho tiempo. Las cuestiones que me hacen pensar que es una psicosis son: el tema del cuerpo y la imagen corporal, por ejemplo, le cuesta ver que tiene boca; el dolor que le producían los ruidos; su forma de interpretar los dichos del Otro -por ejemplo, los dichos de su novio acerca de que ella iba a perder a sus hijos si fueran de él.

E.S.: En primer lugar, tengo una pregunta para hacerle a M. Martha que me parece que es central para la intelección del caso y es acerca del episodio del supermercado: ¿qué pasó allí?

M.M.S.: Hay dos tiempos en este episodio. Lo primero que ella cuenta es la taquicardia, los ahogos, la falta de aire, la necesidad de salir. En un segundo tiempo, agrega que en realidad -en relación a la necesidad de salir- ella ya estaba sentada afuera y le preguntaba a los demás: "¿Tengo sangre en la cara?"

Los demás le decían que no. Cuando le pregunto por qué hacía esta pregunta, responde: "Yo sentía olor a sangre como si tuviera la cara llena de sangre".

E.S.: ¿Hubo algo que se haya podido extraer respecto del momento previo a esa sensación?

M.M.S.: Refiere que había visto al que era su novio hablando con una chica que lo estaba abrazando. Ella interpreta que hay una historia entre ellos dos. Este es el desencadenante: ella ve eso por una vidriera, "entiende" en esa escena que hay entre ellos una historia y sufre ese episodio.

E.S.: ¿Cuánto tiempo de entrevistas hay relatados aquí?

M.M.S.: Cinco meses de entrevistas, aproximadamente.

Una de las inquietudes que yo tenía antes del control, era que me llamaba la atención el discurso viscoso, metonímico, de anécdotas. Ella seguía viniendo y yo me preguntaba para qué venía. Antes que se produjera ese estado de desorientación, era alguien

que siempre llegaba puntualmente, cumplía, nunca faltaba y en caso de no poder venir, me llamaba con anterioridad. De repente, lo que he llamado "estado confusional": toca el timbre del consultorio sin saber que había llegado dos horas y media tarde. Es ahí cuando decido llevar el caso a control.

E.S.: ¿Por qué consulta?

M.M.S.: Consulta porque empezó con este problema del ataque de pánico que la llevó a un tiempo de licencia en su trabajo. Cuando yo dejé la salita donde la atendía, ella decidió seguir diciendo que estaba mal, que estaba enferma, que no podía dormir y que se ahogaba a la noche. En realidad, no había una verdadera demanda de tratamiento. Yo sentía que estaba haciendo de apoyo, que ella no podía separarse.

Pregunta:

-¿Podrías ubicar mejor la temporalidad de los hechos que relatás?

M.M.S.: El episodio del supermercado fue en febrero del año pasado. Yo veo a la paciente, la medico por "el ataque de pánico" y la sigo en controles de medicación una vez por mes. Además del tratamiento farmacológico que yo indicaba ella se estaba atendiendo con una psicóloga en la institución. Cuando estoy por dejar ese consultorio, ella me dice que quiere tratarse conmigo. Yo aclaro "tratamiento psicológico-psiquiátrico" precisamente porque ella ya tenía su tratamiento psicológico. Cuando decido tomarla en privado, como había algo que me inquietaba, le indico la frecuencia normal, teniendo en cuenta las dos cuestiones: lo psicológico y lo psiquiátrico. No había ningún síntoma psiquiátrico, como para pensar en una psicosis. El primer síntoma que me hubiera hecho pensar en este diagnóstico, es la alucinación olfativa que ella se reserva y que, como psiquiatra, no me lo cuenta hasta que está en entrevistas en mi consultorio privado y ya pasado un tiempo. Igual que la relación de este fenómeno elemental y el episodio en el que ella ve a su novio con otra mujer. Esto aparece mucho después, cuando yo ya no estoy en ese lugar de aquella que medica.

Pregunta:

—¿Por qué pensás que no puede separarse de vos y sí de la psicóloga?

M.M.S.: Ella había iniciado ese tratamiento psicológico porque yo, como psiquiatra, lo había indicado.

Nunca supe qué pasó con ese tratamiento, ni vi efectos de tratamiento ni referencia alguna a él. Ella cumplía con una indicación mía.

E.S.: Las preguntas están bien encausadas porque se trata de los antecedentes del caso. Siempre que hubo una psicoterapia anterior al tratamiento que se conduce, no está de más saber lo que allí pasó —de ser esto posible. Por ejemplo, saber cuál fue el punto en el que alguien abandonó. Es importante saber cuál es, exactamente, el punto en el que, según la hipótesis del entrevistado, dejó el tratamiento anterior. Por supuesto que no siempre se puede responder a esta pretensión, y menos inmediatamente; hay muchos casos, sobre todo de psicosis, en los que la dificultad para dialectizar los datos aportados por el sujeto complica esta tarea y se requiere mucho tiempo para entender por qué se dejó un tratamiento, por ejemplo. Existen casos en los que el sujeto es reticente —y bien que tiene sus razones!— a hacer saber que hubo un riesgo de desencadenamiento (o un desencadenamiento, directamente) causado por el propio trabajo del tratamiento, en ocasiones debido a que el terapeuta, interviniendo por la vía del sentido, provocó una desestabilización imaginaria en la precaria organización subjetiva de quien consultaba.

La variable temporal es esencial para manejarse en las entrevistas preliminares; es esencial contar con el tiempo para registrar —en ocasiones con extrema paciencia, no sólo prudencia— los desplazamientos anímicos, las variaciones que se producen en el sujeto ya desde las entrevistas. Es preciso asegurarse de que el sujeto podrá realizar un análisis; no va de suyo que así será.

Estoy recordando el caso de un sujeto esquizofrénico que había dejado un tratamiento hacía seis meses, a pesar de estar muy mal. Al interrogarlo agregó que en ese tiempo había comenzado a ver “bichos” que se le aparecían “de noche”. A continuación, dijo que

él no confiaba en nadie y que le había costado mucho llegar a esa entrevista: creía —si bien no estaba totalmente convencido de ello, ya que a veces pensaba que se trataba de una broma— que los bichos le habrían aconsejado no acudir a la consulta conmigo.

Más adelante, pude entender la sabiduría de su alucinación: su terapeuta anterior había producido una serie de intervenciones, de interpretaciones vía significación que habían casi producido un desencadenamiento; se trataba de una psicosis estabilizada muy precariamente. Fue muy difícil la dirección de esas entrevistas para frenar un desencadenamiento, siempre amenazante.

Vemos la importancia fundamental de la evaluación clínica en las entrevistas preliminares, que es lo que este caso trae como problema central. Estamos frente a lo que vamos a llamar —con J.-A. Miller— la “clínica del detalle”.

Lo que ustedes comprueban es que el diagnóstico diferencial se realiza a partir de ciertas cuestiones que pueden pasar desapercibidas en una primera instancia. En este caso, de hecho, para la practicante, pasó desapercibida la confesión de una alucinación olfativa en el episodio de la sangre. Sólo mediante el uso del control, retroactivamente, tomó el valor que tenía lo que se pudo localizar como una alucinación, es decir, como un fenómeno elemental.

M.M.S.: Yo por eso tomé ese caso, yo entré al control con “algo” y salí con una paciente, aunque todos los datos los había llevado yo.

E.S.: Voy a intentar abrir algunas cuestiones desde esta perspectiva de la evaluación clínica, situando la clínica del detalle. Ustedes ven que la presentación de esta mujer se hace a partir del DSM-IV; ella llega con un diagnóstico de “ataque de pánico”. Desde la fenomenología, la descripción que está situada es verosímil, pero nada dice este diagnóstico presuntivo del DSM, de la estructura clínica con la que nos manejamos desde la Orientación Lacaniana y que estamos intentando elucidar. Esta clasificación no dice si se trata de una neurosis o de una psicosis; sólo describe un fenómeno. Desde la perspectiva fenoménica es cierto, hay de eso: el cuerpo de esta mujer se hallaba comprometido por temblores y alu-

gos, tuvo que salir a la calle. El diagnóstico se efectuó a partir de la observación de una serie de conductas corporales para proceder a continuación a categorizar el padecimiento singular de una mujer en una nomenclatura que es supuesta valer igual en todos los casos: "ataque de pánico". Para nosotros se trata de otra cosa en el diagnóstico de estructura. Veamos.

Tenemos un punto que llama la atención por primera vez de la practicante y es cuando -por cuestiones debidas a la contingencia de la vida- ella deja el trabajo en esa salita y esta paciente la sorprende al insistir en atenderse con ella, pero sobre todo le sorprende a María Martha el modo de decirlo; también fue sorprendente la manera como lo dijiste aquí: "tenía algo y salí con un paciente del control".

Efectivamente, hasta ese momento parecía no jugarse nada de la subjetividad de la entrevistada -digo, para la practicante- por eso su sorpresa cuando le dijo que quería atenderse con ella en su consultorio privado. La razón es más que atendible: "no podría empezar con ningún otro". Ven que aquí, desde el vamos, tenemos una infracción al algoritmo del SSS: desde el vamos casi, el analista no es cualquiera, es él y ningún otro. El analista cualquiera, en tanto significativo S_q , aparece desplazado -casi forcluido diría- de un modo que sorprende a la practicante: "es con usted y solamente con usted, no podría ser con ningún otro". Esto que se supone que podría ser el producto de un trabajo ya realizado con un sujeto neurótico, aquí es explicitado desde el inicio, no bien transcurridas pocas entrevistas: la elección decidida de esta mujer por esa analista y no otro. Si bien el amor de transferencia puede estar situado previamente al llamado a un analista, no suele formularse de esta manera. "No puede ser con ningún otro" marca una fijeza de la relación que se sitúa donde la practicante es concernida, es tomada sin saber en qué ni por qué.

Intervención:

-Había sido la psiquiatra de ella...

E.S.: Pero lo que le llamo la atención a M. Martha es la última parte de la frase: "No es que quiero que sea con usted es que, es

con usted porque no puede ser con ningún otro". Planteemos la hipótesis de que hay allí algo de una certeza en juego. Ciertamente, hay un antecedente, pero lo que llama la atención es la fijeza de la formulación.

A partir de ello comienzan a desplegarse aquí, en este texto, cuestiones que hacen a la historia de esta mujer. Desde el inicio la madre figura en un primer plano a partir de una pelea pero, surge además una hermana gemela.

Los hermanos gemelos (también los mellizos) constituyen un fenómeno a considerar siempre en detalle, a partir del lugar decisivo que suele adquirir ese otro en cuanto semejante muy particular ya que suele manifestarse como el doble del uno, el Otro de uno... en uno mismo; por ello ese otro suele adquirir un valor de fijeza especular muy singular que suele ocasionar fenómenos extraños.

En nuestro caso, la manera de presentar a esta hermana gemela ya da cuenta de un dato preciso de la historia y de las condiciones de nacimiento de este sujeto. El nombre que tiene esta gemela se debe a una promesa de la madre respecto de una demanda de que su esposo no se fuera: si ella tenía un hijo se iba a llamar Luján. Una situación le da una primera señal de alerta a la practicante -pero, es la segunda, de acuerdo a lo que acabamos de ubicar- es cuando ella dice: "A mí no me esperaban. Yo nací con el tabique roto. La partera se subió arriba de la panza de mi mamá porque la placenta no salía y la que no salía era yo".

"A mí no me esperaban" es lo que podría decir cualquier neurótico pero aquí este enunciado tiene un valor literal. No parece referir que no tenía un lugar con respecto al deseo de sus padres, no parece tratarse de la construcción dialectizable de un sujeto neurótico. Lo que hay aquí es "a mí no me esperaban", realmente: no esperaban otro hijo que naciera en ese momento. ¿Es así? ¿Se pudo comprobar, efectivamente, que esta madre no sabía que iba a parir gemelos? Es así, nos confirma María Martha. Esto no necesariamente implica una indicación respecto de la estructura clínica: que una mujer no sepa que habrá de parir mellizos o gemelos no quiere decir que cuando la hija narre ese relato vaya a decir "a mí no me esperaban". La hipótesis que empleamos es que acá el uso del len-

guaje es literalizado, no es metafórico.

M.M.S.: Es lo literal de esa ausencia en el deseo de su madre, esta certeza de ausencia, lo que a mí me impresionó. Hay otra cosa que me llamaba la atención y era su cuerpo: era un cuerpo que podía venir, de entrevista en entrevista, con importantes cambios, por ejemplo, muy hinchada del estómago. Ella decía cosas en relación a esto. Era un cuerpo como de plastilina. Esas cosas hacían que yo tuviera un cierto recaudo con esta paciente.

E.S.: El punto que acaba de plantear M. Martha me va a permitir situar un detalle que considero crucial en la elucidación del diagnóstico diferencial y es a partir de allí que he establecido la hipótesis de psicosis.

Es aquello que hace a un fenómeno corporal -precisa y perfectamente marcado aquí- con una frase: "si no tengo los labios pintados de color fuerte, al pasar por una vidriera rápido, me cuesta ver que tengo boca".

Esta frase no es una frase neurótica; acá se ve el esfuerzo del sujeto psicótico por localizar el cuerpo como Uno, en lograr la unicidad del cuerpo. Es interesante la función del color para producir la fijación que asegure la localización del borde del cuerpo, que marque en el cuerpo, el borde.

Aquello que podría ser para una mujer histérica -vamos a ubicar ahora el diagnóstico diferencial respecto de la histeria- un semblante de seducción dirigido al Otro aquí tiene una función de reaseguramiento de la imagen corporal fijando una zona del cuerpo; no está dirigido al Otro, sino al Uno y a la constitución del cuerpo como Uno.

Constituye un verdadero esfuerzo para el sujeto neurótico entender el valor de esta frase, la que nos lleva a la función del uso del cuerpo en la psicosis. El uso del cuerpo es, realmente, esencial en este caso. Este detalle clínico nos permite situar uno de los puntos que desarrolla J.-A. Miller en su libro *Introducción al método...*, cuando localiza los fenómenos que consideran al cuerpo como decisivo en relación a los fenómenos elementales.

Surge, entonces, otra localización por parte de la practicante,

quien se da cuenta de que, antes de sentarse, esta mujer se saca tapones de los oídos. Ella dice que los ruidos le hacen mal, que tiene un terrible dolor en la cara y los ruidos le aumentan el dolor y que no lo soporta.

Localiza tres ruidos que son: el tren, el subte y la voz de su madre. Respecto del tercero, no hace falta que se trate de una psicosis, ¡esa presencia intrusiva constituye casi un universal femenino! (risas). No creo que haya una mujer que no haya sufrido la voz de su madre lo cual, no necesariamente, hace que a causa de ello ustedes lleven tapones en los oídos... Al menos eso supongo.

Pero a decir verdad, lo que no hay aquí, en este texto, es un trabajo elaborativo por parte del sujeto que nos permitiera situar la alucinación (en caso de que la hubiere). Hay un índice de la alucinación, es decir, algo que podemos llamar -con estos "tapones" - una solución: los tapones ofician de solución. Esto queda indicado, localizado, pero no elaborado; ¿por qué digo localizado pero no elaborado? Porque suponemos que los tapones son la solución al problema de la alucinación auditiva, pero no es el caso de que ella haya dicho que escucha voces; no hay elaboración al respecto: sólo hay ruidos exteriores y tapones como remedio. Si se tratara de una alucinación, aquí tendríamos la solución que ella encontró: los tapones en los oídos.

Hay una frase que Miller comenta como al pasar y me parece que toma un punto crucial del diagnóstico diferencial en la psicosis, a partir de un aserto de Lacan, y es que la voz, como objeto de la pulsión parcial, es áfona.

Voy a comentar esta frase con el fragmento que acabo de reeditar del caso. La frase es, en sí misma, una paradoja porque se supone que la voz "tiene voz", tiene substancia sonora y, por lo tanto, es audible.

¿Cómo entenderlo? Las psicosis, como siempre, pueden mostrarnos lo real mismo de la estructura. Es en las neuronias que podemos decir que la voz es áfona, la presencia del objeto voz no se hace escuchar en la neurosis como ruido -salvo en el superyó, pero en éste no adquiere la forma intrusiva y exterior que invade al sujeto en las psicosis. Efectivamente, es en las psicosis que se demuestra que, cuando deja de funcionar el velo del objeto -velo que

cubre a lo real-, la voz se hace oír y deja de ser áfona.

El caso de esta mujer, colocándose tapones en los oídos, demostraría que para ella la voz transporta una presencia insoportable. Hay un punto donde, efectivamente, la voz le habla al sujeto, *eso* le habla. No sabemos qué le dice porque no tenemos ese desarrollo en el texto pero suponemos que la función de la voz -que no es aquí áfona- le dice algo al sujeto. La respuesta para evitar, para solucionar el problema de las alucinaciones -solución transitoria pero eficaz hasta ese momento- serían los tapones en los oídos.

Sabemos que es un remedio un poco débil, pero a esta mujer, hasta acá al menos, parecería funcionarle.

M.M.S.: La voz le funciona como ruido y casi todos los ruidos como riesgo de un desencadenamiento. Este sábado estuvo en una fiesta de cumpleaños y ella dice que llegó un momento en que, aún con los tapones en los oídos, no podía distinguir la música: no sentía música, sólo sentía ruidos.

La persona que le estaba hablando se le convierte en una boca que se mueve, ella siente que se desvanece y dijo: "Me tuve que ir". Y yo le marqué: "Sí, hay que irse".

E.S.: Verificamos aquí el dramatismo que adquiere este tipo de acontecimientos en la vida de los sujetos psicóticos; en el tratamiento se trata de cómo colaborar para que el sujeto pueda separar el goce intrusivo que amenaza su cuerpo o el pensamiento. Ahora que M. Martha agrega este dato que no teníamos, nos sorprende, es nuevo y se ve con mayor claridad la localización del problema y, sobre todo, la labilidad de la subjetividad que está aquí en juego: los tapones son un instrumento lábil pero eficaz hasta un punto y deben ser suplementados por otras respuestas.

Intervención:

-Me llama la atención que el otro se convierte en una boca suelta.

M.M.S.: Yo creo que eso es lo que pasa en el fenómeno de franja: una parte se convierte en un todo. Y esta boca era una boca que

en el discurso de ella, se movía sola. Obviamente, yo no interrogo más sobre eso sino que, lo que trato, es de marcar aquello que la calmó. Me parece que interrogar mucho sobre estas cuestiones puede desestabilizar.

E.S.: Ven que lo que se denomina aquí "franja" -para dejar caer una clasificación psiquiátrica- no es sino la caracterización de un preciso fenómeno elemental que produce una -también precisa- dificultad en las entrevistas para evitar que se produzca un desencadenamiento.

¿Cómo puede colaborar el analista en función, para evitar el riesgo del desencadenamiento? Ustedes ven lo delicado de las intervenciones. En este caso, a una mujer de repente se le comienzan a desdibujar las imágenes corporales y sólo queda una presencia fónica -que destruye las cadenas significantes de la musicalidad-, dejando solamente ruido. Los semblantes que hacen a la consistencia corporal comienzan a desdibujarse, a caerse, se produce la dehiscencia del Otro, ya no está más el semejante sostenido por una consistencia corporal que da la imagen especular, y aparece en su lugar una amenaza, efecto del retorno del objeto real que el semblante no recubre más: una voz.

Ella está en una fiesta, está reunida con otros, con semejantes, cuando -de repente- el semejante se le desdibuja, pierde su consistencia corporal; de repente, la música se transforma en ruido. Su mundo se deslilibidiniza: el semejante desaparece, la música advino ruido; en la simpleza de estos fenómenos, comprueben el dramatismo de la situación. Efectivamente, ella tiene que salir de ahí, a esto se lo va a llamar, desde el DSM: ataque de pánico.

Decíamos antes, ¿es un ataque de pánico? Descriptivamente, podría denominarse de ese modo, pero hacerlo no sirve para nada. No sirve para comprender lo que ocurre, no sirve para responder prácticamente -más allá, claro está, de responder con el medicamento y acallar (aunque sólo sea momentáneamente) la estructura.

La importancia de la intervención que hace la practicante apunta a la salida: "Sí, hay que salir de ahí"; la cuestión es ayudarla con qué salir. Estamos localizando algo muy simple en relación a un tratamiento posible en casos como éste: cómo colaborar para que

no se produzca un desencadenamiento y posibilitar que el sujeto encuentre otra salida para limitar el goce intrusivo.

La cuestión es cómo colaborar en localizar en los dichos del entrevistado, del sujeto psicótico, elementos que él pueda emplear para hallar una solución (o varias, de ser posible) para responder al goce real que amenaza su estabilidad subjetiva.

Dicho así, muy simple, debemos lograr que a un antecedente le corresponda un consecuente preciso: para que *problema* $\Rightarrow$ *solución, enfermedad* $\Rightarrow$ *salida*, es decir, para que al problema se le suplemente una solución, a la enfermedad una salida. Los fenómenos elementales en este sentido están del lado del antecedente (problema-enfermedad); es la evidencia que sitúa en el proceso mismo aquello que no funciona. Se trata de hallar el consecuente singular que en cada caso permita al sujeto maniobrar contra el goce.

Se lee de este modo la tesis de Lacan -ya es nuestra, es de la Orientación Lacaniana- de la forclusión del Nombre del Padre y los efectos que ella produce. Tanto los disturbios en el imaginario corporal, en la composición de la imagen del cuerpo como las perturbaciones del lenguaje causadas por la falta de la significación fálica.

Está claro en este detalle que ahora trae M. Martha, que esta mujer no tiene cómo entender qué está pasando allí. Es decir, la capacidad de significación desapareció, se desdibujó absolutamente: estaba en una fiesta y, de repente, se le desvanecen los rostros, las consistencias corporales se comienzan a fragmentar, lo que era música pasa a ser ruido. Creo que es una manera paradigmática de localizar cómo se ve amenazada la subjetividad en un acontecimiento psicótico.

Pregunta:

-En la fiesta, ¿pasó algo que produjo ese cambio?

M.M.S.: Fue el ruido.

E.S.: El ruido apareció atravesando la música. Lo real insoponible del ruido atraviesa el significante musical, algo retorna desde otro lugar. Lo real del ruido atraviesa el significante y los sem-

blantes.

M.M.S.: Por eso cuando ella hace referencia al dolor en la cara, para mí es otro fenómeno elemental: ella calma el dolor en la cara con los tapones, el ruido le aumenta el dolor en la cara. Mientras tanto, visitaba odontólogos, especialistas en cara, pero en realidad lo único que le calmaba ese dolor eran los tapones en los oídos.

Intervención:

-En verdad la música fue atravesada por el ruido.

E.S.: Lo cual no quiere decir que hasta ese momento hubiera sido una solución contra el ruido. Esta mujer, ¿suele escuchar música? ¿Qué le pasa con la música?

M.M.S.: Cuando yo le pregunté por la música me responde que era folklore lo que se estaba escuchando.

Le pregunto qué le pasaba con el folklore. Su respuesta es que se acordaba de su anterior pareja y le parecía que lo veía bailando, porque él era alguien que bailaba y enseñaba folklore. Supongo que esto fue parte de lo que ayudó a que la música se convirtiera en ruido.

E.S.: Quiero volver sobre el olor a sangre, porque uno podría asociarlo -como lo está aquí en el texto- con las palizas del padre... Pero hay un problema...

M.M.S.: El tema es que las palizas que le daba el padre no aparecen en su discurso como lo importante a contar. Ella sólo nombra al padre en la infancia en relación a que su hermana pasaba primero para que le pegara el padre.

E.S.: Es conveniente señalar que, muchas veces, se intenta "neurotizarse" al sujeto psicótico, es decir, convencerse de que se está atendiendo a un neurótico y no a un psicótico. Hay aplaza, en muchos casos, la angustia del novel practicante.

Veamos cómo está construido el texto: habla del olor a sangre

e, inmediatamente, de las palizas del papá.

Siguiendo esta lógica, parecería que la asociación está ahí, al alcance de la mano, pero esa es la solución que dio el texto de la practicante. Como bien dijo ahora M. Martha: "cuando la interrogo, de ninguna manera hay esa asociación"; falta la dialectización del recuerdo que podría localizarse en relación a un fenómeno cenestésico. Si fuera una histeria, probablemente ella hubiera dicho algo así como: "sentí la sangre y me acordé de las palizas de papá", lo que daría cuenta de una dialectización discursiva acontecida bajo transferencia, dando cuenta de la puesta en forma del discurso analítico... lo que no es aquí el caso.

M.M.S.: Cuando fui a supervisar, una de las cosas que dije antes de empezar fue que traía a esta paciente porque yo tiendo a *neurotizar psicóticos*. Con este enunciado empecé yo y lo que desarrollo aquí es el resultado de ese control. Desde que escribí este caso pasó un mes y pico. Ahora, lo escribiría de otro modo, tendría ahora otra paciente, otro escrito.

E.S.: Como verán, no es por magia que deduje eso. Se trata de seguir, simplemente, la lógica del texto; él está escrito de un modo en el que parecía que se tratara de un sujeto neurótico. Pero hay una desproporción entre lo que ustedes escucharon del texto cuando fue leído y lo que dice M. Martha cuando agrega algo: al hablar, nos está dando indicadores muy claros del diagnóstico diferencial que, curiosamente, los ha extraído del texto, que no ha localizado en el escrito.

Luego, al pasar, hay algo que después es retomado en una frase que también quería ubicar: "Yo todavía tengo esperanzas de tener hijos -recuerden que es una mujer de 35 años-. Cuando salía con H. yo sabía que si tenía hijos él me los iba a sacar. Él decía 'mis hijos son míos'".

Es algo que podría decir cualquier mujer, hasta un punto; "mis hijos son míos", ¿qué es eso? ¿Es, acaso, una convicción?

Se trata de interrogarnos cómo fue que esta mujer logró, hasta los 35 años, no producir un desencadenamiento -o por lo menos hasta ahora no hemos localizado ningún acontecimiento que con

seguridad permita situar un desencadenamiento; parece no haberlo habido.

M.M.S.: Yo creo que la función de su hermana gemela es muy importante. Ella dice -y no está en el escrito tampoco- que hay una certeza entre ella y su hermana de que aquello que a ella le pasa, como desgracias, de alguna manera le va a pasar a su hermana -quien también es soltera y quien también perdió el trabajo. La hermana es aquel ser que la acompaña siempre; siempre están juntas. Por eso ella habla de cortar un cordón, porque la hermana no está bien y esto le preocupa. Había una posibilidad de que su hermana se fuera al interior y ella tenía una sensación de fin de mundo. Ella habló con su hermana y ésta dice que no se va a ir, lo cual ella interpreta como: "En realidad, está esperando que yo esté bien, está esperando que yo la autorice". La hermana siempre pasaba primera cuando la llamaban para los exámenes, cuando el padre se enojaba; la hermana está en su vida como otro yo, acompañándola siempre.

Intervención:

-Éste también es un elemento a tener en cuenta, el tema de esta necesidad de otro yo que esté siempre ahí, concretamente, en lo real.

M.M.S.: Sí, por supuesto.

Pregunta:

-¿Se trataría aquí, de una *folie à deux*, de una locura de a dos?

M.M.S.: Creo que no. La hermana funciona como un yo auxiliar. Es aquella que le pone los pies sobre la tierra; no es alguien que delire con ella, que compartan un delirio en común o que tengan un tipo de situación loca entre las dos.

E.S.: Decía antes que el caso puede ser ejemplificador para analizar, no sólo las dificultades de la atención a sujetos psicóticos en entrevistas preliminares, sino también las dificultades de diagnóstico

tico, de evaluación clínica. Al mismo tiempo, puede ser paradigmático para nosotros respecto de situar las tres coordenadas centrales de los indicadores que dio J.-A. Miller, en el que ha sido nuestro texto rector en este curso: *Introducción al método psicoanalítico*. En este texto,¹⁸⁵ define los fenómenos elementales en tres áreas:

- Fenómenos de automatismo mental
- Fenómenos que conciernen al cuerpo
- Fenómenos que conciernen al sentido y a la verdad

Los *fenómenos de automatismo mental* son los que localiza como "la irrupción de voces del discurso de otros en la más íntima esfera psíquica. Un automatismo mental puede estar presente, silenciosamente durante años con apenas una o dos irrupciones en la infancia o en la adolescencia, quedando más tarde encubierto. De aquí que sea necesario centrarse en esa irrupción". En este caso, podemos situar los tapones en los oídos que serían el elemento que permite la defensa contra lo real del goce, vía la función de la voz. No tenemos el fenómeno elemental sino el signo de la presencia de la respuesta para obturar esa voz que viene de lo real. Tenemos los tapones y no el franco desencadenamiento en el cual alguien viene y dice "eso me habla".

Los tapones parecen haber estabilizado de un modo bastante eficaz esos fenómenos, a partir de una notoria habilidad del sujeto para salirse de las situaciones donde acecha el peligro de la voz desnuda, desnudándose; ellos dan tratamiento a la posibilidad nefasta de que la música se transforme en ruido y luego en voz: sonora e intolerable. Por eso decíamos que los tapones en los oídos aparecen claramente como esta defensa contra el goce alucinatorio.

"Los *fenómenos que conciernen al cuerpo* son fenómenos de descomposición, de despedazamiento, de separación, de extrañeza en relación al cuerpo y, también, de distorsión temporal, de distorsión de la percepción del tiempo o dislocamiento espacial".

El estado confusional de esta mujer se presenta en varios momentos de las entrevistas relatados por M. Marta; por ejemplo, en el levantarse y no saber dónde está. Allí no se trata de una ausencia histórica, sino que hay que tomar esa frase realmente a la letra.

¹⁸⁵ Miller, J.-A.: *Introducción al método...*, op. cit., pág. 24.

Ese "no sé dónde estoy" es una presencia-ausencia en un lugar que no está sostenida por las coordenadas espacio-temporales que otorga el falo en función del Nombre del Padre; falta ese localizador del goce en el cuerpo, cifrándolo en sus zonas.

Por eso aquí, en estos fenómenos del cuerpo están los labios pintados de color fuerte que son los que permiten fijar la boca, casi -diríamos- dibujarla, contorneándola: se trata de una defensa contra lo real de la fragmentación de la imagen corporal. Tenemos en este caso soluciones -transitorias, al fin, pero logradas- que, por ahora, han permitido la estabilización de este sujeto. Hay que entender que la hipótesis es que no estamos frente a un desencadenamiento sino frente a una psicosis no desencadenada y estamos intentando -como bien dice M. Martha- seguir con el "no-desencadenamiento". Ésta es la dificultad que presenta la dirección de la cura.

Podríamos ir construyendo una tabla:

Proceso de enfermedad o problema Fenómenos corporales	Solución, respuesta o salida
Pérdida de la consistencia de la imagen	Labios rojo-intenso
Ruido	Música
Dolor de cara	Tapones en los oídos
Olor a sangre	?

En ella podemos ir situando la dialéctica del problema -el que no es dialectizable- como ya lo hemos demostrado.

Decíamos de los fenómenos de cuerpo, los fenómenos corporales como proceso de la enfermedad, podemos colocar allí la pérdida de la consistencia de la imagen corporal a la que le corresponde una solución: la respuesta de los labios pintados de color fuerte. Cuando la música se transforma para ella en ruido, queda la huida: podemos desprender de allí que lo opuesto también podría ser

válido, es decir que el ruido invasor pudiera ser tratado por la música, dominado por la música (esto, de más está decir, a modo de hipótesis). En nuestra tabla también podemos situar el dolor en la cara producido por la descomposición de la cadena significativa musical, por su reducción a pura voz, ahora audible, más allá, incluso, del ruido; del lado de la solución van los tapones en los oídos. También mencionaba el olor a sangre, lo que forma parte del problema y no de la solución; ahí parecería que algo del cuerpo en descomposición amenazaría con surgir, pero falta la buena respuesta que encontraría el sujeto para poner a raya ese goce intrusivo. En fin, podríamos ordenar los fenómenos de esta manera, sólo a título organizador... pero sigamos.

Es adecuado el caso para comprobar cómo falta la respuesta dialectizable, cómo están los semblantes reducidos, empobrecidos hasta su mínima expresión. Los elementos, que emplea para suplir lo que no puede disponer, son muy limitados; es el caso del lápiz labial, un elemento de la realidad, un semblante femenino que le sirve para configurarse un rostro, con él se marca los labios para hacer existir una boca a partir de un borde. También emplea vestidos que le comprimen el cuerpo de determinada manera, ciñéndola construyen una consistencia corporal... Bueno, espero que las mujeres que me escuchan no tengan reparos en continuar empleando sus semblantes, sin tener que pensar lo que están haciendo con lo que hacen... que al pintarse se están construyendo una boca, que al vestirse, un cuerpo... (risas).

Esas son algunas respuestas al problema de la forclusión del Nombre del Padre y a la ausencia de significación fálica, siempre la fragmentación corporal esta ahí, como un problema que amenaza.

Intervención:

-Las respuestas a ese goce intrusivo real, también están en la realidad.

E.S.: En la realidad, ¿cómo encontrar un elemento que tenga un valor instrumental? Es el problema que tiene el sujeto psicótico para organizar una defensa contra ese real intrusivo: ¿cómo usar el lápiz labial que hay en la realidad? ¿Cómo darse vuelta, irse, cuan-

do la música se le transformó en ruido, la imagen corporal se le transformó en una boca amenazante?

Como verán hay distintos grados de elaboración, más o menos exitosa, que se producen en estas formas de responder. Pero me parece que lo que se puede localizar aquí es la complejidad que hay para encontrar los recursos subjetivos con los que, efectivamente, una persona puede defenderse con medios diferentes a los que utilizan los neuróticos.

La tercera localización que hace en el texto Miller *-los fenómenos que conciernen al sentido y a la verdad-*, se refiere a la experiencia inefable de certeza absoluta; por ejemplo, la hostilidad ante un extraño, expresiones de sentido o significación personal o cuando el paciente dice que puede leer en el mundo signos que le estarían destinados y que contienen una significación que no puede precisarse. Es aquello que Lacan llama "significación de significación", es decir, hay algo que está en el mundo, "que está dirigido a mí, no sé que quiere decir, pero sé que algo quiere decir y esa significación que desconozco, me está dirigida".

¿Dónde está eso localizado en este material? En lo que marcaba M. Martha en este delirio interpretativo: "si tengo hijos, él me los va a sacar". Se trata de la hostilidad ante el extraño que aparece ahí, en toda su potencia, con una experiencia de certeza absoluta. No hace falta recurrir para esto a datos que surgen en los medios de información masiva -sobre todo en nuestra televisión- respecto de mujeres cuyos cónyuges, en otros países, les han sustraído a sus hijos. No es el caso. No se trata del fenómeno en sí mismo sino del uso que se hace del fenómeno y que tiene un valor que no es dialectizable. Hay una convicción, una certeza, de que eso va a ocurrir. "Yo sabía -dice esta mujer-, que si yo tenía hijos con él, él se iba a quedar con esos hijos, él se los iba a apropiar". Es una certeza sobre el *partenaire* que es transformado por este recurso en un perseguidor; aquél destinado a ser el más próximo en el más extraño de una familiaridad deviene en aquello más extraño, se transforma en *unheimlich*.

También es preciso aclarar que no es necesario ser psicótico para que el *partenaire*-síntoma de cada cual se transforme, en un momento dado, en la cosa más extraña para uno. Muchas veces eso es el

indicador de una separación inminente. Por ejemplo, al escuchar a alguien que uno escuchaba hace años y años, y decir "estoy al lado de esta persona pero me resulta ahora, totalmente extraña..." Por eso digo que no es necesario tomar eso como un indicador de psicosis, también puede ser un indicador neurótico -por ejemplo, de separación.

Intervención:

-El hombre no está como mediador de lo fálico, sino que está ahí para quitarle al hijo.

M.M.S.: Es así. Esta relación es una relación que cae, ella dice que cuando se enferma, él no la llama. A partir de ese momento ella nunca más lo va a buscar. Nunca dice por qué. Lo de "los hijos" aparece *a posteriori*: ella no tiene armado un delirio pero dice que esto le resultaba peligroso y extraño en este hombre. Allí estaba la certeza. Ella no arma pareja con él y deja caer esta relación.

E.S.: Lo interesante es que podamos localizar los hilos lógicos desde los cuales se producirían las fracturas. Comprobamos la falla de la estructura, la dehiscencia, los puntos de ruptura donde la significación fálica falta y suponemos, por ende, la forclusión del Nombre del Padre. Por eso son tan interesantes estas entrevistas, porque nos permiten localizar no sólo la dificultad sino el proceso mismo de la subjetividad amenazada de una psicosis, donde se trata de co-ayudar para que no se produzca el desencadenamiento.

Y no menos interesante es haber finalizado nuestro curso de las entrevistas preliminares con un caso que ha introducido una dificultad esencial en el analizar, que precisa las condiciones dificultosas de la analizabilidad y que, al mismo tiempo, da cuenta de la función ética que tienen las entrevistas preliminares en relación a la práctica del psicoanálisis.

Efectivamente, pasar de largo todos estos indicadores, hubiera tenido un grave riesgo en la economía subjetiva de esta mujer. Pienso que ustedes qué hubiera ocurrido si la practicante no hubiera tenido el olfato clínico de pensar que había algo raro e ir a controlar.

¿Qué hubiera pasado? Si bien no podemos concluir en un condicional contrafáctico y decir "si hubiera pasado tal cosa habría pasado tal otra...", no sería descabellado deducir que se hubiera desencadenado una psicosis.

Esto me parece que, hacia el final del curso, marca -con cierto dramatismo que el caso mismo ofrece- cómo puede estar velada la estructura subjetiva de alguien y cómo la evaluación clínica tiene una importancia decisiva en las entrevistas preliminares.

M.M.S.: Yo creo que en esta paciente, aparte del riesgo de un desencadenamiento había un riesgo de pasaje al acto. Si no hay nada que acote ese goce, como ella dice, "no tiene sentido vivir así".

E.S.: Es la frase inicial que esta mujer dice: "No sé si tiene sentido vivir así". Esa frase hay que tomarla realmente a la letra, y toma todo su valor ahora, luego del trabajo de elucidación que hemos realizado. Y es lo que ha ido construyendo la practicante en este caso. El *no saber* es un elemento a considerar para el practicante, pero también el necesario saber que no se sabe y saber operar con ese no saber para poder intervenir en esta práctica ética, para colaborar en aliviar el sufrimiento de aquél que corre riesgo hasta de perder su vida. Por eso digo que de un modo dramático hemos llegado a una conclusión favorable porque no ha habido ni el pasaje al acto mortal ni el desencadenamiento, sino una orientación de la cura precisa que ha permitido colaborar para que esta persona siga viviendo. Y lo que ahora comienza -porque, como comprobamos, el tratamiento sigue- es la posibilidad de que viva mejor, es decir, que la estabilización que ha logrado pueda encontrar recursos menos efímeros para realizarse.

Nos resta agradecer especialmente a M. M. Scortelli por su decisión de presentar este caso, y - especialmente- por la enseñanza que nos ha brindado en acto de saber pensar contra el mismo, esa es la vía de la formación analítica.

(Aplausos)

Bien, hemos llegado al final del curso, seguramente quedarán

muchas preguntas para formular -eso deseo- pero espero que, por lo menos, queden algunas respuestas; las que, seguramente, habrán de ser cuestionadas una y otra vez. Espero que sirvan para lo que he intentado transmitir con vuestra colaboración: lo difícil del analizar pero, también, la posibilidad de analizar aún en los casos más difíciles. La presencia del deseo del analista es algo que, a veces, toma un valor teórico, casi celestial en su reiteración: se habla del deseo del analista como si fuera algo así como el efluvio de una criatura caída de los cielos; y el deseo del analista solamente vale en función, operando prácticamente, cuando colabora a aliviar inhibiciones, síntomas y angustias.

Las entrevistas preliminares son -y vuelvo a la hipótesis con la que habíamos comenzado este curso- el paréntesis necesario que no debe ser pasado por alto para permitir que el umbral del análisis esté al alcance del entrevistado; de ése que no sólo nos llama, sino que también -al atravesar el umbral- se ofrece como analizante dirigiéndonos su síntoma. El resto dependerá de lo que acontezca en cada análisis, de él -o de ella- y de nuestra respuesta como analistas, por supuesto. Lo que no es poca cosa.

Muchas gracias a cada uno de ustedes por su presencia en este Curso.

(Aplausos).

10 de diciembre de 2002

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Cesio, Fridas: "Contratransferencia. Interpretación transferencial y contratransferencial" en Introducción al grupo A. Teoría y técnica psicoanalítica, *Revista de psicoanálisis de la APA*, Vol. XXVII N° 2, Buenos Aires, 1970.
- Freud, Sigmund: "La negación" (1925), *Obras completas*, Vol. XIX, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.
- Freud, Sigmund: "Nuevas perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica" (1910), *Obras completas*, Vol. XI, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1994.
- Freud, Sigmund: "Sobre la iniciación del tratamiento. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis" (1913), *Obras completas*, Vol. XII, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1993.
- Freud, Sigmund: "Sobre psicoterapia" (1905), *Obras completas*, Vol. I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1981.
- Lacan, Jacques: "De un designio", *Escritos 1*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 1975.
- Lacan, Jacques: "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis", *Escritos 1*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1975.
- Lacan, Jacques: "La dirección de la cura y los principios de su poder", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1985.
- Lacan, Jacques: "La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber", *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Buenos Aires, 1991.
- Lacan, Jacques: "Posición del inconsciente", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1985.
- Lacan, Jacques: "Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela", *Ornicar? N° 1*, Barcelona, 1981.
- Lacan, Jacques: "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1985.

- Lacan, Jacques: *El Seminario Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Lacan, Jacques: Seminario 9, "La identificación", (inédito), 1961.
- Lacan, Jacques: Seminario 10, "La angustia", (inédito), 1962/3.
- Lacan, Jacques: Seminario 12, "Problemas cruciales para el psicoanálisis", (inédito), 1965.
- Lacan, Jacques: Seminario 14, "La lógica del fantasma", (inédito), 1966/7.
- Lacan, Jacques: Seminario 15, "El acto psicoanalítico", (inédito), 1967/8.
- Lacan, Jacques: Seminario 19, "El saber del psicoanalista", (inédito), 1971/2.
- Lacan, Jacques: Seminario 24, "L'insu que sait de l'une bevue s'aile á mourre", texto establecido por J.- A. Miller en *Ornicar?* N° 14, abril 1978.
- Langer, Marie: "La interpretación basada en la evidencia contratransferencial de conexión-desconexión con el analizado", *Revista de psicoanálisis de la APA*, Vol. XIV, N° 1 y 2, Buenos Aires, 1957.
- Laurent, Eric: "Las suertes de la entrada en análisis", *Umbranes de análisis*, Manantial, Buenos Aires, 1986.
- Leclaire, Serge: Primera Conferencia: "La tentación de Dios" (3 de noviembre de 1975), *Conferencias y seminarios*, Buenos Aires.
- Miller, Jacques-Alain: "Come iniziano le analisi", *Cuadernos Andaluces* N° 26, enero-abril de 2000.
- Miller, Jacques-Alain: "Investigación sobre la temporalidad del inconsciente", *Acerca del Sujeto-supuesto-Saber*, partes I y II, EOL-Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Miller, Jacques-Alain: "1, 2, 3, 4", *Curso de la Orientación lacaniana*, (inédito), 1984.
- Miller, Jacques-Alain: "El desencanto del psicoanálisis", (inédito), 2001/2.
- Miller, Jacques-Alain: "La sutura", *Matemas II*, Manantial, Buenos Aires, 1994.
- Miller, Jacques-Alain: "Los divinos detalles", (inédito), 1989.
- Miller, Jacques-Alain: "Los seis paradigmas del goce", *El lenguaje, aparato del goce. Conferencias en Nueva York y Cursos en París*, Diva,

Buenos Aires, 2000.

- Miller, Jacques-Alain: *Comentario del Seminario inexistente*, Manantial, Buenos Aires, 1992.
- Miller, Jacques-Alain: *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Miller, Jacques-Alain: *Introducción al método psicoanalítico*, Eolia Paidós, Buenos Aires, 1997.
- Miller, Jacques-Alain: *La transferencia negativa*, Tres Haches, Buenos Aires, 2000.
- Miller, Jacques-Alain: *Los signos del goce*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Sinatra, Ernesto: *¿Por qué los hombres son como son?*, Atuel, Buenos Aires, 1993.

ÍNDICE

I	"Sólo una"	11
II	Hacer de lo mismo otra cosa	37
III	El valor del dinero	67
IV	La iniciación analítica	93
V	Las banderas del <i>kamisaque</i> . Una evaluación clínica	119
VI	El saber ocupa lugar	143
VII	El fundamento de las entrevistas preliminares.	167
VIII	El Sujeto-supuesto-Saber, una equivocación necesaria.	189
IX	La dialéctica del sujeto en la entrada en análisis. Invitado: Leonardo Gorostiza	207
X	El amor engaña	239
XI	La equivocación del Sujeto-supuesto-Saber	251
XII	La estafa del Dios-Padre	269

XIII	El trabajo de las entrevistas preliminares.	293
XIV	El juego del <i>vel</i>	325
XV	Un pájaro enjaulado.	351

Títulos editados en la Colección
Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires

- Nº 1 *De los síntomas al síntoma*
Mónica Torres, 2000
- Nº 2 *Fundamentos. Comentario del Seminario 11*
Graciela Brodsky, 2001
- Nº 3 *RSI: El Falo*
Silvia Elena Tendlarz, 2001
- Nº 4 *De los conceptos a los matemas, un nuevo paisaje*
Ernesto Sinatra, 2001
- Nº 5 *Fundamentos. El acto analítico*
Graciela Brodsky, 2001
- Nº 6 *Lacan y la práctica analítica*
Silvia Elena Tendlarz, 2002
- Nº 7 *Apuntes para una epistemología psicoanalítica*
Colegio Epistemológico y Experimental del ICBA, 2003
- Nº 8 *Clínica de las psicosis*
Jorge Chamorro, 2004
- Nº 9 *Las entrevistas preliminares y la entrada en análisis*
Ernesto S. Sinatra, 2004